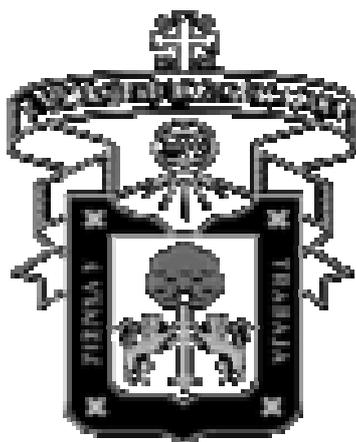


UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE LA CULTURA
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL



El Discurso y el Saber Amoroso: Figuras y Tópicos Sobre el Amor en Epístolas Juveniles Zamoranas

**TESIS QUE PRESENTA,
PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN,
Myriam Rebeca Pérez Daniel
ASESORA: MTRA. TANIA RODRÍGUEZ SALAZAR**

Guadalajara, Jalisco a 13 de Julio del 2004

AGRADECIMIENTOS

Al final de una jornada de trabajo, se recomienda, por cuestiones espirituales, repasar el día y dar gracias por todos sus instantes. Yo no lo hago por deber o por religiosidad, sino porque me resulta el momento más grato de ciclos como este, en el que, indudablemente, no estuve sola, aprendí mucho, disfruté mucho y viví mucho. Por ello debo tanto y es tanto mi agradecimiento que no me queda más que repetirlo en este texto. Gracias a Tania Rodríguez, la guía de esta labor, por su interminable paciencia, su atenta lectura y su sabia dirección. Este trabajo no hubiera podido llegar a buen término sin su apoyo. De verdad, gracias. Gracias, también, a Zeyda Rodríguez y Sarah Corona, honorables consejeras que, con su aguda visión, mandaban siempre buenas señales de orientación. A Martha Renero y María Elena Hernández por su cuidadosa y concienzuda revisión, hecha con tanto respeto que merecen más que estas gracias. A Guillermo Orozco, Raúl Fuentes, Enrique Sánchez, Francisco Hernández, Francisco Aceves, Armando Ibarra y Armando Zacarías, todos reconocidos y respetuosos maestros del DECS, por ayudarme a comprender y entrar a este campo que no es mío, pero como si lo fuera, porque he aprendido a bien apreciarlo gracias a sus miradas. A María Virrueta y Jorge Navarro por su complicidad, solidaridad y amistad. A Antonio Sánchez Antillón por la deuda que aún tengo de su invaluable e interminable enseñanza, la cual me sigue redituando en buenos momentos de lucidez y reflexión, siempre gracias a usted, maestro. A mis compañeros de clase, a quienes les debo gran parte de mi instrucción: a Ileana y Eliazú por convidarme de sus ricas vidas y su buena compañía; y a Valeria, Gustavo y Alejandro por su cariño y su cálido, erudito y generoso espíritu, el cuál no me canso de conocer y nunca termina de maravillarme. A ustedes, amigos, mi aprecio, gratitud y admiración. A mis padres, Herón y Rebeca, por ser mi sustento, mi fuerza y mi paz. Les debo todo lo que tengo y todo lo que soy. A ustedes, gracias. De nuevo, gracias a todos. Muchas, muchas gracias por tan grata y productiva jornada. Va por ustedes.

ÍNDICE

ÍNDICE	4
ÍNDICE DE CUADROS Y FIGURAS	6
INTRODUCCIÓN	8
I. <i>Presentación.</i>	8
II. <i>Planteamiento.</i>	9
III. <i>Relevancia.</i>	15
IV. <i>Estado de la cuestión.</i>	17
V. <i>Aportes.</i>	20
VI. <i>Propuesta de estudio.</i>	21
VI.1. <i>Preguntas de investigación.</i>	24
VI.2. <i>Objetivos.</i>	24
VI.3. <i>Hipótesis.</i>	25
MARCO TEÓRICO	27
I. <i>El discurso amoroso como objeto de estudio: el esbozo Barthesiano.</i>	27
II. <i>Discurso y texto: definiciones y diferencias.</i>	33
III. <i>La composición del discurso: acto, figura y tópica.</i>	36
III.1. <i>El acto como texto o enunciación.</i>	38
III.2. <i>Las figuras discursivas: los movimientos del autor y sus funciones en el texto</i>	42
III.3. <i>La tópica: ¿figura, lugar o imagen?</i>	49
IV. <i>Las dimensiones extratextuales del discurso amoroso.</i>	58
IV.1. <i>Lo amoroso.</i>	59
IV.2. <i>Las pautas sociales del uso del código amoroso.</i>	67
METODOLOGÍA	72
I. <i>La perspectiva metodológica.</i>	72
I.1. <i>La Hermenéutica y lo Cualitativo.</i>	74
I.2. <i>El estructuralismo francés y el construccionismo como teorías del paradigma hermenéutico y de la perspectiva cualitativa.</i>	78
I.3. <i>El estudio de lo juvenil.</i>	82
II. <i>Diseño de la estrategia metodológica y categorías de análisis.</i>	84
III. <i>El instrumento para recolectar datos: la carta de amor.</i>	91
IV. <i>Zamora y sus adolescentes: descripción del contexto y de los sujetos de estudio.</i>	95
V. <i>Descripción del trabajo de campo.</i>	101

RESULTADOS	105
I. <i>El estudio de la actualización epistolar juvenil zamorana del discurso amoroso.</i>	<i>105</i>
II. <i>El corpus analítico.</i>	<i>109</i>
II.1. <i>El código amoroso.</i>	<i>116</i>
II.2. <i>El uso del código amoroso por adolescentes Zamoranos.</i>	<i>133</i>
II.3. <i>El conocimiento amoroso.</i>	<i>140</i>
CONCLUSIONES	156
BIBLIOGRAFÍA	167
ANEXO 1	171
Carta 1	171
Carta 2	187
Carta 3	196
Carta 4	211
Carta 5	223
Carta 6	229
Carta 7	235
Carta 8	242

ÍNDICE DE CUADROS Y FIGURAS

1. Cuadro comparativo, basado en Ricoeur (1994), entre lengua y texto.	45
2. Características de los sujetos de estudio.	95
3. El corpus analítico.	109
4. Cuadro comparativo de la extensión de las cartas según el contexto al que están vinculados.	109
5. Cuadro comparativo de la extensión de las cartas según el género de los sujetos.	110
6. Cuadro comparativo del corpus según su formato.	111
7. Cuadro comparativo del corpus según su contenido.	113
8. Cuadro comparativo de las funciones de las cartas del corpus.	115
9. Modelo lineal de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001).	116
10. Modelo atómico de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001).	116
11. Compendio de figuras encontradas.	117
12. Variación del modelo atómico de la composición del código amoroso.	118
13. Mapa analítico de la tópica Amor-Objeto.	119
14. Mapa analítico de la tópica Amor-Acción.	123
15. Mapa analítico de la tópica Amor-Sensación.	126
16. Modificación del modelo lineal de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001).	128
17. Modelo lineal propuesto.	131
18. Modelo atómico de la tópica Amor-Objeto.	131
19. Modelo atómico de la tópica Amor-Acción.	132
20. Modelo atómico de la tópica Amor-Sensación.	132

21. Aspectos vinculados al uso del código.	135
22. Lógica del uso del código.	136
23. Preferencias en el uso de las tópicos.	137
24. Preferencias de figuras por categorías de comparación.	138
25. Modelo lineal de los elementos que componen la representación social.	142
26. Modelo atómico de los elementos que componen la representación social.	142
27. El saber amoroso a partir de la tópica Amor-Objeto.	144
28. Pautas de uso de la tópica Amor-Objeto.	145
29. El saber amoroso a partir de la tópica Amor-Acción.	147
30. Pautas de uso de la tópica Amor-Acción.	148
31. El saber amoroso a partir de la tópica Amor-Sensación.	151
32. Pautas de uso de la tópica Amor-Sensación.	151

INTRODUCCIÓN

Las Ciencias Sociales han relegado el estudio de lo emotivo y, sobre todo, el estudio de lo amoroso, a la irrelevancia y periferia del ámbito académico, dada la connotación subjetiva de este objeto. Sin embargo, de un tiempo para acá, tanto la emotividad y lo amoroso se han convertido en fenómenos ineludibles del panorama social, puesto que los medios, los mensajes y los productos se han virado, sin miramientos, al campo del sentimentalismo que sacude a los sujetos. Por eso, el interés sobre lo amoroso y lo sentimental ha ganado espacio en la academia, sin que, por ello, se haya menguado el rigor y la seriedad a los estudios de cualquiera de sus campos. Pretendiendo plantear una investigación que se salve de la irrelevancia y la periferia y que se plante, con aplomo, en el campo comunicacional, para fomentar esta preocupación seria por los temas sentimentales, esta propuesta de estudio promete enriquecer las reflexiones sobre el tema y lo social, desde una singular perspectiva. El presente apartado servirá para explicar el qué y por qué de esta propuesta, buscando con ello convencer a la academia para agenciarse el estrado desde donde seguir discurriendo.

I. Presentación.

Proponer el habla amorosa como un objeto de estudio, desde el campo de la comunicación, representa un reto teórico, en el sentido de que implica, forzosamente, un despojo de su natural connotación sentimental y un distanciamiento de su naturaleza amorfa, lo cuál, sí, posibilitaría presentarlo ante la academia como un fenómeno social serio y digno de discusión, y, sobre todo, como un fenómeno que prioriza atención y reflexión de las diversas disciplinas humanas y sociales. Pero también, por otra parte, este mismo objeto representa otro reto, pero ahora metodológico y analítico, ya que cabe el riesgo de que la dureza teórica termine por arrancarle la realidad idílica en la que recae parte de su encanto y en la que encuentra sentido su relevancia social.

La presente investigación pretendió salvarse de ambos peligros, en el afán de demostrar una vía de abordaje académica que tuviera la suficiente consistencia como para llamar la atención de las disciplinas de lo social sobre la riqueza del tema amoroso y su importancia para la comprensión del relieve de lo cotidiano. Por ello propuso desmenuzar, a través de las epístolas amorosas de adolescentes zamoranos, el habla juvenil amorosa, para

identificar en ella el código que la domina, su uso en la práctica epistolar aún vigente y el conocimiento sobre el amor que denotan, a través de ellos, los sujetos.

Lo que se logró con esta apuesta fue, al fin, sostener un modelo de análisis que concibe al habla amorosa en una doble dimensión, es decir, desde su configuración lingüística y desde su configuración social. Si bien el corpus, conformado por ocho cartas y analizado bajo este modelo, no permitió arrojar información generalizable sobre “el” habla amorosa de “los” adolescentes zamoranos, sí se pudo vislumbrar con él, en cambio, los posibles elementos centrales, tanto de la conformación del discurso amoroso en boga en la cotidianidad juvenil, como del saber amoroso con el que negocian, presumiblemente, su sentir en sus vínculos personales. También se pudo distinguir algunas pistas sobre el funcionamiento y conformación de dichos elementos centrales, lo cual posibilitaría dimensionar este objeto, ya no solo como producto lingüístico ni condicionante social, sino también como proceso comunicativo que participa en la creación de sentido.

La utilidad teórica de todo esto recae en la posibilidad de concebir un modelo analítico que facilite sondear el saber amoroso de un grupo de gente, su codificación en el habla, el funcionamiento de esa codificación y el tipo de mecanismos que utilizan para interactuar a través de ese saber. La utilidad práctica, por otra parte, es que se abre una ventana crítica y reflexiva acerca del manejo cotidiano de los sentimientos, específicamente del amor, lo cual puede destapar muchas explicaciones del comportamiento humano, y puede destapar, también, muchos nuevos fenómenos a comprender por las Ciencias Sociales.

Esto es, a grandes rasgos, lo que esconde este trabajo. Va, ahora, las explicaciones de su diseño.

II. Planteamiento.

Al echar un vistazo al entorno actual, se puede ver que la emotividad se ha convertido en una presencia recurrente de los escenarios cotidianos, no solo como hecho

subjetivo inherente a lo humano, sino como fuerza argumentativa de todo diálogo y de toda conversación, o como producto de fácil adquisición. Pareciera, pues, que lo que antes había sido solo terreno del ámbito privado, íntimo incluso, se volviera, ahora, un lugar común y de acceso público.

La expresión en sí, por ejemplo, se ha transformado, cada vez más, en una constante exposición del sentir que no busca proponer ni reflexionar, sino solo manifestar y hacer notar, para sacudir. Se ha trasladado, pues, la retórica cotidiana de las razones a las emociones, provocando, al fin, que gran parte de los mensajes emitidos apelen ya a la capacidad afectiva de los sujetos y no a su capacidad racional. La emotividad pareciera, entonces, estar ya en boca de todos, haciéndolos susceptibles a padecerla con mayor frecuencia.

Fromm (1979) alegaba, a mediados del siglo pasado, que este fenómeno, y otros tantos derivados de la misma explosión sentimental, resultaba natural del estilo de vida del capitalismo, ya que el ritmo económico les exigía a los individuos el sacrificio de las experiencias “espirituales” por el bien del ciclo productivo. Al fin, lo que ocasionaba esto, según el autor crítico, era un tipo de sociedad plagada de sujetos solitarios cuya vida interior vacía era compensada por los aparentes beneficios de la productividad, haciéndolos ávidos de cualquier cosa que les llenara el hueco del espíritu, confundiéndolos tanto que, al fin, consideraban a las sensaciones como emociones, a las emociones como pasiones, y a las disciplinas del alma como productos comerciales.

Fromm hacía su crítica, por supuesto, desde la corriente de influjo marxista, la de la escuela de Frankfurt, cuya principal bandera, precisamente, era la defensa de aquellas buenas artes perdidas por el capitalismo. Por tanto, su reflexión anticapitalista resulta teñida de una inevitable añoranza por la moralidad, el arte, la racionalidad y la criticidad, que, si bien, crea simpatía, nubla un poco la reflexión. Por ejemplo, lo que Fromm no contempló fue que esa aparente confusión no era producto de una falsa conciencia, sino de una

realidad implacable venida desde los sujetos mismos, lo que la hacían, y la sigue haciendo, tan palpable como cualquier fenómeno.

Es decir, si bien Fromm atinó en señalar que el sistema capitalista favorecía ciertas prácticas asociadas a este tipo de desórdenes subjetivos, supuso solo que dicha transformación era impuesta a nivel ideológico y no promovida, más bien, por los sujetos mismos a nivel económico, político, cultural y social. Supuso, pues, que el sujeto, atosigado por la macroestructura, tendría alternativas morales, racionales y críticas para huir de la ideología dominante, olvidándose, por completo, de la participación de los sujetos en el devenir histórico y en la creación de las mismas ideologías a través de sus prácticas.

Por eso, la explicación de la ideología dominante y determinista resulta ahora insuficiente para revelar el tipo de fenómeno tan complejo y apremiante que predomina en el panorama actual acerca de la explosión emotiva, donde no sólo puede existir una crisis en las viejas pautas del manejo del sentir, sino también nuevas formas de emotividad no impuestas, es decir, germinadas en el mismo seno social. En todo caso, pues, se ha de reconocer que Fromm (1979) ayudó a llamar la atención sobre el fenómeno emotivo a mediados del siglo pasado, pero su planteamiento ya no resulta pertinente ni enriquecedor para la complejidad que ahora se presenta, en donde el determinismo estructuralista se agota al buscar explicaciones de nuevos sucesos y procesos de transformación social.

Por ello, teóricos más actuales como Giddens (2000), Beck y Beck-Gernsheim (1998) retoman el tema y proponen nuevas pistas para el análisis de este fenómeno, pero ellos partiendo del devenir histórico, donde proponen encontrar las causas de la transformación de la vida emotiva y privada. Esas causas históricas sí implican determinantes económicos, pero no como los únicos ni los más relevantes, sino como parte de un conjunto de factores que, en el acontecer, han incitado procesos de cambio a todos los niveles. La revolución sexual, el influjo democrático en la política y la transformación de los papeles del género son ejemplo, por ejemplo, de esas fuerzas permutadoras que han promovido esta creciente ola sentimental, caracterizada por el protagonismo de los sujetos, la defensa exaltada de la

igualdad y la democracia y una volcadura hacia el diálogo y el consenso, es decir, hacia lo comunicativo.

En el caso concreto del amor, toda esta realidad se traduce a una ineluctable negociación entre lo pasional y lo romántico, dando cabida, con ello, a nuevas formas sentimentales que se adapten más a los nuevos esquemas de relación propios de la época. En fin, la apuesta de estos autores al explicarse el nuevo énfasis general sobre las emociones es verlo como parte de un proceso histórico y social de transformación, el cuál, a diferencia de lo que opina Fromm (1979), se origina en los ámbitos privados afectando a los públicos y no al revés, es decir, desde la imposición de lo público a lo privado. Lo que proponen, entonces, es valorar los influjos revolucionarios venidos de la gente misma en contra del determinismo estructural. De cualquier forma, explicándose de una otra manera, lo evidente es que el fenómeno existe y la reflexión sobre ello vale la pena.

La confusión o revolución emotiva ya no está, pues, sólo a nivel del sujeto o en su vida íntima, como apuntalan Giddens (2000), Beck y Beck-Gernsheim (1998), o a nivel de las ideas y de la falsa conciencia, como auguraba Fromm (1979), sino también ya a nivel público, de la interacción, del habla y de lo material, como los cuatro ya lo indicaban. La explosión emotiva es ahora un producto, pero también un mensaje y un medio que abarcan la realidad social en toda su extensión. No se trata de un problema moral del sujeto occidental que compra solo porque la estructura dominante se lo impone, o de un problema de transición social que camina, en conjunto, hacia la democratización y la globalización, sino que el problema es, llanamente, que la realidad emotiva actual es así, confusa, negociadora y fuera de los antiguos esquemas sentimentales.

Es decir, la economía, la política, la cultura, lo social y lo interpersonal se mueven, en este momento histórico, por productos, objetos, discursos y proyectos hechos para provocar emociones, los cuales, sí, llaman al consenso o promueven el disenso en un espíritu democrático y globalizador, pero al fin, son emotivos y eso es lo que se desea enfatizar, puesto que antes no lo eran. Se está, entonces ante una nueva realidad donde el factor

constante es el sentimiento. Esta realidad emotiva, pues, es actual, ineludible y protagonista de lo social.

Sea como sea, entonces, la experiencia afectiva ha explotado y parece impregnar todos los ámbitos sociales. ¿Qué realidad resulta de todo esto? Pues esta, una intensamente sentimental, una que, según Rodrigo (2001), está construida de representaciones fundamentadas en la capacidad de seducir y de emocionar y en donde los medios juegan, entonces, un papel fundamental. Fernández (2000) prefiere verla como una que es todo capricho y espontaneidad, irracional en mucho e ilógica en casi todo, afectiva al final de cuentas, pero paradójica sobre todo, pues, realmente, muchos fenómenos se han vuelto virtuales; virtuales en cuanto a su posibilidad tecnológica, pero también virtuales en cuanto a lo etéreo de su materialidad.

Rodríguez (2003), en cambio, prefiere describirla como caótica, particularizada por un desordenamiento cultural que, al fin, en su conjunto, dibuja un panorama confuso y desbordado en la socialización de los saberes, empujando, incluso, a las viejas instituciones culturales, es decir la familia y la escuela, a un papel secundón ante el imperio de los medios en la educación afectiva, moral, estética, social y de conocimientos especializados para los sujetos. Al fin, pues, no solo los afectos predominan, sino también el caos y los medios.

Por ello tenemos campañas políticas basadas en el filing y en la imagen, presidentes y primeras damas que exponen sus problemas de alcoba con singular naturalidad, un congreso que se debate por lealtades y emociones más que por proyectos e ideas, telenovelas y películas que rayan en la crudeza, reality shows que invaden cada vez más las experiencias subjetivas y se adentran en los sentimientos, organizaciones de caridad que subsisten de la lástima, comerciales que difunden el temor (temor a la muerte, temor al cáncer, temor a la gordura, temor al rechazo, temor al aburrimiento) como política de venta, productos que satisfacen los sentidos más que las necesidades, en fin, un mundo de mensajes mediatizados en donde predomina la emoción, pero no cualquier emoción, sino una compleja, ambigua, de diversas referencias, de diversas realidades que atraviesan no

solo los límites de la localidad o la compatibilidad de los mercados, acorde al sistema económico vigente o al devenir histórico, sino que atraviesa también idiomas, culturas, lugares, ideologías y demás.

Estamos, pues, ante un medio-mensaje-producto bastante complejo y bastante gordo, no solo porque refiere a esta agobiante realidad que la produjo, sino también porque implica un choque con la cotidianidad, igual de compleja que la historia y la estructura, de aquel que recibe el mensaje, sea la misma o sea otra.

Para Rodríguez (2003), que señalaba el dislocamiento de los procesos de socialización tradicionales como un incitador de desorden y de desazón para el sentido de vida de la sociedad moderna, esta complejidad halla equilibrio en la nueva capacidad de reconfiguración que poseen, aparentemente, las nuevas generaciones. Dicha capacidad se asemeja a la habilidad de armar rompecabezas, es decir, de organizar, rearticular y representar nuevas formas de ver al mundo, recomblando y recreando los viejos y los nuevos elementos culturales. Este nuevo proceso, entonces, pareciera imperar en el ámbito personal, donde esta gran realidad confluye, dando esperanzas de orden a esta inmensa masa de mensajes y sentidos; orden que permitirá, en todo caso, encontrar pistas para ingresar a la realidad social que padece todo esto.

Quizás, aún con toda y su reconfiguración, la afectividad siga siendo un ingrediente conflictivo, caótico y omnipresente de la sociedad futura. El caso es que ahora, cuando se ve venir o se ve llegar ya su nueva retórica del sentir, sus formatos emotivos, su complejidad sensorial, sus ámbitos públicos y privados, su violencia y fuerza para conmocionar personas, grupos o sociedades completas y sus razones histórico estructurales que la anclan firmemente como realidad indiscutible, reconfigurando, ineludiblemente, el panorama mediático y la producción cultural, se tiene la oportunidad de estudiarla y tratar de compensar su fuerza abrumadora con certezas académicas que aminoren el trago. En todo caso el campo de la comunicación se presenta como el más propio y fecundo.

La propuesta particular de esta tesis, entonces, hecha desde el campo de la comunicación y con ánimos de dar respuesta a ese panorama social sentimental e inexplorado por la academia, es la de adentrarse a esa realidad sensible y abrumadora desde el discurso. El discurso no sólo permite dilucidar el mensaje y su composición, sino también, el tipo de saber que denota. El discurso, pues, posibilita tanto reconocer los contenidos afectivos de los mensajes, como sus configuraciones textuales y sus funciones y destinos sociales. Permite, entonces, abarcar la parte sin perder de vista el todo.

Los apuntes metodológicos, al escoger esta alternativa, señalan como vías de análisis y acceso, obviamente, la descomposición textual de las enunciaciones que conforman al discurso. De tal forma, aún cuando aparentemente esto limite a circunscribirse a la pura realidad lingüística, más bien abre las puertas a la cultura y a los procesos comunicativos, tal y como Saussure (1982) y Eco (1978) lo suponen. Esta es la apuesta. Ciertamente existen muchas formas de interrogar a esta realidad nueva que se impone, pero las reflexiones aquí hechas conducen precisamente a esta.

III. Relevancia.

¿Para qué indagar esto? Ya se habían mencionado dos aportaciones posibles que este trabajo promete, una a nivel teórico y otra a nivel práctico. Acerca de la aportación teórica, esa que aspiraba a ofrecer un modelo de análisis discursivo que desintegrara los elementos constantes de la comunicación amorosa, viera su funcionamiento, su uso y su saber compartido en un grupo de gentes, tiene importancia desde el planteamiento que se ha tratado ya de esbozar en el apartado anterior.

Al fin, lo que Fromm (1979), Giddens (2000), Beck y Beck-Gernsheim (1998), Fernández (2000), Rodrigo (2001) y Rodríguez (2003) evidencian es que hay una preocupación académica por profundizar y desmenuzar los elementos que confluyen en esta realidad emotiva que nos circunda. La razón de esta preocupación es que esa realidad emotiva empapa varios procesos sociales y trastoca una serie de fenómenos que antes no

habían sido vinculados a los sentimientos, como los procesos de socialización, de educación, de transformación social, de estabilidad social, los roles, los papeles, la lucha de poderes, el género, la recepción de mensajes mediatizados, etcétera.

Todos ellos, sin embargo, han aportado reflexiones del panorama social en general, muy útiles, críticas y precisas, pero difícilmente ancladas a la concreción de un entorno en específico o de un grupo de sujetos en específico.

Por ello, la configuración de un modelo que ayude a recuperar, sí, algunos elementos generales que componen este fenómeno pero anclados al uso concreto de cierto grupo de sujetos, ayudaría mucho a crear este mismo tipo de reflexiones útiles, críticas y precisas sobre contextos muy determinados, lo cual, a su vez, ayudaría a generar conocimientos sobre este fenómeno emotivo a otros niveles mayores, tal vez a través de la comparación, como lo hacían, sobre otras cuestiones, los antropólogos. Académicamente, reconociendo esta realidad novedosa para las ciencias sociales, éste modelo sería una aportación que valdría la pena.

Acerca de la aportación práctica, aquella que aspiraba a abrir una ventana crítica hacia el manejo de los sentimientos de un grupo social, en aras de comprender su comportamiento solidario, resulta útil si se considera estos temas como importantes para la educación de los sujetos.

Si la educación ha de incorporar el desarrollo de nuevas habilidades en los individuos para el aumento de sus recursos personales necesarios al afrontar el día a día, la reflexión sentimental, según esta agobiante y emotiva realidad que se ha descrito, debe pensarse ya como necesaria, dado que posibilitaría a los sujetos moverse, de mejor forma, ante este exaltado entorno. Por ello, y aspirando a que alguna vez se le de cabida a la educación sentimental crítica en los planes de la educación formal, puede ser útil un trabajo de este tipo, el cuál, al fin, explora cómo es que se da, ya de por sí, el manejo emotivo en la gente, exploración que ha de servir, entonces, de base reflexiva para esa educación esperada.

La educación sentimental esperada no consistiría, según mi entender, en cómo amar o sentir, sino en cómo asir y expresar el amor sentido. Consistiría, pues, en crear conciencia sobre lo que se dice al hablar del amor o de cualquier otro sentimiento. Dicha conciencia no implicaría ni limitar la información emotiva que reciben los sujetos en el día a día, cosa por demás imposible dado el tipo de tecnología que nos inunda y el tipo de vida característico de la época, ni promover alguna idea “correcta” sobre el amor o sobre los sentimientos, pues, incluso, sería pretencioso pensar que pudiera existir una educación sentimental “correcta” o una forma de amar “correcta”. Buscarlo así, implicaría el retorno al fundamentalismo o al absurdo, cosa que no pretendo. La idea que imagino, por el contrario, como ya he dicho, consiste en sólo hacer evidente lo que a diario se maneja a nivel implícito.

La utilidad práctica de esta investigación, entonces, consistiría en ofrecer un modelo analítico que extrae información sobre la realidad emotiva de los sujetos, plataforma que serviría de base para pensar esa posible educación. Basten estas buenas intenciones para justificar la relevancia del proyecto que presento.

IV. *Estado de la cuestión.*

Lo aquí buscado ya ha sido interés de otros. La referencia obligada, por ejemplo, tendría que ser la del trabajo de Barthes (2001), antecedente indiscutible de lo propuesto, de hecho, el más allegado a este planteamiento. Barthes, en su texto, se propuso reconstruir el discurso amoroso a través de identificar tópicos y figuras, elementos textuales que denotan, según él, la existencia de un código socialmente compartido exclusivo para el habla amorosa. Su pretensión solo era evidenciar el código y reconstruir el discurso amoroso, cosa que logró, analizando y organizando distintos textos amorosos. Sin embargo, no habló del funcionamiento de ese código ni de su uso, cosa que yo sí pretendería. Él hace, por cierto, esta propuesta desde la Lingüística.

Goleman (1999), por otra parte, fue uno de los primeros en revirar la atención disciplinar a las emociones. La propuesta suya se basó en el redescubrimiento de la fuerza activa de los sentimientos, poder efectivo que podría hundir las mejores intenciones o glorificar los peores propósitos. La clave, según él, para agenciarse dicho ímpetu, radica en el conocimiento y control emocional, algo que se carece en la época actual, dado el contexto globalizado y capitalista de hoy en día.

Su propuesta, pues, se basa en educar para la “inteligencia emocional”, la cual equivale a algo así como el manejo racional de los sentimientos. Claro está que este autor maneja estas ideas para “los líderes” modernos que deseen sobresalir de la masa común, pero al fin inaugura el retorno a un tema poco abordado en los últimos años y pone el dedo en el renglón para llamar la atención hacia la existencia de nuevos fenómenos emotivos de dimensiones sociales. Este esfuerzo, cabe aclarar, se hace desde la Psicología.

Rodrigo Alsina (2001) continúa esta preocupación académica por lo emocional al proponer la visión construccionista para el abordaje del discurso emotivo. Desde su ejercicio, Rodrigo concibe ya el discurso como un sentido moral explicitado en prácticas sociales. Las emociones, pues, fungen un papel normativo en la interacción humana, papel que se devela con matices, según dice, en cada práctica social vinculada a lo sentimental.

Asegura, pues, que las emociones no son más que patrones socioculturales determinados por la experiencia y que se manifiestan en situaciones sociales específicas, por lo que su institucionalización y reproducción en la vida cotidiana implican cierta aceptación de las normas y valores predominantes a través de condicionamientos conductuales que alienan a los sujetos a lo imperante en la estructura. Por eso señala que las pasiones son, de hecho, distintas a las emociones, puesto que las primeras se convierten en la vía de ruptura y cambio para la estructura, logrando con ello la imposición de un nuevo orden moral, mientras que las segundas son elementos de control de la estructura predominante. Este planteamiento se hace desde el campo de la Comunicación, con un abordaje sociológico.

Giddens (2000) se inscribe en este debate, también, al interesarse en los cambios de las formas contemporáneas de la vida íntima, modificaciones que, por cierto, atribuye al manejo social de las emociones. Su trabajo se asemeja a una arqueología de la vida íntima que pretende descifrar precisamente la evolución de prácticas y discurso, consiguiendo, al fin, una reflexión consistente sobre la emotividad y la intimidad en la vida social. Visto así, su planteamiento se vería emergido del campo sociológico.

Beck y Beck-Gernsheim (1998), también desde el campo sociológico, participan en el tema al tratar de describir las condiciones sociales que permiten una vivencia del amor particularmente caótica en los días actuales. Los roles de género, la industrialización, la democratización, la individualización y la transformación del núcleo familiar son algunas de las condicionantes que perfilan nuevos patrones de vinculación amorosa, ciertamente distintas a las que antes existían, pero no por ello inexistentes o decadentes. “El normal caos del amor”, pues, resulta una defensa crítica de la existencia de nuevos fenómenos emotivos antes no vistos en la sociedad actual.

Pablo Fernández Christlieb (2000), por su parte, plantea ya la discursividad de las emociones en la práctica social diaria, la cuál divisa, desde su reflexión analítica, centrada en la estética, dado que su enunciación siempre evoca formas y no normas, como lo veía Rodrigo (2001). Para él, pues, hablar del sentido emotivo de la vivencia social es hablar del sentido estético de la vida social. Su planteamiento particular, pese a que dista del camino reflexivo que propongo, es ya un antecedente significativo sobre la preocupación académica real por encontrarle el sentido al sentido del discurso afectivo. El planteamiento de este autor se emite, por cierto, desde el campo de la Psicología Social.

Carmen de la Peza (2001), desde otra perspectiva, propone la existencia de una educación sentimental implícita en el uso del bolero por sus escuchas. Su trabajo consistió en develar la función del bolero en la vida de sus consumidores, quienes poco a poco fueron descubriendo que el contenido y las prácticas “instituidas” en torno al bolero implicaban, por sí mismas, una pedagogía de las emociones, la cuál seguían y reproducían en sus relaciones afectivas. El campo comunicacional fue el marco de estas derivaciones.

Desde el mismo campo comunicacional, Sarah Corona (2001) pretendió, por su parte, evaluar las competencias comunicativas de adolescentes provenientes de tres contextos distintos, a través de sus cartas de amor. Su trabajo analítico consistió en distinguir lo escribible en una carta de amor según el formato propio de la carta, y lo escribible según los autores mismos y su idea de lo amoroso. Las comparaciones de los tres contextos le hizo concluir que ambos escribibles se sujetan, inevitablemente, a las condiciones inmediatas de los escritores y a las exigencias comunicativas de sus contextos. Esta investigación, probablemente, sea la más allegada a mi trabajo, no en intenciones, pero sí en los referentes y los elementos analíticos.

El trabajo de Burin (2001), por último, plantea que son las relaciones familiares las que imparten la educación de género, la cuál, a su vez, reproduce representaciones sociales específicas de poder, amor y sexualidad, que conforman, a la vez, la subjetividad de sus individuos y les marca en sus relaciones interpersonales posteriores. La propuesta de Burin (2001), pues, explora a la familia y la educación por género como las responsables de la creación de sentido, conclusión que es de tomarse en cuenta a la hora de plantearse los mecanismos de reproducción social del saber amoroso. Este estudio asumió los intereses de la Psicología Social.

V. Aportes.

Si se observa, el campo de la Psicología, de la Lingüística, la Psicología Social, la Sociología y de la Comunicación, coinciden en proponer al mismo fenómeno como objeto de estudio (el discurso amoroso). Los nueve abordaron, de algún modo, la función del discurso emotivo en la vida social, llegando todos a distintas conclusiones, pero develando, al fin, la necesidad real de plantear el tema en las Ciencias Sociales, dado el impacto de los fenómenos emotivos en la conformación de la sociedad actual.

Sin embargo, ninguno de ellos trató con exclusividad la conformación del discurso amoroso como tal, mas que Barthes, aunque él no trató ni el saber amoroso derivado del código ni el funcionamiento y uso de ese mismo código, lo cuál, como ya decía, sí pretendo tratar yo. Por mientras, las pistas por ellos encontradas sobre la composición del discurso, los efectos, las funciones y las formas del discurso emotivo serán el punto de partida para el análisis que logre en la investigación.

Lo que propongo, pues, como aporte al interés académico, es estudiar el discurso amoroso, específicamente, a través de una de sus manifestaciones prácticas, como la carta de amor. La novedad estará en que se descompondrán texto y discurso en tópicos y figuras, análisis que arrojará pautas para esclarecer el código compartido del que hablaba Barthes (2001), el tipo de uso que se le da a ese código y, también, el saber compartido sobre el amor implícito en dicho código. Se conectará, pues, al discurso amoroso con su contexto social, cosa que no fue tarea de Barthes o de alguno de los demás autores, pero que ahora se plantea para conjuntar las reflexiones de todos en el caso específico de los jóvenes de Zamora.

La novedad, también, radica en que esta propuesta se hará desde el campo de la comunicación, pero con elementos de la disciplina Lingüística, reflexiones de la Psicología Social y la Sociología, e implicaciones para el campo práctico de la Educación y la Psicología. El problema había sido que ninguna de estas disciplinas se había hecho cargo, del todo, de este tipo de objeto. Ahora se plante posicionarlo en el campo comunicativo y convocar a todas estas disciplinas, en un mismo estudio, para sacar provecho de él. Espero que esto reditué en un diálogo transdisciplinar sobre los objetos emotivos, los cuales, como objetos de estudio, tienen, aún, muchas cosas que decir.

VI. *Propuesta de estudio.*

Propongo asumir, entonces, como objeto de estudio para esta investigación la actualización del discurso amoroso en epístolas amorosas de jóvenes zamoranos que cursan

el último año de preparatoria o el primero en Normal, en una de las instituciones más grandes e importantes de la región, llamada Centro Escolar Juana de Asbaje. Ese discurso amoroso se reconstruirá, como lo hizo Barthes (2001), según un código, el código resultante de las figuras y las tópicos presentes en la enunciación. Ese código, a su vez, permitirá esclarecer tanto el uso social que le dan, como los conocimientos sobre el amor que manejan éstos adolescentes.

La perspectiva teórico metodológica asumida para el abordaje de este objeto parte del estructuralismo lingüístico francés, el cual permite una construcción compleja del panorama discursivo. Permite ver, pues, tanto una realidad textual, como la conformación de la realidad social que la enmarca o la contiene, dado que dicha teoría participa en disciplinas culturales como la Hermenéutica, misma que pretende ir y venir del texto al contexto. Sin embargo, para poder conectar estas dos realidades, también se echó mano de la Psicología Social Construccionalista, al entender las representaciones sociales como el concepto cognitivo y social que enlaza al texto con la realidad social.

Esta combinación de perspectivas disciplinares y de posturas epistemológicas no se contraponen tanto como sus nombres lo sugieren. En realidad, las tres disciplinas (Lingüística, Hermenéutica y Psicología Social) y las dos posturas epistémicas (Estructuralista y Construccionalista), a nivel del objeto, se complementan para complejizar la visión y la dinámica del discurso amoroso, permitiendo coincidir, al fin, en la postura epistémica hermenéutica y en el paradigma de investigación cualitativas (Orozco, 2000).

Asumir la actualización epistolar del discurso amoroso como un objeto de estudio social y lingüístico, permite moverse en dos dimensiones de un mismo punto. Agregando la tercera, es decir, la psicosocial, no sólo se termina por definir mejor al objeto, sino que también permite deambular, a través de las reflexiones críticas, en un campo mucho más amplio, dado que ahora es tridimensional. Y precisamente en esa tridisciplinariedad y tridimensionalidad del objeto radica la particularidad de esta propuesta de abordaje, que, al fin, pretende sólo dilucidar el discurso amoroso, desde su condición textual, su papel social y su constitución psicosocial.

Entiéndase, pues, que el objeto de estudio, es decir la actualización epistolar del discurso amoroso, resulta tridimensional, dado que tiene una realidad textual, un papel social y una constitución psicosocial. Para abarcar esas tres dimensiones, se echó mano de tres disciplinas de conocimiento: la Lingüística, la Hermenéutica y la Psicología Social. Las perspectivas epistémicas, Estructuralista y Construccionalista, posibilitan visualizar la dinámica entre esas tres dimensiones, a veces evaluando los sistemas establecidos, a veces pensando en su origen y construcción. La propuesta consiste, entonces, en ir entre lo estático y lo dinámico de un objeto que es, por sí mismo, complejo.

El compromiso que queda al usar este tipo de planteamientos es reconocer, todo el tiempo la complejidad, pero dejar claro el tipo de avance concreto que se pretende o se hace. Ese es mi deber, aclarar la reflexión lograda, su ubicación en el complejo del objeto, lo que no abarca dicha reflexión y el verdadero impacto que logra en la explicación general.

Por ello, al fin, metodológicamente, eso deviene sólo en un ejercicio hermenéutico: interpretar la visión del amor desde el habla misma de los sujetos. Para ello, se hace uso de herramientas semánticas, apropiadas por la Lingüística y reconocidas por la práctica Hermenéutica. Dichas herramientas semánticas, que permitirán la lectura analítica de los textos que conforman el corpus, consisten en la identificación de pronombres, adverbios, adjetivos, tiempos verbales y relaciones espaciales. La identificación textual de estos elementos ubicarán las figuras y las tópicos amorosas, es decir, el código que supone no sólo la particularidad del discurso amoroso, sino también el saber amoroso que estructura un tipo de realidad.

Por tratarse, este estudio, de una reconstrucción de la realidad desde la vivencia misma de los que la presencian o la crean, esta investigación se ubica en el paradigma cualitativo (Orozco, 2000). Eso implica que la reconstrucción que se haga del discurso amoroso no solo partirá de las enunciaciones de los sujetos, sino desde su contexto, puesto que, al fin, lo que se pretende es dar cuenta de lo que saben y hablan del amor esos sujetos en ese contexto.

VI.1. Preguntas de investigación.

La inquietud que se esconde detrás de este complejo planteamiento se podría encerrar en las siguientes preguntas:

- ④ ¿Qué código amoroso está implícito en el habla juvenil epistolar? ¿Qué elementos lo compone? ¿Cómo se relacionan entre sí esos elementos? ¿Cómo funciona el código amoroso?
- ④ ¿Cómo usan los adolescentes ese código en su habla epistolar? ¿Cómo lo manejan? ¿Qué pasa con los elementos del código ya en las epístolas amorosas?
- ④ ¿Qué saber social denota tanto el código como el uso que se hace de él? ¿Qué dice acerca del amor? ¿Cómo se conforma ese saber?

Si se mira bien, estas preguntas conducen a un estudio descriptivo, cuya estrategia de investigación se basará en el análisis textual. La carta amorosa resulta la herramienta idónea para conformar el corpus a base de enunciaciones amorosas propias de los sujetos de interés.

VI.2. Objetivos.

Los objetivos de esta investigación son:

- ④ Dilucidar el código amoroso inmerso en las cartas de amor de adolescentes zamoranos, distinguir su composición y reconstruir su funcionamiento, todo esto a través de la descomposición textual de esas cartas en tópicos y figuras, para esclarecer, con ello, si existe o no un código amoroso identificable y vigente.

- ② Detectar el tipo de uso que se le da a ese código, ubicando, a través del mismo análisis textual, las funciones de las figuras y las tópicas en el habla epistolar de los adolescentes zamoranos implicados en el corpus.
- ② Reconstruir el saber amoroso que se maneja a nivel del habla a través de las tópicas y las figuras, esclareciendo la imagen que se maneja del amor en los textos del corpus y las implicaciones lógicas de asumir esas imágenes como ciertas.

VI.3. Hipótesis.

Las hipótesis con las que se partieron antes de iniciar esta pesquisa, son las siguientes:

- ② El discurso amoroso denotado en el habla juvenil del sector de sujetos estudiados, se presenta como confuso y complejo. Por tanto, tanto las tópicas como las figuras que se encuentren en él denotarán, en su lógica y organización, la misma confusión y complejidad. Una de las posibles causas de dicha complejidad probablemente sea que se usan, en una misma enunciación, diversas tópicas que evocan, cada una, un tipo de saber amoroso distinto. Al conjuntarlas en el texto, puede que cada tópica tenga una función específica para los fines retóricos de la carta y para los fines del mismo discurso, pero, para las concepciones y derivaciones lógicas del saber amoroso, dichas funciones se contraponen, llevando al autor y al lector, al fin, a una confusión o a una hiper-complejización del mensaje. Por eso se cree que el discurso amoroso del habla juvenil sea complejo y oscuro.
- ② Acerca del código amoroso manejado por los sujetos, se espera encontrar figuras y tópicas recurrentes. Dicha recurrencia demostrará que parte de lo que define al discurso amoroso es, precisamente, las constancias de figuras y tópicas.

- ② Sobre el saber social denotado en el código se presupone que éste raye entre los principios religiosos y morales que prevalecieron en las sociedades conservadoras y católicas provincianas mexicanas, como Zamora, y las tendencias emotivas desatadas por el planteamiento de ideas hechas en otros lugares sobre la igualdad de géneros, la libertad sexual y la pluralidad religiosa, que conlleva a una pluralidad de moralidades, pero traídas al contexto zamorano a través de la importación de otras enunciaciones amorosas, como las canciones, las telenovelas, las miniserias, los reality shows, las novelas, o, simplemente, los documentos informativos que transitan por la Internet. Por tanto, el saber amoroso denotado en el código presentará síntesis de estas dos tendencias, ubicando, tal vez el saber de una para ciertas causas y el saber de la otra para otras causas.

Estas son las líneas de trabajo para esta investigación. Va, entonces, su desarrollo.

MARCO TEÓRICO

El discurso amoroso es un concepto esclarecido por Barthes (2001), autor francés de la corriente estructuralista que, con sus derivaciones, planteó una estrategia de estudio para el fenómeno que dilucidó. De dicha estrategia y de sus observaciones sobre el discurso, se pudieron retomar los puntos necesarios para hacer una guía reflexiva no solo sobre la composición textual del discurso amoroso, sino también sobre sus dimensiones constitutivas extra textuales, las cuales, por cierto, crean nuevas vías de acceso a otra serie de fenómenos sociales entramados, cuyo impacto se esparce en toda la realidad social. Si se visualiza al discurso amoroso como objeto propio del campo de la Comunicación, su composición, hecha de figuras y tópicos, y tridimensionalidad, textual, psico-cognitiva y social, producirá útiles aportaciones a la reflexión sobre la creación de sentido. Este capítulo presenta el recorrido analítico que esclarece esta lógica, conduciendo, con ello, al posicionamiento propositivo de abordaje que esta tesis pretende.

I. *El discurso amoroso como objeto de estudio: el esbozo Barthesiano.*

Barthes (2001) afirma que existe un “discurso amoroso” que es deslindable del sujeto que lo enuncia. Dicho discurso está hecho de lugares comunes por los que la enunciación del enamorado transita, formando, con su transitar, figuras codificadas y reconocidas socialmente, mismas por las que se logra decirle algo al amado. Ese algo que se le dice al amado no importa demasiado para el interés del discurso amoroso, dice Barthes (p.15), puesto que lo que interesa en él son las figuras que forma el enamorado al ir y venir por las tópicos (nombrándolos, evocándolos o ignorándolos), ya que ellas son las que, al fin, le otorgan peculiaridad a su discursar. La característica principal, pues, de dicho ir y venir es que, precisamente, se esperaría que dicha acción tuviera algún orden estipulado, dado que, según Barthes, las figuras son reconocidas por otros e implican cierto consenso, pero no lo tienen y es ese desorden la esencia de este tipo de discurso.

Esta afirmación de Barthes señala, por sí misma, la existencia de un fenómeno particular, distinguible y cognoscible, denominado por él como “discurso amoroso”, el cual implica, desde las mismas descripciones que él da, una composición conceptual que permite desmenuzarlo. Por ejemplo, según este autor existe, pues, algo denominado

discurso al cuál define como “la acción de correr aquí y allá”, suponiendo así la existencia de un sujeto que ejecuta el acto de correr, de un lado para otro, en un escenario en el cuál transita, mismo ejercicio que hace un sujeto al enunciar, en un texto, una y otra cosa, transitando, así, por los rincones posibles de la significación. Desde esta otra acción, es decir, desde la enunciación, discurso equivaldría, entonces, a la ejecución de dicho acto en un texto donde se enuncia una y otra cosa. El paralelismo entre correr y enunciar no está explícito en el texto de Barthes, sin embargo se desea plantear aquí como si uno fuera la metáfora del otro, dado que dicho ejercicio resulta pertinente si se parte de la idea, claro, de que “discurso” y “enunciación” tienen más parentesco en la disciplina lingüística, la cuál auspia parte de esta reflexión, que “discurso” y “correr”.

Así entonces, en la concepción de Barthes sobre ese fenómeno, cada cosa enunciada, cada lugar visitado supone la existencia de espacios en el escenario o de temas en el texto, es decir, de lugares, al fin, por los que el sujeto caminante o enunciante traza en su correr o en su enunciar. El autor los denomina como “tópicas”. Bajo la metáfora del caminante, la tónica equivaldría, entonces, a un espacio particular del escenario en el cual el sujeto se encuentra. Bajo la idea de la enunciación, la tónica equivaldría, así, a un tema o a una imagen de algo que se describe o se enuncia como latente. Así, pues, recreando en un texto o en un escenario la idea de Barthes (2001) de que el sujeto enunciante o corredor visita, en su transitar ciertos lugares, se podría suponer, aventurándose en la metáfora, que cada tónica, entonces, es revestida por la visión del sujeto, ya que es el sujeto el que la palpa en su recorrido o los nombra en la enunciación. Dígase, pues, que cualquiera de los dos actos, correr o enunciar, genera una experiencia personal y desde esa experiencia personal se corre o se enuncia. Si la función de la tónica, en cualquiera de las dos metáforas, es evocar un sitio o una imagen, lo que se exprese o se viva sobre ese sitio depende, entonces, del sujeto.

Ahora bien, el resultado de la correría o de la enunciación no es absolutamente subjetivo o, por ello, cerrado en su significación o en su implicación social. En la conjugación de ambos verbos se supondría que el sujeto actante trazara una línea en el texto o en el escenario que marcara su discurrir. Dicha línea es definida por Barthes (2001) como

“figura” y es concebida por él, si no bien como producto del consenso, sí al menos comunicacional y social. La figura, en el caso del caminante, equivale al camino trazado por su andar, mientras que para el enunciante la figura equivale a la articulación de las enunciaciones hechas en el texto. Así, pues, caminante y enunciante discurren y trazan, a la vez, un camino cuya hechura implica, en sí, una experiencia personal, pero de corte lo suficientemente sociales como para que signifique algo para otros.

Por otra parte, tanto el caminante como el enunciante, señala el autor, discurren y trazan guiados por algo, es decir, que no van sin sentido solo por ahí. Eso que los guía funciona como una especie de fuerza que los impulsa a ir allá y no acullá, en fin, que los ayuda a elegir el trazo de su camino. Para el caso del caminante, Barthes asegura que es el “sentimiento amoroso” el encargado de funcionar como guía. Traducido ese elemento a la enunciación, el “sentimiento amoroso” equivaldría a una especie de lógica que teje y une enunciación tras enunciación, evitando tales tópicos, suponiendo tales otras, evidenciando las demás, en fin, dándole forma al discurrir. Así, pues, la figura implica, tanto para el caminante como para el enunciadore, una articulación del recorrido hecho por el sujeto, en el que se incluye la intención de dicho recorrido, dado que es experiencial y personal, o, como dice el autor, dado que implica el *“empleo en la economía significativa del sujeto amoroso”* (2001; p.15).

Acorde con Barthes, entonces, se está ante un fenómeno distinguible consistente en un acto practicado por los sujetos, el cuál tiene connotaciones sociales y funciones comunicacionales. Dicho acto arroja un producto, “el discurso amoroso”, y dicho producto se puede analizar según los elementos que lo componen. En él se encontrarán tópicos, figuras, y un sentimiento amoroso que coordina la conjunción de los elementos para formar el particular producto. Eso es lo que señala Barthes. Ahora bien, si se sigue su lógica y el paralelismo entre “correr” y “enunciar”, al discurso se le puede definir, entonces, como al acto de enunciar una serie de tópicos que refieren a algo, formando con ello figuras discursivas que denotan y comunican el recorrido y la intención del que enuncia. Por lo tanto, el discurso está conformado por el acto de enunciar, las tópicos, las figuras y la lógica de articulación, la cuál tiene elementos comunicacionales y sociales. Así, entonces, el

fenómeno cognoscible que señaló Barthes equivale o permite señalar al fenómeno de la enunciación, acto práctico de uso social y comunicacional que posee los mismos elementos por él señalados.

El discurso amoroso, entendido desde la enunciación, supone, pues, una particularidad no solo encerrada en la conjunción de sus elementos, sino en el toque de su calificativo: “amoroso”. En este afán de esclarecer el fenómeno advertido por el autor francés, suponer una particularidad del discurso amoroso por lo amoroso, conlleva a crear una distinción entre este discurso en particular y otros tipos de discurso, es decir, entre este acto particular de enunciar ahora denominado “amoroso”, y otros posibles actos de enunciación. Según la descripción de Barthes, lo distinguible de este discurso es, principalmente, el desorden de su orden, el “sentimiento amoroso” que articula de forma peculiar las enunciaciones, generalmente resultando ilógicas o contradictorias, y el tipo de sujetos que lo enuncian, es decir, los amantes, quienes, a su vez, se dirigen a un destinatario en particular, los amados. ¿Bastará eso para particularizar al discurso amoroso? Hasta el momento no, puesto que el desorden admite, al fin, un orden, el sentimiento amoroso desemboca en una lógica discursiva que, pese a su incoherencia, resulta igual de lógica, y los emisores y receptores son definidos por el mismo término que aún no es conceptualizado. Por tanto, las explicaciones de Barthes (2001) no bastan aún para apuntalar la existencia de un fenómeno inconfundible.

La existencia de un discurso “amoroso” supone, a su vez, la existencia de un discurso “no amoroso” o de varios discursos “no amorosos”. Barthes no aborda, en este texto, esa diferenciación. Sin embargo se puede suponer que, si son varios elementos lo que configuran al “discurso amoroso”, la mutación de cada elemento posibilita, entonces, la conformación de otro tipo de discurso. ¿Cómo se distingue, entonces, éste discurso de los otros posibles? Aún no queda claro.

Ahora bien, el suponer que existe “un” discurso amoroso, obliga a creer que existe solo “un acto de enunciación”, es decir que existe solo un tipo de enunciación que refiere a lo amoroso. Barthes (2001), por otra parte, retoma distintos textos para reconstruir el discurso

amoroso. Por tanto, la enunciación del discurso es única y los textos que contienen la enunciación no. Es decir, en términos de la metáfora del caminante, que el mapa del corredor es uno solo y los caminos posibles trazados en él o dirigidos por él son infinitos. Entonces, eso implica que los distintos textos de los distintos emisores, con sus distintos destinatarios, enuncian, aún en sus diferencias, el mismo discurso. Por consiguiente, no son los textos, ni los emisores o los destinatarios quienes distinguen al discurso amoroso de otros discursos, sino que es el mismo discurso el que puede definirse y distinguirse a sí mismo. ¿Qué tiene entonces el discurso amoroso que no tengan los demás? Insisto, eso no queda claro en Barthes.

Sin embargo, con las distinciones y derivaciones que sí permite hacer la afirmación de ese autor, se tiene ya perfilado una serie de dimensiones de un fenómeno que, si bien no se puede distinguir del todo, sí se tiene la suficiente noción de él como para considerarlo un buen objeto de estudio. El discurso amoroso, entonces, consiste en el acto de enunciación que ejecuta un sujeto; acto mediante el cual se abordan distintas tópicas y se trazan distintas figuras, articulados, entre sí, por una lógica que particulariza al conjunto y lo define. Las figuras principalmente, pero también las tópicas y la articulación del todo, implican cierta codificación, significación y comunicabilidad, es decir, constituyen, en sí, la enunciación, pero la enunciación entonces es un acto social cuya función es significar. Gracias a dicho acto el sujeto ejecutor, generalmente identificado como el amante, puede transmitirle algo a un sujeto receptor, denominado en este caso como amado. El discurso amoroso, así visto, es, pues, una práctica social y, como tal, tiene una función social y comunicacional. Si es así, está enmarcada, entonces, en otro u otros sistemas de prácticas sociales, en contextos estructurales mucho más complejos, pero igualmente significantes y funcionales.

Por otra parte, el discurso puede enunciarse a través de distintos tipos de textos o de enunciaciones. El texto y el discurso, entonces, son distintos. Los textos contienen trozos de discurso, pero no son el discurso. Todo texto funciona como espacio de acción del discurso o de los discursos. Permite, pues, que el sujeto enuncie distintas cosas, entre ellas las que constituyen un tipo de discurso particular. El acto de enunciación no es el discurso en sí, sino que el acto de enunciar ciertas cosas de ciertas formas sí lo es. En todo texto, el sujeto

ejecuta la enunciación, pero distintos tipos de enunciación. Por tanto, el texto está hecho de prácticas enunciativas del sujeto, entre las cuales puede estar la enunciación del discurso amoroso. Texto y discurso son, al fin, prácticas funcionales, significantes y comunicables del sujeto. El discurso amoroso es una práctica particular del sujeto, descomponible en elementos, distinguible y analizable, mas no aprensible, asible, estática o inmutable.

Se podría prestar a creer que el discurso amoroso existe pese al sujeto que lo enuncia. Es decir, que el discurso amoroso es un fenómeno que existe fuera del sujeto y que lo atraviesa, del mismo modo como puede atravesar a su texto y manifestarse en él. Lo cierto es que se dijo ya, leyendo a Barthes (2001), que el discurso si se puede distinguir del sujeto que lo dice, pero no por ello prescindir del sujeto. También se dijo que el discurso tenía elementos consensados y sociales, pero no por ello predeterminado para el sujeto.

Lo que se quiere dejar claro, pues, es que el discurso amoroso sí es distinguible y social, pero no por ello totalmente ajeno al sujeto, inmutable, predeterminado, preexistente y permanente. El discurso amoroso, al fin, es una práctica humana, por tanto tiene tintes estáticos y predefinidos, pero otros tantos que se actualizan cada vez que se ejecuta. Posee, pues, la estática y la dinámica de lo social. Se transforma y permanece, atraviesa al sujeto y es atravesado por el sujeto, es nuevo y viejo. En fin, todo esto se puede derivar de la aseveración de Barthes acerca del fenómeno llamado “discurso amoroso”.

El interés de este proyecto es centrarse en este fenómeno. Sin embargo, asumirlo así, como objeto de estudio, acarrea sus riesgos conceptuales, sobre todo porque, como se ha visto, no ha sido definido del todo y muchos de los elementos que lo componen no han quedado totalmente delimitados o, incluso, anclados con lógica a lo apenas pronunciado por Barthes. Propongo, entonces, que a continuación se aborden y discutan a detalle, desde Barthes mismo y otra serie interlocutores pertinentes, cada uno de los elementos supuestos y ya mencionados del “discurso amoroso”, con el afán de demarcar la composición del fenómeno a estudiar y para poder justificar, con solvencia, la propuesta de abordaje que persigue esta tesis.

II. *Discurso y texto: definiciones y diferencias.*

Imaginando y materializando la metáfora que usa Barthes (2001) sobre el sujeto que corre, habría que suponer una distinción entre discurso y correr, es decir, entre discurso y enunciación. Si fuesen lo mismo, el acto de correr y discurrir equivaldrían, así como equivaldrían el acto de enunciar y discurrir. Pero la particularidad del discurso, según el francés, es que se vuelve un acto continuo en donde lo sobresaliente es que se va de aquí para allá repetidas veces, dejando ver un escenario mucho más grande y complejo que el de una correría simple. El discurso, entonces, se convierte en un mapa de las correrías del sujeto donde se visualizan no solo los caminos trazados por el individuo, sino todos los caminos posibles, incluso los que se evitaron o los que no se hicieron, pero que están ahí puesto que el escenario es ese. El acto de correr, sin embargo, obliga a centrarse en el sujeto y en la decisión que él hace al actuar sobre un camino específico, de una forma específica, en una búsqueda específica. Se corre por un solo sitio y, a veces, el que corre, no logra ver el paisaje completo.

Traspassando estas suposiciones a la concepción de discurso como acto de enunciar tal y cual cosa, el discurso se concretaría en una especie de plano donde todas las posibilidades de enunciar están presentes y vinculadas, claro, a un tipo de tema que las congrega. La enunciación, en cambio, sería la expresión concreta del sujeto de una de esas tantas enunciaciones. El sujeto, al enunciar una serie de expresiones pertinentes al discurso, discurre en realidad, pues permite ver ese plano donde las enunciaciones se congregan en torno a un tema, mas sin embargo, solo enuncia una sola expresión a la vez, enunciación que no hace al discurso, aún cuando pertenezca a él.

Así, discurso y enunciación se definen y diferencian bajo la lógica del conjunto: el discurso está hecho de enunciaciones, sin enunciación no hay discurso, pero la enunciación sola no hace al discurso, sólo un conjunto coordinado de ellas podría conformarlo. Esa sería, más o menos, la imagen que se puede manejar de discurso y enunciación al jugar con las concepciones de Barthes (2001). Ciertamente que este juego se asemeja mucho a la

matemática de conjuntos y supone, ya en la cotidianidad, afirmaciones cuestionables, como la que admitiría la preexistencia de los discursos a la enunciación del sujeto, pero al fin válgame la visión como punto de partida para discutirla.

Esta lógica de conjuntos, de hecho, no dista mucho de la noción de paradigma y sintagma que Saussure (1982) propuso para la significación, donde paradigma refiere al sistema de posibilidades de significación que un sujeto tiene para revestir al signo, y sintagma como la elección particular hecha por el sujeto. Aquí sí hay una suposición obvia de que la significación existe antes de que el sujeto la use para revestir un signo, puesto que Saussure parte de la idea de que el signo pertenece a un sistema de significación de uso cultural, por lo que la significación realmente precede al uso que haga de ella el sujeto. El paradigma se convierte, entonces, en un conjunto de sintagmas posibles y preexistentes vinculados a un tema en particular, tal como el discurso se conforma de enunciaciones posibles, preexistentes o no, vinculadas a un tema en particular. Por otra parte, ¿qué es la enunciación si no un revestimiento de significación de algo? Eso da más pie a suponer, entonces, que la relación entre paradigma y sintagma realmente puede describir a la relación entre discurso y enunciación. Son, entonces, dos elementos distintos pero vinculados entre sí por cuestión de composición.

Según Ducrot y Schaeffer (1998) toda enunciación es, en realidad, un texto y texto es definido, por ellos, como una cadena de signos que forma una unidad comunicacional (p.547). Dicha cadena de signos, en un sentido transemiótico, puede no solo implicar palabras, sino también imágenes, construcciones, sonidos, actos, en fin, todo aquello que pueda significar algo. Esto se contrapone a otras concepciones de texto que los mismos autores exploran y presentan, como aquella que lo concibe como una cadena hecha exclusivamente de palabras escritas, o como otra que lo asume sinónimo del discurso. Sin embargo, por ser la concepción más amplia y prolífera, conviene definir al texto como lo ya dicho: una cadena de signos que forma una unidad comunicacional.

En el caso de la Lingüística, la cadena que conforma el texto está hecho de palabras, ya sean habladas o escritas (Ducrot y Schaeffer, 1998), así que puede componerse por una

secuencia de oraciones, una única oración o un fragmento de oración. Así, por tanto, texto se diferencia de oración en el mismo sentido que discurso se diferencia del texto: la oración no es el texto aunque el texto puede solo comprender una oración, así como el discurso no es el texto, aunque el discurso puede comprender al texto. El texto, entonces, está compuesto por unidades, las cuales, a su vez, se estructuran con un fin comunicacional. Las oraciones comunican algo y, por tanto, el texto también.

En cuanto a la relación entre texto y discurso, el lazo, señalan Ducrot y Schaeffer (1998), depende de cómo sea definido el último término. Si discurso se define como un conjunto de enunciaciones emitidas por un sujeto y caracterizadas por un tema, bien puede coincidir con la definición ya dada de texto. Pero si se define discurso como un conjunto de textos, es decir, como un conjunto de enunciaciones o de unidades comunicacionales dichas por uno o varios sujetos, las cuales versan, independientemente de su procedencia, sobre un tema global, entonces discurso se sigue distinguiendo del texto o de la enunciación por la lógica de composición. Esta última definición de discurso es con la que se quedan los autores citados.

Ahora bien, si se asumiera esa misma definición de discurso y texto para el objeto de estudio que aquí se pretende abordar, se partiría entonces de otro orden de presupuestos acerca del origen del discurso muy distinto a lo ya dilucidado con Barthes (2001). En el caso de ésta definición de discurso, no hay una conjetura acerca de la preexistencia del discurso sobre la enunciación o el texto. Más bien, el discurso se conforma de las enunciaciones o los textos ya dichos, escritos o hechos. Por tanto, el discurso se actualiza cada vez que se enuncia algo más sobre el mismo tema. Nunca termina de concluirse y nunca permanece inmutable. En el caso de las derivaciones hechas sobre el texto de Barthes, uno se podía imaginar al discurso como el mapa de posibilidades enunciativas, es decir, preexistentes a la enunciación. Pero, ¿quién las habían enunciado ya como para suponerlas?

En realidad, no hay mucha incoherencia entre una y otra deducción. De hecho, se puede partir de lo que se intuye de la definición de Ducrot y Schaeffer (1998) para entender lo que

se entresacó de Barthes, es decir, que el discurso ciertamente no existió antes de todas las enunciaciones, sino que se hizo de las enunciaciones cotidianas. Por tanto, es un producto de la enunciación.

Sin embargo, la enunciación también es un producto del discurso, puesto que lo que se ha enunciado ya, precede, inevitablemente, a las nuevas enunciaciones. Así, entonces, se puede decir que ambas derivaciones son correctas, que sí existe un mapa más o menos acabado de las enunciaciones posibles, pero que dicho mapa fue construido luego de las enunciaciones ya hechas sobre algo. El mapa, pues, nunca es definitivo, dado que es transformado con cada enunciación hecha, pero también delimita, de alguna manera, las posibilidades de enunciación.

Queda, entonces, entendido que el discurso, hasta el momento, se define como un conjunto de textos o enunciaciones vinculadas por el tema que los congrega, independientemente de si provienen de un mismo emisor o no, mientras que la enunciación o el texto es la cadena lingüística, escrita o hablada, que conforma una unidad comunicacional, producida, siempre, por un solo emisor para determinado destinatario.

III. *La composición del discurso: acto, figura y tópica.*

Ahora bien, según el supuesto de Barthes (2001), el discurso amoroso es distinto a otro tipo de discursos. Si se ha definido discurso como el conjunto de textos vinculados en torno a un tema, quedaría claro que lo que distingue el discurso amoroso de otros discursos es, por tanto, su tema, es decir, el amor. Sin embargo, viendo las derivaciones posibles de la afirmación del autor francés, podría entenderse que no solo el tema distingue al discurso amoroso, sino que la composición misma de éste es lo peculiar en él. Barthes hablaba de tres elementos que conformaban al discurso amoroso: el acto, las figuras y las tópicos.

El acto, como se ha distinguido, corresponde a la enunciación, es decir a la creación del texto. Un conjunto de actos o de enunciaciones o de textos, conforman al discurso. Eso

mismo se entendería en la definición Barthesiana de discurso si se le sigue asumiendo como el acto de “correr de aquí y allá” (2001; p.13), puesto que enunciar algo correspondería solo a correr aquí. Correr aquí y allá implica, entonces, más de una enunciación, lógica que se confirma si se considera que Barthes usó distintos textos para reconstruir el discurso amoroso. Por tanto, sí, discurso conlleva una serie de enunciaciones o de textos, es decir, una serie de actos.

¿Qué compone al texto o a la enunciación? Hasta lo aquí expuesto, solo oraciones. Sin embargo, esas oraciones se maquilan con un fin comunicativo, por lo que involucran un emisor y un receptor. Pero, ¿bastarán estos elementos para descomponer al acto y develar la unicidad del discurso amoroso? Eso está en duda, al menos hasta que se profundice en la composición del texto.

Por otra parte, las figuras y las tópicos son elementos, sí, mucho más elaborados por Barthes, aunque igualmente oscuros, puesto que refieren al texto y, a la vez, al discurso. ¿Cómo distinguirlos? ¿Son parte del texto o del discurso? Ciertamente que si son parte del texto son, entonces, en cierto modo, parte del discurso, pero su ubicación concreta no queda claro. Leyendo detenidamente la propuesta de Barthes (2001) uno supondría que tópicos y figuras están en el texto y que, por vía del texto, son parte también del discurso.

Sin embargo, si el texto implica un acto comunicativo y una serie de oraciones, es decir, un orden compaginado a un fin, la aparición de tópicos y figuras estarán forzosamente apegados a ese sistema. Si en el discurso, el fin comunicativo se diluye para solo prevalecer la pertinencia del tema, la configuración de las tópicos y las figuras cambian. ¿Cómo serán, entonces, éstas en el discurso? ¿Cómo identificarlas? ¿Cómo extraerlas? Eso es lo que se aclarará a continuación.

Va, entonces, un recorrido crítico por los elementos supuestos del discurso amoroso con el afán de reconstruir sus componentes y así, entonces, distinguir la unicidad de este objeto o, al menos, permitir una operalización manejable que posibilite palparlo en la realidad.

III.1. El acto como texto o enunciación.

Pérez Martínez (1998) define texto como el resultado de un acto de enunciación, y a la enunciación como un acontecimiento histórico individual constituido por la producción de un enunciado, frase o texto, que recaba su valor en el contexto que lo produjo. Así, entonces, texto y enunciación son equivalentes, por lo que se les puede usar indistintamente para describir al mismo acto. Ahora bien, lo hasta aquí definido por Pérez Martínez involucra, ya, dos elementos:

- a)** El enunciado, frase o texto y
- b)** El contexto que le da valor al elemento anterior.

Sin embargo, aún queda por aclarar qué es el texto o la enunciación. El mismo autor afirma que el texto o la enunciación consiste en un conjunto de estrategias para decir lo que se quiere decir, de la manera en que se quiere decir, a fin de producir los efectos deseados en un destinatario. Por tanto, un texto implica un fin comunicativo, una forma de llegar a ese fin y los resultados de los esfuerzos hechos por alcanzarlo. Además, claro está, involucra ya a, al menos, dos sujetos: un emisor y a un receptor. Schmidt (1978) coincide con esta explicación, pues postula que cada elemento de un acto comunicativo, en una actividad comunicativa, es un texto. Así, pues, él cree que un texto posee una orientación temática, cumple una función ilocutiva, es decir, sociocomunicativa, es provocado por un hablante y es perceptible por uno o varios interlocutores. Ambos coinciden, entonces, en que hay un emisor y un receptor, pero también coinciden en que hay un fin comunicativo, ligado totalmente al tema, para el cual se dice tal cosa de tal manera, cumpliendo de ese modo la función ilocutiva.

Austin (1988) revela, por otra parte, que en un acto comunicativo se llevan a cabo, a la vez, varios tipos de actos: actos locutivos, actos ilocutivos y actos perlocutivos. El acto locutivo refiere al hecho mismo de decir algo. El acto ilocutivo, en cambio, refiere al hecho de decir ese algo de tal forma, manifestando con ello el modo en que se ha de entender la

locución (en forma de orden, de argumentación, de información, etcétera). El acto perlocutivo, en cambio, se define por los efectos de la locución, consistiendo, entonces en los hechos ocasionados por el hecho de decir algo.

En un acto comunicativo, es decir, en el texto mismo, dice Austin, se realizan diferentes actos locutivos e ilocutivos. Los actos perlocutivos suceden fuera del texto y, por eso, son difícilmente tratables al estudiar las enunciaciones. Pero los actos locutivos e ilocutivos que suceden dentro del texto se encuentran en él organizados jerárquicamente, formando así un sistema coherente cuyo valor textual depende del orden de las enunciaciones. Así, entonces, la textualidad es definida acorde a la función comunicativa de los actos enunciativos.

Ahora, por otra parte, Pérez Martínez (1998) insiste en que no se debe perder de vista que en todo texto, es decir, en todo acto comunicativo hay siempre detrás un sujeto enunciante. Es en el sujeto sobre el que recae la intención y la función encerrada en el acto ilocutivo. Es el sujeto el que ejecuta el acto locutivo. Es el sujeto, pues, el que se esconde detrás del texto. ¿Cómo descubrirlo en él? Pérez Martínez señala que, al fin, debe considerarse que, tanto el acto locutivo, como el acto ilocutivo están regulados convencionalmente. La perlocución no, pero la locución y la ilocución sí, por lo que regresando a las convencionalidades de la construcción del texto, se puede llegar, entonces, al sujeto.

Toda enunciación, entonces, posee un sujeto. El sujeto es el que habla y se diluye en múltiples formas y a varios niveles de la textualidad. Por eso se le puede encontrar en la forma de la enunciación, es decir, en el juego de sustantivos, en los tiempos verbales, en el léxico elegido, en el tono del propósito, en la codificación de las figuras, en la selección misma de las figuras, etcétera. Así, pues, leer un texto es, entonces, encontrar al sujeto que hay detrás. Al menos es así como lo maneja este autor, al asegurar que la interpretación de textos implica identificar los recursos y las estrategias empleados por el emisor, para luego deducir, con ellos, lo que quiso decir el emisor al destinatario.

Barthes (1980), en cuanto a esto de la interpretación, cree, en cambio, que esa búsqueda por descifrar el mensaje original que el autor codificó en el texto es imposible. Asegura, empero, que lo que sí se puede hacer es leer el texto, es decir, revestir la enunciación con las estrategias y los recursos del lector, diversificando, con ello, las posibilidades del texto, único logro potencial de aquel analista que descomponga la enunciación en unidades de interés y no en oraciones. Por eso Barthes (1978) afirma que el texto es abierto y hecho de citas intertextuales, porque posibilita, pues, diversas lecturas.

Si se pensara en los puntos de acuerdo entre todos los autores hasta aquí citados, se llegaría, entonces, a la conclusión de que:

- ④ la enunciación equivale a un texto,
- ④ la enunciación, está hecho de unidades comunicacionales llamadas oraciones (Ducrot y Schaeffer, 1998), o llamadas unidades de interés (Barthes,1980),
- ④ la enunciación es un acto comunicativo, mediante el cual se dice algo, de alguna manera y con alguna intención, a alguien,
- ④ la enunciación, entonces, implican actos locutivos e ilocutivos, los cuales encierran la intención del autor (Austin, 1988),
- ④ por tanto, existe un sujeto autor que supone la existencia de otro u otros sujetos receptores,
- ④ la forma de los actos locutivos e ilocutivos que conforman la enunciación es, en todo caso, convencional,

- la enunciación puede ser objeto de un ejercicio interpretativo, ya sea reconstruyendo la mirada del autor (Pérez Martínez, 1998), o revistiendo con la mirada del lector la enunciación del autor (Barthes, 1978).

Al fin, entonces, estos autores coinciden en que la enunciación o el texto es un acto comunicativo individual que, en caso de aunarse a otros enunciados que versen sobre un mismo tema, llega a ser parte de un discurso. Ahora bien, volviendo a la primicia inicial de Barthes (2001) de que existe un discurso amoroso distinguible entre otros discursos, se supondría, entonces, que los textos que conforman al discurso son distinguibles también.

Ya se hacía la especulación de que, probablemente, una de las distinciones de dicho discurso era el tema del amor, el cual congregaba los textos del discurso. Barthes, también, suponía que otra de las distinciones era, precisamente, los emisores y receptores de los textos del discurso amoroso. Al ser uno el amante y el otro el amado, el texto mismo se particularizaba de tal manera que el discurso, en sí, se particularizaba también. Estos supuestos de distinción tienen lógica dentro de las conclusiones a las que se llegaron al definir la enunciación.

La enunciación involucra, ciertamente, a un emisor y un receptor. Si el emisor y el receptor tienen un vínculo amoroso, resulta obvio que entonces el texto mismo se imprima de una particularidad. ¿Cuál? Bueno, hasta lo que queda claro aquí es que lo que dice el autor en el texto, la intención de lo que dice y la forma como lo dice, es decir, los actos locutivos e ilocutivos, serán, forzosamente, vinculados a lo amoroso, puesto que su relación con el receptor es amorosa. ¿Qué de particular tiene lo que dice, la intención de lo que se dice y la forma en como se dice en el discurso amoroso? Según Barthes (2001), la particularidad de este tipo de discurso recae enteramente en las tópicas (en lo que se dice) y en la figuras (en la forma e intención de lo que se dice).

Ahora bien, cabe entonces preguntarse otra serie de cosas, como por ejemplo: ¿en qué consisten las tópicas y las figuras? ¿Realmente concuerdan con elementos del texto?

¿Realmente llegan a ser tan recurrentes como para establecer un discurso amoroso constituido por ellos? Eso es lo que se ha de dilucidar a continuación.

III.2. *Las figuras discursivas: los movimientos del autor y sus funciones en el texto.*

Barthes (2001) concibe a las “figuras” como una especie de arrebatos del lenguaje, es decir, como movimientos caprichosos y aleatorios del autor-amante que no deja de “correr” por el texto, haciendo esto o aquello, trazando, al fin, una serie de caminos que conforman su devenir, tal y como si fuese una coreografía en un escenario. Cada trazo reconocible de dicho camino, cada serie sistemática de movimientos en la coreografía, es, en sí, una figura. La figura, por tanto, está circunscrita y debe ser memorable, puesto que la esencia de ella, según la concepción Barthesiana, es precisamente que se le reconozca y se le de por entendida. Delimitada e identificable, la figura, entonces, se vuelve un código: el código del discurso amoroso.

Este código, bien mirado, está hecho de acciones, acciones ejecutadas por el sujeto autor al “correr” aquí y allá. Por tanto, si se le viera bajo la lógica del texto, dichas acciones corresponderían, entonces, a los actos locutivos e ilocutivos, señalados por Austin (1988). Los actos locutivos e ilocutivos componen el mensaje y el modo en que dicho mensaje debe entenderse. Al fin, el mensaje no es más que lo que dice el sujeto emisor, quien ejecuta el acto de expresarlo. El modo en que se expresa dicho mensaje concreta otro acto, que es el de marcar la forma en que lo dicho se ha de entender. Los actos locutivos e ilocutivos, por tanto, recuerdan a la correría del sujeto Barthesiano, quien hace, caprichosamente, esto y aquello, aquí y allá.

Los actos, en un texto, suceden en secuencia. A veces un texto está compuesto sólo por un par de actos, como lo suponían Ducrot y Schaeffer (1998) al señalar que una sola oración o, incluso un trozo de oración podía constituir un texto. En una oración se dice algo y se manifiesta, de alguna manera, cómo se ha de entender ese algo. Por eso un texto puede

incluir sólo un par de actos, uno locutivo y otro ilocutivo. En otras ocasiones, como estos mismos autores decían, los textos estarán compuestos por más oraciones, implicando, entonces, más pares de actos.

Si se piensa con la lógica de Barthes (2001), quien centra la acción del texto en el autor, la secuencia de esos actos, locutivos e ilocutivos, en un texto compuesto por varias oraciones, trazan, al fin, una figura compuesta por los movimientos que hace el autor en el texto mismo. Es decir, si se entiende el concepto de “figura”, propuesto por Barthes, dentro del concepto de texto, manejado por Ducrot y Schaeffer, el primero implicaría no solo a los actos locutivos e ilocutivos, elementos inherentes al texto, sino a la secuencia de éstos en el texto; secuencia que sí traza movimientos del sujeto en la enunciación y que, al fin, permiten reconocer y delimitar una serie de acciones del autor que equivalen, pensándolo así, a la figura Barthesiana. La figura Barthesiana, por tanto, equivaldría a la secuencia de actos locutivos e ilocutivos en el texto que permiten crear un sentido sobre algún movimiento particular del autor. Si se le entiende así, se cumplen los requisitos que Barthes puso para denominar a la figura, que es la demarcación y el reconocimiento.

La figura, entendida ya como una secuencia de actos locutivos e ilocutivos que definen un movimiento del autor en el texto, tiene, por tanto, una función comunicativa y una intención impuesta por el autor, tal como lo tienen los actos locutivos e ilocutivos de los que estaría compuesta. Barthes sí lo supone así, puesto que cree que, precisamente, es la figura, demarcada y reconocida, la que encierra el mensaje del autor y la que logra ser comunicada. Tan lo cree, que llega a señalar que la figura está configurada por un “sentimiento amoroso”, mismo que le imprime la intención y la forma errática al movimiento del autor (Barthes, 2001; p14). Están hablando, pues, de los mismos elementos.

Los límites de una figura, para Barthes, quedan claros hasta que la figura es reconocible. Por ello, en su otro texto, S/Z (Barthes, 1980), propone que al texto se le fragmente en unidades de interés y no en oraciones, como Ducrot y Schaeffer (1998) indican. Austin (1988), en realidad, no aborda la división del texto, ni señala alguna unidad

de análisis que baste para identificar actos locutivos e ilocutivos. A veces, quizá, coincida con una oración, o, tal vez, se requieran más de ellas. Al no estar clara la demarcación necesaria para los actos locutivos e ilocutivos, quede entendido, pues, que si la unidad de análisis para Barthes es la unidad de interés y no la oración, ésta misma será para la figura. Al fin, media oración, una oración u oración y media, permitirán ver alguna secuencia de actos que definan un movimiento del autor.

Por tanto, la figura, entonces:

- ⊗ consiste en una secuencia de actos locutivos e ilocutivos que definen un movimiento del autor,
- ⊗ se circunscribe en una unidad de interés, es decir, en el trozo de texto que sea necesario para que el movimiento del autor quede definido,
- ⊗ encierra una función comunicativa,
- ⊗ manifiesta la intención del autor

Ricoeur (1994) ubica, curiosamente, estos mismos elementos en lo que él denomina como discurso. No es pertinente volver a la discusión de si discurso equivale a texto o no. El recorrido que ya se ha hecho ha deslindado ya un concepto del otro, diferenciándolos. Si se revisara el concepto de Ricoeur, probablemente se encontraría que él es uno de los que asume al discurso equivalente al texto o, al menos, su concepto de discurso equivale al aquí manejado como texto. En todo caso, pues, lo que él tenga que decir sobre el “discurso”, es decir, sobre el “texto”, es pertinente señalarlo ahora, dado que se está hablando del texto precisamente. Ricoeur, pues, diferencia lengua de discurso, es decir, lengua de texto de la siguiente manera:

	<i>LENGUA</i>	<i>DISCURSO</i>
<i>Denota la existencia de un...</i>	Código	Mensaje
<i>Implica una construcción...</i>	Colectiva	Individual
<i>Su conformación es...</i>	Sistemático y obligatorio	Arbitrario y contingente.
<i>Su vigencia se describiría como...</i>	Sistema que permanece en la temporalidad, pero que solo se actualiza en el discurso y se vuelve real.	Temporal y efímero como acontecimiento, pero que puede ser identificado y repetido.
<i>Su estudio es, por tanto,...</i>	Sincrónico	Diacrónico
<i>El conocimiento derivado de su estudio generaría una ...</i>	Lingüística del lenguaje	Lingüística del habla
<i>La disciplina que debe abordar su estudio es...</i>	Semiótica	Semántica
<i>Dicha disciplina se encarga de...</i>	Descomponer el discurso en partes significativas.	La conformación del significado.
<i>Su configuración como objeto es...</i>	Virtual	Real
<i>Lo central en el estudio del objeto es...</i>	La forma	La creación de sentido
<i>La descomposición pertinente para el análisis sería...</i>	Basado en el signo	Basado en la oración

1.- Cuadro comparativo, basado en Ricoeur (1994), entre lengua y texto.

El discurso, entonces, para Ricoeur (1994), consiste en el acto, mediante el cual, un sujeto emite un mensaje. Como acto, es real, temporal, efímero, arbitrario y contingente, basado más en el sentido que en la forma, de función comunicativa y de composición oracional, todos los atributos que, en las derivaciones hechas basadas en Ducrot y Schaeffer (1998), Barthes (1980, 1978, 2001) y Austin (1988), se le asignaban al texto. Por tanto, lo que propone Ricoeur para el estudio del discurso, aplica aquí para el estudio del texto, componente, al fin, de lo ya también definido como discurso.

Lo que interesa rescatar ahora del planteamiento de Ricoeur es su propuesta para analizar un texto. Él coincide con Ducrot y Schaeffer de que la unidad de análisis de un texto es la oración. Con la oración, se supone, puede extraerse el sentido, es decir, lo que Austin (1988) descomponía en actos locutivos e ilocutivos. Para ello, señala Ricoeur, se debe echar mano de la Semántica, única disciplina que permite desentrañar el sentido que deja el interlocutor en lo expresado.

Para Ricoeur (1994), la estructura interna de la oración remite a su hablante, dado que éste se hace presente en él por medio de procedimientos gramaticales llamados “translativos”, como los pronombres personales, tiempos verbales, los adverbios de tiempo y lugar y los demostrativos. A través, pues, de la identificación de estos medios, se vuelve posible encontrar no solo al sujeto emisor, sino su mensaje, la función de su mensaje y la intención de su emisión. Esto mismo era lo que Pérez Martínez (1998) proponía como la interpretación de un texto, dado que lo definía como el procedimiento mediante el cual se identificaban los recursos y estrategias empleados por el autor para la enunciación, cosa que permitía luego descifrar el sentido buscado por el sujeto emisor.

Benveniste (1971) propone, al igual que los dos autores anteriores, la búsqueda del sujeto en el texto como modo de interpretar al texto mismo. Dicha búsqueda la basa, también, en la identificación de los pronombres, adverbios, adjetivos, relaciones espaciales y temporales de la enunciación. Con ellos, insiste, se podrá reconstruir la subjetividad del emisor y, a su vez, con ello, el sentido de la enunciación misma. Así entonces, para Benveniste, el texto se define como un fenómeno de auto referencia en el que el sentido está en sí mismo y se puede acceder a él a través del enunciado y no ya a través del sujeto, siendo el estudio semántico, claro está, el modo de acceder. Expuesto esto, la coincidencia con Ricoeur se hace más que obvia, no solo por su mismo entender acerca del texto o del discurso, sino también por el papel central que juega, para ellos, el sujeto en el texto y por el señalamiento que hacen de la Semántica como la disciplina que permitiría la construcción de una Lingüística del habla, posición que los hace contraponerse, en un frente común, a la Semiótica saussureana, la cuál defendía la Lingüística de la lengua.

Sin embargo, la diferencia con Ricoeur es que Benveniste sostiene que, aún cuando el texto o el habla sea un acto individual, implica un código compartido. Ricoeur, en cambio, no lo conceptualiza así, sino que él sigue suponiendo, a la usanza saussureana, que el código es propio de la lengua y no del habla. En este punto, entonces, Benveniste y Barthes

(2001) coincidirían, dado que Barthes señala que el texto, es decir, los actos del sujeto emisor o las figuras, están codificados, son compartidos y son identificables.

Ahora bien, si se encuentra que la propuesta semántica de Ricoeur (1994) y Benveniste (1971) sirve para descomponer un texto de tal modo que se extraiga, de él, el o los sentidos de la enunciación desde la perspectiva del emisor, dicha descomposición es altamente compatible para la búsqueda de los actos locutivos e ilocutivos de los que hablaba Austin (1988), y de las figuras que definía Barthes (2001), mismos que se centran, también, en el emisor, como bien señaló ya Pérez Martínez (1998). Al fin, los actos locutivos e ilocutivos, es decir, las figuras, son las que crean un sentido, entendido éste, claro está, desde la misma concepción que manejan Ricoeur y Benveniste, puesto que los actos definen, como se había manejado, un movimiento del autor que es el que se quiere comunicar, es decir, el que constituye el mensaje, y, si es ese el mensaje del autor, pues, entonces, ese es el sentido del texto.

Si, además, se considera que Benveniste visualiza a dicha descomposición como la vía que permitirá reconstruir la codificación del habla, al igual que Barthes supone que la misma descomposición permitirá visualizar la codificación del habla amorosa, entonces quiere decir que se está hablando de un mismo procedimiento que obtiene un mismo resultado: los movimientos del sujeto emisor vistos, por la semántica, detrás del texto. Ciertamente que a estos “movimientos” del sujeto son denominados de distinta forma, según el autor, como por ejemplo Ricoeur (1994) les llama sentido, Benveniste (1971) significado y Barthes (2001) figura, pero al fin refieren un mismo fenómeno.

Quede, entonces, por sentado que si para Barthes el discurso amoroso se distingue por las figuras, éstas serán encontradas en el texto a través de su descomposición en unidades de interés, mismos que contienen una secuencia de actos locutivos e ilocutivos que definen un movimiento del autor. Estas figuras están circunscritas, codificadas y popularizadas, sin dejar, por ello, de expresar un movimiento particular de un sujeto particular, el cuál las emite. Simplemente son, pues, recurrentes y muy propias del discurso amoroso.

Sólo se puede llegar a traslucir la figura si se fragmenta al texto y se localiza en él el movimiento del autor, a través de, claro está, la Semántica, es decir, a través del estudio de la lógica que tejen los pronombres personales, los tiempos verbales, los adverbios, los adjetivos, las relaciones espaciales y temporales en el texto y para el texto mismo. Si se localizan los movimientos del autor en el texto, no sólo se interpretará a la enunciación, sino que permitirá recabar las figuras que alimentan al discurso amoroso, mismas que funcionan, según la lógica Barthesiana, como código exclusivo de éste.

Se acaba de señalar un nuevo detalle: las figuras se encuentran en el texto y para el texto. ¿A qué se refiere eso? Debe recordarse que Barthes (2001) localiza un conjunto basto de figuras recurrentes en un grupo variado de textos, tratando, claro, de reconstruir el código latente del discurso amoroso. Esas figuras localizadas refieren, según él, a argumentos que el amado-autor utiliza para posicionarse en el texto y emitir un mensaje. Las figuras no describen, explica Barthes, al autor, sino a lo que él quiere decir. Y es, al fin, a través de lo que el autor quiere decir, como él mismo se devela.

Por tanto, si se había definido figura como la secuencia de actos locutivos e ilocutivos que definen un movimiento del autor, debe entenderse ahora que ese movimiento del autor es, en realidad, un argumento que usa el autor mismo para sostener lo que quiere decir. Es, pues, una parte del mensaje. Por tanto, el movimiento del autor, contenido en la figura, tiene una función para el texto y para el acto comunicativo en sí. Si se descifra, mediante la semántica, el movimiento del autor, se descifrá, también entonces, la función argumentativa que dicho movimiento cumplía para el texto mismo.

Así, pues, la figura es encontrada en una unidad de interés, es decir, en un trozo de texto que contiene actos locutivos e ilocutivos que demarcan un movimiento del autor. Sólo a través de un ejercicio semántico, puede dilucidarse dicha figura y, con ello, parte del

código exclusivo del discurso amoroso y la función argumentativa que cumple cada elemento del código para un texto.

III.3. La tónica: ¿figura, lugar o imagen?

Barthes (2001), en el texto titulado “Fragmentos de un discurso amoroso”, cataloga, según la tónica, un buen número de figuras provenientes de distintas enunciaciones y de distintos emisores. Las tónicas son descritas en una sola palabra y encabezan, cada una, el conjunto correspondiente de figuras. Al parecer, pues, en esa palabra, Barthes pretendía encerrar no sólo una descripción general de todos los movimientos citados de los distintos autores, sino, también, el argumento central del mensaje de la enunciación. Así, entonces, “abismarse”, “ausencia”, “celos”, “compasión”, “declaración”, “dependencia”, “encuentro”, “espera”, “faltas”, “insoponible”, “loco”, “llanto”, “magia”, “noche”, “obsceno”, “querer”, “recuerdo”, “soledad”, “te amo”, “unión” y “verdad”, se presentan como algunos de los nombres de las tónicas amorosas recurrentes, nombres que describen, pues, los movimientos de los autores citados en sus enunciaciones y los argumentos álgidos de los mensajes que dichos textos pretendían emitir.

Según las explicaciones que da este autor francés, las tónicas están compuestas casi de los mismos elementos que las figuras. De hecho, a la tónica la concibe como una figura a medio codificar, es decir, a medio definir. Por tanto, a la figura la entiende como una tónica terminada, codificada totalmente y adaptada al decir del autor. Así visto, la tónica resulta ser, entonces, algo más que el título descriptor de los movimientos del autor o el argumento central del mensaje. Más bien, es, en sí, un movimiento del autor, solo que pensado, tal vez, previamente a su ejecución. Por lo tanto, no es un movimiento propio de equis emisor, sino que, prácticamente, pertenece al saber general de los autores, quienes, reconociéndolo, lo adoptan, lo definen y lo particularizan. La tónica es, pues, la materia prima, mientras que la figura es el producto terminado.

Recordando la metáfora manejada por Barthes (2001), esa que ve al autor como un bailarín que, con su danza, crea una coreografía, la tópica equivaldría, entonces, a los movimientos básicos que debe dominar un buen danzante. Dichos movimientos parecen preexistir a la danza concreta del artista: son movimientos básicos, elementales, reconocidos, sin autores, codificados, etcétera, que se convierten en el bagaje propio del danzante, quien, al conformar una coreografía concreta, los toma, los adapta y los transforma según su interpretación particular. Esta es, pues, la idea.

Se había manejado, anteriormente, la idea de que las figuras contenían cierto trazo elemental que les hacía coincidir en algún argumento. Se entiende ahora que dicho argumento puede ser, en realidad, una tópica, dada su forma básica y rudimentaria. Así, por ejemplo, “la angustia” no solo es el elemento común sobre el que giran los movimientos de los distintos autores citados por Barthes (2001) en la página 27 de su texto “Fragmentos de un discurso amoroso”. Tampoco es sólo el argumento central de la enunciación de los emisores, sino que, además de esas dos cosas, es, sobre todo, una tópica en sí, es decir, un trazo básico contenido en todos esos textos citados o una figura primitiva que se puede reconocer en todas las figuras enunciaciones.

Hasta ahora, se ha supuesto que las tópicas son preexistentes al texto, es decir, a las figuras. Ciertamente es que este tipo de intuiciones no aparecen, en realidad, en los supuestos Barthesianos, pero, sin embargo, se ha mencionado así no como un abuso o una sobreinterpretación de lo señalado por el francés, sino como muleta de apoyo para acabar de comprender las diferencias entre tópica y figura. Si se mira bien, un dilema parecido ya se había manejado, sólo que aquel versaba sobre la supuesta preexistencia del discurso sobre el texto, planteamiento que desembocó todo un debate en pro de su discernimiento.

Citando a Saussure (1982) y a Ducrot y Schaeffer (1998), se llegó, entonces, a la conclusión de que, más bien, las distinciones entre texto y discurso seguían una lógica parecida a la lógica matemática de conjuntos, en donde la composición de uno de esos términos dependía de un conjunto del otro concepto, lo cual hacía que muchos elementos

que conformaban a uno, los tuviera el otro. En esta ocasión, en la que se supone la preexistencia de la tónica sobre la figura, la misma lógica puede ayudar a hacer la distinción.

Así, entonces, nos encontramos con que la tónica no precisa de una preexistencia con respecto a la figura. La tónica, simplemente, evoca un nivel conceptual distinto al de la figura, igual que el discurso evoca un nivel distinto al del texto. Dicho nivel se presenta, prácticamente, como un metanivel, en donde, preexista o no a las concreciones del texto y la figura, el texto y la figura encuentra en ese nivel superior, ecos generales, básicos, distinguidos y compartidos, mismos que trazan, al fin, una especie de código definido y común que ayuda no solo a interpretar un texto o una figura, sino también a construir un texto y una figura.

La tónica, pues, es un movimiento argumentativo, semicodificado, inacabado, abierto y básico que puede ejecutar un autor en su futura enunciación o que ya ejecutó el autor a través de su enunciación y que, en ella, es perceptible. Sea como sea, es en el texto, donde se constata su existencia a través de las figuras, mismas que pueden entenderse como tónicas ya ejecutadas y definidas, pero, pese a que sean ya figuras, evocan, de cualquier modo, a la tónica que las precedió o las caracteriza. La tónica, por tanto, es identificable a través de las figuras y, si es así, es, justamente, entonces, a través de ellas, que su adaptación en otras ejecuciones, por otros emisores, es suscitada o promovida.

La tónica, entonces, no tiene un autor único y original, pero sí muchos que la adaptan y la enuncian. Por ello se puede entender como compartida, o al menos eso es lo que Barthes (2001) anima a pensar al señalar lo siguiente:

“...una Tónica es, por estatuto, a medias codificada y a medias proyectiva (o proyectiva por codificada). Lo que se ha podido decir aquí de la espera, de la angustia, del recuerdo, no es nunca más que un complemento modesto, ofrecido al lector [por el autor] para que se tome de él, le agregue, lo recorte y lo pase a otros...” (p.14)

Entendiendo todos estos elementos, la tónica, desde las puntualizaciones Barthesianas, implicaría las siguientes concepciones:

- Ⓢ Es una figura primitiva, semicodificada y abierta.
- Ⓢ En la enunciación, su papel es argumentativo.
- Ⓢ Puede ser definida como un movimiento del autor sobre el que giran los demás movimientos supuestos en una enunciación.
- Ⓢ Es perceptible en el texto a través de las figuras de la enunciación.
- Ⓢ Es a través de las figuras que se difunde a otros posibles autores.
- Ⓢ Es, por tanto, compartida socialmente.
- Ⓢ Evoca, por sí misma, un nivel textual distinto al de la figura.

Ahora bien, hay que tener otras consideraciones para acabar de definir el término, sobre todo consideraciones con respecto a lo que evoca el nombre de “tónica”. Por ejemplo, el vocablo “tónica” significa “lugar”, analogía que no concuerda con la imagen de lo que se ha desmenuzado hasta aquí sobre la distinción entre figura y tónica, pero que sí se acopla con la otra lógica metafórica que usaba Barthes para referirse a “discurso” y a “figura”. Barthes (2001) decía que el discurso asemejaba a correr aquí y allá, mientras que la figura se definía como el trazo que el corredor hacía, en un escenario, con su correría. Tónica se convertiría, entonces, siguiendo la definición ya dada, en un trazo semiestablecido por el cual el autor pasaba. Visualizando el escenario y al sujeto que corre aquí y allá, la tónica, entendida como un trazo semiestablecido, resulta entonces, efectivamente, un lugar; un lugar por el que el autor transita.

Sin embargo, esa conceptualización complica el tipo de definiciones que se han manejado, puesto que se ha intentado des-metaforizar el hilo que une todos estos elementos y se ha buscado, más bien, que las concepciones permitan imaginarse al texto y no a la metáfora. Ciertamente, las metáforas y los nombres metafóricos de los conceptos han dado pistas para esclarecer la relación entre ellos, pero admitir su utilidad no conlleva la obligación de asumir la metáfora como el fenómeno a estudiar. Por eso, refiérase a un lugar o a una figura, la tópica sigue entendiéndose como un movimiento semicodificado y abierto distinguible en un texto a través de la figura, es decir, a través de los movimientos ejecutados por el autor en su enunciación.

Acerca del carácter social y compartido de la tópica, es necesario hacer una reflexión aparte. Para ello, el concepto de “representación social” resulta pertinente, sólo que, para concebirlo así, es necesario hilvanar, antes, la relación entre estos dos términos. Según lo discutido aquí, el discurso, amoroso o de cualquier otra índole, está compuesto por textos, mismos que, a su vez, son constituidos por figuras y tópicos. Para la teoría de las representaciones sociales, los textos, como actualizaciones del lenguaje, son una de las distintas formas prácticas por las que es posible denotar el conocimiento social sobre algo (Billig, 1993; Wagner y Elejabarrieta, 1994). Ese conocimiento social denotado es lo que se entiende como representación social (Domingo, 2001).

El conocimiento encerrado en una representación concierne a un modo particular de entender cierto elemento de la cotidianidad, que, por sus dimensiones abstractas o complejas, es necesario “simplificar” de algún modo, pero un modo tal que sea consensado y compartido, puesto que es en sociedad como se convive con esa misma realidad particular (Jodelet, 1986; Domingo, 2001). Si el texto es uno de los recursos sociales para evidenciar y transmitir dicho conocimiento, y los textos están compuestos por figuras y tópicos, entonces, las figuras y las tópicos comparten, también, la misma misión.

Si se mira bien, se notará que todo el recorrido teórico que se hizo antes de mencionar el concepto de “representación social” mantenía al discurso amoroso en una dimensión

textual y lingüística, excepto cuando Barthes (2001) intuyó la condición social y compartida de la tónica. Fue, entonces, cuando se hizo necesario plantear esta discusión ahora desde la dimensión social. En ese afán, se trajo a colación el concepto de “representaciones sociales”, mismo que se vincula, directamente, al texto y a todos sus componentes y contenedores. Ahora bien, el concepto de representación social, vinculado al texto y al discurso, no solo remite, en cuanto a la composición del fenómeno denominado “discurso amoroso”, a una dimensión textual o lingüística y a una dimensión social, sino también, ya, a una dimensión cognitiva.

¿Por qué cognitiva? Porque al suponer que el discurso y el texto denotan un conocimiento de corte social, implica esto, forzosamente, algún tipo de proceso mental por el cual, los autores de cualquier texto participe del discurso, conciben una cosa, sea la que sea, de tal o cual manera, misma cosa que, al fin, es enunciada así, a través de las tónicas y las figuras. Eso es lo que se puede suponer si se contempla todo lo anteriormente discernido y la aseveración que hacen Wagner y Elejabarrieta (1994) sobre la indiscutible condición social y cognitiva de la representación.

Estos autores señalan que se puede identificar dos procesos o actividades, precisamente, de índole social y cognitiva, que permiten el funcionamiento y la generación de las representaciones sociales en los sujetos y, por tanto, también en sus textos. Dichos procesos son la objetivación y el anclaje. La objetivación consiste en un mecanismo cognitivo mediante el cual es posible transformar un fenómeno abstracto en conceptos asibles, mismos que permitan experimentarlo, sin tanto conflicto, a través de experiencias cotidianas concretas.

Esta primera fase implica una descontextualización de ciertas informaciones de la idea o entidad que se objetiva. Como no es posible objetivar toda la información que existe sobre un objeto, se selecciona, entonces, sólo ciertos datos, los cuales, al ser concretos, son mucho más tratables y fácilmente accesibles. (Wagner y Elejabarrieta, 1994; p.830).

Ese recorte que se hace de aquello que se desconoce, permite la materialización de la entidad abstracta en una imagen, fácil de asir y de digerir. Esta imagen estructurada es lo que, según estos autores, Moscovici denomina núcleo figurativo, o sea, *“una imagen nuclear concentrada, con forma gráfica y coherente, que captura la esencia del concepto, teoría o idea que se trate de objetivar”* (Wagner y Elejabarrieta, 1994; p.831). Suponiendo, entonces, que el texto contiene este saber objetivado, contendrá, entonces, el núcleo figurativo del que aquí se habla.

Saussure (1982) también señala la existencia de este mismo fenómeno tridimensional, pero lo denomina “imagen acústica”. La imagen acústica es aquella entidad iconográfica, de carácter social, que es evocada por el sujeto, a través de un proceso cognitivo, al presenciar un signo en algún tipo de texto. Es, justamente, en su condición social donde radica, por cierto, la capacidad comunicativa de un signo, mientras que en su condición cognitiva radica la capacidad de interpretar al signo y en su condición textual radica la capacidad de asir y difundir el uso del signo. El signo, al fin, está presente en el texto. Claro que Saussure habla de un fenómeno mucho más básico que la representación social. Saussure habla del habla misma, pero al fin, el habla y el texto, equivalen, por lo que, igual, ambas, denotan, entonces, por lo aquí mencionado, un saber objetivado, es decir un núcleo figurativo.

La intención de traer a colación toda esta discusión sobre las representaciones sociales, la objetivación y la imagen acústica, y, sobre todo, en el apartado de la tópica, es porque se desea proponer una nueva reflexión: ¿la tópica no será, al fin, un núcleo figurativo que denote un tipo de conocimiento? Por lo visto, esta idea no es del todo descabellada, dado que Barthes (2001) señala, precisamente, la condición social, compartida, abstracta, semicodificada y adaptable de la tópica, características totalmente compatibles con el núcleo figurativo que Wagner y Elejabarrieta definen. Claro, tienen sus diferencias sustanciales, en cuanto a que la tópica es un concepto de concreciones textuales, mientras

que el núcleo es un concepto de concreciones no necesariamente textuales, sino cognitivas, sobre todo.

Aún así, habrá que considerar que, si la representación social se hace evidente a través de la práctica del texto, el texto, entonces, denotará el núcleo figurativo de la representación. Si, encima, el texto está compuesto por tópicos que denotan un movimiento semicodificado del autor, y posee las mismas características que tiene, extra-textualmente, el núcleo figurativo, puede que, al fin, lo tópico revele un núcleo figurativo. El mismo nombre del concepto propuesto por Moscovici y señalado por Wagner y Elejabarrieta (1994), evoca la idea que maneja Barthes de tópica, es decir, una figura básica que puede transformarse en una infinidad de figuras. Al fin, pues, la tópica no es más que un núcleo figurativo.

Esta homología que se hace entre tópica y núcleo figurativo o imagen no pretende dejar de lado las distintas dimensiones que evocan cada uno. Queda claro que uno refiere a la textualidad y el otro a lo cognitivo y social. Sin embargo, ha de reconocerse que el texto, descompuesto en tópicos y figuras, permite ver más allá de la textualidad, dado que, al reconocer tópicos, precisamente, o al buscar códigos en él para la conformación del discurso, se llega ya, sin dificultades, a la dimensión social. Desde su dimensión social es fácil concebir a la tópica con una dimensión cognitiva. Por ello, la homología, se insiste, no suena tan descabellada. Al menos, pues, da herramientas para visualizar otras implicaciones del concepto de tópica.

Antes de puntualizar dichas implicaciones, es necesario concluir con la idea, que se había dejado abierta, de los procesos de objetivación y anclaje que generan y permiten el funcionamiento de las representaciones sociales. Luego, pues, de conformado el núcleo figurativo, dentro del proceso de objetivación, éste es naturalizado luego, es decir, transformado en una “realidad”. Dicha transformación se consigue al lograr que el núcleo figurativo tenga una materialidad, integrándola con ello a la cosmovisión vigente del actor social, posible autor, por cierto, de muchos textos. Cabe insistir que, si se piensa al actor

social como productor de textos y al núcleo figurativo como una versión extra-textual de la tópica, en el texto del actor social el núcleo figurativo se haría presente indudablemente, a través de, claro, las tópicas de sus figuras, al igual que como se haría presente, por el mismo mecanismo, la lógica de naturalización que le permitió al autor asir al objeto objetivado en su enunciación.

Por otra parte, el proceso de anclaje se refiere a aquella actividad lingüística, social y mental que permite familiarizar lo extraño y hacerlo propio a través, esta vez, de su incorporación a la red de categorías y significaciones compartidas socialmente, mismas que le permiten a un sujeto guiarse en una cotidianidad. Wagner y Elejabarrieta (1994) señalan la importancia de este proceso, así:

“Cuando un grupo social se enfrenta a un fenómeno extraño, o a una idea nueva que en cierto modo amenaza su identidad social, el enfrentamiento al objeto no se realiza en el vacío. Los sistemas de pensamiento del grupo, sus representaciones sociales, constituyen puntos de referencia con los que se puede amortiguar el impacto de la extrañeza”. (pp. 835)

El anclaje permite, pues, la inserción de las representaciones en la dinámica social, a través de hacerlas usables en la cotidianidad como referentes comunes para nombrar la realidad o interpretarla. Si se insiste en la idea de que el texto es una de las tantas prácticas por las que se denota o construye una representación, partes de este proceso de constitución y funcionamiento de una representación, por tanto, estará latente en las tópicas y figuras que componen al texto. Es decir, descomponer al texto en tópicas y figuras, al fin, permitirá, también, dilucidar el conocimiento social que se encierra en él, es decir, las representaciones sociales.

Volviendo, ahora sí, a la definición de la tópica, se puede decir ya, entonces, que ésta consiste en un movimiento primitivo, semicodificado y abierto del autor, cuya función es de corte argumentativo y estructurante, dado que organiza el resto de movimientos

acontecidos en una enunciación entorno a él. La tónica es perceptible en el texto a través de las figuras y es a través de éstas que las tónicas se comparten socialmente. La tónica está incrustada en un nivel textual distinto al de la figura, pero al fin textual, aunque, por su carácter social, puede tener otras dimensiones extra-textuales, como lo son la dimensión social y la dimensión cognitiva.

Es por esta tridimensionalidad que la tónica puede denotar, también, un conocimiento socialmente compartido, cosa que en el caso del discurso amoroso, interesará mucho, ya que las complicaciones de todo este discernimiento han estado buscando, precisamente, en qué se distingue el discurso amoroso de todos los demás discursos. Si Barthes (2001) dice que se distingue por la composición de sus textos, es decir, por las figuras y las tónicas, éstas, al fin, tendrán que contener algo en particular que otros discursos no contienen. Tal vez, como se había ya supuesto, la distinción radica que en que refieren al amor, pero, ¿cómo lo refieren? ¿Qué conocimiento denotan? ¿Qué es lo que se difunde a través de las figuras? ¿Por qué puede resultar tan trascendental el discurso amoroso? Esto es lo que aún queda sin respuesta.

IV. *Las dimensiones extratextuales del discurso amoroso.*

El asunto de la particularidad del discurso amoroso que señalaba Barthes (2001) tiene que resolverse, por lo visto, fuera del texto. Dentro del texto solo se encuentra un código hecho a base de actos, figuras y tónicas que, en sí, no son propias de lo amoroso. Lo que si es propio de lo amoroso parece ser que es el saber contenido en dicho código, es decir, en los textos que conforman al discurso. Ese saber, según el mismo Barthes y las reflexiones antes hechas, resulta ser de origen social, con capacidad comunicativa, manifestación textual, mecanismo cognitivo y función adaptativa.

Nótese que, de cualquier forma, el saber amoroso sólo está contenido en textos, entendiendo estos desde su acepción más general, es decir, entendiéndolos como prácticas

significativas, por lo que la única vía para acceder a él sigue siendo, por tanto, a través de la enunciación. Si es ese saber el que particulariza al discurso amoroso y éste está contenido únicamente en los textos, entonces, la preocupación central de un estudio sobre el discurso amoroso debe recaer tanto en la constitución del texto, como en la constitución del saber por él denotado.

El texto y su composición ayudarán a develar el conocimiento, pero solo el conocimiento develará la particularidad de lo amoroso. Quizá, entonces, preguntas como el para qué sirve el conocimiento amoroso, qué función tiene dicho saber desde lo social, qué forma adquiere en el habla, qué conocimientos denota y por qué constituye un tipo de discurso tan peculiar, son preguntas que, ciertamente, se pueden contestar desde el texto mismo, dado que el texto y sus partes lo contienen. Pero cuestiones ya tan extra textuales como la definición misma de lo amoroso y el contexto social que le enmarca y permite su lectura, no son rescatables desde los principios Barthesianos. Por ello y, sobre todo, porque se cree que dichos elementos pueden completar el entendimiento del fenómeno denominado “discurso amoroso”, se propone, a continuación, reflexionar en torno a ellos.

IV.1. *Lo amoroso.*

Barthes (2001) señalaba que debía existir algo así como un “sentimiento amoroso”, es decir, una fuerza oculta causante no solo del discurrir de los autores, sino también de la capacidad interpretativa de los lectores. Dicho “sentimiento” o fuerza, pues, debía implicar algún tipo de vínculo que uniera al emisor con el receptor, ya que ambos hablaban y entendía el mismo código: el código del discurso amoroso. Si el código resultaba ser de índole social, probablemente, el vínculo entre el remitente y el destinatario, también. Sin embargo, ese tipo de deducciones no esclarecen, como quiera, la existencia y consistencia de algo denominado así, “sentimiento amoroso”. Por tanto, lo único que se sabe, pues, es que el sentimiento amoroso es algo inmaterial que vincula a, al menos, dos sujetos, a través de la posesión de un código específico de comunicación, mismo que les posibilita cumplir una función social.

¿Cuál es esa función social? ¿Cómo se logra dicha vinculación? ¿Cómo se puede constatar la existencia de la inmaterialidad? La obvia ambigüedad de la definición impide una mayor concretización. Pero dicha ambigüedad, según Fernández Christlieb (2000), no resulta propia del “sentimiento amoroso”, sino de todos los fenómenos existentes en la realidad emotiva. Los sentimientos, señala él, no tienen materia para existir. El sentimiento es, pues, apenas *“el aviso de que algo sucede, de alguna manera, en alguna parte”* (Fernández Christlieb, 2000; p.17), pero no es nada en realidad, es decir, no refiere a un fenómeno fáctico, físico o material cuya existencia se pueda confirmar o configurar. Sólo está la palabra que lo nombra, aunque, insiste el autor, de cualquier forma, dicha palabra no refiere a otra cosa más que a esa impresión ambigua y poco comprobable de que sucede algo, algo que, por cierto, puede ser cualquier cosa.

Esta inmaterialidad ambigua que compone a los sentimientos es lo que hace que todos se parezcan. Por eso dice Fernández (2000) que el sentir algo equivale, en realidad, a sentir cualquier cosa, es decir, cualquier sentimiento. En cambio, si se nombra eso que se siente, la ambigüedad de la sensación termina por definirse, precisamente, en torno a la palabra dicha. Para Fernández, pues, la peculiaridad de cada sentimiento existe sólo en la palabra que lo expresa y no en el sentimiento mismo. No se sabe si Barthes (2001) lo consideraría también así, pero lo que sí se puede dar por hecho es que él también ve en el texto la prueba de que existe un algo indefinible e inmaterial llamado “sentimiento amoroso”. Se puede concluir, entonces, que es en la palabra donde el sentimiento existe, se evidencia y toma forma. Por tanto, es también en la palabra donde logra su acometido de vincular, comunicar y unir a los sujetos amantes.

Ahora bien, si se asume que es en la palabra donde los sentimientos se distinguen, es, entonces, en el vocablo “amor” donde se ha de hallar el peculiar acontecimiento que desencadena la existencia del discurso amoroso. En el diccionario de los sentimientos de Marina y López (2001), el vocablo amor evoca la siguiente idea:

“La percepción de algo o de alguien despierta un sentimiento positivo de interés, armonía, deleite, que se continúa con un movimiento de atracción y deseo. Amor, afecto, apego, aprecio, bienquerencia, estima, fervor, predilección, querencia, querer, simpatía. Antónimos: odio, despego, antipatía, desprecio, malquerencia, desamor. Los amores se especifican por sus objetos.” (Marina y López, 2001; p.443)

El amor queda definido, entonces, como un sentimiento, es decir, como un fenómeno inmaterial que consiste en la sensación ambigua de que algo sucede. El algo que sucede trae como consecuencia, en el texto y en la persona actante, al parecer sólo dos cosas:

1. La creación de un vínculo entre las personas que lo sienten, manifiesto en el interés, la atracción y el deseo que los unen y
2. El beneficio que les acarrea al sentirlo, lo que convierte al amor en un sentimiento positivo, armónico y deleitable.

Sin embargo, pese a esta definición más aproximada, lo que sucede y lo que se siente no queda, aún, especificado en el diccionario, cosa que reitera la inexistencia del material emotivo señalado por Fernández (2000). Por otra parte, la presencia de sentimientos antónimos en la definición del amor, es decir, la presencia de otros términos que refieren a sensaciones igual de ambiguas que la buscada, pero, al parecer, contrarias por la definición que encierran sus palabras, reiteran, también, el carácter lingüístico de los sentimientos, cosa que permite la continuidad del planteamiento Barthesiano (Barthes, 2001) y la compatibilidad de las ideas de Fernández con este último. Sin embargo, este carácter lingüístico del amor y de las demás emociones, plantea una problemática más: si no hay, según esta explicación, un material emotivo real que permita la significación de cada vocablo, entonces ¿en base a qué se decidió que el amor une y beneficia? ¿Qué es lo que realmente hace, a las emociones, ser distintas unas de otras?

Al parecer, la diferencia entre un sentimiento y otro depende de un simple ejercicio semiótico: el sentido del nombre de una emoción, queda definido en función del resto de los nombres de las otras emociones y las cosas a las que quieren referir. Saussure (1982)

señalaba que, de hecho, la definición de todos los signos funciona así, por oposición a otros signos, tomando en cuenta que todos eran, al fin, consensados socialmente, arbitrarios y convencionales. Cada nombre de los sentimientos, pues, es, indudablemente, un signo, signo de que sucede algo. Ese signo encuentra su definición en oposición a otros. El desamor, por ejemplo, antónimo obvio del amor, es descrito así:

“Una causa, conocida o desconocida, provoca la desaparición de un sentimiento previo de apego, acompañado de deseo de alejamiento. Desafecto, desamor, desapego, desvío, frialdad, indiferencia. Antónimos: afecto, amor, pasión, interés.” (Marina y López, 2001; p. 437)

Si el desamor evoca, por una parte, la pérdida del amor, es decir, la pérdida del vínculo y el gozo, y, por otra, evoca también una nueva realidad caracterizada por el desapego, puede entenderse, entonces, que el amor es, sobre todo, ya por definición o ya por oposición, un sentimiento vincutivo. La característica particular, entonces, de lo amoroso y de todo lo derivado de él sería, por tanto, ese poder vincutivo que se señala. Aquí radica, entonces, la distinción tan ansiada del discurso amoroso.

Ahora bien, como simple detalle habrá que contemplar que, al parecer, existe una variedad enorme de tipos de amor, pero estos se definen, según Marina y López, acorde al objeto con el que se vincula el amante. Por tanto, existe el amor al conocimiento, amor a la madre, amor al padre, amor al hijo, amor al hermano, amor a la pareja, amor a la patria, amor al dinero y otros tantos amores posibles, variedad que depende de los objetos existentes a los que uno se puede vincular. Esta diversificación no perturba la idea de que el amor, a cualquier cosa, sigue caracterizándose por ser un poder vincutivo. Claro está, entonces, que tampoco se perturba la idea de que las emociones tienen, pues, un comportamiento semiótico, es decir, que se convierten en signo de algo, cuyo valor depende de la oposición que tenga con respecto a otros signos.

La implicación lógica de este comportamiento semiótico de los sentimientos, hace que ellos posean las mismas cualidades de los signos. Los sentimientos, por tanto, incluyendo al amor, son, como ya se había insinuado, un producto del consenso, de carácter arbitrario,

convencionales y, sobre todo, de naturaleza comunicativa. Asumiendo esto, el planteamiento acerca de la unicidad del discurso amoroso retorna, de nuevo, a los campos del saber compartido: el amor denota un saber cuya función es de carácter social. Y visto así, se puede asumir, entonces, que el amor y las demás emociones, son parte del acervo cultural de cualquier sociedad.

Rodrigo (2001) las identifica como un saber moral cuya función normativa busca mantener el status quo social. En cambio, Fernández (2000) las identifica como un saber estético, cuya función formativa pretende mantener en el poder a las formas dominantes. La proposición de Fernández se basa en su creencia de que las emociones no existen en lo material, por lo que su manifestación solo puede referir a formas. Por tanto, si su enunciación resulta solo descriptiva y formal, la enunciación misma se convierte en el objeto y mecanismo de difusión y permanencia, logrando, con ella, la misión social de mantener a las formas dominantes, dominando.

Rodrigo, en cambio, asegura que, existan materialmente o no, los sentimientos se traducen a patrones socioculturales determinados por la experiencia, los cuales están asociados a situaciones sociales concretas. La institucionalización y reproducción de dichos patrones, conseguidas a través de la aceptación general de las normas y valores predominantes, logran condicionar conductualmente a los sujetos para que se alienen a la estructura. Por eso, dice él, los sentimientos refuerzan la organización estructural existente en una sociedad, ya que perpetúan, con su presencia, el saber moral dominante. En cambio, las pasiones, por ejemplo, se convierten en un tipo de emoción revolucionaria de distinta orden al sentimiento, ya que ellas logran ser, contrarias al sentir, la vía de ruptura y cambio para la estructura dominante, puesto que introducen, con su presencia, un nuevo orden moral.

De cualquier forma, sea moral o estético, lo que queda claro es que el saber que denota el amor, junto con los demás sentimientos, funge un papel estabilizador en la sociedad al mantener vigente los poderes dominantes. Por tanto, si lo que se ha querido, a lo largo de este capítulo, es dilucidar la particularidad del discurso amoroso, se ha de contemplar esta

característica del amor como un elemento importante para la definición de este fenómeno. Sin embargo, no puede ser éste un elemento central, dado que la función estabilizadora social la cumplen todos los sentimientos y no solo el amor.

Así, pues, si se entiende que lo amoroso es el eje central del discurso que aquí se trata, es decir, de los textos, los actos, las figuras y las tópicos, entonces se espera que sólo lo propio del amor determine a los actos, las figuras y las tópicos. Sin embargo, lo amoroso aún no queda definido. Solo se sabe que sus rasgos generales, es decir, los rasgos que comparte con todos los demás sentimientos, son los siguientes:

- ④ El carácter ambiguo e inmaterial de su composición
- ④ Su condición como signo consensado, arbitrario, convencional y comunicacional
- ④ Su comportamiento semiótico al definirse
- ④ El saber moral y o estético que denota y
- ④ La función social estabilizadora que posee

En cambio, las únicas características que, hasta ahorita, definen la particularidad del amor, son:

- ④ La unicidad de su nombre (amor)
- ④ El vínculo que supone o crea entre los involucrados
- ④ El beneficio que acarrea para el amante y
- ④ Su oposición con otros sentimientos, como el desamor y el odio

¿Bastarán éstas cualidades para la definición del discurso amoroso? Por lo pronto, sí, en el entendido de que son éstas las que se esperan que puedan estar contenidas, en algún momento y de alguna forma, en los actos, las figuras y las tópicos de los textos amorosos. Si pasa que no es esto lo que hay en los textos, entonces habrá que buscarse otras definiciones del amor. Pero si resulta que efectivamente refieren a esto, esto es, entonces, lo que distingue al discurso amoroso de todos los demás discursos.

Quizá estos rasgos, ya en el texto, puedan variar en cuanto a formato o implicaciones lógicas, dependiendo, según lo planteado, del tipo de estructura moral o estética que esté vigente en el contexto inmediato de los textos amorosos, y esto es lo que sí se debería contemplar para acabar de definir la particularidad del discurso amoroso. Pero, al fin, estas cualidades valen bien como punto de partida, dado que son tan generales y precisas que, igual, pueden permanecer como descriptores centrales del contenido discursivo amoroso.

Ahora bien, partiendo de que el discurso amoroso se ha definido como el conjunto de textos convocados por lo amoroso y uniformados por un código, se podría concluir que se ha logrado, al fin, distinguir la particularidad de dicho discurso. Esta preocupación ha estado presente a lo largo de todo este capítulo y, al ya esclarecer los elementos del código y delimitar lo amoroso, se le ha podido resolver por fin. Sin embargo, pese a este logro, la preocupación de su utilidad surge y plantea nuevos cuestionamientos que resolver.

¿Para qué sirve el discurso amoroso? ¿Qué utilidad tiene distinguirlo? La utilidad académica que inspira todo este esfuerzo radica en la posibilidad de probar, primero, su existencia en la actualidad y analizar su uso en la cotidianidad de un contexto. Dicho uso tiene su relevancia, según Fernández (2000) y Rodrigo (2001), porque funge un papel estabilizador en el panorama social. Distinguir su uso, entonces, posibilita distinguir su utilidad.

Para esclarecer el uso del discurso amoroso habrá que tomar en cuenta que dicho uso no será azaroso ni meramente accidental. Si lo que promueve es el status quo, estético, moral o

de otro tipo, implicará, entonces, que los sujetos familiarizados con el discurso lo sepan usar bajo ciertas pautas constantes y consensadas. Si el código lingüístico, el lenguaje, posee una gramática para delimitar las formas en que pueden ser nombradas lo nombrable, el código amoroso probablemente tenga, también, su propia gramática, misma que deberán dominar los usuarios para usarla al comunicarse amorosamente.

Dicha gramática, pues, no sólo permite la estabilidad de lo establecido al imponer ciertas pautas de uso del discurso amoroso, sino que condensa, precisamente, los imaginarios sociales sobre lo debido en cuanto a lo moral o lo estético o, al, menos, en cuanto al manejo de los sentimientos o, en este caso, al manejo del amor. La pregunta que cabría hacerse ahora es, entonces, si existe realmente una gramática amorosa. Esto impone una nueva reflexión, la cual pretendo abordar ahora no desde la Lingüística, sino desde el campo de la Educación.

En el campo de la Educación se ha acuñado el concepto de “educación sentimental”, el cual propone la existencia de una formación sistemática del manejo de las emociones. La dilucidación de una educación sentimental hoy en día esclarecería, también, si existe o no una gramática amorosa y, por tanto, un discurso amoroso. Bastaría, pues, estudiar ese tipo de educación para responder esto y evaluar la utilidad de un estudio como este. Sin embargo, ese no es el camino que se ha elegido, en primera porque no se tiene certeza de la existencia de una educación sentimental delimitada hoy en día. Por ello se va por la vía inversa, esta que empieza por descubrir si existe el discurso, si tiene un uso y que uso tiene, al fin, para ver si hay pistas de la existencia de una gramática o de una educación sentimental, de una socialización amorosa o un saber socialmente compartido, en fin, de pautas establecidas sobre el uso del discurso amoroso.

En todo caso, para terminar de plantear el campo conceptual necesario para esta búsqueda, la de esta investigación, haría falta explorar eso de las pautas establecidas del uso del discurso amoroso. ¿Consistirá en una gramática amorosa, en el saber socialmente compartido del amor, en un proceso de socialización o en una delineada educación

sentimental? Sea cual sea el término, hay que explorar la consistencia de dichas pautas. Va, entonces, la reflexión.

IV.2. *Las pautas sociales del uso del código amoroso.*

Cohen (2003) define a la educación sentimental como los procesos y los métodos que se usan para promover la aptitud emocional, misma que mide la capacidad de comprender, procesar, controlar y expresar aspectos emocionales en la vida cotidiana. Tener dicha aptitud determina, según este autor, la productividad y la satisfacción que se obtiene en la vida, cosa que no se garantiza con la pura adquisición de la aptitud académica. La aptitud emocional, pues, desarrolla un tipo distinto de inteligencia, denominada por Gardner (1995) como “inteligencia emocional”, la cual, según Baena (2003), se descifra en once cualidades positivas y personales que, de tenerlas, garantizan el éxito en este y en todo tipo de ámbito.

Sean esas o no las cualidades que denotan este tipo de inteligencia, la idea que plantea la existencia de una educación sentimental, más bien, es el reconocimiento de un tipo de conocimiento que indica, precisamente, qué es bueno y qué es malo con respecto al manejo que se hace de los sentimientos. Para llegar a la conclusión de que existe un tipo de conocimiento de ese tipo, además, debió reconocerse, también, que sentir y manejar el sentir es una actividad forzosa y natural del ser humano. El cómo se haga y cómo se considere dicho manejo del sentir, denotará, entonces, un tipo de conocimiento que, de algún modo se adquirió o se desarrolló.

De la Peza (2001) considera que este conocimiento es, totalmente, de origen social, dado que en sociedad se aprende, precisamente, qué sentir y qué no sentir, qué sensaciones son buenas y cuáles no, por tanto, cómo manejarlas y cómo entenderlas. Ella, en su investigación sobre la educación sentimental manifiesta en el consumo del bolero como producto cultural, encontró, de hecho, ciertos esquemas recurrentes de este entender sentimental, ligados, totalmente, al conocimiento de cómo ser hombres o cómo ser mujeres. De dichos resultados puede deducirse que el conocimiento sentimental, en realidad, implica

otros tantos tipos de conocimientos que, al fin, reflejan el tipo de función que tiene la inmaterial y ambigua emoción en lo social.

Por ejemplo, según la definición que se ha trabajado ya, amar implica la sensación de que algo ambiguo ocurre relacionado a una vinculación grata entre, al menos, dos entidades. Dependiendo de qué tipo de vinculación se trate, se definirá, también, el tipo de amor del que se hable. Marina y López (2001) enlistan, de hecho, una diversidad amplia de amores posibles según el objeto sobre el que recaiga el amor. Uno de ellos es el “amor erótico”, amor que recae sobre la pareja sentimental, dicen. El amor erótico lo describen así:

“Las cualidades de una persona provocan un sentimiento positivo, acompañado de atracción, deseo sexual, deseo de ser querido o afán de conquista. Este sentimiento suele ir acompañado de otros sentimientos de exaltación, miedo, furia, preocupación. Enamoramiento, pasión. Antónimos: frialdad, desamor, desinterés.” (Marina y López, 2001; p.444)

En realidad, esta definición maneja la misma composición de cualquier otro tipo de amor, es decir, en este también está implícito una vinculación y un beneficio por ella. Así, pues, entender al amor erótico implicaría, según esta descripción, un conocimiento sobre sí mismo, el amado, la atracción, el deseo sexual, la vinculación amante-amado, el papel de los sentimientos secundarios, lo que no es amor erótico y lo que sí es, y lo que resulta adecuado para él y lo que no. Sólo la persona que tenga conocimiento sobre todas estas cosas, podría comprender, manejar y expresar esta emoción. Y, según la postura de Baena (2003), sólo la persona que tenga un conocimiento adecuado sobre todas esas cosas, podría poseer, además, la inteligencia emocional.

Sin embargo, ¿quién no tiene conocimientos sobre éstas cosas? ¿Quién puede afirmar qué es lo adecuado o lo incorrecto en dichos conocimientos? ¿De qué depende esa inteligencia realmente? Bien mirado, estos conocimientos no son, en realidad, un saber que se impartan formalmente en alguna disciplina como para poseer tanta precisión sobre ellos, sino que, más bien, se adquieren en la convivencia diaria, en el seno familiar, en las charlas

informales, en la música, en los libros, en la radio, en la televisión y en la interacción con otros productos y medios culturales, de manera silvestre y poco disciplinada. No son conocimientos hiper- especializados, pues, sino son solo conocimientos que, al fin, son de dominio popular, imprecisos en muchos sentidos, pero muy pertinentes en otros tantos, tal y como lo suponen las Representaciones Sociales.

Baena (2003), disintiendo de esto, plantea el origen de los conocimientos emotivos de otra forma. Si bien reconoce el papel del contexto micro y macro estructural, también considera que, en esto de las emociones, los sujetos poseen algún tipo de sabiduría natural, la cual les permite, sin tener mucha conciencia de los postulados sociales, manejar de buena manera el sentir. Sin embargo, ella denuncia que, en algún momento de la historia de la realidad social, algo se alteró, de tal forma que ese conocimiento natural de los seres humanos se perdió. Al parecer, pues, se des- aprendió a manejar naturalmente el sentir. Con ello se devinieron, en su entender, una serie de fenómenos sociales, psicológicos y cognitivos cuyo origen sólo se podría explicar con la reciente alfabetización emocional.

Tal vez, siguiendo, más bien, con la línea planteada por De la Peza (2001), realmente no se des- aprendió nada y, probablemente, no existiera una sabiduría emocional natural. Más bien, simplemente, la sabiduría emocional de origen social empezó a modificarse por una serie de acontecimientos que plantearon una nueva realidad sentimental. Por ejemplo, en el caso del amor erótico, el simple descubrimiento del virus del SIDA, debió cambiar, por completo, el pensar y el sentir acerca del deseo y la atracción sexual. Por tanto, la modificación en los papeles sociales del hombre y la mujer, la liberación femenina, la definición de la imagen y el papel social del homosexual, la transformación de la moralidad, los cambios en la moda y en los conceptos de belleza, el auge o la decadencia de las religiones, los avances tecnológicos, los avances médicos en cuanto a la salud sexual, etcétera, tuvieron, también, que impactar, de igual manera, en la concepción del amor erótico.

Así, pues, el conocimiento relacionado a las emociones que permite un manejo tal de ellas, forzosamente está anclado al contexto histórico que lo enmarca. Por ello, no puede

pensarse en un tipo de pautas sociales de uso de lo amoroso atemporales que aseguren, de una vez y para siempre, la capacidad de los sujetos para comprender, procesar y expresar los aspectos emocionales. Si las emociones, como se había visto, eran ambiguas en su materia y sólo identificables en las palabras y en las relaciones oposicionales que, al fin, son consensadas y arbitrarias, la formación sobre ellas, forzosamente, también, tendría que ser consensada y dependiente del contexto.

Por tanto, si la educación sentimental se ha de referir a una serie de procesos y métodos para desarrollar la capacidad de distinguir y manejar las emociones, deberá entenderse, entonces, como una serie de mecanismos sociales establecidos para que el sujeto aprenda qué son las emociones, cuáles son y en qué consisten. Se estaría hablando, pues, de un tipo de entrenamiento social, no formal y contextual, quizá denominado mejor como socialización, quizá como puro saber compartido al estilo de las Representaciones Sociales.

Ahora bien, si se entiende así esto, el saber denotado en el discurso amoroso se convierte, entonces, automáticamente, en un vehículo excepcional para visualizar los productos de los procesos de enseñanza y aprendizaje afectivos de la sociedad actual o, como quien dice, los procesos de socialización afectiva. Si, según lo que se ha planteado sobre el discurso, el discurso se puede descomponer lo suficiente como para extraer unidades de conocimiento, presupuestos en la enunciación, sobre lo amoroso, entonces dichas unidades identificadas permitirán la reconstrucción no solo del saber popularizado sobre lo amoroso, sino también del tipo de las reglas sociales implícitas que dictan su uso, llámense gramática amorosa, educación sentimental, socialización o saber compartido.

¿Qué tipo de reglas sociales de uso de lo amoroso predominan hoy en día? ¿Qué es lo que aprenden los jóvenes sobre el amor? ¿Qué concepciones involucran esas ideas del amor? ¿Qué es el amor hoy en día? ¿Cómo se maneja? ¿Cómo se configura la sociedad a partir de ese saber? Esto es lo que, se cree, podría develarse con este tipo de planteamiento.

Ahora bien, la reconstrucción de dichas pautas sociales sobre el uso de lo amoroso denotadas en el discurso amoroso no solo provee de líneas antropológicas para comprender

ciertos comportamientos humanos actuales, sino que provee, también, un vía para acercarse a concepciones vitales como la de la productividad y la satisfacción, o como la de la vinculación amorosa que determina, en muchos contextos, la configuración de la familia, de la afiliación y de la sociedad. Acercarse a este tipo de concepciones permitiría no sólo entender la fisonomía social, sino la consistencia misma de lo social. Todo esto, pues, se puede lograr dilucidar a través del discurso y he ahí su utilidad.

METODOLOGÍA

Si el discurso está hecho de textos, resulta natural que sea un texto la forma de acercarse al discurso. Si, como se ha visto, el aparato teórico con el que se piensa analizar las cartas resulta propio del estructuralismo lingüístico francés y constructivismo, al igual que esta investigación, pretende interpretar, es obvio que el paradigma de investigación al que se suscribe esta tesis sea, por tanto, al hermenéutico. Y si se está en dicho paradigma, se está, sin más, en la perspectiva cualitativa, entonces, la vía metodológica está decidida. Esta es la sencilla lógica que permite el planteamiento metodológico. Sin embargo, la explicación profunda de estas relaciones lógicas y la justificación de todas las elecciones metodológicas es lo que se presenta a continuación.

I. *La perspectiva metodológica.*

Según la tradición académica, la elección de la perspectiva metodológica se basa en el objeto de estudio y no en la predilección por las técnicas o en las tradiciones disciplinares. Por ello, he de recalcar que mi objeto de estudio es la actualización epistolar juvenil del discurso amoroso, objeto que se ubica justo en medio de dos posicionamientos teóricos que posibilitan una riqueza metodológica infinita: la que ofrece el Estructuralismo lingüístico francés y la que amplía el Constructivismo con el estudio del saber socialmente compartido.

Esa doble vista es, pues, la que matiza el camino metodológico a seguir, dado que pretendo asumir los textos epistolares de jóvenes zamoranos como partícipes de un discurso amoroso cultural, discurso que no me interesa definir ni describir afanosamente, pero sí me ocupa el apuntalar pistas básicas de su existencia y, sobre todo, apuntalar pistas sobre su uso en las cartas de amor de los adolescentes zamoranos de hoy en día. Este estudio, entonces, pretende describir un código de lo amoroso y su uso por adolescentes en sus cartas de amor.

Además de ello, también se pretende dilucidar el conocimiento amoroso implícito en el uso del código, conocimiento, al fin, de índole consensual y social, ese que en el capítulo

anterior se describía como pautas sociales del uso del código, educación sentimental, socialización amorosa, representaciones sociales del amor o, simplemente, saber amoroso. Esta búsqueda del saber parte de la idea de que manejar de cierta forma un código es, siempre, ya decir algo. En este caso, manejar de cierta forma el código amoroso es ya decir algo sobre el amor. Si ya se ha de describir cómo se usa el código amoroso en las cartas de los adolescentes zamoranos, se podrá también describir qué es, al fin, lo que dicen ellos, o la sociedad, sobre el amor, a través de la descripción de las pautas sociales del uso.

Ese decir no es nunca una invención individual del que habla, como ya se había mencionado en el capítulo anterior, sino un saber más del bagaje cultural que posibilita la comunicación y el entendimiento entre los individuos. Por eso, el uso del código en el habla, escrita o dicha, no es sólo de interés para la Lingüística, sino también para las disciplinas de lo Social, sobre todo porque el uso del código amoroso y el saber socialmente compartido que contienen las pautas de ese uso, se vinculan, también, a una serie de condicionantes de la interacción interpersonal que organiza la vida social primaria de los sujetos, fenómeno sociológico que amerita un serio interés académico y que en este trabajo de investigación se promueve.

Al fin, pues, las intenciones de este trabajo son:

1. ubicar y dar pistas de la existencia de un código propio del discurso amoroso,
2. ver y describir cómo se usa ese código en las epístolas amorosas de ciertos adolescentes zamoranos y
3. ver y describir qué conocimiento social del amor se maneja en esos textos a través de las pautas compartidas del uso del código,

Si se mira bien, este es un trabajo puramente descriptivo, sin embargo lo que se describe no es un algo evidente que pueda observarse, medirse o cuantificarse de algún modo, sino que requiere una labor interpretativa para poder dilucidarse. Ese trabajo interpretativo permite cumplir el fin descriptivo que se tiene. Ahora, bien, habrá que

resaltar también el hecho de que lo que se interpreta y analiza es, al fin, algo que depende de los sujetos que se estudian.

No se aborda el código amoroso, su uso y su saber, con independencia de los sujetos que lo definen, usan y conocen, sino es sólo gracias a los sujetos que lo definen, usan y conocen que se puede distinguir y describir ese código amoroso que le atañe a los objetivos de esta investigación. Por eso, al partir desde la visión de los sujetos, la perspectiva metodológica que le concierne al presente objeto de estudio, según las definiciones de Orozco (2000), es la Hermenéutica, misma que a su vez se inscribe al paradigma cualitativo. ¿Por qué? Eso se explicará a continuación.

1.1. La Hermenéutica y lo Cualitativo.

Ubicándose del lado del conocimiento, la forma en que uno asume, como investigador, la realidad que estudia, se convierte en pieza clave tanto para plantear el proceso de investigación a seguir, es decir, los objetivos, alcances y procedimientos del proyecto, como para mirar y analizar de cierta forma, y no de otra, eso que uno estudia. La realidad se transforma, pues, en cierto sentido, dependiendo del lente con el que se le ve. A veces es consistente, dura, permanente y tangible, u otras veces es blanda, simbólica, dinámica o solo nombrable, dependiendo, claro, de la posición empírica que asuma el cognoscente.

Según Orozco (2000), por ejemplo, existen cuatro posturas epistémicas distintas que se reducen a dos formas de hacer investigación. Esas cuatro posturas epistémicas son la positivista, la realista, la hermenéutica y la interaccionista, las cuales, a su vez, se traducen a la forma cualitativa y cuantitativa de hacer investigación. A distancia de las grandes discusiones epistemológicas de las comunidades académicas que parieron dichas diferencias, bien se puede decir ya que ningún paradigma reina o domina en sapiencia a otro, aunque no por decir eso se pueda dar por sentado que cualquier postura da lo mismo para cualquier tipo de objeto.

En el caso de esta investigación el objeto de estudio es, como ya se señalaba, la actualización epistolar del discurso amoroso por parte de adolescentes zamoranos. Decir que el objeto es la actualización de un discurso es ya marcar una distinción epistémica, pues, de entrada se está proponiendo conocer un objeto no material (el discurso amoroso), encarnado en una práctica social (las epístolas amorosas que lo actualizan).

Además de esta primera implicación epistémica, acerca de su materialidad y tangibilidad, existen otras, en el mismo planteamiento del objeto, que también participan en la definición de su perfil epistemológico. Se parte, por ejemplo, del supuesto de que dicho “discurso” es de condición social, tiene una función comunicativa y, además, denota un conocimiento amoroso compartido, todo ello implícito en el código que, se supone, lo conforma. También se supone una distinción entre discurso y texto, distinción que no solo se basa en su materialidad o concreción, sino también en la composición de ambas. Al proponer extraer de los textos un código que los hace partícipes del discurso, se parte, entonces, del supuesto de que el discurso se manifiesta en el texto y no al revés.

Aparte de esto está el supuesto de que el código se compone de figuras y tópicos expresadas en actos. Texto y discurso, pues, quedan unidos por la constancia de unidades denominadas así, figuras y tópicos, las cuáles, a su vez, se vinculan entre sí por cuestión de concreción y definición (una es más concreta que la otra). Con tanta distinción, encima, no se pretende ni predecir, dado que no se concibe al código como preexistente o independiente al texto, ni explicar, ya que tampoco se cuestiona sobre el origen del código o de su uso, ni asociar elementos y fenómenos de la realidad, como decir que el uso del código está condicionado al género o al ingreso económico, lo cuál sí se contempla como una condición influyente pero no determinante. Lo que se pretende, al fin, es solo interpretar los textos de las cartas para comprender el código amoroso, su uso y el conocimiento amoroso que denota.

Estas últimas intenciones, regresando a las distinciones que Orozco (2000) hacía, concuerda con el paradigma hermenéutico, el cuál no se interesa en la conformación de un

objeto, material y observable de la realidad, sino en la interpretación de la realidad para la comprensión de la conformación de un objeto. Así, desde la perspectiva hermenéutica la materialidad del objeto no importa, siempre y cuando se pueda asir de algún modo, puesto que lo que importa de él es lo que ese objeto pretende decir con su existencia. Así, entonces, no interesa la materialidad del discurso o del código amoroso, su consistencia o manifestación, sino lo que su existencia misma y su uso denotan. ¿Pero cómo saber qué dice la existencia de ese fenómeno? ¿En base a qué interpretarlo?

Esa incertidumbre es lo que hace inestable este tipo de trabajo académico y por lo que Orozco señala que hasta se puede pecar desde esta posición, pues, en realidad, según sus cánones, toda interpretación es válida, aunque no necesariamente pertinente, eso, supongo, solo posible debido a la materialidad del objeto y las intenciones del cognoscente. Si el objeto fuera un fenómeno duro, perceptible, material, distinguible, se posibilitaría el querer predecirlo y explicarlo tomando a la realidad dura y perceptible como referente. Pero como este objeto que ahora se busca no es así, sino que consiste en una manifestación de algo en los textos de la gente, solo es posible interpretarlo desde lo que la gente misma dice. En otras palabras, la postura epistémica aceptable para el cognoscente ante un objeto inmaterial como la actualización epistolar del discurso amoroso es la hermenéutica. Si se estuvieran manejando condiciones específicas en las que se produjeron los textos a analizar, tal vez se consideraría la interaccionista, pero nunca la positivista ni la realista. Pero, en este caso sólo es la hermenéutica.

Ahora bien, no todo objeto visto desde la postura hermenéutica es intangible, aunque para ella sí lo sea. Ibañez (1994), desde otra clasificación de posturas epistémicas, al distinguir la hermenéutica, supone a la realidad, esa que sí es tangible y material, inherente a una realidad lingüística construida por los discursos. Todo lo que se diga de la realidad es, desde esta visión hermenéutica, una interpretación de ella. Por tanto, la realidad no se puede conocer como tal, sino que solo se puede interpretar. Por eso Ibañez (1994) señala: *“todo saber encuentra sus condiciones de inteligibilidad en el seno de un “círculo hermenéutico” inesperado”* (p.103). No es que, pues, para la postura hermenéutica solo sea posible estudiar objetos inmateriales o hechos de lenguaje, sino que en realidad, para

esta postura, todo objeto, independientemente de su materialidad, está hecho de lenguaje, cuanto más, entonces, uno exclusivamente construido con él como los textos epistolares.

La materialidad del objeto de estudio que me atañe sólo la baso en el simple hecho de que la actualización epistolar del discurso amoroso se manifiesta en un texto escrito. Obviamente, el código amoroso y el saber amoroso tienen otras tantas manifestaciones prácticas e igual de materiales en la vida de los sujetos. Y también es cierto que el amor mismo tiene condiciones de otro orden que no son sólo las del código, como la condición químico fisiológica que se le asocia y que la hace tan material como para permitir otro tipo de estudio. Sí hay, pues, una materialidad implícita en este objeto, pero no le concierne a los intereses de esta investigación porque sólo se contempla la mera construcción lingüística de las cartas amorosas de los adolescentes zamoranos a estudiar como referencia propia para su interpretación. Así, entonces, según este planteamiento, es desde la carta y sólo desde la carta que la interpretación, como ejercicio hermenéutico, es posible. Fuera de ella, para los intereses que se buscan, no.

Me refiero a lo siguiente: el habla amorosa, al participar de un discurso, se encuentra codificada bajo el mismo código que le garantiza su pertenencia a éste. Ese código, precisamente, es el que hace a la carta de amor un instrumento de comunicación, dado que se convierte en un referente común para propiciar un entendimiento entre los usuarios del código y los participantes del discurso. Si un usuario quiere comunicarse bajo este código, tendría que usarlo, inscribiendo su decir, automáticamente, al discurso amoroso. En este caso, la carta de amor es una manera de usar ese código, de inscribirse al discurso y denotar un conocimiento compartido sobre el amor que propicie un entendimiento entre varios sujetos. La carta de amor, pues, es un acto comunicativo que contiene todo este fenómeno. Por ello, basta con que el ejercicio hermenéutico recaiga sobre la carta, para lograr distinguir todo lo que se pretende, es decir el código, el uso del código y el saber denotado por ese código, puesto que la carta implica las tres cosas. Ese es el sentido hermenéutico que Ibañez (1994) señalaba como postura epistémica.

Ahora bien, según Orozco (2000), la postura hermenéutica supone una perspectiva cualitativa a la hora de investigar. La perspectiva cualitativa es:

“...un proceso de indagación de un objeto al cual el investigador accede a través de interpretaciones sucesivas con la ayuda de instrumentos y técnicas, que le permiten involucrarse con el objeto para interpretarlo de la forma más integral posible.” (Orozco, 2000; p. 83)

Esta perspectiva implica, pues, una forma particular de acercarse al objeto de estudio, la cuál procura verlo desde la mirada de la gente que lo vive y no desde la distancia del que sólo lo observa. Por ello, su preocupación es interpretar fielmente al objeto desde el contexto, cosa que exige al investigador involucrarse lo más posible con el medio, sin que eso implique la pérdida de la sensibilidad para captar lo distintivo en él. El investigador, al fin, debe ser capaz de describir tanto el objeto como el contexto que le da sentido. Lo que promueve esta perspectiva es validar no sólo el resultado de la investigación, sino todo el proceso que condujo a los descubrimientos.

Eso se adecua a la perfección con lo pretendido aquí, ya que, si los objetivos son distinguir el código, denotar su uso por adolescentes y denotar el conocimiento amoroso de quién lo usa, sólo es posible hacer eso rescatando los textos de quien sabe el código, lo usa y denota un conocimiento al usarlo. Al recurrir a la visión de los sujetos por sus propios textos, se está, ya, obedeciendo los lineamientos de una investigación cualitativa. El paradigma hermenéutico y la perspectiva cualitativa es lo que define la vía metodológica que ha de tomar este estudio.

1.2. El estructuralismo francés y el constructivismo como teorías del paradigma hermenéutico y de la perspectiva cualitativa.

El paradigma hermenéutico, como se dijo, corresponde sólo a la postura epistémica desde la cuál se posiciona el cognoscente para conocer lo que se propone conocer. Dicha postura epistémica propicia que se investigue bajo un estilo, el cualitativo, mismo que

rescata la visión de los sujetos de estudio sobre el objeto a conocer. En este caso, al tratarse de un código, el uso de un código y el conocimiento amoroso que denota dicho código, la postura epistémica inevitable es el tratar de descifrar los textos que presumen poseer ese código desde los elementos mismos que aportan esos textos. Es este ejercicio interpretativo el que hace que se posicione el cognoscente bajo el paradigma hermenéutico. Al exigir que la interpretación se haga desde los textos mismos, es decir, desde los sujetos que han escrito usando el código, denotando su existencia y su saber, se posiciona la investigación, también, desde una perspectiva cualitativa.

Ahora bien, ya ha habido investigaciones que reúnen el paradigma hermenéutico con la perspectiva cualitativa y esas investigaciones se agrupan bajo tradiciones teóricas. Las que iluminan, con sus postulados y propuestas teóricas para conocer lo mismo que me propongo conocer, son el estructuralismo lingüístico francés y el constructivismo. Esas tradiciones en investigación aportan claridad al planteamiento que hago y, sobre todo, aportan apuntes para el análisis que pretendo. Al participar, así, del camino metodológico que he de seguir, bien merecen, por ello, su presentación.

El estructuralismo es una tradición interpretativa que data de los primeros años del siglo XX, cuando Ferdinand de Saussure (1982) impartió su curso de lingüística general. Luego, esos mismos principios con los que Saussure proponía desmenuzar la cultura y los signos, fueron trasladados a otras disciplinas de las ciencias humanas, como la antropología, la sociología, la historia, la literatura y la psicología (Mattelart y Mattelart, 1999; p.51). La vigencia de sus presupuestos y la riqueza de sus proposiciones es lo que la hace estar vigente y validar, en cierto sentido, el esfuerzo que se haga desde ella.

El estructuralismo, según las palabras de Abbagnano (1978), es más una tendencia metodológica que una doctrina científica o una doctrina filosófica. Dicha tendencia consiste en encontrar una mediación entre el orden y el desorden de los fenómenos que se presentan en un determinado campo de interés, de tal manera que sea posible construir, a partir de esa mediación, un modelo más o menos consistente y estable que pueda explicar y predecir las relaciones recíprocas entre esos fenómenos. Ese modelo se denomina estructura, término

utilizado para designar el conjunto coligado de las partes de un todo, el cuál funciona y permanece gracias a esa coligación de elementos.

Barthes (2001), al proponer un modelo que explique el habla amorosa hecho a base de figuras y tópicos, se inscribió, siguiendo la tradición de Saussure, a esta tendencia metodológica. Como el chiste de los modelos y las estructuras es facilitar la explicación y la predicción de los fenómenos de un campo, dichas estructuras fungen, entonces, como referentes para la interpretación de los fenómenos a estudiar. Por ello, el estructuralismo lingüístico francés, al cuál pertenece el modelo Barthesiano que aquí se retoma, es parte del paradigma hermenéutico y de la perspectiva cualitativa, porque, a parte, supone aplicar el modelo a la realidad de los textos mismos que los sujetos producen. He ahí la razón de su participación.

Por otra parte, el constructivismo sí es más una doctrina científica y filosófica que metodológica. Su participación en este trabajo se justifica al intentar darle a los elementos que componen la estructura del código amoroso Barthesiano, un origen social. Se ha defendido, en el planteamiento hecho, que el uso del código amoroso denota un saber socialmente compartido que posibilita la comunicación entre los sujetos que participan en el acto de la carta amorosa. Ese origen social explicaría el por qué lo amoroso es un código, el por qué se usa de tal o cual manera y el por qué denota cierto saber u otro. Ese origen social, pues, permitiría dilucidar cómo es que funciona el código y el discurso. Y ese carácter social del fenómeno, manifiesto, teóricamente, en las proposiciones de emparentar el modelo Barthesiano del código amoroso con el modelo de las representaciones sociales de Moscovici (1979), el que se sostiene por la tradición constructivista.

Ceruti (1998) aporta una definición de esta tradición. Él señala que el constructivismo es una forma de producir conocimiento que asume la complejidad de la realidad y la conceptualiza como un conjunto de elementos que se entrecruzan y afectan entre sí, formando, a modo de metáfora, una red de hilos distintos que tejen texturas diferentes. El constructivismo es, entonces, visto así, como un estilo de conocimiento basado en la distinción – conjunción, en donde se acepta la dialógica y la translógica como modo

razonable de conocer y en donde se construyen saberes inconclusos, inclusivos, multidimensionales y sistémicos. En ella se producen, pues, un tipo de saber contextualizado en un todo.

Esta compleja concepción de la realidad y sus fenómenos se basa en el supuesto de que la realidad, según Berger y Luckman (1998), se construye colectivamente y se construye a través del lenguaje, es decir, a través de discursos, a veces teóricos, a veces populares, a veces legos, en fin. Visto así, la necesidad del estudio de lo social se impone como prioridad en la comprensión no de la realidad real, dicen estos autores, sino de los conocimientos que se tienen de dicha realidad, sin cuestionar su validez, proponiendo como método el análisis la deconstrucción de los discursos que instituyen ideas en la colectividad en pro de la comprensión de los procesos que posibilitan que dicho conocimiento se desarrolle, transmita y subsista. Es decir, se insta al conocimiento de los conocimientos expresados sobre la realidad, mismos que nos hablarán de la realidad, pero no la real, sino aquella que es vivida por los sujetos. Por ello, según el constructivismo, es mucho más importante este tipo de deconstrucción del conocimiento expresado que de la realidad real misma.

Así entendido, el planteamiento que se hace es constructivista, dado que se pretende la reconstrucción del discurso amoroso para esclarecer el saber amoroso que los sujetos poseen desde su experiencia del amor. Al permitir una lectura del saber amoroso desde la práctica discursiva de los sujetos mismos, esta teoría sigue posicionándose en el paradigma hermenéutico y en la perspectiva cualitativa.

Los apuntes metodológicos que se han dado ya al distinguir la familia teórica y epistémica de este planteamiento, son el hecho de que se partirá de la práctica de los mismos sujetos para reconstruir el código, su uso y su saber. Esas prácticas discursivas se han de reconstruir a través de un modelo estructuralista, el cuál posibilitará rescatar los elementos del modelo, su funcionamiento y la realidad del amor que, gracias a ellos, es vista por los que usan el código. Esa es la explicación de por qué esta perspectiva metodológica.

1.3. El estudio de lo juvenil.

Ahora, bien, una última consideración con respecto al camino metodológico a seguir, sus intenciones interpretativas, su postura cualitativa y sus teorías estructuralistas y constructivistas. ¿Por qué interesarse por los jóvenes y qué implicaría, metodológicamente, estudiarlos? Primero, hay muchas buenas razones para justificar esta elección de sujetos y Revilla Castro (2001) las liga a la perfección en su ensayo sobre los discursos de la juventud. Este trabajo constituye un esfuerzo por conjuntar los discursos sobre la juventud, rastreando, con ello, los argumentos que se han dado en el campo académico para estudiarla. La juventud es, indudablemente, un buen campo de estudio, sobre todo porque está conformada por una población cuya agencialidad los hace sujetos fundamentales del orden y la estructura social.

En lo personal elegí esta población por razones nacidas de la Psicología del Desarrollo. Dichas razones las resume Ravilla en “la búsqueda de la identidad”. Erikson, sin duda, fue el primero en identificar a la juventud por este rasgo, pero Piaget lo explica de un modo más conveniente. Según Piaget (1985) es a la edad de entre los 16 y los 20 años cuando el individuo desarrolla su personalidad; estructura normativa y valorativa que orienta al sujeto en sus decisiones cotidianas. A esta edad, entonces, resulta crucial la definición de posturas e ideas sobre los objetos del mundo, pues, como se ha dicho, es ahora cuando se define una actitud que, a su vez, lo definirá ante el entorno inmediato.

Por ello, dadas estas características propias de la edad, es de suponer que es precisamente entonces cuando dichas posturas parecieran más claras que en etapas posteriores de la vida, pues, al imponerse ante el sujeto que ansía una estructura identitaria que lo ubique en el entorno, dichas posturas asumen formas imperantes y absolutas que resaltan en el discurso del individuo y lo ubican como parte de un grupo mayor.

Por eso, escoger jóvenes como sujetos de estudio, particularmente de esta edad, resulta rico en información, puesto que, siguiendo estos preceptos teóricos, es de suponer entonces que su imaginación sobre el mundo en general sea relativamente más clara ahora que después, así como también es de suponer que dicha imaginación es de obvias características funcionales, el ideal, pues, para indagar discursos socialmente compartidos, porque, además, también se puede suponer que dicha imaginación deviene de la experiencia ajena y de la sabiduría social, puesto que la única fuente que tiene a la mano para aprender es del conocimiento socialmente compartido y no de su corta experiencia de vida. Así lo explica Piaget (1985) al aclarar que es de la vida social de donde sacan para estructurar el yo interno y, con ello, aspirar a la adultez. Son, entonces, ellos los ideales para hablar de lo que se dice socialmente del amor y por eso son los sujetos de este estudio.

Si no bastara estas razones basadas en las tareas de desarrollo que enfrentan los jóvenes, se pueden citar otras más provenientes, ahora, de la Sociología de la Juventud. Dos, en especial, concuerdan con el planteamiento que hace esta tesis. Una asume a la juventud como un producto histórico y social, es decir, propia de las características no solo de su contexto, sino del devenir histórico de este. Se basa en el principio de que la juventud es producto de la sociedad en que se vive y con ello quiere decir que refleja los retos que encara y la organización que asume la sociedad que la sostiene (Revilla, 2001).

Desde esa perspectiva, la juventud es vista como la transición entre la niñez y la vida adulta. El papel que juega, el tipo de desafíos a los que se afronta, el poder de decisión que posee, la independencia que tenga, el desarrollo conseguido y las posibilidades de acción, dependen, en todo, del devenir histórico de su contexto social.

En el caso particular de Zamora, será difícil determinar esta influencia contextual, puesto que, aún cuando se incrusta en la cultura occidental, con los rasgos del país y las particularidades de la región, cada grupo posee, pese a ello, antecedentes históricos muy distintos. Si lo que se propone es estudiar la organización social implícita en el saber compartido a través del habla juvenil, este contexto que define, precisamente, las tareas

sociales juveniles, ha de ser encontrado entonces, en el análisis que se haga. Así que queda, entre los pendientes por resolver de la investigación, esclarecer, en el contexto entresacado de las cartas, la definición de la juventud por su propia enunciación.

La otra justificación de la elección de los jóvenes como sujetos de estudio es porque representan, en conjunto, para un sector académico, un agente de cambio, pero, también, de reproducción social. A los jóvenes se les ha entregado la doble tarea de sostener y modificar el orden social. Por ello, sus pensamientos, creencias y visiones de las cosas resultan tan ilustrativas no solo de la sociedad misma, sino del futuro estructural de ésta, pues si, desde el pensamiento existe una ruptura generacional o una reproducción del orden establecido, se determinará, con en ello, la dinámica o estática de la organización general (Revilla, 2001).

La juventud, sea por las razones que sean, pues, representa un grupo rico para el análisis social. La presente investigación, por ejemplo, no solo cuestiona si el discurso amoroso determina, en algo, alguno de los retos que el desarrollo le interpone al adolescente, sino también pregunta si el adolescente asume o no ese discurso, cómo lo asume, qué hace con él, qué evoca con él, qué propone con él. Por ello, estas razones basadas en el desarrollo y en el papel estructural de la juventud bastan para creer que esta edad, en especial, resulta productiva e ilustradora para el análisis propuesto, lo cuál remite al reto metodológico de tomar en cuenta sus propios textos para analizar el código que usan, el uso que denotan y el conocimiento amoroso que manifiestan. Remite, pues, al deber metodológico de interpretar, cualitativamente, su decir.

II. *Diseño de la estrategia metodológica y categorías de análisis.*

El trabajo de recolección de datos consistió en solicitarle a sujetos que asistían al tercero de preparatoria y al primer grado de la licenciatura en normal superior, ambos del Centro Escolar Juana de Asbaje, de Zamora Michoacán, cartas de amor que hayan escrito o

hayamos recibido. Esa solicitud fue respondida con un corpus conformado de 171 cartas. De esas 171 cartas se eligieron 8, 2 escritas por mujeres vinculadas al contexto preparatorio, 2 por mujeres vinculadas al contexto normalista, 2 escritas por hombres vinculados al contexto preparatorio y 2 por hombres vinculados al contexto normalista.

A ese nuevo corpus se le aplicó el siguiente trabajo analítico[❁]:

- 1º.** Cada texto se dividió en unidades de interés, es decir, en oraciones, trozos de oraciones o conjuntos de oraciones que creaban un sentido acerca de algo. Ese sentido fue el criterio para dividirlo, ya que el ejercicio de trozar el texto consistió, como bien sugiere el mismo Barthes (1978), en leer y dividir el texto según el mismo texto lo posibilita, es decir, en pequeñas unidades que encierran el decir del que lo escribe, según la interpretación del que lo lee. Así, pues, resulta en una fragmentación aparentemente arbitraria, pero al fin funcional, dado que, para este caso en particular, sí posibilitó la lectura semántica pretendida para el esclarecimiento de las figuras.

Debe quedar claro que las unidades de interés resultantes de este ejercicio no contienen, cada una, sólo una figura amorosa, aunque a veces sí se presentó el caso. Más bien la unidad de interés agrupaba, frecuentemente, varias figuras a la vez, no porque se haya fragmentado erradamente el texto, sino porque esas figuras cumplían, juntas, según la lectura que se hizo, una misma función en el texto completo y, como se recuerda, fue la función o el sentido el criterio para fragmentar.

- 2º.** Una vez fragmentado el texto en unidades de interés, se procedió a aplicarle, a cada trozo, una esmerada lectura semántica y crítica en general, la cuál buscó el esclarecimiento de los elementos esenciales que pudieran posibilitar la identificación de la carecterología de los movimientos del autor en su texto y los recursos que éste usó para ejecutarlos. De esta lectura se pudieron identificar,

[❁] El análisis de las ocho cartas está incluido, dada su extensión, como anexo. Para consultarlo, dirigirse al Anexo 1.

luego, seis elementos concretos y necesarios para las descripciones pretendidas en los objetivos de esta investigación.

3º. Esos seis elementos, los procedimientos para su identificación y su finalidad analítica para este estudio, fueron los siguientes:

- a) *Sujeto ejecutor.* Se refiere a la imagen manifiesta del autor en la unidad de interés. Se identificó, al igual que los demás elementos, a través de la lectura semántica y crítica general que se le aplicó a cada trozo de texto. Entre los muchos elementos que se entresacaron en esa lectura, se evidenció, por medio de los pronombres personales, tiempos verbales y otros factores lingüísticos, el posicionamiento del autor con respecto a su mismo decir. Esta imagen reconstruida del autor en su decir, dará elementos para entender y reconstruir el uso que hacen del código amoroso los adolescentes en sus cartas. ¿Cómo? Pues, el autor, al posicionarse de alguna forma con respecto a su decir amoroso, evidencia, con su sola postura, la apropiación que hace de ese decir y para qué le sirve, al fin, ese decir, lo cuál ayuda mucho para comprender el uso que le da, al fin, al código amoroso.

- b) *Sujeto receptor.* Se refiere a la imagen manifiesta del destinatario en el decir del autor. La carta es un texto dialógico, por tanto implica, forzosamente, a un destinatario. Si el autor se posiciona de alguna manera con respecto a su decir, y el decir va dirigido al destinatario, de alguna manera, entonces, queda también evidenciada la posición del destinatario con respecto al autor y a su decir, aunque esa posición sólo sea supuesta por el autor cuando éste escribe. La identificación de este rubro se hizo, otra vez, gracias a la lectura semántica general de cada unidad de interés, es decir, a través de la identificación de pronombres, tiempos verbales, acciones, complementos y demás que, como posibilitaron la identificación de la imagen del autor, posibilitan, a sí mismo, la reconstrucción de la imagen del destinatario. Esta imagen tiene la utilidad, en el presente análisis, de aportar elementos para comprender el uso del

código amoroso en estas cartas, puesto que se cree que el papel que juegue el destinatario en el texto depende, en mucho, de las figuras amorosas trazadas por el autor en su enunciación.

e) *Actos ilocutivos*. Se debe aclarar, primero, que los actos locutivos se hacen evidentes con sólo citar la unidad de interés. Por tanto, no hay necesidad de dedicarles un apartado que los muestre de nuevo. En cambio, para los actos ilocutivos sí es necesario. En realidad, la lectura semántica y crítica de cada unidad entresaca, en sí misma, los actos ilocutivos ejecutados en el texto, puesto que la lectura lo que hace es, precisamente, aflorar los elementos que permiten darle cierta interpretación a la enunciación y no otra. Esos elementos son, al fin, los actos ilocutivos. Sin embargo, se creó este apartado sólo para destacar ciertos tintes de intencionalidad que marcan a cada unidad de interés. Debe quedar claro que los actos ilocutivos no se reducen, según las definiciones teóricas que se han manejado, a los tintes de intencionalidad, sino a todo el conjunto de elementos que permiten cierta lectura del texto y no otra. Por tanto, los actos ilocutivos quedan expuestos, más bien, en la misma lectura crítica y semántica que se hace de cada unidad de interés, solo que se optó destacar, en un apartado homónimo, por otra parte, sólo los tintes de intencionalidad de cada trozo de enunciación. Estos tintes ayudarán a reconstruir, también, los criterios usados por los autores para usar de cierta forma el código amoroso.

d) *Función*. La función no refiere a ningún concepto en específico manejado con anterioridad. En este breve apartado lo que se hizo fue tratar de responder, desde la lectura crítica y semántica hecha ya, el para qué se escribió, desde los ojos del autor, cada unidad de interés. Es similar a la intencionalidad pero esta última categoría no refiere a los objetivos del autor, sino a los objetivos del texto. ¿Qué papel cumple cada unidad de interés en el mensaje general del texto? Esto es lo que resume este apartado. Y, de nuevo, la idea es juntar

información, con esta categoría, sobre el uso del código amoroso por parte de estos adolescentes en particular.

- e) *Figura(s)*. Entendidas éstas como movimientos concretos del autor, deberían ya quedar lo suficientemente abordadas tanto en la lectura semántica y crítica general como en todas las categorías anteriores. Sin embargo, por practicidad y emulando el ejercicio Barthesiano (2001) de nombrarlas según su característica principal, en este apartado se resumirán las figuras detectadas en la lectura nombrándolas según los elementos esenciales de los movimientos del autor en el texto ya explícitos y suficientemente desmenuzados en la lectura crítica – semántica. Que quede claro, entonces, que la figura, en sí, queda evidenciada tanto en el abordaje semántico que se hace de cada unidad, como con todas las demás categorías entresacadas. Lo que aparecerá, entonces, en el apartado de “figuras” será los nombres que resumen esos movimientos ya evidenciados. La adjudicación de los nombres de las figuras no obedece a una tipología previa, como la que hace Barthes (2001), sino a las características esenciales del movimiento que se ha de señalar, como lo hace Corona (2001) en un trabajo similar. Estos nombres posibilitarán un práctico manejo de las figuras a la hora de describir tanto el código como el uso de ese código.

- f) *Tópica(s)*. En esta última categoría se señalaron la(s) posible(s) figura(s) primitiva(s) que precedieron a la(s) figura(s) mencionada(s) en la categoría anterior. La asociación entre cada figura y su posible tónica de origen se hizo siguiendo la lógica propuesta por los elementos destacados en la lectura crítica y semiótica hecha anteriormente. Las características atribuibles al amor en cada unidad de interés van proponiendo una concepción concreta del amor mismo, la cuál une a todos los elementos y les da coherencia. Esa concepción fue la que aquí se denominó como tónica. Las tónicas posibilitarán comprender al código y al uso del código. Las características atribuidas a las

tópicas permitirán reconstruir el conocimiento amoroso que hay detrás del código. Por ello la importancia de su ubicación.

Cabe señalar que hay unidades de interés, identificables al estar subrayadas, en cuya lectura se manifestó una ausencia evidente de tópica amorosa, puesto que no hacen, en ningún momento, referencia al amor. Sin embargo, en esas unidades de interés sí se señalan figuras. ¿Por qué sucede esto si se parte de la idea de que la figura es una tópica concretizada? Porque también se cree que no todas las figuras precisan de ser amorosas para participar en el código amoroso. Pueden tratar de otras cosas, al fin y al cabo existen figuras pertenecientes a otros códigos, así como hay tópicos que también son de otros códigos. En este caso, esas figuras que, según se presume, no son amorosas, puesto que no refieren al amor directamente, sí hacen referencia a alguna característica del mensaje que, al ser amoroso, algo tiene que ver con el amor. Esas figuras, pues, apelan a los mismos rasgos con que se describen las tópicos amorosas y, por eso, son asociables aún cuando una no se derive de la otra y no señale su conexión evidentemente.

Por ejemplo, “te quiero” es una unidad de interés que no está vinculada al amor evidentemente. Sin embargo sí hace alusión a una acción, la cuál es querer. La figura que traza puede ser descrita así: “querer”. Esa figura no es una figura amorosa puesto que no está vinculada evidentemente al amor, es decir, no contiene ninguna forma del amor en su enunciación. Sin embargo, las características principales de esta figura se asemejan a las características de las figuras amorosas denominadas “amar”, dado que ambas son acciones, ambas tienen direccionalidad, las ejecuta el amante, las recibe el amado, etcétera.

La tópica que encierra la figura “amar” es la de “el amor es una acción”, la cuál señala que el amor es un acto que ejecuta el amante sobre el amado, misma descripción del “querer”. Por tanto, se asume que “querer” y “amar”, en el código amoroso, son figuras que emparentadas a la tópica “el amor es una acción”, aún cuando una es evidentemente una figura amorosa y otra no.

Lo que se quiere decir es que hay unidades de interés que solo contienen figuras no amorosas y que por eso en la lectura crítica y semántica se señala que no poseen tónica amorosa. Sin embargo, muchas de esas figuras sí son asociables con ciertas tónicas amorosas, por lo que, al fin, en la categoría de “tónicas” sí aparecen los nombres de las “tónicas” asociadas. Quede con esto, pues, explicada la aparente incoherencia que en ello se puede notar.

4º. Luego de la identificación de estos elementos, se describió cada carta en los siguientes términos:

a) *Características generales de la carta.* En este apartado se enfatizaron las características más obvias del texto en general, como texto. La idea era tener una idea particular de cada carta para poderlas describir y comparar, al final, en la configuración de las peculiaridades de este corpus analítico.

b) *Mensaje general.* Se resumió, aquí, según la lectura crítica – semántica hecha de todas las unidades de interés, el mensaje final de la carta, entendiendo ésta como un texto de función comunicacional. La utilidad de ello radica en tener un parámetro central para evaluar el uso del código amoroso en cada carta.

c) *Función general.* Este otro apartado resumió, por su parte, el conjunto de funciones identificadas a lo largo del texto. ¿Para qué escribió el autor esa carta? Eso es lo que responde este inciso. Su utilidad consiste, también en constituir un parámetro central con el cuál se pueda evaluar el uso del código amoroso por cada adolescente autor. Este apartado, también, resulta útil para describir al corpus.

d) *Tónicas.* Por último, en el análisis de cada carta se agregó este otro apartado, el cuál está conformado por cuadros sintéticos de las características del amor según cada tónica y cada figura amorosa. Estos cuadros servirán como punto

de partida para la reflexión del tercer objetivo, es decir, para la reconstrucción del saber amoroso latente en las cartas de los adolescentes.

Esto fue todo lo que se hizo como estrategia de investigación en aras de cumplir con los tres objetivos propuestos desde el inicio de esta investigación.

III. *El instrumento para recolectar datos: la carta de amor.*

La técnica que se usó para conformar el corpus de textos que se analizarán fue la solicitud de cartas de amor, un documento personal que, se espera, refleje el código particular del discurso amoroso, su uso y, con ello, su saber sobre el amor. Según Capdevila (2002) y Taylor y Bogdan (1996) así debería de ser, pues, los documentos personales, a diferencia de otros instrumentos, retratan la vida íntima de los sujetos, casi como el diario personal, solo que este encierra un tipo de experiencia personal distinto a la carta que, por ser dialógica, reconstruye el mundo que envuelve a los enamorados. Ese mundo es el que espero encontrar, en referencia al amor.

El modo en que fueron recolectadas las cartas fue marcada por los matices del contexto en que se hizo. Si bien a ambos grupos se les hizo la petición expresa de que facilitasen dichos documentos en aras de la investigación y del interés que podría tener para todos conocer su visión sobre el amor, cada uno acogió de distinta forma dicha información dado los matices de las circunstancias.

Por ejemplo, el grupo de normalistas ingresaba, por primera vez, a la escuela, por lo que había una resistencia obvia de enseñar a un grupo de gente desconocida, un documento tan personal e íntimo. Por ello se notaron más conservadores y no cedieron sus cartas con facilidad. De ese grupo, de hecho, apenas fueron un poco más de la mitad las cartas originales que me prestaron.

La reacción fue distinta en los preparatorianos, quienes, al ser un maestro suyo de mucha confianza el que les solicitó las cartas en nombre mío, dejaron en mis manos un gran número de ellas, sin importar que éstas fueran las que les habían regalado o las que habían escrito en momentos significativos para ellos. Tuvieron, pues, una reacción más confiada.

De cualquier forma, ambos grupos respondieron favorablemente a la invitación. De su colaboración se armó un corpus de 171 cartas de amor, todas ellas escritas en y para contextos amorosos. Pero, ahora bien, qué entenderé por carta de amor. ¿Por qué la carta y no otro medio? ¿Por qué de amor? ¿Cómo está entendido el amor en este marco?

Las cartas de amor las entenderé como un tipo de documento personal (Taylor y Bogdan, 1996) que abre al ámbito privado e íntimo. Reyes (1999) distingue la carta de la epístola, siendo la primera escrita en prosa y la segunda en verso. Yo me dedicaré a la carta en el sentido de la composición en prosa, pero le llamaré indistintamente carta o epístola. Reyes (1999) marca que este tipo de textos se distinguen por reconstruir un diálogo a distancia, con la peculiaridad de que lo hacen de un modo que toca lo íntimo y lo público a la vez. Por ello, dice él, la carta muchas veces pierde su sentido y se convierte solo en eso, en una carta, es decir, en una composición que no admite reglas, que puede tomar cualquier tono o cualquier finalidad, siendo la amorosa la más particular.

Sarah Corona (2001) define la carta de amor como:

“el vehículo ideal para la expresión sincera de nuestros más íntimos deseos. Es el lugar donde se va a dejar hablar al corazón sin artificios, ya que se escribe para la única persona en quien confiamos nuestros secretos y sueños más personales.”(Corona, 2001; p.38)

Así, la carta de amor se convierte, entonces, en vehículo y lugar de los sentimientos íntimos compartidos con la persona amada. Barthes (2001), en cambio, la ve como una “figura dialéctica” producto del código y del contenido, es decir, producto de las formas de significar y los deseos del amante en significar su deseo. En este caso, pues, la carta se convierte en código y significación.

Yo la he de asumir en todos esos sentidos. La carta de amor, en este entendido, pues, es una composición en prosa que, mediante un código reconocido, expresa una significación especial, lo que la hace ser vehículo y lugar del amor. El amor, además de ser definido como ya se definió en el marco teórico, se entenderá también, como un constructo social que refiere a un objeto inmaterial, el cuál, a su vez, define una forma de relación entre dos personas que no tienen parentesco entre sí y que, temporal o permanentemente, conforman una asociación.

Ahora bien, el por qué cartas de amor y no otro modo de recolección de discursos tiene variadas razones que ya he adelantado en otras ocasiones. Igual, aquí están. Estoy consciente que, en la tradición de estudios sobre los discursos socialmente compartidos tiende a optar por otras herramientas para la recolección de datos, como entrevistas a profundidad, historias de vida o grupos de discusión. Esta predilección, pienso yo, más que por constituir recursos, en cierto modo, “estáticos”, se buscan por su capacidad de posibilitar la recuperación de discursos razonados y estructurados en torno exclusivo al tema de interés, a la vez de que se respetan ciertos rasgos de comunicación cotidiana como su carácter dialógico y argumentativo.

Sin embargo, coincido con Bajtín (1995) en que la carta pertenece a ese mismo género discursivo que despierta la comunicación inmediata. Él le llama género discursivo primario o simple, dada estas características que solo se encuentran en el diálogo cotidiano, a diferencia del género discursivo secundario, cuya inspiración es mucho más ideológica y estructurada. Al fin, el caso es que una carta puede decir lo mismo que un diálogo, solo que con la conveniencia de estar plasmada en papel y posibilitar, así, un control sobre el contenido, ya sea porque está materializado ahí con la tinta, ya porque el interlocutor, que puede intimidar o no, no está inmediatamente presente, librando así un poco al mensaje de ser libre de expresarse.

La carta es, pues, una enunciación sentida, vívida y dialógica como cualquier enunciación cotidiana. Por ello se cree que pueda ser valiosa y útil para encontrar las

imágenes y los significados, bajo estructuras semióticas y semánticas determinadas y asibles, que son el objeto de estudio de la presente investigación. Valga eso como justificación.

Otra razón permisible es el hecho de que la carta sigue siendo un elemento típico de las relaciones amorosas, la vía de expresión por excelencia del amor a distancia, del amor prohibido, del amor tímido, del amor que se sincera. Es, pues, un instrumento que goza de popularidad y promoción, pese a que el tiempo y otros factores hallan minado la costumbre epistolar o lo hayan teñido de otras realidades como la inmediatez del Internet. Igual, incluso a nivel comercial, es fomentado a través de toda la parafernalia del 14 de febrero. Resulta, en todo caso, entonces, un instrumento en vigencia que puede ser aprovechado para captar, a través de él los discursos del amor de los jóvenes en la actualidad. Eso también es razón.

Una última razón podría ser la que justifique el que se le tome como muestra para entresacar el saber socialmente compartido. Esa razón es la que refiere su carácter doble que la lleva de la intimidad a lo público, como decía Reyes (1999). Corona (2001) también refiere este doble espacio que la carta implica. Ella identifica el espacio público con la codificación socialmente reconocida de la escritura y de la escritura de cartas de amor. No solo el lenguaje permite que el contenido de la carta sea leído por otros, sino también el hecho mismo de ser una carta de amor permite reconocer, dice Corona, los comportamientos sociales que eso implica.

En cambio, su contenido, los sentimientos y los deseos, son solo entendibles para los enamorados o, incluso, para el enamorado que escribe. Esa condición íntima y privada, dice Corona hace a la carta de amor *“un acontecimiento singular e irrepetible para ambos enamorados”*. Por eso, continúa ella,

“la importancia de aproximarse a las cartas de amor radica en que son muestra de los marcos de referencia social en los cuales los sujetos organizan y llevan a cabo su experiencia amorosa”.
(Corona, 2001; pp. 39-40)

Es decir, trabajar con cartas de amor abre, ante nosotros, partes de esos dos espacios: el que da la entrada a lo socialmente compartido, es decir, al código, al uso del código y a la realidad social, y el que da entrada a lo privado, es decir, al saber del amor, a su concepción. Ambas condiciones las cumple, entonces, la carta, por lo que eso se convierte en una buena razón de utilizarla como justificación. Valga, entonces, esta explicación.

IV. Zamora y sus jóvenes: descripción del contexto y de los sujetos de estudio.

Los sujetos sobre los que recae este estudio son jóvenes de entre los 16 y los 20 años de edad que habitan en la ciudad de Zamora, Michoacán y asisten o al tercer año de preparatoria del “Centro Escolar Juana de Asbaje” o al primer año de formación normalista en la misma institución. Pese a que los ocho sujetos radican en la misma ciudad y asisten a la misma escuela, cada grupo de jóvenes, los 4 preparatorianos y los 4 normalistas, provienen, en realidad, de dos realidades socioeconómicas y educativas muy concretas, lo que posibilita que este estudio que pretende dilucidar el código amoroso, su uso y su saber implícito en cartas de amor, se nutra con la comparación entre los dos grupos, no con el afán de describir a los dos grupos, sino con el afán de describir mejor al código, su uso y su saber.

Los jóvenes, cuyas cartas fueron seleccionadas para conformar el corpus de análisis, sus edades, sus lugares de residencia y sus lugares de origen están expuestos en el siguiente cuadro.

ESCOLARIDAD	SEXO	EDAD	LUGAR DE RESIDENCIA	LUGAR DE ORIGEN
Tercer año de preparatoria	Femenino	16 años	Zamora	Zamora
Tercer año de preparatoria	Femenino	18 años	Zamora	Zamora
Tercer año de preparatoria	Masculino	18 años	Zamora	Zamora
Tercer año de preparatoria	Masculino	17 años	Zamora	Zamora
Primer año de Normal	Femenino	19 años	Zamora	Zamora
Primer año de Normal	Femenino	20 años	Zamora	Chavinda
Primer año de Normal	Masculino	18 años	Zamora	Jacona
Primer año de Normal	Masculino	20 años	Zamora	Uruapan

2.- Características de los sujetos de estudio.

Cabe señalar que esta información no se poseía sino hasta después de que se eligieron las 8 cartas del corpus. El omitir esta indagación al principio de la selección trajo el riesgo de descubrir, luego de invertir en el análisis de esas 8 cartas, que alguna de ellas fueran escritas por jóvenes no inscritos a la institución o foráneos de la ciudad. Sin embargo, se tuvo la fortuna de descubrir que todos ellos eran miembros del plantel educativo y radicaban en la ciudad. El último de los varones del grupo de los normalistas, por ejemplo, radicaba en Estados Unidos cuando escribió la carta, pero este año decidió regresar y cursar la normal, lo cual, visto desde esta fortuita construcción del corpus, resulta venturoso.

En fin, los dos contextos de los que provienen cada grupo de sujetos se suscriben a la escolaridad de éstos. Unos son preparatorianos en el último año de su formación media superior y otros son normalistas en su primer año de su formación superior. Esta diferencia ya plantea un contraste entre un grupo y otro: mientras que unos aún no tienen una orientación profesional definida y están, precisamente al borde de elegirla, otros ya seleccionaron su destino profesional y se encuentran cursando la formación que los definirá en el mercado laboral.

La institución que acoge a ambos grupos puede constituir un rasgo que comparten: la escuela es de paga, es religiosa y es pilar de la vida educativa zamorana. El Centro Escolar Juana de Asbaje (CEJA), atendida por la congregación de las hermanas de los pobres siervas del Sagrado Corazón, fue fundada en la primera mitad del siglo XX. El autor intelectual del proyecto, fundador, también, de la congregación religiosa antes mencionada, fue el segundo obispo de la diócesis de Zamora, José María Cázarez y Martínez, quien ideó el instituto, originalmente, para la difusión de la enseñanza primaria. Sin embargo, por el poco apoyo gubernamental que recibían las escuelas federales, pronto el centro escolar creció, ofreciendo, cada vez, más niveles de preparación, hasta llegar a contar, hoy en día, con la impartición de clases a nivel preprimaria, primaria, secundaria, preparatoria y normal.

La justificación de por qué se eligió esta institución y no otra la baso en dos criterios prácticos. El primero fue por que dicha institución ha sido la más nombrada y reconocida de la ciudad como una escuela típica de la zona, es decir, como una verdadera opción de estudio para los sujetos de edad escolar. Eso garantizaba cierto grado de representatividad. Además, es la única institución que imparte clases desde el preescolar hasta el nivel de licenciatura. Ninguna otra institución me hubiese ofrecido tener acceso a esa variedad de poblaciones. La otra razón práctica por la que escogí a los sujetos de dicho plantel es simplemente porque ahí cuento con el acceso para este estudio y en las otras instituciones dicho acceso iba a ser más limitado. Dado que el tiempo y los recursos no son muchos, entonces, pues, esta opción se presentó como la mejor.

Actualmente, el plantel del CEJA está dividido en dos casas, una ubicada en la calle Colón, donde se encuentra el kinder y la primaria, y otra en la calle llamada Sixto Verduzco, donde se imparte, por la mañana, el nivel medio superior, y por la tarde la normal. Es en este último centro en dónde se localizaron a los donadores de las cartas. Ambos grupos, al fin, comparten el edificio y la influencia de la filosofía de la institución. Sin embargo, siguen poseyendo grandes diferencias.

Los asistentes matutinos al CEJA son, en general, hijos de los habitantes zamoranos clase mediera, lo cuál implica una posición económica acomodada, de tradiciones conservadoras, una penetrada formación católica y un círculo más o menos distinguible, pero cerrado, de tratos sociales. Los preparatorianos vienen, generalmente, de familia de comerciantes, campesinos o profesionistas de la localidad, quienes, por la economía de la región, aparte de conocerse entre sí, reciben un ingreso económico, si bien no abundante, uno que cubre con solvencia las necesidades económicas de los hijos. Por eso, los mismos maestros del plantel reconocen, en esta población, rasgos particulares tales como:

- un apoyo familiar considerable
- recursos económicos que les hace tener solvencia y les permite tener acceso a distintas fuentes de formación e información

- ☉ recursos materiales de valor considerable
- ☉ antecedentes de profesionales en su familia
- ☉ aspiraciones y posibilidades de salir de la ciudad para ingresar a la universidad y
- ☉ alto contacto con la formación religiosa y moral

Esto los hace ser un grupo mucho más inquieto, crítico, propositivo, exigente, confrontante y preparado que el vespertino. Pero también les hace ser más intolerantes a la instrucción y a las normas del plantel. En cambio, la población vespertina, en este sentido, es más accesible. La población vespertina está conformada por sujetos que, generalmente, provienen de la zona rural circunvecina al municipio zamorano. Por ese simple hecho, poseen características muy distintas.

La Normal, si bien constituyó antes una opción de formación superior para los habitantes de Zamora, ahora es, más bien, la opción de formación superior de los habitantes de la zona circunvecina. Los habitantes de Zamora, al poseer un ingreso económico solvente, aspiran, más bien, a ingresar a las universidades más cercanas, como las de Guadalajara o Morelia, más por el valor social que puede implicar estudiar fuera que por una diferencia comprobada del nivel académico. En cambio, para los habitantes de la zona rural que, si bien no carecen de recursos, Zamora y sus opciones de formación superior se presenta como una alternativa viable al alcance de sus posibilidades.

Por ello, la gran mayoría de la población estudiantil normalista es originaria de los pueblos o ciudades pequeñas que se encuentran cercanas a Zamora (como Uruapan, Chilchota, Santiago, Chavinda, Los Reyes, Ecuandureo, Tarecuato, Patamban, etcétera), e ingresan al contexto zamorano en calidad de fuereños. Por tanto, eso les quita la posibilidad de ingresar a los mismos círculos de tratos sociales que los preparatorianos. Sin embargo, esa no es su principal desventaja. La más considerable es que poseen una formación educativa propia de las zonas rurales: provienen de escuelas federales que no poseen los recursos suficientes como para impartir una educación de calidad que les ofrezca a aspirar a

las mismas posibilidades educativas que los de las escuelas de paga. Dicha desventaja les reduce las opciones de formación superior.

El ser maestro, por lo general, no es una opción elegida premeditadamente. O bien heredan el magisterio, porque tienen algún familiar con plaza en las zonas rurales, o la eligen como la única opción posible dentro de sus recursos, aún pese a que no es de su preferencia. Es una población, pues, que si bien valora la posibilidad de estudiar, no tiene modo de sostener una formación de alto nivel, ni han elegido tan libremente el magisterio, ni conciben, a ciencia cierta, el papel de su profesión. Simplemente la eligen porque es la opción que existe.

Los maestros del plantel distinguen algunos rasgos más que acaban por definir a esta población. Dichos rasgos son:

- provienen de familias que no les pueden ayudar en mucho, ya sea porque están desintegradas, porque viven la migración a Estados Unidos, porque no tuvieron preparación académica o porque, simplemente, son de escasos recursos
- la mayoría de ellos se provee a sí mismo los recursos para sostener los estudios y
- si bien pertenecen a la fe católica, no tienen una formación tan marcada en ella

Esto los hace ser una población con menos recursos académicos y formativos, que si bien los hace más ávidos al estudio, les impide aspirar a una preparación firme. Son menos críticos, menos exigentes y menos confrontantes, pero más problemáticos en cuanto a que se enfrentan a retos de vida mucho más complejos que los preparatorianos: están fuera del seno familiar, incluso, por primera vez, muchos ya están casados, varios tienen hijos, muchos mantienen ya a la familia, muchos trabajan, muchos padecen de problemas

familiares, etcétera. Eso los hace más susceptibles a claudicar. En fin, estos son los dos contextos que distingo.

La elección de la ciudad de Zamora Michoacán como escenario del estudio obedece a simples razones. Zamora resulta, para mí, el entorno cultural más ajeno y, a la vez, más cercano. Ajeno porque no he nacido ahí y porque hace tiempo que no vivo ahí, sin embargo me es cercano porque viví ahí, sé de su historia, de su dinámica y de su desarrollo. Esto me permitirá poder describir y reconocer, de algún modo, las condiciones culturales que podrían determinar una forma de concebir el amor, pero a la vez me posibilitaría tener cierta distancia como para notar características que un habitante permanente no notaría.

¿Por qué Zamora y no otra ciudad? Las características que apresuro ahorita son para justificar que, al menos, un estudio en esta ciudad aportaría reflexiones interesantes que le atañerían a otras ciudades similares, sobre todo de la zona occidente del país. Dichas características son las siguientes:

- Zamora es una ciudad chica que está a distancias más o menos cortas y bien comunicadas con otras ciudades importantes (Guadalajara, México, Morelia, León);
- Es una ciudad de actividades mayoritariamente comerciales, por lo que su población tiene constantemente contacto con otro tipo de ambientes;
- Su población es diversa, tanto de familias económicamente acomodadas, como familias de migrantes, familias indígenas, familias obreras, etcétera, cuya convivencia toma matices particulares;
- La población es mayoritariamente católica y las instituciones sociales están fuertemente vinculadas con la Iglesia Católica, por lo que la educación, las creencias, las tradiciones, las costumbres, tienen que ver mucho con el pensamiento católico;

- Es una ciudad en crecimiento pero que no posee mucha vida cultural ni académica, aunque los pocos espacios que hay de ello son celosamente cuidados y buscan expansión.

En fin, cumple características que, según yo, le permitirían identificarse con otras ciudades de provincia, pero que, igual, me tocará ahondar en sus peculiaridades en pro de enmarcar el contexto del saber dilucidado en las cartas. Por eso se hace constar que es un estudio sobre jóvenes zamoranos, pero bien pueden identificarse con otros.

V. Descripción del trabajo de campo.

Como ya se narró, se recolectaron, a través de la petición expresa o indirecta de que fuesen facilitadas, 171 cartas pertenecientes a jóvenes vinculados a un contexto preparatorio y a un contexto normalista. La extensión de esas 171 cartas variaban mucho; así como había cartas cuya extensión no rebasaban las 30 palabras, había otras cuya extensión se prolongaba más allá de las 4 cuartillas. Por cuestión práctica y dado el trabajo analítico minucioso que se pretendía, se eligieron solo aquellas cuyo contenido fuera un promedio medio entre esos dos extremos, es decir, que se extendieran entre 1 o 2 cuartillas como máximo.

Este criterio resultó muy relativo, aunque ilustrativo también. Relativo en el sentido de que todas las cartas originales estaban escritas a mano, con excepción de algunas cuantas. Por tanto, una carta que aparentaba cubrir la cuartilla o las dos cuartillas, ya en un formato uniforme no llegaban, a veces, ni a la mitad de ésta o, si a caso, a una sola. En la elección de las cartas provenientes del contexto preparatorio esto bien pudo significar alguna diferencia, dado que el grueso de cartas de este grupo sí variaba mucho en extensión, por lo que había cartas de todas las extensiones posibles. Por ello, las elecciones hechas en este grupo tuvieron que responder a otros criterios, como el no repetir cartas provenientes de una misma pareja o de una misma persona y cuidar que el contenido fuera relativo al amor

y no a circunstancias particulares de los involucrados cuya comprensión estuviera negada para una lectura ajena. De esos criterios provienen 4 de las cartas.

En las cartas provenientes del otro contexto hubo una elección distinta. En este grupo había el problema de que la mayoría de las cartas eran demasiado cortas, cosa visible aún cuando estuvieran escritas a mano. Sólo unas cuantas superaban una extensión considerable, mientras que otras (2 o 3) sí rebasaban, evidentemente, las 2 cuartillas. Así que la elección en este grupo recayó en aquellas que tuvieran más contenido sin caer en el extremo. Muy apenas se juntaron las 4 que participaron en el corpus.

Las situaciones que enmarcaron la recolección fueron muy distintas, también, de grupo en grupo. La de los normalistas se llevó a cabo así: en el verano del 2003 se me presentó la posibilidad de contactar con un grupo de jóvenes que, al ingresar a la normal superior, participaron en un curso propedéutico organizado por la institución escolar. Dicha institución me permitió organizar una actividad con ellos en torno al tema del amor. Gracias a dicha actividad pude obtener 76 cartas de amor.

La actividad consistía en reflexionar sobre el amor siguiendo una guía de preguntas sugerida, basándose en las propias cartas que ellos mismos habían escrito o habían recibido. La intención era que ellos discutieran sobre qué les significaba el amor, valor que, por cierto, se busca promover desde la filosofía que la institución escolar defiende como sello particular de su estilo pedagógico. Por ello, se coincidió en intereses con la institución.

Esas 76 cartas recolectadas en un inicio, 46 escritas por mujeres y 30 por hombres, tenían el inconveniente, aunque no todas ellas pero sí una parte considerable, de ser escritas solo para la dinámica. Es decir, no eran cartas que realmente hubieran escrito con fines amorosos, sino solo porque se les pidió que tuvieran a la mano una carta de amor. Así, 33 cartas, entonces, 29 de mujeres y 4 de hombres, eran realmente hechas bajo pedido y las otras 43, 17 de mujeres y 26 de hombres, eran cartas reales, hechas, pues, en la vida cotidiana con fines amorosos.

De este corpus inicial se presentaba, también, el inconveniente de que esas cartas eran, todas ellas, allegadas a un grupo muy homogéneo: próximos normalistas, de medianas o escasas posibilidades económicas, con un tipo de escolaridad limitada, proveniente de la zona rural circunvecina a la pequeña urbe zamorana, con expectativas y posibilidades limitadas, en fin, representativo solo de un tipo de juventud zamorana. Así que, en aras de construir una muestra más heterogénea, se le solicitaron cartas de amor, con ayuda de un profesor del mismo plantel educativo, a los adolescentes que empezaron, ese mismo verano del 2003, a cursar su tercer año de preparatoria.

Estos chicos, al no tener aún definida su profesión, tener otro tipo de posibilidades económicas, algunos, incluso, mucho más holgadas, una educación más exigente, otro tipo de expectativas de vida, en fin, el hecho mismo de que todos ellos fueran originarios de Zamora y no habitantes ocasionales, como los otros, posibilitarían representar otro tipo de realidad juvenil en los textos amorosos. De ellos se obtuvieron 128 cartas, todas ellas originales, es decir escritas exclusivamente con fines amorosos y no para la investigación o para alguna otra actividad escolar. De esas 128 cartas, 32 eran escritas por mujeres y 96 escritas por hombres.

Dada la imposibilidad de aplicar un análisis textual profundo a cada carta, se decidió hacer lo siguiente. De las 204 cartas totales que se recogieron, se descartaron las 33 que eran hechas exclusivamente para la dinámica, con el fin de no marcar diferencias entre los textos hechos bajo pedido y los textos propios de su práctica amorosa. Así quedaron 171 cartas. De esas 171 cartas se tomaron, como ya se dijo, 8 de ellas para aplicarles el análisis textual completo, es decir, el análisis semántico que derivará en figuras y tópicos amorosas.

Puede llamar la atención el hecho de que no se había mencionado, en los apartados anteriores, la posibilidad de considerar algún eje de comparación dentro del corpus. Siempre se manejó la intención de conservar un solo grupo de textos sin división. Sin embargo, las diferencias de los contextos de los que vienen los sujetos podría enriquecer la investigación. Por eso resulta importante conservar esta división entre normalistas y preparatorianos, dado que alguna diferencia en cuanto al uso del código, en cuanto al

código mismo o en cuanto al saber que denota el código, puede estar vinculada, precisamente, a ese contexto escolar.

Las otras 163 cartas, lamentablemente, quedarán como materia de otra investigación, puesto que el análisis que se propone es demasiado absorbente y demandante como para contemplar una muestra mucho mayor. De cualquier forma, las 8 cartas elegidas, si bien no constituyen todo “el discurso amoroso”, son suficientes para dar pistas de su código, su uso y de su saber implícito. En ese sentido, lo reducido de la muestra no impide que las reflexiones tengan validez y pertinencia, dado que su pequeñez queda compensada con la profundidad de su análisis. Esta, a grandes rasgos, es la historia de las decisiones metodológicas de esta investigación.

RESULTADOS

Luego de un análisis exhaustivo de las 8 cartas que conformaron el corpus, se pudo describir los principios del código amoroso, el funcionamiento de sus partes, sus mecanismos de uso, el uso que le dieron los sujetos de estudio, y las pautas más o menos establecidas de ese uso, es decir, el saber socialmente compartido del amor. Tres tópicos amorosas (Amor-Objeto, Amor-Acción y Amor-Sensación) y 35 figuras amorosas fueron el pretexto para dilucidar un modelo de análisis del discurso y las incipientes bases de la realidad amorosa zamorana, mismas que se prestan a un sin fin de reflexiones propias del campo comunicacional. El presente capítulo expone, a detalle, precisamente estos logros, los cuales son producto del planteamiento ya expuesto.

I. *El estudio de la actualización epistolar juvenil zamorana del discurso amoroso.*

El tipo de abordaje particular que se propone para la presente investigación, no dista mucho de lo propuesto por Barthes (2001). De hecho, se basa en sus mismos supuestos, sólo que se agregaron algunas consideraciones a sus conceptos para complejizar la vía y visualizar, con ello, un poco más de la realidad social de lo que el autor francés pretendía. Al fin, pues, lo que se quiere demostrar con este reacomodo del hilo conceptual es que el discurso amoroso denota no solo un código de lo amoroso, sino también un conocimiento socialmente compartido sobre lo amoroso en su uso.

Discurso amoroso se entenderá como el conjunto de textos existentes en una cultura, versados sobre el amor, pero no cualquier tipo de amor, sino, en especial, sobre el amor erótico, es decir, sobre el amor hacia la pareja sentimental, sexual o romántica. Lo que hace que dichos textos conformen un conjunto uniforme es, precisamente, el tema, el cual implica, al parecer, el uso de un código textual, delimitado pero implícito, construido y reconocido socialmente. El texto será entendido como una unidad de composición del discurso, pero con las mismas características significantes que aquel, dado que el código que supone el discurso en torno al tema se hace presente, también, en la enunciación. Así, pues, lo que distingue al discurso, distingue al texto.

Esa cultura que enmarca el corpus discursivo se entiende sólo como el entramado simbólico que ofrece ciertas consistencias en el significado de los signos, dado que evoca una sociedad que ha consensado y construido ciertos sentidos básicos para el entendimiento de sus miembros. Por tanto, esta visión de cultura bien puede implicar una pequeña región geográfica o, bien, vista desde la generalidad, una región mucho mayor. La ambigüedad en la extensión se requiere para hacer las reflexiones en ambos niveles, por que, al fin, lo que implica, en realidad, es el uso común de determinadas pautas para significar, como, por ejemplo, el uso de un mismo lenguaje o el uso de una misma serie de pautas que dictan el uso del código amoroso, las cuales, en este último caso, pueden ser constantes en todo el contexto zamorano o pueden ser distintas dependiendo del contexto específico de cada grupo de jóvenes considerados en esta investigación.

Retornando al discurso y su composición textual, el texto o la enunciación consisten, para esta propuesta, en un conjunto de recursos y estrategias pensadas para ejecutar un acto comunicativo. La materia del texto son los signos y, en ese sentido, cualquier signo puede conformar un texto. Pero el tipo de texto que se trata en esta investigación es el que utiliza signos lingüísticos escritos.

Ahora bien, como el texto o la enunciación conforman un acto comunicativo, su ejecución implica, por tanto, un sujeto ejecutor y, al menos, un sujeto receptor. El sujeto ejecutor es el que emite el texto y el que plantea los recursos y las estrategias necesarias para decir algo, de algún modo, con algún fin. El sujeto receptor es la voz pasiva del texto, misma que sirve de interlocutor, imaginario o real, al emisor. Es por el sujeto receptor que el texto resulta dialógico, por tanto, la imagen del destinatario se presenta como crucial, dado que de ella depende, en mucho, el tipo de estrategias que el emisor elegirá para su mensaje.

A lo largo del texto, el emisor ejecuta una serie de actos locutivos e ilocutivos, mismos que conforman los recursos y las estrategias del autor para realizar su acto comunicativo. El acto locutivo es aquel mediante el cuál se dice algo. En cambio, el acto ilocutivo es aquel que manifiesta de qué forma se ha de entender la locución. Ambos actos son localizables en

la unidad de composición del texto: la unidad de interés. La unidad de interés está conformada por el trozo de texto que sea necesario para crear algún sentido. Puede, por tanto, consistir en una oración, en más de una oración o en menos de una oración. En dichas unidades de interés, el o los actos locutivos e ilocutivos se harán evidentes, creando, al fin, algún sentido.

Ahora bien, cada texto, al pertenecer al discurso amoroso, supone el uso de un código que gira en torno al tema del amor. Dicho código está hecho de figuras y tópicas. Las figuras son un tipo de acto locutivo que manifiestan una acción del autor. Dicha acción no solo se dice, sino se hace al decirla. Ese acto, pues, forzosamente debe estar implicado, en algún sentido, con el amor. Si no lo está, no resulta ser una figura amorosa. La figura amorosa, por cierto, se entiende como un acto ya ejecutado, es decir, un movimiento del autor ya manifiesto en el texto, definido totalmente e identificable.

En cambio, la tópica no está directamente manifiesta en el texto, ni está del todo definida, ni es posible identificarla tan fácilmente. Sólo es posible concebirla a través de la figura, dado que la tópica implica una forma general de entender al amor manifiesta en los actos locutivos e ilocutivos ejecutados por el autor en su enunciación. Una misma forma de entender el amor puede manifestarse en distintos actos y, por tanto, en distintas figuras. Por ejemplo, el amor entendido como objeto sería una tópica amorosa, mientras que enunciaciones tales como “mi amor”, “eres mi único tesoro”, “te perdí para siempre” o “mi cielo hermoso” serían movimientos que poseen una figura ya definida.

Por ejemplo, en la primera enunciación se resalta que el amado, identificado como un objeto, pertenece al amante, es decir, al autor; en la segunda, además de marcar esta relación entre amante y amado, al amado se le describe como un tesoro que, a parte, resulta el único en la posesión del amante; en la tercera, se asume, también, al amado como objeto, pero ahora como un objeto perdido y sin posibilidad de volverlo a encontrar; y en la cuarta se vuelve a marcar al amado-objeto como propiedad del amante, objeto que ahora asume la forma de un cielo con la cualidad de ser hermoso. Cada enunciación constituye una figura. La figura permite hacer todas estas distinciones de una misma tópica, distinciones en las

que quedan al descubierto los movimientos del autor, sus intenciones y las adaptaciones que hace de la tónica en su enunciación.

La tónica se convierte en una acción básica del autor, la cuál, en el caso de este trabajo, consistirá, generalmente, en determinar la forma del amor, definición que, al fin, resolverá la configuración de los actos subsecuentes del emisor en el texto mismo. Por ejemplo, en el caso anterior, el acto general en las distintas enunciaciones se describiría como “el amor es un objeto” y consistiría en el revestimiento que hace el autor del amado o del amor mismo, con una materialidad y pasividad típicas de las cosas. La tónica, pues, sería esa y se extrae, como se ve, interpretando las unidades de interés, de tal forma que se determine el tipo en revestimiento que el remitente le pone al amor o al amado.

La forma de interpretar las unidades de interés es, como ha quedado explicado en la parte correspondiente del capítulo teórico, por la vía semántica, es decir, identificando con los pronombres, adverbios, adjetivos, los tiempos verbales y los sustantivos, el tipo de actos locutivos e ilocutivos ejecutados en la enunciación. Esta lectura semántica de la enunciación conformará a la figura, mientras que la idea general de dicha interpretación concordará con la tónica.

La tónica, al consistir en un revestimiento que hace el autor sobre el amor, conduce, por tanto, a un tipo de conocimiento sobre el amor, el cual consiste, precisamente, en el tipo de implicaciones lógicas que dicho revestimiento acarrea. La tónica y la lógica de la tónica, reconstruidas a través de las figuras, se asumirán, entonces, como un conocimiento sobre el amor. Si dicha tónica y dicha lógica resultan frecuentes en el corpus de textos a analizar, se asumirá, también que dicho conocimiento puede ser compartido o con un origen social común.

La idea de plantear este desmenuzamiento de los textos es reconstruir no sólo los rasgos esenciales del código amoroso que ya vislumbraba Barthes (2001), sino ver cómo funciona ya en la práctica de algunos jóvenes que hoy en día escriben sobre el amor y cómo ese uso denota un saber amoroso. El saber amoroso y su manifestación comunicativa no tiene por

qué ser sólo una curiosidad lingüística, sino que merece el reconocimiento académico como un fenómeno social cuya importancia radica en el poder que el texto tiene para evidenciar una cultura social sobre el uso y el manejo de los sentimientos.

II. *El corpus analítico.*

Se analizaron 8 cartas de amor escritas por jóvenes adolescentes vinculados al contexto zamorano. Dada la vía por la que se consiguieron dichas cartas se preservó la siguiente división, con miras a buscar diferencias entre ellas, ya sea por el género que las produjo o por el contexto social inmediato:

2 cartas escritas por mujeres vinculadas al contexto preparatorio
2 cartas escritas por hombres vinculados al contexto preparatorio
2 cartas escritas por mujeres vinculadas al contexto normalista
2 cartas escritas por hombres vinculados al contexto normalista

3.- *El corpus analítico.*

Estas 8 cartas fueron elegidas, como ya se explicó, según su extensión. La extensión, por sí misma, resultó ilustrativa, dado que las cartas de un grupo fueron evidentemente más extensas que las del otro grupo. El siguiente recuadro muestra esta distinción:

	Número de palabras	Número de palabras	
Carta 1. Mujer. Contexto Preparatorio	491	210	Carta 5. Mujer. Contexto Normalista
Carta 2. Mujer. Contexto Preparatorio	260	140	Carta 6. Mujer. Contexto Normalista
Carta 3. Hombre. Contexto Preparatorio	417	393	Carta 7. Hombre. Contexto Normalista
Carta 4. Hombre. Contexto Preparatorio	382	219	Carta 8. Hombre. Contexto Normalista
Total	1550	962	Total

4.- *Cuadro comparativo de la extensión de las cartas según el contexto al que están vinculadas.*

Esta comparación podría resultar irrelevante, dado que en ambos grupos había cartas más y menos extensas que las elegidas. Sin embargo, si considera la fluidez como una particularidad del texto, sí resulta relevante que los promedios en extensión de cada grupo resulten tan dispares.

Ahora bien, si se compara por género, los resultados son otros:

	Número de palabras	Número de palabras	
Carta 1. Mujer. Contexto Preparatoriano	491	417	Carta 3. Hombre. Contexto Preparatoriano
Carta 2. Mujer. Contexto Preparatoriano	260	382	Carta 4. Hombre. Contexto Preparatoriano
Carta 5. Mujer. Contexto Normalista	210	393	Carta 7. Hombre. Contexto Normalista
Carta 6. Mujer. Contexto Normalista	140	219	Carta 8. Hombre. Contexto Normalista
Total	1101	1411	Total

5.- Cuadro comparativo de la extensión de las cartas según el género de los sujetos.

Como se ilustra, en esta otra comparación son los hombres los que producen textos más extensos. De nuevo, se reconoce que esta comparación no es conclusiva en nada, pero sí da parámetros para reflexionar sobre el uso del código en las cartas de amor. Si la extensión varía tanto, el uso del código ha de reflejar algo de ello. Pero, bueno, eso se discutirá más adelante. Mientras, sigamos con las generalidades.

En el apartado denominado como “características del texto”, incluido en el análisis de cada carta[⊕], se rescataron descriptores del corpus a dos niveles: a nivel del formato y a nivel del contenido. A nivel del formato no hubo una calificación detenida en las particularidades del género epistolar como lo hace Corona (2001), pero sí se señaló, en general, si hubo o no un apego al formato común de la carta, apego calificado, como bien lo sugiere aquella autora, según ocho aspectos esenciales: el lugar de envío, la fecha, el encabezado, el exordio, la despedida, la firma y la post data.

Para presentar, en resumen, las divergencias de las cartas en este aspecto, se le ha designado a cada texto una calificación, según el número de aspectos formales que cumple

[⊕] Ver Anexo 1.

como carta. El número que se presenta es una fracción, la cuál representa el número de aspectos cumplidos sobre ocho, es decir, sobre el número de aspectos calificados.

Otro de los rubros resaltados como parte de la descripción general del corpus, según el formato, fue el respeto que tuvo el autor a las puntuaciones. Llamó la atención que, de las 8 cartas seleccionadas, unas no tuvieran puntuación alguna, cosa que habla, por sí misma, del ritmo impreso a lo escrito. Por ello se creyó necesario señalarlo en un apartado más. Por practicidad, sólo aparecerá como sí, si presentó puntuación el texto, y no, si no lo presentó.

Como parte del formato, también se evidenció la retórica utilizada y el tipo de lenguaje prevaleciente a lo largo del texto. No se hizo ningún análisis profundo como para clasificar a las epístolas, en estos rubros, según alguna categoría en particular. Sólo se procuró describir, a muy grandes rasgos, el tipo de exposición que hicieron los autores en sus textos y el tipo de lenguaje utilizado por ellos. Aparecerá en el resumen, entonces, estos rubros, bajo categorías muy concretas, las cuales sólo pretenden describir y no formalizar una clasificación.

Bajo estas 4 categorías, entonces, se hizo la descripción y comparación de las cartas en cuanto al formato, cuyo resumen queda expuesto así en el siguiente recuadro:

	FORMATO	PUNTUACIÓN	RETÓRICA	LENGUAJE
Carta 1. Mujer. Contexto Preparatoriano	6/8	Sí	Argumentativa	Hiperbólico
Carta 2. Mujer. Contexto Preparatoriano	6/8	Sí	Argumentativa	Común
Carta 3. Hombre. Contexto Preparatoriano	3/8	Sí	Argumentativa	Poético
Carta 4. Hombre. Contexto Preparatoriano	3/8	No	Expositiva	Poético
Carta 5. Mujer. Contexto Normalista	4/8	Sí	Expositiva	Común
Carta 6. Mujer. Contexto Normalista	2/8	No	Expositiva	Hiperbólico
Carta 7. Hombre. Contexto Normalista	3/8	No	Argumentativa	Común
Carta 8. Hombre. Contexto Normalista	6/8	Sí	Expositiva	Común

6.- Cuadro comparativo del corpus según su formato.

Ha de resaltar que las cartas provenientes del contexto preparatorio resultan más sofisticadas: se apegan, con cierta consistencia, al formato común de la carta, cuidan su puntuación, son mayoritariamente argumentativas y varían en el tipo de lenguaje que utilizaron. Las del contexto normalista no varían mucho, aunque merece una mención

especial el hecho de que estos textos, en cuanto al formato, guarden, en comparación a las del contexto preparatorio, fórmulas formales del formato epistolar, como el saludo (espero que te encuentres bien...), el asunto (te envío estas líneas para decirte...) y la despedida (me despido de ti...), cosa que no hacen los textos preparatorios aún cuando cubran con consistencia el formato común.

Además, los textos normalistas resultaron más expositivos que argumentativos, sobre todo el de las mujeres, cuyo fin no era el convencer al amado de que creyera en su amor, sino sólo exponerles lo que sentían gracias a ellos. Son, pues, cartas más claras y concisas, pero, en muchos sentidos, más sencillas.

Acerca del contenido, se rescataron, también en el análisis de cada carta[⊕], características clasificables en los siguientes cuatro rubros: Contenido, Posición del hablante, Tipo de Texto y Coherencia. En el rubro del Contenido se procuró describir brevemente el tipo oraciones contenidas. No se buscó hablar del mensaje, sino de la apariencia de éste en el texto, describiéndolo, al fin, en los términos de la tipología de sus oraciones.

Si bien pareciera ésta una categoría propia del formato, el clasificar las oraciones según su presentación habla ya del tipo de contenido que posee el texto. Por ejemplo, si un texto está plagado de oraciones declarativas, ha de ser porque su contenido implica un posicionamiento veraz por parte del autor, con el que ha de pretender convencer a alguien de algo. Este tipo de conjeturas ayudan a comprender el uso del código amoroso por parte de los jóvenes, además de, claro, posibilitar una vista general de las cartas, cosa que es lo que atañe ahora.

La posición del hablante en el texto procura describir en pocos términos, también, el tipo de referencias que hace el autor en su enunciación. Una carta de amor puede suponer distintas referencias: referencias al “corazón”, a la pareja, al amado, a sí mismo. Esas

[⊕] Ver Anexo 1.

referencias hablan ya del contenido de la carta, puesto que delimitan los temas a abordar. Por ello se considera un buen descriptor del panorama general que presenta el corpus.

La coherencia ha de calificar sólo si el mensaje global de la carta queda claro y coincide con el tipo de movimientos hechos por el autor a lo largo del texto. Llamó la atención la forma en que algunos de estos autores buscaban emitir un mensaje por medio de la negación o la contradicción de éste. Se sabe que en cuestión de amores eso resulta lógico y posible y precisamente eso se quiere reflejar en esta categoría, para dar, al fin, una imagen más completa de cómo son las cartas seleccionadas.

Por último, se habla de “texto” como una categoría descriptora, en la cuál se contempla resumir la lógica que ofrece el texto a lo largo de su ejecución. Si bien es cierto que la carta es un texto dialógico y que, por tanto, se asemeja en mucho a las conversaciones cotidianas, hubo cartas que no presentaron mucho esa forma, aunque no por eso las cartas dejaron de ser dialógicas. Simplemente pusieron énfasis en otros elementos del acto comunicativo. Eso se quiere evidencia con esta categoría para terminar de describir la generalidad de las cartas.

Así, pues, por su contenido, las cartas del corpus se describirían así:

	CONTENIDO	POSICIÓN DEL HABLANTE	COHERENCIA	TEXTO
Carta 1. Mujer. Contexto Preparatoriano	Narrativo y declarativo	Referencia al yo, los otros y la relación	Sí	Dialógico
Carta 2. Mujer. Contexto Preparatoriano	Narrativo y declarativo	Referencia al yo y al tú	Sí	Dialógico
Carta 3. Hombre. Contexto Preparatoriano	Declarativo	Referencia al yo, al tú y a la relación	No	Dialógico
Carta 4. Hombre. Contexto Preparatoriano	Descriptivo	Referencia al yo	No	Tendencias monológicas
Carta 5. Mujer. Contexto Normalista	Descriptivo	Referencias al yo y al tú	Sí	Pensado como texto
Carta 6. Mujer. Contexto Normalista	Descriptivo	Referencias al yo y al tú	Sí	Autoreferencia al texto
Carta 7. Hombre. Contexto Normalista	Declarativo	Referencias al yo, al tú, a la relación y al nosotros	Sí	Autoreferencia al texto
Carta 8. Hombre. Contexto Normalista	Descriptivo	Referencias al yo, al tú, a la relación	Sí	Dialógico

7.- Cuadro comparativo del corpus según su contenido.

Como se ve, el contenido de las cartas varía en muchos sentidos, sin dejar posibilidad a buscar, en este caso, consistencias por grupo. En cambio, sí se pueden señalar algunos detalles significativos. Por ejemplo, la mitad de las cartas no hacen referencias a la relación o al nosotros. De esa mitad, tres son mujeres y tres de esas cartas son declarativas, una más reconciliadora. Por tanto, se puede interpretar la existencia de una regla implícita para las cartas que son declarativas o cuya respuesta está en duda: el hablar del nosotros o de una relación se debe manejar con cautela, puesto que el otro no ha manifestado su consentimiento o su perdón para hacerlo en términos de pareja. Esto nace, probablemente, de un temor de ser rechazados, pero el caso es que se manifiesta en la retórica y en el contenido del texto. Valga esto como una llamada de atención con respecto al uso del código.

También llama la atención que 3 de las cartas de los normalistas hagan referencia al texto mismo como texto, es decir, que en el texto hagan evidente que se está escribiendo una carta y señalen a la carta como un contexto en donde pueden decir ciertas cosas que fuera del texto no. En las cartas de los preparatorianos no sucede eso. Ellos crean su texto a partir de un diálogo simulado con el amado, en cambio los normalistas no. Ellos hacen muy evidente que el texto no es un diálogo, sino un medio o, incluso, un contexto en el que pueden hablar de ciertas cosas que por otro medio o en otro contexto no podrían. Así, pues, valoran la carta de una forma distinta y le da cierto sentido de exclusividad, privacidad y confesión a lo dicho en la carta.

Por otra parte, el caso de la carta 4 resulta muy peculiar, dado que sólo hace referencia a la vivencia del autor, es muy descriptiva, expositiva en su totalidad, casi monológica (si no fuera porque aún supone las reacciones del otro imaginario), incoherente, sin puntuación ni formato y con un uso de lenguaje metafórico inusual. Una carta que sobresale, pues, por ser atípica y sofisticada, sin dejar de ser, por ello, una carta de amor como las demás. Sin embargo las demás resultan similares entre sí. Se sabe que el interés de este trabajo no es hacer una tipología de las cartas, pero sí es necesario evidenciar estos detalles en aras de facilitar la presentación de los resultados pertinentes.

Otro de los rubros que puede describir este pequeño corpus es la función de la carta. Si la carta de amor es un acto comunicativo, ha de cumplir, por tanto, con una función amorosa y práctica en la relación entre el destinatario y el destinatario. Dicha función ayuda a comprender el uso que hacen éstos adolescentes del código amoroso, puesto que el fin determina ciertas particularidades del medio. Las funciones de las cartas se ilustran en el siguiente recuadro:

	FUNCIÓN
Carta 1. Mujer. Contexto Preparatorio	Ratificación del amor
Carta 2. Mujer. Contexto Preparatorio	Reconciliación
Carta 3. Hombre. Contexto Preparatorio	Despedida-Reconciliación
Carta 4. Hombre. Contexto Preparatorio	Declaración
Carta 5. Mujer. Contexto Normalista	Declaración
Carta 6. Mujer. Contexto Normalista	Declaración
Carta 7. Hombre. Contexto Normalista	Declaración
Carta 8. Hombre. Contexto Normalista	Mantenimiento del vínculo amoroso

8.- Cuadro comparativo de las funciones de las cartas del corpus.

Como se ve, las cartas de amor pueden tener distintas funciones, las cuales no están forzosamente representadas en este corpus, dado que ese no fue el criterio de selección. Sin embargo, aún sin querer, este corpus tiene una variedad respetable. Si a caso la carta 5 y 6 se asemejan mucho, pero, aún cuando pretenden una declaración, igual que la carta 4 y 7, son muy distintas a éstas. La carta 4 encierra una declaración muy particular: el amante encuentra vergonzoso su amor, por lo que él mismo descarta toda posibilidad de relación. La carta 5 expresa una declaración mucho más gustosa, pero al fin pensada, igual, para no dar pie a una relación posterior, ya que al final se despide del amado.

La carta 6 no pide nada, en realidad, sólo es una declaración hecha con el único afán de hacer que el otro sepa de ella. Sin embargo, no hay un planteamiento de una relación futura o de una ilusión por cumplir, al menos no evidentemente. Es, pues, una simple declaración. En cambio, la carta 7, a diferencia de todas las demás, sí exige una respuesta. Al fin, pues, son cartas muy distintas. Lo interesante será ver si el código funciona igual en cada carta, independientemente de lo pretendido por la carta misma. Eso se verá más adelante. Quede, por el momento, evidenciada la variedad de pretensiones contenidas en el corpus.

Este recorrido inicial sólo funcionó como eso, como una ojeada rápida al corpus, hecha con ánimo de reconocer sus peculiaridades desde un inicio; peculiaridades que no son el centro de esta investigación, pero que sí ayudarán a comprender las distinciones analíticas pretendidas en este estudio y que son presentadas a continuación.

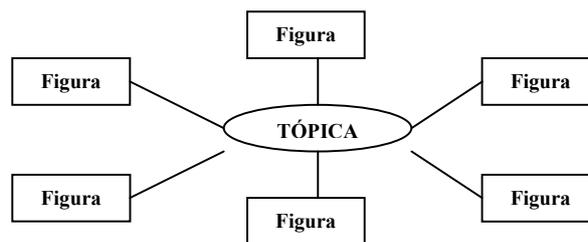
II.1. El código amoroso.

Para el estudio del código amoroso Barthes (2001) propuso un modelo de análisis hecho a base de figuras y tópicos, dada correlacionada por un mismo movimiento que, según el grado de definición, se convertía en una u otra.



9.- Modelo lineal de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001)

En cambio, la lectura propuesta aquí planteó reorganizar los mismos elementos del modelo Barthesiano bajo un funcionamiento atómico, es decir, considerando la tópica como un núcleo central de sentido, abstracto y general, que convoca un sin número de figuras como unidades periféricas, las cuáles se manifiestan, ya de manera concreta, en el texto.



10.- Modelo atómico de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001)

Una misma figura puede ser dicha de distintas formas en un texto, siendo al fin la misma figura. Igual, una tópica puede manifestarse a través de distintas figuras, siendo al fin la misma tópica. Bajo esta configuración del modelo, fue mucho más fácil el

rastreo de tópicos y figuras en el texto, posibilitando, además, una organización que las emparentaba en grupo y las vinculaba de tal forma que, al fin, se encontró un modo de comprender el funcionamiento del código.

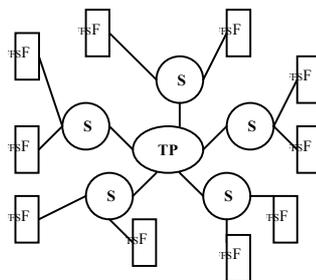
Por ejemplo, a través del análisis minucioso propuesto, se pudieron establecer 35 formas distintas de figuras recurrentes en todo el corpus, cuyas expresiones variaban, claro, según la carta. No todas las cartas contenían las 35 figuras, pero sí contenían un número considerable de estas. Unas se repetían más que otras y otras sólo aparecían una sola vez en sólo un texto, por algún motivo muy particular apegado totalmente a las circunstancias en que se produjo la carta. Otras figuras, como se dijo ya, no se vinculaban directamente con tópicos amorosos, dado que no aparecía en ninguna parte de la oración algo relacionado al amor. Sin embargo, el sentido de la oración misma evocaba, la mayoría de las veces, algún rasgo de la lógica que configuraba la tópica, lo que hacía que encajara perfectamente en el uso que se estaba haciendo del código en el texto mismo. Las 35 figuras encontradas son las siguientes:

Filiación	Amar	Soñar	Extremo	Sentir amor	Unicidad	Temor
Posesión	Proveer	Nosotros	Esperanza	Engaño	Enamorarse	Soledad
Centralidad	Sufrir	Amado	Cuerpo	Reciprocidad	Confiar	Involuntario
Beso-Abrazo	Distancia/Proximidad	Permanencia	Incertidumbre	Necesidad	Culpa	Humillación
Supremacía	Declaración	Querer	Coincidir	Validación	Irracionalidad	Certeza/Duda

11.- Compendio de figuras encontradas

Estas 35 figuras giraban, aparentemente, en torno a 10 tópicos: Amor objeto, Amor propiedad, Amor concepto, Amor cosa, Amor amado, Amor don, Amor acción, Amor sensación, Amor estado y Amor sentimiento. Sin embargo, por las características que presentaban las figuras de esas tópicos, se concluyó que muchas de ellas eran reducibles a una, quedando al fin sólo tres tópicos: Amor objeto, Amor acción y Amor sensación. Si se observa bien, cada tópica está conformada, en realidad, por un campo conceptual muy definido: el de los objetos, el de las acciones o el de las sensaciones. De esa forma se garantiza que una de ellas no esté incluida en otra y que, por tanto, sus figuras sean identificables.

Esta reducción de 10 a 3 tópicos, podría implicar una modificación del modelo, proponiendo ya la posible existencia de una tópica primaria (TP) y diversas tópicas secundarias (S) que convocan, al fin, una serie de figuras (F).

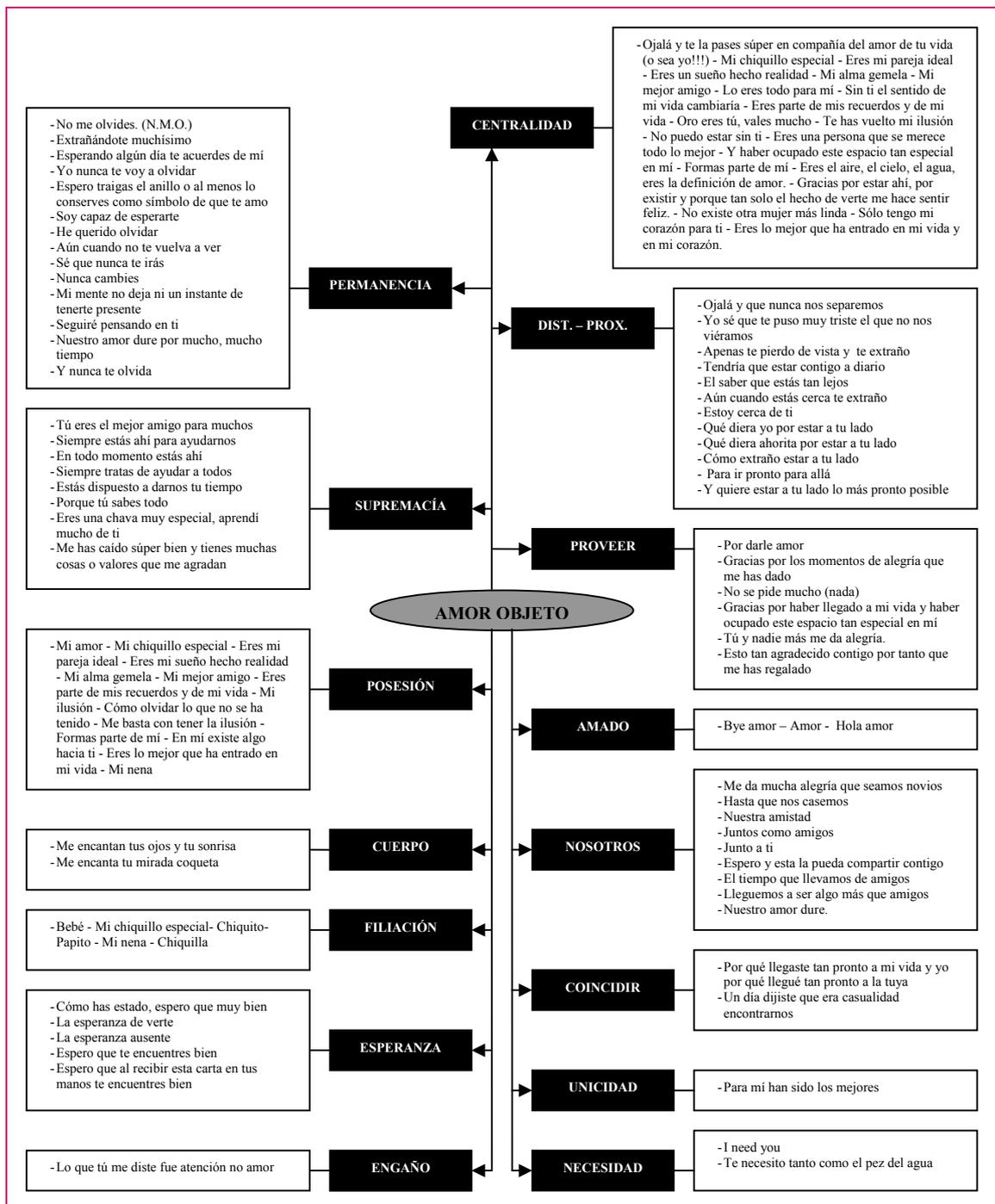


12.- Variación del modelo atómico de la composición del código amoroso

Así, entonces, por ejemplo, las tópicas Amor propiedad, Amor concepto, Amor cosa, Amor amado y Amor don girarían en torno a la tópica primaria de Amor objeto. Sin embargo, propiedad, concepto, cosa, amado y don son descriptores contenibles en figuras, por lo que no se puede sostener que éstas sean tópicas en realidad y no figuras. Por tanto, la idea de tópicas primarias y secundarias debe quedar sólo como una posibilidad analítica, solo que, por lo pronto, resulta una posibilidad nada útil para el tipo de material con el que se está trabajando aquí. Entiéndase, entonces, que las 10 tópicas encontradas en un principio son, al fin, producto de un error de categorización, corregido ahora que es posible reducirlas solo a 3 tópicas.

Esas 3 tópicas, pues, reúnen a un grupo de figuras cada una, las cuales tiene su aplicación concreta en diversas oraciones distinguibles. A continuación se presentará el mapa analítico de cada tópica con sus figuras y las oraciones representativas encontradas en el corpus. El que sean 3 en esta ocasión no implica que únicamente 3 tópicas conformen al código, ni que esas figuras que se señalan sean las únicas existentes ni que las oraciones marcadas deban ser siempre esas. Estos mapas se enriquecerían más, claro, al tomar en cuenta más textos o, incluso, otro tipo de textos. Sin embargo, como no se pretende configurar todo el código amoroso, sino sólo dar pistas de su existencia y describir el funcionamiento visible de éste en este pequeño

corpus hecho de cartas, bastan, pues, estos 3 complejos mapas y sus respectivas explicaciones para cumplir el objetivo. El mapa de la tónica del Amor objeto es el siguiente:



13.- Mapa analítico de la tónica Amor-Objeto

La tónica, pues, funciona como un centro de sentido cuyo campo vigente depende de la concepción central que lo conforma. En este caso es “Objeto”. Objeto, por tanto, funciona como una noción nuclear, imponiendo su lógica material a los distintos rasgos que pueden ser nombrables en un texto a través de oraciones concretas. Esos rasgos son las figuras, las cuáles, como se ven, participan de la lógica de la tónica por ser, en sí mismas, descriptores del concepto central. En esta ocasión fueron 15 figuras las vinculadas a esta tónica y todas fueron seleccionadas por describir algún aspecto del Amor objeto.

Un objeto, por ejemplo, es poseible por un sujeto. Por eso “poseer” resulta una característica de ésta tónica, es decir, resulta una figura manifiesta en el texto a través de diversas fórmulas. La más común es señalar que tal cosa, tal persona, tal sentimiento o tal sensación es de alguien, ya sea el amante, el amado o un rival, como si esa cosa, esa persona, sentimiento o sensación fuera un objeto que posibilitara la condición de ser apropiado. Este es el formato común de los movimientos descritos por esta figura. Así, por tanto, todas las formas manifiestas en el texto referente al tener, al poseer, al adueñarse, son ya manifestaciones de la figura “poseer”, la cuál, según la lógica de la concepción de la materialidad, a su vez evoca a la tónica “Amor objeto”.

Las figuras de “nosotros”, “filiación” y “amado” son parte de esta lógica de posesión, sólo que enfatizando otros elementos que aquella figura no hace y manifestándose textualmente de distinta manera. El “nosotros”, por ejemplo, habla de una unidad integrada por el amante y el amado. En el “nosotros” se anulan las individualidades y se convierten en una sola entidad activa. La razón de incluirla en esta tónica es por lo que representa que un solo miembro de la díada amante-amado declare que se referirá a la díada como “nosotros”. En ese movimiento, el que hace la declaración absorbe la voluntad del otro y la funde con su propia voluntad. Ese nosotros, al ofrecer una idea de pertenencia a la unidad integral, se aúna al sentido de la posesión.

“Filiación” y “Amado” se presentan como otro rasgo de la posesión. Cuando uno tiene una posesión valiosa, uno lo marca para distinguirlo y señalar, ante los demás, que uno es el dueño. En el caso del “objeto amado” un buen apodo puede cumplir esa función. En este caso los apodos presentan dos formatos, uno es el de la filiación y otro es el del sujeto amor. La filiación evoca nombres familiares para apodar y marcar al objeto amado. La particularidad de estos apodos filiales es que no sólo encierran la etiquetación de propiedad, sino que se establecen un tipo de vínculo entre amante y objeto similar al de la familia. El amado se hace tan de uno que se vuelve, pues, familiar. Así, por tanto, se le ve o como infante o como progenitor. Claro que cada uno representa un juego de poder y una representación a parte, pero al fin funciona para lo mismo, para marcar la propiedad. Igual la figura del “amado”, que consiste, simplemente, en nombrar al otro como “amor”. Tiene la misma función posesiva del apodo.

La centralidad, por otra parte, se presenta también como una característica del Amor-Objeto. Siguiendo la lógica de lo material, un objeto que merece ser poseído es aquel que es valioso o importante. Por eso, la “centralidad” se convierte en una figura obvia de la tópica Amor-Objeto, dado que propone la idea de que el “objeto amado” es muy importante y valioso para el amante, alguien central, pues, en la vida de éste último y merecedor de cualquier esfuerzo por poseerlo.

En este mismo sentido de reconocer la valía del amado, las figuras denominadas “supremacía”, “proveer” y “unicidad” se presentan en el mismo tono. El chiste, en estos patrones de movimientos recurrentes del hablante, es hacer alusión a lo valioso que es el “objeto amado”, ya sea porque es el mejor en algún campo de la vida, ya sea porque provee al amante de servicios y valores o porque se reviste de una unicidad que lo hace inigualable. Es en este sentido que estas figuras funcionan amparadas bajo esta tópica.

La “permanencia”, también, se presenta como una condición para la posesión. El objeto amado debe estar constantemente presente ante el amado para que la posesión resulte vigente, puesto que un objeto perdido o ausente resulta inútil para el dueño. Por

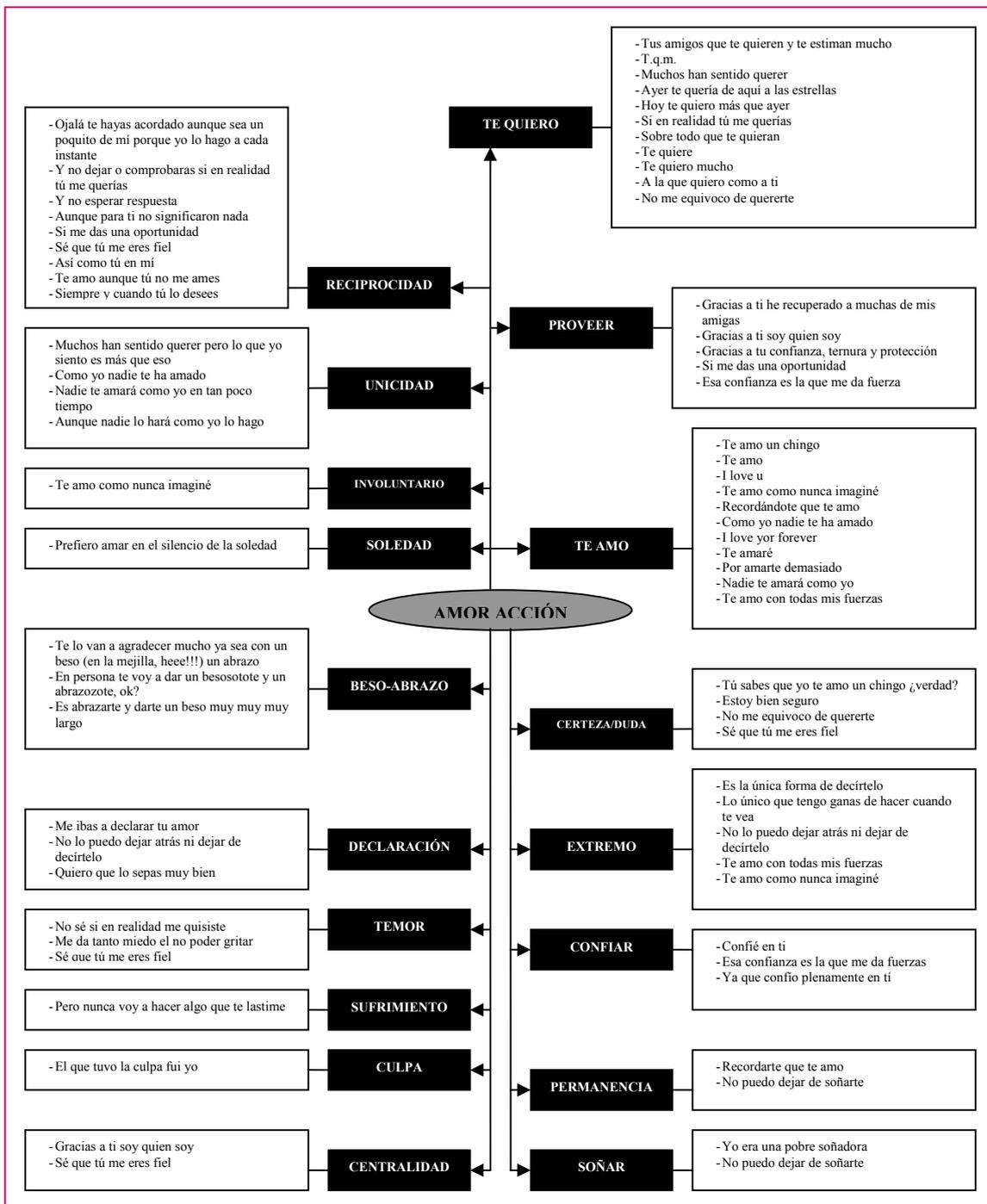
eso se convierte en una figura recurrente en esta lógica del “Amor-Objeto”, dado que el poseedor del amado debe preocuparse por mantenerse y mantenerlo presente para que el título de posesión no se pierda. Resulta lógico, por esto, que la “distancia - proximidad”, el “coincidir”, “necesidad” y la “esperanza” sean, también, figuras de ésta tópica.

La materialidad del “objeto” amado y del mismo dueño hace que el amor sea una circunstancia en la que se debe estar “juntos”, en contra de estar separados. Estar juntos es poseer, apropiarse, validar el amor, amar; estar separados es, por tanto, todo lo contrario. Por ello la preocupación constante por la distancia entre los amantes, reflejada, también, no sólo en la figura de “distancia-proximidad”, sino también en la imagen del “necesitar” o del “esperar”; “necesitar” o “esperar” que el otro esté cerca para que no se pierda la posesión o “esperar” que el otro se encuentre bien para que perdure su valía.

“Coincidir”, por su parte, no solo señala el logro de estar “juntos”, sino que también le da un toque azaroso a ese hecho y lo hace fortuito, involuntario y especial. Por eso, “coincidir” se emparenta, también, con esta rama de la tópica “amor-objeto” vinculada a la presencia y cercanía.

Por último, “Engaño” y “Cuerpo” son las otras dos figuras de esta tópica, las cuales, en su caso, hacen referencia a la materialidad concreta del “objeto amado”. Por una parte el “objeto” amado resulta bello por su materialidad, por lo que apreciar el cuerpo del amado equivale a apreciar la materialidad del objeto. Los ojos y la boca son los dos elementos que llaman más la atención de ese cuerpo. Pero el problema de la materialidad es que otro objeto puede hacerse pasar, dada su apariencia por el que es amado. He ahí la razón de la figura “engaño”, donde se hace evidente que el “amor-objeto” es materialmente tan definido que otro objeto similar puede confundir, en apariencia, al poseedor.

Este es el mapa y la razón de funcionamiento de la tónica “Objeto-Amor”. Para argumentar acerca del tipo de funcionamiento general que poseen las tónicas, es necesario revisar a las otras dos que se encontraron para ver qué elementos perduran. Por eso, se presenta a continuación, el modelo de la tónica “Amor - Acción”.



14.- Mapa analítico de la tónica Amor-Acción

El modelo de la tópica “Amor-Acción” está compuesto por el núcleo configurativo de las acciones, la cuál se manifiesta, según este corpus, en 18 características particulares de la concepción del amor como acto. Esas 18 características se develan como las figuras recurrentes en los textos del corpus, figuras que, por cierto, se manifiestan de diferente forma a través de diferentes oraciones. Pero, ¿por qué esas 18 características en esta tópica?

El amor como un acto amoroso se presenta, en esta ocasión, como una acción o una serie de acciones ejecutadas por el amante o por el amado. No queda claro, ni aún configurando el núcleo de la tópica, qué inspira estas acciones, pero lo que sí se sabe es que estos actos establecen una relación activa-pasiva entre el amante y el amado, es decir, entre el ejecutor y el receptor. Así, pues, “Amar”, “Querer”, “Proveer”, “Confiar”, “Soñar” y “Sufrir” se presentan como actos que establecen esta misma dinámica en torno, todas, al amor. El activo ama, quiere, provee, confía, sueña y sufre o impide el sufrimiento al pasivo amado. Aún cuando el pasivo no haga nada, el vínculo está creado gracias al que actúa sobre aquel. El amor, al fin, es manifestado, tanto por esta vinculación entre el amante y el amado, como por las acciones mismas.

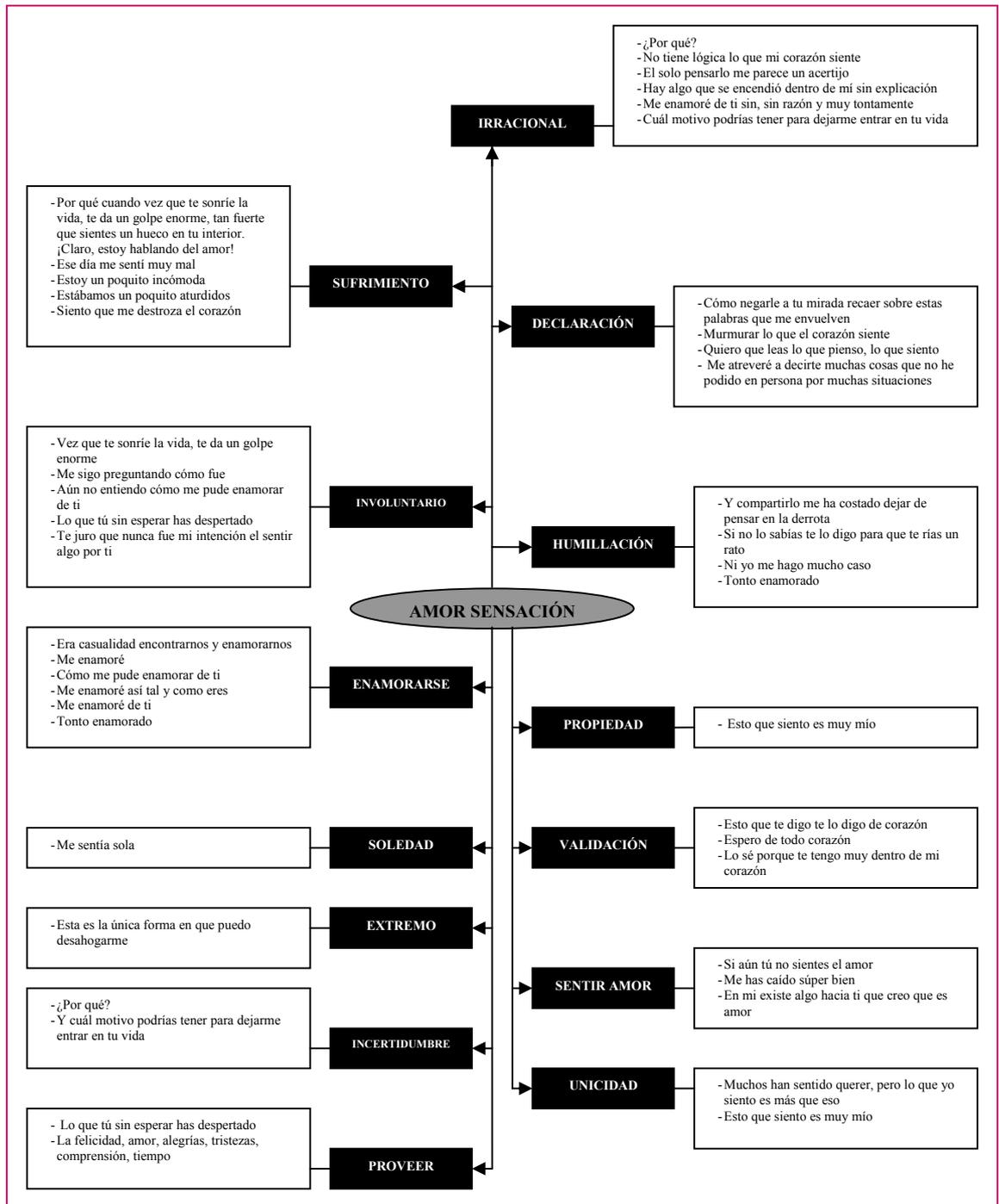
Ahora bien, una acción tiene que ser iniciada por alguien. Ciertamente es iniciada por el activo, pero, ¿por qué la ejecutó? El mapa de la tópica ofrece tres respuestas: porque quiso (“culpa”), porque no pudo evitarlo (“involuntario”) o porque reaccionó, simplemente, a otras acciones del ahora pasivo (“reciprocidad”). La “culpa” se presenta como una figura en el que el amante admite ser la causa del vínculo forzoso que lo ata al amado. Lo “involuntario” se refiere a la serie de movimientos recurrentes de los autores que no le encuentran razón al acto que ejecutan, mientras que la “reciprocidad” tiene una doble función: apelar que el acto amoroso es una reacción ante los actos del amado y exigir una forzosa reacción por parte del amado, es decir, el que recibe el acto amoroso. La reciprocidad, pues, insita a vislumbrar el funcionamiento de esta tópica como una cadena de acciones: porque yo te hago esto a ti, tú me debes hacer esto otro a mí, lo cuál hace que yo te haga esto a ti y que tú me debes hacer esto a mí, etcétera.

Ahora bien, todas las acciones nombradas y vinculadas al “acto amoroso” son acciones cuya ejecución no es evidente o material. Es decir, se ejecutan pero nadie ve su ejecución mas que el que las ejecuta. Por tanto, para que el amado sepa que fueron ejecutadas es necesario demostrarlo. ¿Cómo? De nuevo, el mapa de la tópica ofrece, según este corpus, seis opciones: a través de la “certeza/duda”, de la “permanencia”, del “beso-abrazo”, de la “declaración”, la “soledad” o el “temor”. La “certeza/duda” consiste en afirmar enfáticamente, como si se temiera que no fue así, que la acción fue ejecutada y el vínculo establecido. La “permanencia”, en este caso, consiste en asegurarse que el amado sepa constantemente que el acto fue o está siendo ejecutado y que el vínculo es vigente.

El “beso-abrazo” aparecen como manifestaciones físicas de esos actos, por lo que su ejecución equivale a ejecutar el acto y mantener el vínculo. La “declaración”, en cambio, resulta la más obvia: si el amado no sabe que se ejecutó el acto y se estableció el vínculo, pues hay que decírselo. En es consiste la declaración. La “soledad” consiste, por el contrario, en no decirlo y mantenerlo, más bien, oculto, aún cuando eso equivalga no evidenciar el vínculo y actuar como un solitario. Por último, el “temer” implica rectificar si el otro sabe que se ejecutó el acto, confirmar si el otro reacciona ante eso, confirmar, pues, si el vínculo sigue vigente. Esas son las formas de manifestar este aspecto de la tópica.

Un último movimiento involucrado en el acto amoroso es ensalzar el acto que se comete. Si el acto es tan volátil y poco evidente, ensalzarlo ayuda a que el otro lo valore y reaccione de mejor forma ante la acción. Por eso se le describe como único (“unicidad”), o como “extremo” o como “central”. La unicidad consiste, entonces, en evidenciar que el acto que se ejecuta es un acto fuera de lo común. El extremo implica, en cambio, asegurar que el acto se ejecutó aún pese a todos los impedimentos. Y la centralidad consiste en afirmar que ese acto fue trascendental en la vida del que lo ejecutó o del que lo recibió. Todos estos son, pues, movimientos posibles del autor que recurre a esta tópica.

Por último, la tónica del Amor – Sensación presenta una dinámica similar, solo que ahora, en el campo de las sensaciones corpóreas. El que se presenta a continuación es el mapa de su funcionamiento:



15.- Mapa analítico de la tónica Amor-Sensación.

El núcleo configurativo de este mapa, como ya se sugirió, es el de las sensaciones corpóreas. Dentro de este campo, la lógica que diversifica a las figuras puede ser tan variada como las experiencias sensoriales posibles, sin embargo, dado que se habla del código amoroso, la tónica del Amor-Sensación forzosamente gira en torno a las sensaciones amorosas. Así, por ejemplo, se habla de una experiencia amorosa, ya sea a través de la figura “enamorarse” o de la figura “sentir amor”. En ambas se describe al amor como una vivencia sensorial experimentada por el cuerpo, a veces como un estado corporal, a veces sólo como una sensación, pero al fin puramente sensible y corpórea que es provocado por el otro.

Esta última particularidad da pie a otro tema de la misma tónica, que es la preocupación por el origen de la sensación. En este sentido, las figuras encontradas en el corpus refieren dos posibilidades: el origen es el amado, quien hace o provoca algo para que el otro sienta el amor (figura denominada “proveer”) o el amor no lo provoca nadie en particular o, al menos, nadie voluntariamente (figuras denominadas “involuntario” e “irracionalidad”), por lo que la experiencia resulta desconcertante, violenta y convulsiva. Si se concibe de esta última forma, la experiencia amorosa resulta desagradable, posibilitando así la conformación de las figuras de la “incertidumbre”, la “humillación”, el “sufrimiento” y la “soledad”.

Grata o ingrata, la experiencia del amor no es perceptible más allá de la sensibilidad corpórea del que la experimenta. Alguien que es ajeno a la experiencia no puede atestiguar si alguien siente o no amor, así como alguien no puede atestiguar si otro siente dolor o no. Por eso, en esta tónica, también es necesaria la evidencialización de que se está sintiendo lo que se siente. Por ello, son necesarias las figuras como la de la “declaración” y la “validación”, las cuales permiten evidenciar y validar que se siente lo que se siente. Curiosamente la validación es, al fin, corpórea también, sólo que se usa el corazón como un órgano con autoridad para atestiguar el hecho.

Dentro de esta dinámica de reconocer que se siente lo que se siente, también es necesario darle valor a lo que se siente para validar el amor que se dice experimentar. Así, las figuras de la “propiedad”, la “unicidad” y el “extremo” sirven, finalmente, para este fin, para denotar que el amor sentido es único, particular e inigualable. En esto consisten las figuras de la tópica Amor-Sensación.

Ahora, bien, el código, según Barthes (2001), estaba conformado por Tópicos y Figuras, siendo uno más abstractas y otras más concretas, pero, al fin, refiriendo al mismo movimiento. Lo que aquí se encontró es que la tópica no sólo representa un movimiento primitivo y general, sino que está compuesto por un concepto básico que delimita un campo lógico de acción, en donde los posibles movimientos del usuario del código quedan enzarzados por una misma dinámica de funcionamiento. Una tópica excluye a otra, pero no impide que en un texto se presenten 2 o 3. Sin embargo, los movimientos o figuras que la evocan, están suficientemente definidas y determinadas como para distinguir en qué sentido pertenece a una tópica y no a otra.

Las figuras, por su parte, aparecen, sí, como aplicaciones particulares de las tópicos, pero también como temas descriptores de la dinámica evocada por el núcleo conceptual de la tópica. Por tanto, todas las figuras están emparentadas acorde a la lógica propuesta por el núcleo de sentido, son identificables y definidas, y ciertamente más delimitadas y específicas que la abstracta tópica. Sin embargo, las figuras son, al fin, también movimientos gruesos y poco concretizados, dado que una misma figura puede tomar distintas formas en las unidades de sentido de un texto. Si se siguiera, pues, el modelo de Barthes, el cuál evocaba la idea de una línea continua que va del más general a lo más abstracto, el funcionamiento del código amoroso tendría que contemplar la siguiente modificación:



16.- Modificación del modelo lineal de la composición del código amoroso acorde con Barthes (2001)

Gracias a los tres mapas extraídos del corpus, también se puede decir otra cosa acerca de las figuras: que una misma figura puede participar en distintas tópicas, como el caso de “proveer” y “unicidad”. Su participación varía dependiendo del sentido de las palabras utilizadas ya en la unidad de sentido concreta de un texto: unas referirán a una lógica de cierta tópica y otra a otra lógica.

Por ejemplo: la unidad de sentido “muchos han sentido querer, pero lo que yo siento es más que eso” perteneciente a la carta 3 aparece como ejemplificación de la figura “unicidad” en las tópicas Amor-Acción y Amor-Sensación. ¿Por qué? Porque la unidad hace referencia a ambas lógicas: por una parte habla, sí, de una sensación que muchos, dice, han tenido, pero por otra parte habla, también, de que esa sensación es ocasionada por el posible acto de “querer”, por lo que también refiere a una acción.

Esta unidad de sentido, pues, encaja en ambas tópicas desde una misma figura, sin quitarle, por ello su particularidad, concreción y delimitación. Por tanto, una misma figura puede participar, según el mundo conceptual que evoquen las palabras de la unidad de sentido que la exprese, en más de una tópica a la vez.

La figura, entonces, es flexible en cuanto a la lógica en la que se ha de insertar, dado que, en sí, sólo es un rasgo o un tema vinculado a las tópicas. Como rasgo o como tema, puede, por tanto, vincularse a un sin fin de tópicas. Así, el parentesco entre figura y tópica no se lo da sólo el grado de concreción de un movimiento del hablante en su habla, sino principalmente el sentido o la lógica que teje la tópica desde su concepción y desde su uso.

Sí, desde su uso también, porque la sola concepción del amor como objeto no da pie a creer que es intercambiable, valioso, poseible, nombrable o necesario. Es hasta en el uso del código, hasta la concreción de las palabras, que todas esas características afloran y se dibujan como figuras en el código.

Ahora bien, así como las figuras pueden ser expresadas de distinta forma por distintas unidades de sentido o, así como distintas tópicas pueden emparentarse con distintas tópicas, así mismo una misma unidad de sentido puede expresar distintas figuras. Es decir, ya se vio como una misma unidad de sentido, perteneciente a una misma figura, puede encajar en dos tópicas. Ahora, lo que se está señalando es que una misma unidad de sentido puede expresar dos o más figuras de una o más tópicas.

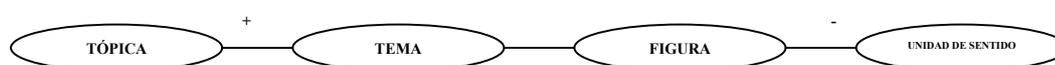
Por ejemplo: la unidad sentido “mi chiquillo especial”, que aparece en la carta 1 del corpus, evoca tres figuras a la vez: “poseer”, “filiación” y “centralidad”. En este caso, todas son descriptoras de la tópica Amor – Objeto. Pero así como una misma figura puede funcionar bajo dos tópicas, este caso excepcional se puede juntar con el otro y causar un fenómeno doblemente excepcional en el uso del código, lo cual no hace mas que denotar la flexibilidad que tiene el parentesco entre Tópica, Figura y Unidad de Sentido.

Lo que se debe resaltar es que ese parentesco, al fin, es establecido por las palabras utilizadas en el texto. Son las palabras del texto las que determinan cierta parte de la lógica de las tópicas y de la flexibilidad en su uso de los elementos del código. Ciertamente lo que se está describiendo es un código, por lo que la existencia de algunos elementos constantes o, al menos, lo suficientemente socializados y retroalimentados que permiten reconocer su uso y comunicar un mismo sentido, son ineludibles, como el hecho mismo de concebir que un objeto es material y poseible o como el entender que una acción puede ser reacción de otras acciones, pero hay otros elementos que se negocian en el uso y posibilitan esto, una complejización en el uso del código que, al fin, presumiblemente, se basa en el principio que aquí se describe: hay una unidad de sentido, es decir, la tópica, de la cuál se desprenden diversos temas o características (figuras), las cuáles se manifiestan de distinta forma en el texto a través de diversas unidades de sentido.

Ahora bien, antes de abogar por la vigencia del modelo aquí propuesto, ese de forma atómica, se ha de señalar que, si se observó, al estar explicando las figuras que

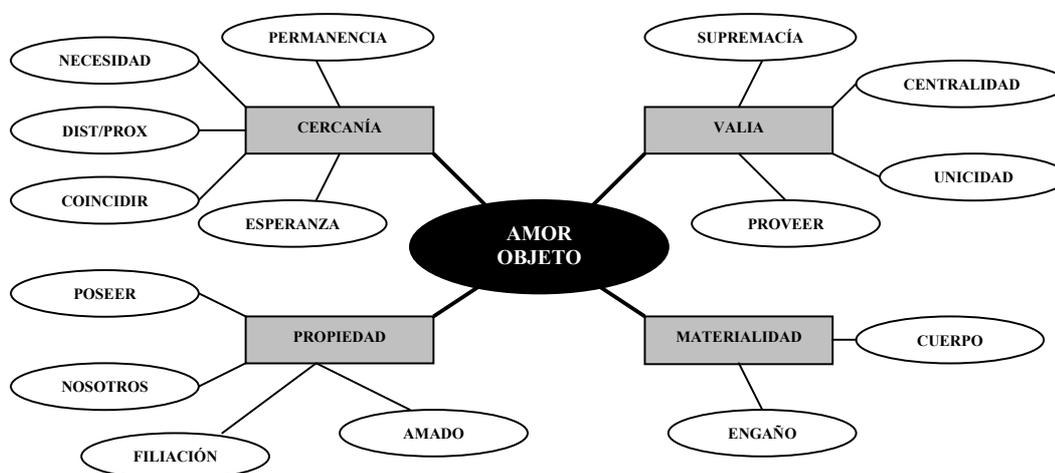
pertencen a una misma tónica, se estaba describiendo, sin querer, un sistema de relaciones entre figuras que posibilita la modificación del modelo a uno similar al que incorporaba tónicas primarias y secundarias.

No se podría hablar, creo yo, de tónicas secundarias, pero lo que sí es notable es que las figuras pueden ser relacionadas por temas más generales, incrementando un elemento más en el continuo de generalidad-particularidad que sugería Barthes (2001) resultando así:



17.- Modelo lineal propuesto

Traspasando esto al modelo atómico, la tónica de Amor-Objeto, por ejemplo, en la que se encontraron 4 temas generales que agrupaban a las figuras y, por tanto, a las unidades de sentido, se ilustraría así:

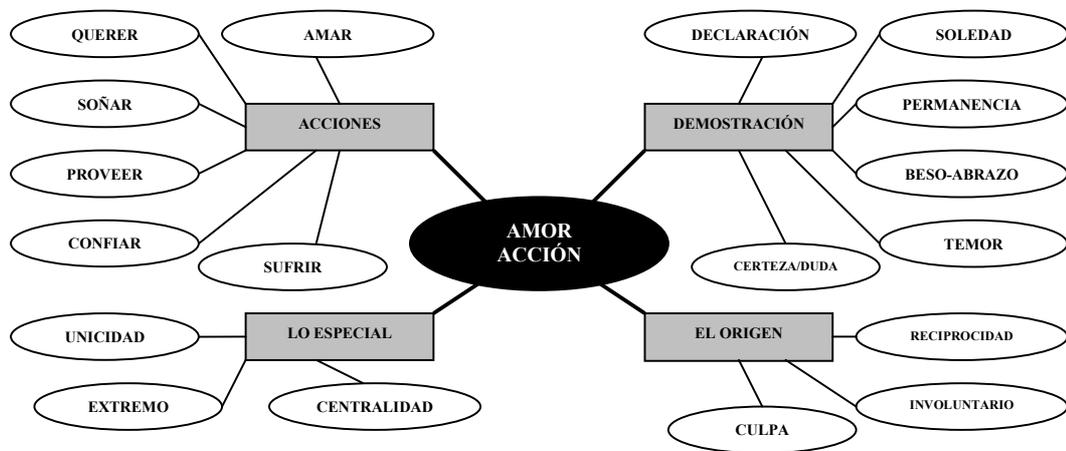


18.- Modelo atómico de la tónica Amor-Objeto

En realidad es exactamente el mismo modelo, solo que este contempla un mediador más entre la tónica y la figura, el cuál solo organiza a éstas últimas en grupos de figuras cuyo sentido es el mismo. Analíticamente hablando, este nuevo elemento permite sólo

una mejor claridad en la conformación de la lógica nuclear representada en el concepto que titula la tónica. Ya en el uso del código, sólo se convierte en una vía para concretizar la forma en que se ha de hablar sobre el amor.

Este modelo tiene su consistencia, tan es así que las tónicas de Amor-Acción y Amor-Sensación poseen la misma apariencia. Por ejemplo, la vista del modelo de la tónica Amor-Acción sería, en los mismos términos, la siguiente:



19.- Modelo atómico de la tónica Amor-Acción

El modelo de la tónica Amor-Sensación, considerando la modificación sería el siguiente:



20.- Modelo atómico de la tónica Amor-Sensación

Quede, entonces, este modelo atómico, flexible, y dinámico como la descripción del código amoroso encontrado en los textos analizados. El código, pues, está conformado por tópicos y figuras, pero también por temas y unidades de interés. Según lo revisado en este apartado, todos estos elementos tienen la suficiente consistencia como para suponer que así mismo se presentarán en otros textos. Al menos, así se presentaron en estos textos y, por lo pronto, la reflexión sobre el modelo permite prometer que éste que aquí se presentó, es ya lo suficientemente fiable como para probar en otras investigaciones, acerca de éste u otros códigos, su utilidad en la comprensión y composición de los elementos de un discurso.

II.2. *El uso del código amoroso por jóvenes zamoranos.*

El uso del código amoroso, según se ha visto al describirlo, es multifactorial. Por eso el código es flexible, es decir, todo puede ser dicho en el tema del amor, siempre y cuando la unidad de sentido encuentre eco en una figura, un tema y una tópica. Ni la unidad, ni la figura, ni los temas son exclusivos de cierta tópica, por lo que las combinaciones y fusiones son posibles. En el habla amorosa, por tanto, la amalgama de cosas dichas puede encontrar razón en un sin fin de cosas. ¿Cómo describir, entonces, el uso del código?

Al plantear las categorías de análisis se supuso, efectivamente, que el uso del código en las cartas dependía de una variedad de factores, entre los que se contempló los siguientes:

- 1.** La imagen del sujeto ejecutor en el texto
- 2.** La imagen del sujeto receptor en el texto
- 3.** Los actos ilocutivos realizados en cada unidad de interés.
- 4.** La función de cada unidad de interés
- 5.** La retórica general del texto
- 6.** El contenido general del texto

7. La apariencia general del texto
8. El mensaje general del texto
9. Y la función general del texto

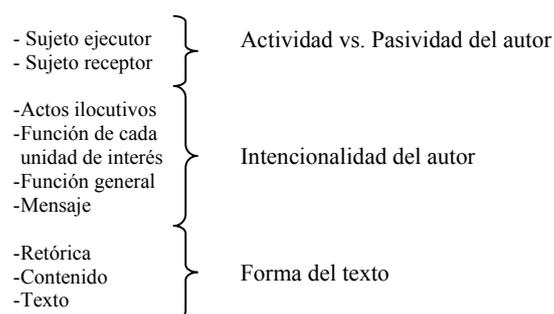
Sin embargo, como se ha visto al describir el código, las tópicas y figuras dilucidadas presentan una vinculación nacida de la lógica conceptual que las une, siendo este elemento el que parece dictar la elección de figuras, temas y tópicas, más que por una verdadera elección concienzuda y creativa de estos elementos por parte del autor a la hora de elegir qué decir en su texto. Es decir, la selección de las tópicas y figuras utilizadas en cada carta parece depender más de lo que el autor sabía de antemano que se podía decir dentro de los parámetros lógicos permitidos por las tópicas mismas, que por lo que él quería decir o por lo que él podría inventar para decir.

Por ejemplo, si el autor parte de concebir al otro como un ente amoroso independiente, material, físico y tangible, es decir, parte de concebir la tópica del Amor- Objeto, lo que podrá decir, independientemente de su intención o mensaje, será en los términos en los que se habla de un objeto: la pertenencia, la permanencia, el cuerpo, la distancia, la necesidad, la unicidad, la centralidad, etcétera. Por eso, las cartas 1, 3, 5, 7 y 8, a pesar de tener funciones distintas (ratificación, despedida-reconciliación, declaración y mantenimiento respectivamente), en ellas sigue predominando una sola tópica y concepción del amor, que es la del amor - objeto.

Nadie, por otra parte, habló del poder del amor o del amor divino o de la espiritualidad del amor, probablemente porque ese tipo de concepciones o no son de dominio popular o se evocan en otros discursos, pero no este del discurso amoroso. Se utilizaron, entonces, estas tres tópicas, estos temas y estas figuras porque la lógica conceptual que poseen los hablantes sobre el amor así les dictó que debía ser. Ahora bien, al decir que la lógica conceptual, la que configura los átomos de tópicas y figuras, aparece como el posible factor crucial para determinar el uso del código, no implica eso una negación al argumento de que el uso es multifactorial. Incluso, se sigue sosteniendo

este argumento. Solo se señala que la lógica conceptual parece pesar mucho en las elecciones que hacen los autores al escribir.

Pero continuando con la idea de que la lógica dicta el uso, se ha de suponer, también, que la lógica no es íntegramente la misma para todos los autores, aún cuando se pueda presumir que comparten las mismas nociones generales, dado que, al escribir, redundaron en tópicos, temas y figuras, pero produjeron textos muy distintos unos de otros. Parece, pues, que otros elementos han de intervenir para que esa noción general del saber amoroso de las lógicas conceptuales de las tópicos se maticen en cada texto, haciéndolos enfatizar unos aspectos sobre otros para particularizar sus cartas. Los factores que se creyeron relevantes son los nueve ya mencionados al inicio de este apartado, sin embargo, esos nueve, en realidad, se reducen a tres características de cada texto. Este gráfico expone dicha reducción



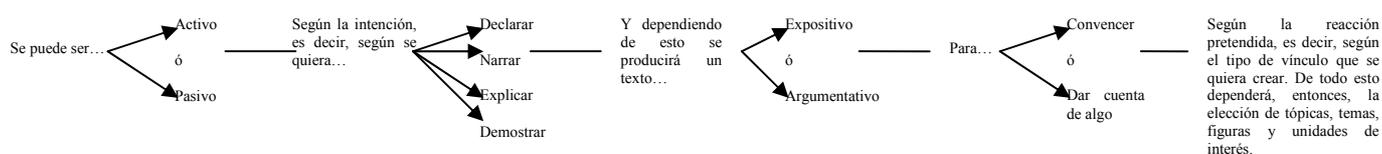
21.- Aspectos vinculados al uso del código

Estos tres elementos, a su vez, están vinculados entre sí: tanto la actividad o pasividad del autor como la forma del texto dependen de la intencionalidad del autor mismo. La explicación acerca del uso del código en estas cartas debería, entonces, seguir este hilo reflexivo: según el análisis de las cartas (ver anexo 1) la actividad o pasividad del autor se complementa con la del receptor. En ningún caso resultó que ambos, autor y receptor, fueran activos a la vez o pasivos a la vez. La actividad de uno dependía de la pasividad del otro. Si se considera al autor como el eje central que dicta estos cambios, el único patrón razonable que une un salto con otro es la intencionalidad del texto.

Ahora bien, la intencionalidad, según las categorías que la expresan, se resumirían, para este corpus, en cuatro posibles intenciones: Declarar, Narrar, Explicar, Demostrar. Lo que se declara, narra, explica o demuestra queda obvio en cada texto (accesible en el anexo 1), pero, al fin, la intención es esta: declarar, narrar, explicar o demostrar. Sin embargo, la intención queda atada a la forma en que se presenta al receptor y, en este sentido, se encontró en este corpus dos formas de texto: la Expositiva y la Argumentativa. Estas formas a veces eran coherentes con la intencionalidad, a veces contrarias, pero al fin lograban emitir un texto cuya intención era alguna de aquellas cuatro y su forma era alguna de estas dos.

El hilo lógico no termina aquí. Se debe, ahora, considerar, que todo texto es, en sí, un acto comunicativo, por lo que tiene un fin que perseguir. Si las formas de ese texto, en este corpus, eran o expositivas o argumentativas, sus fines debieron ser, por lógica o dar cuenta de algo a alguien, o convencer a alguien de algo, es decir, en ambos casos, crear una reacción en el otro. ¿Qué reacción busca despertar una carta de amor que utiliza este código, enmarcado por tres tópicos y 35 figuras? El común de las tres tópicos es que por las tres vías se crea un vínculo entre amante-amado. Por tanto, se podría concluir que la reacción buscada era crear un vínculo.

Para visualizar y concretizar este recorrido lógico, lo dicho se podría resumir así:



22.- Lógica del uso del código

Así, entonces, dependiendo de: (1) la concepción lógica de amor que se posea, es decir, el conocimiento y dominio que se tenga sobre las tópicos, (2) el tipo de vínculo que se desee crear con el interlocutor, (3) la finalidad del texto, (4) la intención del texto y (5) el papel que se quiera jugar ante el otro, se elegirá cómo usar el código. Las posibilidades que tuvieron estos ocho jóvenes son todas estas que ya se describieron en

el aparatado anterior y este. Estas fueron, pues, las condiciones que determinaron el uso de estas tópicas, estos temas, estas figuras y estas unidades de interés.

Ahora, bien, ¿qué tipo de elecciones fueron las más recurrentes y por qué fueron las más recurrentes? Bueno, considerando que sólo utilizaron 3 tópicas posibles, no puede haber mucha libertad de elección. Las preferencias en el uso de las tópicas fueron las siguientes:

CARTA	OBJETO	ACCIÓN	SENSACIÓN
1	@	@	
2		@	
3	@	@	@
4		@	@
5	@		@
6	@		
7	@		
8	@		

23.- Preferencias en el uso de las tópicas.

Como se puede observar la más popular es la tópica del Amor-Objeto, mientras que la menos asistida fue la tópica del Amor- Sensación. En esta gráfica también se puede observar que las cartas provenientes del contexto preparatorio tienden más a la combinación de tópicas que la del contexto normalista, siendo las primeras, por tanto, presumiblemente más sofisticadas y complejas.

Con respecto a las figuras preferentes, se contabilizó aquellas que aparecían en el mayor número de cartas, resultando sólo cinco como las más recurrentes. Esas fueron: Permanencia, Centralidad, Supremacía, Distancia proximidad y Amado. Permanencia es una figura vinculada a la tópica Amor-Objeto y a la tópica Amor-Acción, al igual que centralidad. Supremacía, Distancia-Proximidad y Amado son figuras exclusivas de la tópica Amor Objeto. Resulta lógico, pues, que si la tópica más usual es la de Amor-Objeto, sus figuras sean, igual, las más recurrentes en el corpus.

Ahora bien, las figuras que se repitieron más en todos los textos fueron Permanencia, Centralidad, Amar y Distancia-Proximidad. Amar es la única figura que no pertenece a la tópica Amor-Objeto, sino que se vincula a la de Amor-Acción. Sin

embargo no resultó muy popular en todas las cartas, ya que sólo en la carta número uno se presentó 8 veces. No resulta, pues, muy relevante su frecuencia.

Lo que podría ser más relevante es ver qué figuras son más recurrentes en qué grupos, contando no el número de veces en que aparecen, sino el número de cartas en el se presentan. Al respecto, entonces, de esta frecuencia, se muestra el siguiente cuadro:

TODOS	MUJERES	HOMBRES	PREPARATORIANOS	NORMALISTAS
Permanencia	Centralidad	Poseer	Posesión	Proveer
Centralidad	Proveer	Dist.- Prox.	Amar	
Supremacía		Querer	Sufrimiento	
Dist.-Prox.		Esperanza		
		Reciprocidad		
		Declarar		

24.- Preferencias de figuras por categorías de comparación

La razón de estas preferencias, como se dijo ya, recae en la lógica conceptual que manejan los sujetos, el vínculo que desean establecer con el receptor, la finalidad de su texto, la intención al escribirlo y el papel que quieren jugar ante el destinatario, pero también, no hay que olvidar, dependen del contexto en el que viven los autores y los patrones culturales promovidos desde él.

Por ejemplo, no es nada casual el que las mujeres coincidan en figuras como la de centralidad y proveer, ambas promotoras de una posición pasiva ante su amado. Es decir, en el caso de ellas, es su amado el que es central en su existencia y provee de bienes al amante. Ellas, pues, frecuentemente se posicionan en el papel pasivo y receptivo de la pareja amorosa, lo cuál encaja a la perfección con lo que popularmente se espera o, al menos, se esperaba del papel de la mujer.

En cambio, las figuras de los hombres son activas todas ellas. El hombre, pues, es el que posee, manipula la distancia o la proximidad, quiere, espera, exige una reciprocidad y declara, desde las tópicas del Amor-Acción y el Amor-Objeto. Eso también es esperable, culturalmente, para el hombre. ¿De ahí vendrá su predilección? Al menos esta evidencia da pie a pensar que efectivamente es así.

Ahora bien, el contexto preparatoriano se suponía más favorecido en cuanto a recursos materiales e información, lo cuál ha coincidido por su visible riqueza en contenido, forma y creatividad. En cambio, los del contexto normalistas, menos favorecidos en recursos materiales e información, muestran una notable pobreza en formas, contenidos y propuestas. Los contenidos de las cartas de los normalistas son muy similares, el lenguaje es un lenguaje común, son textos cortos, usan de una a dos tópicos, en fin, son más simples, incluso en el sentido de ser más claras y precisas.

Las cartas de los preparatorianos, en cambio, son muy distintas una de otra, el lenguaje es más rico, incluso con toques poéticos, son textos largos, combinan tópicos y resultan más sofisticadas y complejas, también en el sentido de ser, en al menos 3 de las 4 cartas (2, 3 y 4), mas ambiguas y confusas que las de los normalistas. Lo que se puede deducir, ahora, acerca de sus preferencias en cuanto a figuras es que también en eso proponen una complejidad, refiriéndose al contenido de las que ellos marcaron como las recurrentes.

Poseer, amar y sufrir refieren a las 3 tópicos, Amor Objeto, Amor Acción y Amor Sensación, aunque, en este grupo, predominen más las tópicos de acción y sensación. Incluso, la de acción es exclusiva de este grupo. Esta diversidad de tópicos y figuras, denotan una gama más extensa de vivencias amorosas que el solo “proveer”, figura recurrente en el grupo de los normalistas. Proveer es, como se vio, una figura pasiva, la cual supone que el otro es el que aporta los bienes al amante. Incluso los hombres manejan así esta figura, la cuál encaja con el tipo de imagen que se tiene de la pareja rural o antigua, donde el hombre provee los bienes materiales para la supervivencia de ambos, mientras que la mujer provee lo necesario para el mantenimiento del hogar. La gama de vivencias amorosas se reduce a un solo campo de sentido, refiriéndose exclusivamente a la tópicos de Amor – Objeto y desde un sentido pasivo.

En cambio el poseer, amar y sufrir complejizan, por sí mismas, la vivencia amorosa. Tal vez tenga que ver con la complejización de la vida urbana o la transformación de los papeles del hombre y la mujer en la pareja contemporánea, realidades más

emparentadas con la cotidianidad del preparatoriano, pero no habría modo, desde esta investigación, de comprobar eso. Sólo se puede suponer y reflexionar sobre la concordancia con esta imagen, aunque lo que sí se puede probar es que este grupo resulta más favorecido económicamente, lo que le posibilita poseer más recursos materiales e informativos. ¿Eso hará la diferencia? Al parecer, sí, o al menos ha de influir en algo como para que así resulte.

Esta diferencia que se señala en cuanto al uso del código, que quede bien claro, es a nivel de las formas de usarse, no tanto en los contenidos o en las lógicas conceptuales de fondo, pues, se ha visto, éstas son más o menos compartidas por los ocho sujetos. El contexto específico de cada grupo, por tanto, determina la forma de usar el código, entre lo más sencillo o lo más complejo. En cambio, ha de haber un contexto compartido que les posibilita poseer más o menos las mismas concepciones básicas sobre el amor. Ese contexto compartido puede estar compuesto por un sin fin de componentes: las creencias, las costumbres, el lenguaje, las cosmovisiones, etcétera. Puede ser cualquier cosa de estas o todas y puede remitir a un contexto inmediato o a un contexto global. Eso es imposible de concretizar desde esta investigación.

Lo que sí es posible hacer es señalar que el contenido lógico del código amoroso es lo suficientemente compartido por los 8 miembros del corpus como para suponer que comparten, además del código, un conocimiento amoroso similar. Gracias al análisis textual hecho a las cartas, ese conocimiento amoroso se puede dilucidar, analizar y presentar a continuación.

II.3. *El conocimiento amoroso.*

Para poder plantear la idea de que existe un conocimiento amoroso detrás del código, se supuso, en un principio, que el código mismo y su uso denotaban un saber acerca del amor o una serie de pautas establecidas que dictaban, precisamente, el uso del código amoroso. Según lo que se ha revisado, efectivamente las tópicos involucran

un saber amoroso, ya que las tópicas mismas son núcleos conceptuales que configuran un sentido del amor, pero un sentido general, mismo que es delimitado, en su generalidad, por los diversos y posibles temas y figuras que se adscriban a cada tópica.

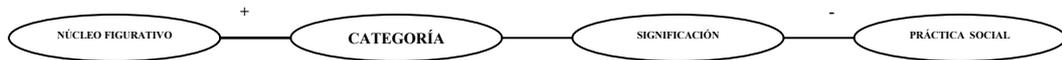
Ahora bien, al utilizar ese código en el habla y seleccionar ciertas tópicas, temas y figuras para decir lo que se va a decir, se está manifestando, sí, ese conocimiento amoroso general del que se posee una noción, pero también se le va moldeando hasta matizarlo funcionalmente a la conveniencia del “emisor”. Es decir, se le está imprimiendo una utilidad a ese saber general que, una vez matizado, implica el mismo saber amoroso pero aplicado a una circunstancia práctica.

Esta misma suposición de que el uso del código amoroso denota un saber amoroso se planteaba ya desde el principio de esta investigación, al proponer, a nivel teórico, una homologación entre el uso del código amoroso, la educación sentimental, la socialización amorosa, la gramática amorosa o, al fin, el uso de las representaciones sociales por una comunidad. Esta última homologación con las representaciones sociales fue la más recurrente en la presente investigación y su planteamiento seguía la siguiente lógica: Wagner y Elejabarrieta (1994), al hacer una reconstrucción del concepto de representación social, señalaban que ésta consistía, en un tipo de saber compartido que le permitía, a cierta comunidad que lo adopta, el manejo práctico y accesible de concepciones poco asibles y entendibles. Dicho saber manejable y difundido había pasado por cierto proceso identificable que le permitía cumplir esa función. Ese proceso consiste, como ellos lo señalaban, en una etapa de objetivación y otra de anclaje.

El proceso de objetivación suponía un trabajo social y cognitivo mediante el cual se derivaba un concepto asible de un fenómeno abstracto e inaccesible. Moscovici, según lo señalaban Wagner y Elejabarrieta (1994; p.831), indicaba que el producto tácito de esta etapa consistía en la configuración de una imagen estructurada y delimitada que promovía un mismo entender de un fenómeno. A esa imagen la denominó “núcleo figurativo”, concepción central del saber compartido en la representación. En la

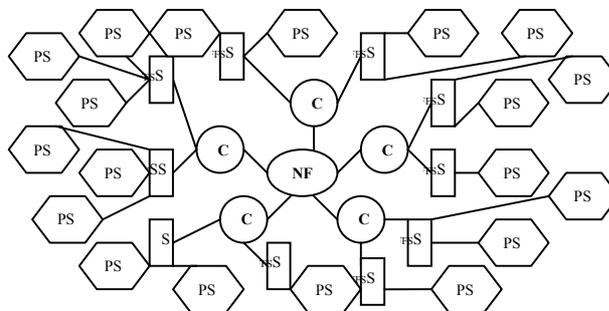
segunda etapa, la de anclaje, se derivaban una serie de categorías y significaciones de dicha imagen o saber delimitado y estructurado, que promovían cierta practicidad y flexibilidad del saber, necesarias para adaptarlo al manejo cotidiano a través de distintas prácticas.

Así, pues, un saber compartido y práctico implicaba, desde este entendido que presentaban Wagner y Elejabarrieta (1994), leyendo a Moscovici, varios niveles de concreción del saber mismo supuesto en una representación. Si se hiciera una esquematización de dicha concreción de los elementos de una representación, tendría la siguiente forma:



25.- Modelo lineal de los elementos que componen la representación social

Visto esto mismo desde un modelo atómico, tendría la siguiente forma:



26.- Modelo atómico de los elementos que componen la representación social

Todo esto, claro bajo la suposición de que un mismo saber genere tales categorías de aplicación, tales significados dentro de esas categorías de aplicación y tal diversidad de prácticas derivadas de esos significados. Supóngase, pues, que así podría concebirse la estructuración de una representación social. El planteamiento que insita todas estas explicaciones consiste en que esa misma forma atómica que asumiría la composición de una representación social puede ser equiparable a la forma atómica que asume la composición del código amoroso. Incluso, el esquema del grado de concreción de los

elementos de la representación social son equiparables al esquema del grado de concreción de los elementos del código, y no sólo a un nivel de apariencias, sino en un sentido mucho más profundo.

El código amoroso, al igual que otro tipo de códigos, permite configurar un sistema de consensos sobre un mismo campo de la realidad circundante, sistema que, al fin, no sólo posibilita entenderse al comunicar algo sobre ese campo, sino que alinea al mismo campo que trata de dominar. Ese mismo sentido tiene la representación social, dado que también pretende dominar un campo de la realidad circundante a través de consensos que permiten la comunicación y el entendimiento de un grupo de gentes que lo dominan. El planteamiento llano es que, probablemente, el mismo campo que pretende someter el código amoroso, es decir el del amor, es el mismo que el que manejan las posibles representaciones sociales existentes sobre lo amoroso, y que si se ha descrito aquí los elementos, el funcionamiento y el uso del código, éstos mismos se pueden desmenuzar para visualizar el campo de realidad que recortan a través de este sistema y que pueden compartir con las representaciones sociales.

No se pretende suplir o sobreponer el modelo del código sobre el modelo de la representación. Cada uno esquematiza cierto fenómeno que ocurre a distintas escalas y a distintas dimensiones de la realidad. Por ejemplo, el código mismo podría ser sólo una categoría derivado de la representación. De hecho, la carta de amor es, en sí, sólo una práctica posible dentro de todo el repertorio existente que concierne al amor. Queda claro, pues, que es imposible compaginarlos al grado de confundirlos o intercambiarlos.

Sin embargo, lo que sí se puede sugerir es que, dado que ambos sistemas pretenden asir una misma realidad y dado que el sistema de las representaciones sociales, el más general y amplio de los dos, podría incluir al sistema del código, al rastrear los límites del saber amoroso a través de desmenuzar el sistema del código, se puede llegar, entonces, por la misma lógica de conjuntos que plantea que ésta queda incluida en la otra, a arrojar pistas sobre el saber amoroso que ordenaría el sistema de la o las representaciones sociales sobre el amor.

Es decir, lo que se presenta, pues, es una vía alterna para nutrir las reflexiones sobre las representaciones sociales del amor, ya que por este camino de comprender el código se encontró un tipo de saber amoroso muy concreto y rico que puede ser útil para la reflexión representacional amorosa. Esas pistas de saber, en el caso de la presente investigación, han de seguir la lógica del código ya descrito, es decir, se han de concentrar en torno a las tres tópicos recurrentes: la del Amor-Objeto, la del Amor-Acción y la del Amor-Sensación.

Asumiendo la imagen del Amor-Objeto como el núcleo figurativo, se encontraría, según los conocimientos extraídos de los textos, dos categorías o vertientes de ese saber: el amado como el objeto que personifica el amor o el amor como un objeto que juega el papel de un tercero en la relación. Los significados del concepto “amor” varían a partir de estas dos categorías. Dichos significados van matizando el sentido del núcleo central y van delimitando la lógica del saber particular de cada variante. Eso se hace evidente en este cuadro comparativo.

EL AMADO COMO EL OBJETO QUE PERSONIFICA AL AMOR	EL AMOR COMO UN OBJETO QUE JUEGA EL PAPEL DE UN TERCERO EN LA RELACIÓN
<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es personificado por el amado. ☉ Es objeto de posesión. ☉ Se debe tener permanentemente cerca y o presente para poseerlo. ☉ Es material. ☉ Es tangible. ☉ Es pasivo. ☉ Es inanimado. ☉ Su función es otorgarle prestigio al que lo posee. ☉ El apodo es una forma de marcar la propiedad. ☉ Es único. ☉ Es especial. ☉ Es falsificable. ☉ Es temporal. ☉ Es íntimo o familiar. ☉ Es un bien. ☉ Crea un vínculo de posesión entre el poseído y el poseedor. 	<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es un objeto. ☉ Produce en quien lo posee deseos de ser honestos y protectores. ☉ Es material. ☉ Se desconoce su origen. (No se sabe si es activo o pasivo) ☉ Tiene movimiento propio. ☉ Es amorfo. ☉ No se puede distinguir o se puede confundir muy fácilmente. ☉ Es un bien común que comparten amante y amado. ☉ Es temporal. ☉ Es resistente. ☉ Crea un vínculo entre los que lo poseen. ☉ Se puede regalar. (El que lo regala es activo, el que lo recibe es pasivo). ☉ Genera sentimientos de agradecimiento en aquel que lo recibe.

27.- *El saber amoroso a partir de la tópica Amor-Objeto*

El esquema general de esta concepción del amor, extraído de las cartas, tendría la siguiente representación:



28.- Pautas de uso de la tónica Amor-Objeto

Si se entendiera este esquema bajo el modelo atómico supuesto para las representaciones sociales, faltaría evidenciar las prácticas sociales resultantes o asociadas a cada implicación de las vertientes del núcleo figurativo. Eso no es posible rescatarlo desde el análisis de texto, pero bien puede buscarse vías alternas para llegar a ellas también en investigaciones posteriores. Al fin, entonces, lo que sí se presenta con certeza aquí es el esquema de un tipo de saber dominado por, al menos, 6 personas, las mismas que, en este corpus, recurren a la tónica del Amor-Objeto.

Este saber tiene un sentido nuclear que permite visualizar un tipo de imagen acerca del amor que lo hace asible y práctico para la cotidianidad: el amor es un objeto. Desde esta lógica simple, luego empiezan a aparecer condiciones que crean versiones distintas de ese saber básico: hay sólo dos tipos de objetos, o es el amado o es otra cosa distinta. De eso dependen muchas cosas. Por ejemplo, sólo cuando el amado es visto como objeto, el amor cobra valía y crea prestigio en el que lo posee. También sólo en esta condición el amor se vuelve pasivo, aunque no por eso a merced del amante. En cambio, cuando es un objeto distinto al amado y su posesión se comparte o se regala entre los amantes, la valía se diluye al igual que el prestigio de los dueños, cosa que no se compensa con la predecibilidad de su actividad o pasividad, sino que se vuelve totalmente amorfo e impredecible.

Considerando la lógica general de este saber sobre el amor, el saber sobre el manejo del amor se puede deducir extrayendo el principio que crea el sentido. Si el saber sobre

el amor dicta que el amor es un objeto, entonces el saber sobre el manejo del amor sigue la lógica que le atañe a los objetos: así como con los objetos, el amor se tiene o no se tiene, se encuentra o se pierde, se compra, se vende, se consigue, se presta, se rompe, se confunde, se comparte, se regala, se devalúa, se envidia, se roba, se codicia, se olvida y se relega, entre otras cosas posibles. Al fin, el que tiene mayor dominio sobre el amor es el que lo posee. Sin embargo, se guarda cierto grado de incertidumbre que hace, en realidad, que el sujeto poseedor nunca controle del todo al amor. Por ejemplo, al tratar de conseguir el amor está siempre la posibilidad de que no se lo logre ganar, ya sea porque alguien más que lo ambicionaba se lo llevó, o porque se perdió, o porque se devaluó, o porque se adquirió otro que no era el ambicionado, etcétera. Las circunstancias en que el sujeto pierde el control sobre el amor son muchas, visto, claro, desde esta lógica del Amor como objeto.

Si se considera que 6 de las 8 cartas del corpus hacían referencia a este tipo de lógica y de saber, de las cuales 3 cartas eran declaraciones y otras 3 pretendían mantener la relación entre amante y amado, no sólo se podría suponer que este saber es el más popularizado (afirmación que no hago con entusiasmo estadístico, dado que se tiene la conciencia de la imposibilidad de hacerlo, pero que, igual, se puede constatar que es compartido), sino también que es un saber que sirve para algo muy concreto: la evidencialización de la posesión del objeto-amor.

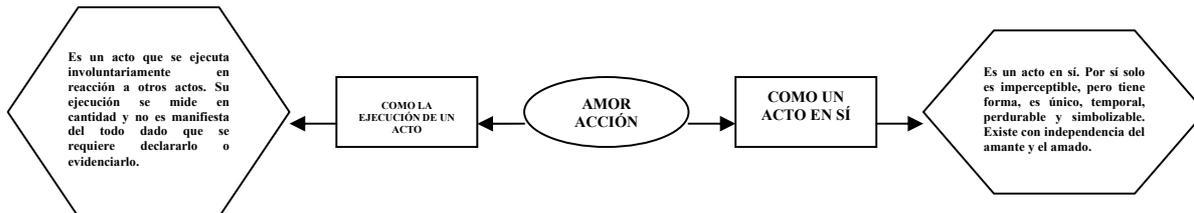
La carta de amor, entonces, se convierte en un certificado que atestigua la posesión del objeto-amor: o es del amante, o es del amado gracias a la donación que le hace el amante, o es de ambos, o se perdió. De cualquier forma la carta establece la pertenencia y sienta precedente de un contrato de posesión, contrato que especifica los beneficios del poseedor, exige sus derechos, impone obligaciones, condiciona la propiedad, evidencia el vencimiento del contrato y las causas de disolución de cualquier vínculo entre el hablante y el receptor. Ese es el uso que se le da, por estos jóvenes, a la práctica epistolar amorosa y éste es el saber que denota dicho uso.

Ahora bien, otro saber denotado en las cartas es el que posiciona al Amor-Acción como el núcleo figurativo de un sistema de conocimiento. Según lo permite el análisis hecho de este corpus, esta nueva imagen estructurante que define la lógica del saber con una simple definición, el amor es una acción, tiene dos variantes: una que asume el amor como la ejecución de un acto y otra que lo asume como el acto en sí. De estas dos variedades se desglosan un conjunto de características que permiten matizar el significado de la idea central, mismas que se presentan en el siguiente cuadro para su visualización.

EL AMOR COMO LA EJECUCIÓN DE UN ACTO	EL AMOR COMO EL ACTO MISMO
<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es un acto que se ejecuta. ☉ Su ejecución suele ser reacción de otros actos. ☉ Posee direccionalidad. ☉ Su ejecución implica cantidad. ☉ Un sujeto puede ser ejecutor o receptor de la ejecución. ☉ La ejecución no es manifiesta por sí misma, se necesita declarar que se ejecutó o se necesita manifestar a través de, por ejemplo, un abrazo y un beso. ☉ Su ejecución requiere una validación, la cuál se otorga por medio de la repetición o por medio de la apelación al corazón. ☉ Su ejecución implica un pacto de no dañar al que recibe la ejecución. ☉ Su ejecución es involuntaria. ☉ Crea un vínculo de dependencia entre el ejecutante y el receptor. ☉ Requiere, para su ejecución, la presencia y permanencia del otro. ☉ La reciprocidad de la ejecución no se garantiza. ☉ Se ejecuta con el sentir y el pensar. ☉ Ejecutado en exceso provoca que el amado se aleje. 	<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es un acto. ☉ Tiene forma. ☉ Es imperceptible. ☉ Es único. ☉ Es temporal. ☉ Es perdurable. ☉ Es distinto al necesitar. ☉ Es distinto a la amistad. ☉ Puede ser simbolizado con un objeto (por ejemplo, un anillo). ☉ Tiene límites. ☉ Implica un tiempo previo de latencia, el cuál, entre más corto sea es mejor. ☉ Es intenso. ☉ Causa una sensación corpórea en el que lo ejecuta. ☉ Exige una reacción.

29.- *El saber amoroso a partir de la tónica Amor-Acción*

El esquema general de esta concepción del amor, extraído de las cartas, viéndolo como si fuese parte de una representación, tendría la siguiente apariencia:



30.- Pautas de uso de la tónica Amor-Acción

Si se esperara extraer el esquema de una representación social sobre el amor, de nuevo las prácticas vinculadas a estos sentidos del acto amoroso harían falta. Entiéndase, entonces, que no se busca la reconstrucción de la representación en sí, aunque se insista en que estos apuntes sobre el saber compartido en un corpus puedan alimentar las investigaciones posteriores que refieran al amor. Baste con señalar, por ejemplo, que no se comparte una imagen estática del fenómeno de la realidad que se pretende explicar, sino que se comparte una lógica que define al fenómeno y permite condicionar su aplicación para que ésta sea aplicable a distintas circunstancias cotidianas. Eso ha sido evidente tanto en ésta como en la anterior esquematización del saber socializado. Vaya, pues, un punto más para la reflexión.

En este caso, en particular, el sistema de conocimiento está dictado por la definición primaria: el amor es una acción. La lógica de los actos diría que, por ejemplo, son ejecutables por los sujetos con algún grado de voluntad, en cualquier circunstancia, pues el sujeto actante se permite actuar así o asá según su entender. La acción resultante, entonces, se ejecuta o no, como reacción o como acto primero, con intención o sin ella, siempre con algo de voluntad, con cierta dirección, con propósitos o sin ellos, pero con consecuencias ineludibles dado que se insita un eco en el entorno en el que es ejecutado. Sin embargo, pese a que esa sea la lógica común de un acto, el acto del amor, según este saber explicitado aquí, no sería así.

En ambos casos, es decir, poniendo énfasis en la ejecución o en el acto en sí, el acto, indudablemente, sí se realiza o no se realiza, pero su realización no es evidente, por lo que se puede simular que no se hizo o que se hizo sin hacerlo. En ese sentido, el eco esperable en el contexto puede nunca llegar. Si se espera un eco, entonces, hay que

ejecutar otros actos para evidenciar o simular el que refiere al amor. Lo más curioso de este acto es que, aún cuando no es evidente y se necesita un esfuerzo extra para evidenciarlo, se declare como un acto involuntario. Si no se desea, ¿por qué evidenciarlo? ¿Cómo pudo ser su ejecución sin cierta voluntad del ejecutante? Eso, al parecer, resulta propio de este acto en sí, porque, aún cuando es un acto no deseado a voluntad, al ejecutarlo por casualidad, o quién sabe por qué, se guarda, igual, una intención: hacerle un bien al amado, incitar al amado a que lo ejecute de vuelta, hacerse notar ante los demás o darse valía ante alguien en particular. En fin, pareciera, entonces que esta lógica del acto amoroso no fuera tan lógica y, más bien, imperara por contradicciones, de las cuales las más notorias son su imperceptibilidad y su involuntariedad.

Ahora bien, las distinciones según las variantes sólo radican en la valía del acto en sí. Si se evalúa el amor como la ejecución del acto no hay valía, pero si se evalúa el amor como el acto en sí, sí hay valía. La ejecución, curiosamente, implicaría una forma de realizar el acto, por lo cual se esperaría una lógica de competencia en el sentido de buscar ser el que mejor lo ejecuta. Sin embargo, no hay tal competencia porque predomina el carácter de involuntario: nadie quiere hacerse responsable de la forma como ejecuta el amor. Por tanto no hay valía en esa ejecución, pero sí consecuencias que pesan o se exigen, como el inevitable vínculo entre el ejecutor y el receptor del acto.

En cambio, al evaluar el acto en sí, es decir, independiente del ejecutante y del receptor, se valora mejor, por lo que se le concibe único, especial, duradero, estético, etcétera. Eso le da prestigio al que ha recibido dicha acción o ha ejecutado la acción, pero no porque el sujeto lo haya conseguido, sino porque la involuntariedad se transforma en azar, convirtiendo la fortuna de ejecutarlo o recibirlo como un verdadero hecho extraordinario. Eso es lo que se valora y se premia con prestigio. En este sentido, sólo queda vanagloriarse por la suerte de participar en tan honroso acto. Igual, como quiera, nadie se hace responsable del acto en sí o de la gloria que acarrea. El amor, en

este sentido, no compromete, aunque sí envuelve a los sujetos a vivir las consecuencias gratas o ingratas de éste.

Cuatro de las ocho cartas del corpus presentaron esta variante del conocimiento amoroso. Las cuatro tenían funciones distintas (ratificación, reconciliación, despedida-reconciliación y declaración), pero tres de esas cuatro tenían tópicos combinados, por lo que la lógica de este saber generalmente no era el único que se utilizaba. De cualquier forma, esas cuatro cartas que la incluyen pretendían convencer al interlocutor sobre algo, por lo que este tipo de saber se volvió un contenido argumentativo poderoso para lograrlo. La ejecución del acto amoroso o el acto amoroso en sí es un argumento, entonces, para solicitar algo. Sigue siendo irónico que, aún cuando trae beneficios argumentativos ejecutarlo y evidenciarlo, no haya quién se responsabilice por él. Igual sirve para hablar bien a favor de que se les conceda algo.

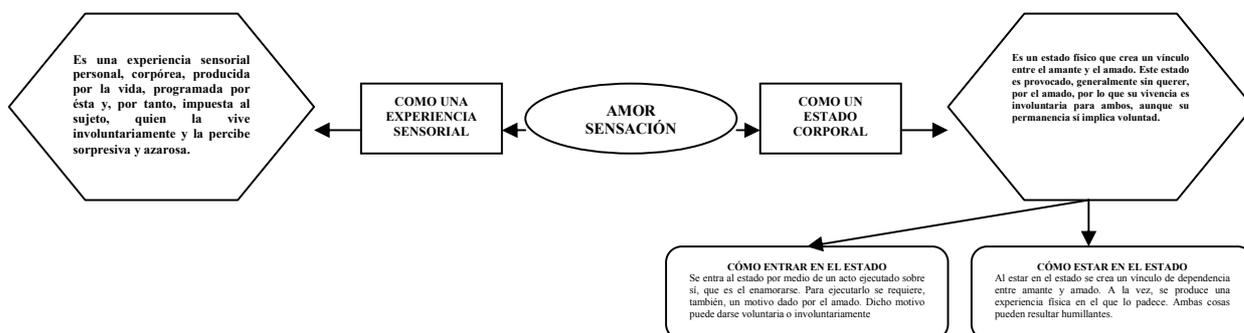
La carta, entonces, vista desde este conocimiento, resulta un ejercicio retórico para solicitar al interlocutor realice alguna acción: amar de vuelta, responder de alguna otra forma, comprometerse, perdonar, olvidar las cosas malas, creer que el amante es su pareja ideal, valorar al amante, etcétera. El Amor-Acción es un argumento útil para la apelación a favor de que estas respuestas se den, dado que convierte al ejecutante en una víctima de la involuntariedad y se impone el peso de que el hecho ha sucedido ya. La argumentación de esta imagen, entonces, resulta lapidaria.

Por último, considerando a la tópica del Amor-Sensación como núcleo figurativo del saber amoroso, se partiría, entonces de la definición “el amor es una sensación” para recrear la lógica que permite este saber. De nuevo, se presentan dos variantes de esta imagen, según el corpus analizado: una definiría al amor como una experiencia sensorial y otra definiría al amor con un estado corporal. Esta última variante, a la vez, se desglosa en dos condicionantes, una que refiere al cómo entrar en ese estado corporal y otra a como quedarse en ese estado corporal. Igual que en los casos anteriores, cada variante suscita una serie de condicionantes que delimitan significados de la imagen central. Dichas condicionantes se evidencian en el siguiente cuadro.

EL AMOR COMO UNA EXPERIENCIA SENSORIAL	EL AMOR COMO UN ESTADO CORPORAL	
<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es una experiencia sensorial personal. ☉ La experiencia es interna pero a nivel corpóreo. El corazón es el órgano que más lo siente. ☉ Esta experiencia la proporciona la vida. ☉ Es una experiencia programada, es decir, es una experiencia que debe suceder en algún momento de la vida. ☉ La sensación se asemeja a un golpe. ☉ La sensación es ocasionada por un agente externo, por lo que resulta involuntaria para el que lo padece. ☉ Su vivencia sorprende al que la padece. ☉ Un amor compartido implicaría que dos personas coincidan en el instante de experimentar la sensación. ☉ La experiencia es perdurable, pero no permanente. ☉ Resulta azarosa e impredecible. 	<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es un estado físico. ☉ Dicho estado crea un vínculo entre el amante y el amado. ☉ Precisa de un momento de encuentro entre el amante y el amado. ☉ El ingreso al estado es involuntario. La permanencia implica voluntad. 	
	<p style="text-align: center;">CÓMO ENTRAR AL ESTADO CORPORAL</p> <ul style="list-style-type: none"> ☉ Implica un acto que ejecuta el amante sobre sí (enamorarse). ☉ Para entrar al estado, a través del enamoramiento, se necesita un motivo o provocación, por parte del amado, que incite el ingreso del amante. ☉ El amado puede dar dicho motivo sin querer. ☉ Si no hay motivo y como quiera se enamora el amante, el estado puede causar confusión por resultar ilógico. ☉ Puede ser, por tanto, accidental e involuntario. ☉ No precisa del conocimiento y la conciencia del amado. ☉ Ni el amante ni el amado tienen el control. ☉ Entrar al estado implica que el amante ceda pasivamente ante el amado. 	<p style="text-align: center;">CÓMO PERMANECER EN EL ESTADO CORPORAL</p> <ul style="list-style-type: none"> ☉ El estar ya en estado crea un vínculo de dependencia entre amante y amado. ☉ El estar en el estado crea una experiencia física. ☉ El corazón es el órgano sensorial para captar este estado. ☉ Suscita deseos de poseer al otro. ☉ Es humillante.

31.- El saber amoroso a partir de la tópic *Amor-Sensación*

El esquema general de esta compleja concepción del amor extraída de las cartas, entendiéndola como si fuese parte de una representación, tendría la siguiente apariencia:



32.- Pautas de uso de la tópic *Amor-Sensación*

Entendiendo esto como un esquema representacional, haría falta, como ya se ha hecho notar, recrear en este sistema las prácticas generadas por estos retazos de conocimiento. Sin embargo, el pequeño corpus que se analizó, el pequeño ámbito que se seleccionó y la pequeña plataforma que podrían representar las cartas de amor para inducir el saber social sobre el amor, no permiten tener la ambición de asegurar que la representación es ésta y las prácticas tales o cuales. Ni siquiera se puede concretar alguna práctica vinculada a este sistema de conocimiento que no sea la carta de amor.

Lo que sí se puede asegurar es que estos esquemas que se presentan en este trabajo ofrecen pistas de lógicas indudablemente presentes en el código amoroso y en su uso. Habría que ver si son masivamente compartidas o por quiénes son, al fin, compartidas, por supuesto, para plantear estos hallazgos desde la teoría de las representaciones sociales. Ciertamente eso no se hace ni se pretende en esta investigación. Pero sí es preciso mencionar que, desde este análisis, se puede ver que estas pistas de conocimiento sí son compartidas, tan lo son que el mismo código, que permite la comunicación y el entendimiento entre los protagonistas de las cartas, lo manifiesta al hacerse presente en más de uno de los ocho textos.

Al fin, pues, lo que se puede ver desde este análisis es que el código contiene un saber lógico, condicional, dinámico y pragmático. Ello es palpable en esta imagen estructurante aquí señalada a partir de la tópica Amor-Sensación. También es igualmente palpable en las otras dos imágenes ya abordadas. En esta última imagen se encuentra, por ejemplo, un principio lógico que concretiza el conocimiento amoroso. La oración “el amor es una sensación” delimita un campo de explicación para el fenómeno amoroso abstracto. En este caso es el campo de las sensaciones. Siguiendo la lógica de las sensaciones, se podría entender que el amor es, entonces, una experiencia sensorial corpórea, física por tanto, provocada por algo material, advertida individualmente, y calificable como agradable o desagradable. La experiencia, en sí, puede imponerse a la voluntad del sujeto, pero su permanencia no, por lo que, por primera vez en todas las pistas de conocimiento dilucidadas, hay posibilidades para recuperar el dominio del fenómeno por parte de los sujetos.

En general, las variantes de esta lógica respetan sus principios, con algunas excepciones. Las variantes son dos: una que asume el amor como una experiencia sensorial y otra que lo asume como un estado corpóreo que genera una experiencia sensorial. Ambas concuerdan en que es una experiencia física, causada por un elemento extraño y material y percibida individualmente. Sin embargo, la variante que lo asume como experiencia física hace hincapié en, precisamente, la sensación que produce y no en el motor de ésta o en su durabilidad en el cuerpo. Sólo se advierte que se asemeja a tal cosa y causa tales reacciones en el sujeto. En cambio, la variante que lo ve como un estado, hace hincapié en el proceso que produce esa sensación, los elementos que intervienen y su participación.

En ésta última variante sí hay puntos de discordancia, porque ya supone que la experiencia no es individual, sino que involucra a dos sujetos. El elemento extraño y material es el amado, cosa que aún participa en la misma dinámica de la lógica central, pero nunca se justifica por qué una experiencia sensorial crea un vínculo de dependencia entre uno y otro sujeto. ¿Será porque el cuerpo se hace dependiente de esa sensación, al igual que se hace dependiente a otras cosas? Posiblemente. Al menos una explicación así resultaría natural. De otro modo no encajaría dentro de los principios lógicos de este discernimiento y es por eso que se reserva cierta cautela con la razón que teje este sistema de conocimientos.

En fin, cada variante ofrece posibilidades de condicionar la lógica central y adaptarla a un sin número de particularidades cotidianas. En el caso de este corpus, la lógica central basada en la tópica del Amor-Sensación aparece en tres cartas, en una de despedida y las otras dos de declaración, una pretende convencer y otra exponer. La utilidad, por tanto, de este saber no queda tan clara como en el caso de los otros conocimientos. Sin embargo, si se recuerda que una de las variantes de este saber se centra en explicar la sensación que se experimenta con el amor, ésta concordaría con la finalidad de exponer. En cambio, la otra variante que insiste en reconstruir la genealogía de la experiencia amorosa bien puede convertirse en argumento,

considerando que es la única condicionante que contempla la posibilidad de que el sujeto asuma responsabilidades por voluntad. ¿La voluntad puede ser un argumento a favor del amor? Al parecer, sí.

Así, entonces, este tipo de conocimiento demuestra que un mismo núcleo figurativo puede flexibilizarse lo suficiente como para cumplir distintas funciones, al menos, textuales. Todo depende de cómo se exponga la imagen y el saber que se imprime en esa expresión. La conclusión, en este rubro, es, pues, que el saber amoroso es inherente al código y, al igual que el código, es socialmente compartido, sistemático, lógico, flexible, dinámico y pragmático, características de las que ya se han hablado y se han demostrado a lo largo de este y otros apartados.

Cabe notar que, con respecto a estos saberes de estas cartas, hay una tendencia a suponer que el amor es algo físico, palpable, difícil de reconocer, impuesto y vinculante. Las tres imágenes centrales del amor hacen referencia, en algún sentido, a la materialidad: lo convierten en objeto, en el producto de un acto o en algo que se siente sensorialmente. Se evidencia, entonces, una tendencia a objetivar el amor, a materializarlo para su mejor comprensión.

Sin embargo, pese a esta objetivación en pro de un mejor manejo del amor, se sigue insistiendo en que el amor se impone al sujeto y atropella su voluntad. Al parecer, el amor nunca se controla ni obedece indicación alguna. ¿Cómo, entonces, suponer un manejo de este fenómeno? ¿Cómo concebir el manejo de esta emoción? Parece imposible si existe la tendencia a negar cualquier responsabilidad sobre él.

Habrá que agregarle a eso la aparente imposibilidad de reconocerlo absolutamente en cualquiera de sus formas, como objeto, acto o sensación, y su poder incuestionable para vincular irremediamente a dos personas. ¿Cómo fue que se creó este conocimiento que objetiva un fenómeno tan complejo, pero nunca lo termina de definir? ¿Cómo saber cuándo aplicar este saber si no se reconocen las circunstancias? ¿Cómo asirlo si no se ve? ¿Cómo manejarlo si, al parecer, nos maneja? ¿Qué clase de

representación partiría del supuesto de abandonar la comprensión, el dominio y el poder a los pies de un fenómeno? ¿Para qué sirve este conocimiento, entonces?

Probablemente para nombrarlo y poder reconocer, con algo de sentido, el sin sentido de la experiencia amorosa; sinsentido propiciado, seguramente, por el código mismo o, como resulta más lógico, por el consenso que se ha creado en torno a la comprensión del amor. ¿Cómo pensar, entonces, el manejo sentimental de los jóvenes? Pues así, igual de material, impuesto, vinculante e indefinido que el amor. Cada versión sobre el amor, cada conocimiento generado por cada lógica, resulta sólo una metáfora de la misma apreciación confusa. El conocimiento general que manejan estos jóvenes es que el amor es así, indefinido, material, impuesto y vinculante, y que no pueden cambiarlo porque, ante sentimientos así, no tienen ninguna voluntad.

Lo único que pueden hacer estos jóvenes es tratar de entender esta constante derrota sentimental de la humanidad ante el amor y lograr su objetivo: convencer, exponer, solicitar, exigir, obligar, proponer algún tipo de relación con el otro. Ese es el amor para este pequeño grupo. ¿Qué hacer ante tanta pasividad? ¿Cómo esperar un sano manejo de sus sentimientos si no pueden gobernarlos? ¿Para qué buscan una relación con alguien si ninguno de los dos se hará responsable del vínculo? ¿Qué panorama comunicativo y social se puede vislumbrar con estas pistas del código y su saber? ¿Qué implica lo amoroso para la sociedad? Éstas y otras preguntas serán motivo de reflexión en las conclusiones finales. Baste, por el momento que se ha evidenciado ya el saber denotado en el uso del código.

CONCLUSIONES

Los aportes más importantes de este trabajo consistieron en, primero, la dilucidación de un modelo analítico del discurso amoroso que respetara su complejidad y multidimensionalidad, segundo, la comprobación de que dicho modelo puede esclarecer no solo los componentes de su código, sino también su funcionamiento, uso y saber a distintos niveles (textual, simbólico, psico-social), tercero, pistas para conocer la actualización juvenil zamorana de las cartas de amor y, cuarto, un conjunto de reflexiones que quedan pendientes para investigaciones futuras. De estas aportaciones es de lo que se hablará a continuación.

A lo largo de este trabajo, el discurso amoroso se ha develado como un objeto de estudio de lo social dimensionado en lo lingüístico, lo cognitivo y lo psico-social. Ha servido para indagar sobre el código amoroso del habla cotidiana de la gente, los recursos lingüísticos de esa misma habla, los mecanismos de construcción que permiten la expresión amorosa de los sujetos, las pautas sociales de qué decir y qué no decir sobre el amor, de cómo decirlo y cómo no, el saber discursivo amoroso que dominan la persona común y el saber amoroso social, es decir, la imaginaria compartida sobre el amor.

Por su complejidad, pues, este objeto ha resultado difícil de asir y de plantearle un espacio específico en el campo académico, sobre todo en el campo comunicacional. Sin embargo, pese a ello, la exploración hecha a través de este trabajo ha resultado productiva, ya que ha abierto puerta a una serie de fenómenos que merecen una atención particular, no porque traten del amor, sino porque tratan de la gente, de la cultura y de la creación de sentido. Ese es el aporte que se pretende hacer con este trabajo.

En un inicio, se marcaron, para esta investigación, tres objetivos que parecían sencillos de cumplir, dado que se conformaban con describir, sí, a conciencia y a profundidad, y en base a un corpus relativamente pequeño de textos, el código amoroso inmerso en las cartas de amor de los jóvenes zamoranos pertenecientes a la muestra, la composición y el funcionamiento de dicho código, el uso que se le daba a ese código y el saber amoroso que

manejaban a nivel del habla. Los tres objetivos, al parecer, se cumplieron, pero de una manera tal que ha dejado, su esclarecimiento, más dudas nuevas que viejas certezas.

Por ejemplo, con respecto al código amoroso, rescatado a través de las cartas, se ha descubierto que sí, es vigente en esta práctica aún seguida por un grupo determinado de jóvenes zamoranos. Es decir que, dentro del conjunto de textos epistolares de estas personas, es apreciable una serie de lugares comunes y de fórmulas expresivas, tan recurrentes y constantes que asemejan eso, un código establecido para el habla amorosa. Hablar del amor, entonces, como si fuera un objeto, una acción o una sensación no es, pues, una mera casualidad, sino una prueba de que ese tipo de imágenes estructurantes son del dominio común. Igual pasa con las figuras. El decir tal o cual frase afectuosa, recurrente en otros textos o en el habla de otros, no es mero invento nuestro, sino el resultado de un tipo de aprendizaje social que nos instruye, aunque no evidentemente, sobre cómo hablar acerca el amor.

En ese sentido, creo que la diferencia de contextos entre el par de grupos de sujetos, no hizo merma en el habla amorosa. Es decir, ambos utilizaron, por lo general, el mismo tipo de lógicas nucleares, tópicas pues, y de figuras o frases, sin sobresalir ningún texto, por originalidad o extravagancia, en particular. La diferencia fuerte entre estos dos grupos, en realidad, estuvo en el uso de ese código. Las condiciones socio económicas y educativas de los preparatorianos, al parecer, favorecieron textos complejos en los que se combinaban o alternaban las tópicas, haciendo que las figuras fueran multi-lógicas, es decir, que obedecieran al sentido de las dos o tres imágenes que manejaban sobre el amor. Esto redituó en textos lingüísticamente más ricos, o sea, con más juegos de palabras y belleza literaria incluso, pero más oscuros, confusos y ambiguos en cuanto a su función comunicativa.

No creo que pueda haber una característica de este grupo, en particular, que haga que sus textos o su habla amorosa sea así. Lo que favorece esto es, en sí, el conjunto de sus rasgos, por ejemplo el que tengan una formación lingüística más esmerada, al haber cursado, claro, su formación académica en escuelas de paga, el que tengan más elementos

informativos que combinar gracias a las posibilidades de acceso a distintos tipos de recursos, al tipo de ámbito social en el que se mueven en donde la educación universitaria, los viajes o la diversa instrucción laboral de sus conocidos los nutren, en fin, todas las condicionantes socioeconómicas que les permiten cierta solvencia en cuanto a formación e información.

¿Esta complejidad, riqueza y ambigüedad de sus textos es un rasgo bueno o malo de la escritura amorosa preparatoriana? Probablemente ni bueno ni malo. Simplemente es un tipo de escritura del amor distinta a la idealizada en la teoría y tiendo a inclinarme por suponer, también, que los nuevos medios tecnológicos, las tendencias globalizadoras y los movimientos democráticos, de los que hablaban Giddens (2000), Beck y Beck-Gernsheim (1998), no son del todo ajenos a estos rasgos peculiares de las actualizaciones juveniles del discurso amoroso preparatoriano.

Las cartas de los normalistas no son, por no poseer esas distinciones, deficientes o menos elaboradas. Simplemente se caracterizan por una forma distinta de manejar el código, ésta más concreta, menos compleja y, comunicativamente, más funcionales. Los jóvenes de la normal no tendieron a combinar tópicos ni a plagar sus textos de figuras multi-lógicas. Más bien se caracterizaron por emitir cartas pequeñas, de lenguaje claro y escueto y mensajes concretos, sin complicaciones ni rodeos. Evidentemente eso redituó, también, en textos menos ricos, lingüísticamente hablando, y menos cuidados literariamente. De hecho rayan en lo común.

Tampoco puede suponerse que esta diferencia radica sólo en el tipo de educación que han recibido cada grupo. No es que unos hayan podido estudiar en escuelas de paga y otros en escuelas de gobierno. Se trata, más bien, de que algo de esa educación de paga y de gobierno hizo la diferencia, sobre todo a nivel de la formación lingüística y de las competencias comunicativas de los sujetos. En ese rubro sí hay una diferencia grande entre un grupo y otro, dado que unos tienen cierto estilo y forma para comunicarse y otros otra. Aunado a eso, claro está, que unos tienen más o menos recursos económicos que los otros,

más o menos posibilidades de acceder a información que los otros, más o menos contactos con experiencias diversas que los otros, en fin, más o menos solvencia formativa.

Insisto, no creo que los normalistas estén en desventaja ante el complejo y ambiguo modo de hablar del amor de los preparatorianos. Simplemente son formas de hablar distintas. ¿Cuál reditúa más en el ámbito social? ¿Cuál funge mejor su función comunicativa? Eso tendría que ser materia de otra investigación, al igual que debería ser materia de otra investigación las condicionantes socio-educativas de la formación comunicativa. Ese es el primer pendiente propuesto para la posteridad.

Ahora bien, con respecto al saber amoroso que manejan los sujetos no hay mucha o ninguna diferencia entre un grupo y otro. En general, se percibe una tendencia a entender el amor como algo impuesto, incierto e involuntario que los obliga a ser pasivos. Si así conciben el amor, el manejo práctico que hacen de ese sentimiento a través de las cartas es recaer en escritos cuyos mensajes evidencien su incomodidad de que el amor se les impone, el deseo de ceder el poder de decisión al otro para que el otro dicte qué hacer con eso, la gana de exigir una instrucción del otro y la desilusión que les provoca si no la hay. El amor, pues, parece un lastre, aún en los caso en donde la relación, aparentemente, es dominada por la seguridad y la reciprocidad, o lo que Corona (2001) y De la Peza (2001) llamaban Amor Feliz.

Esto reditúa en un sello muy particular de decir lo que se dice, el cuál comparten los 8 sujetos de la muestra, sin distinción de contextos pero sí con distinción de género. Las pautas de uso del código forman reglas sobre el qué decir y qué no decir. Eso es también parte del conocimiento amoroso que se domina a nivel social. Lo particular de este grupo es que son jóvenes y pertenecen a una generación tecnológica, política, social, económica y cultural distinta a la de aquellos que ya habían teorizado sobre el hablar amoroso. Por tanto, resulta relevante descubrir estas distinciones.

Lo que se observó en esta investigación es que los antiguos estereotipos del papel amoroso del hombre y la mujer se conservan en los usuarios del código pero con una

pequeña diferencia. Los hombres, por ejemplo, entre las cosas que sí pueden decir sobre el amor, son todas aquellas cosas vinculadas al poseer y proveer, elementos de valía en el estereotipo clásico del hombre “macho”. La variante, sin embargo, es que, aún cuando hablen de poseer y proveer, pueden mostrarse totalmente sumisos y pasivos ante el poder de la mujer. Igual en el caso de la mujer, las cuales siguen admirando la figura del amado al grado de la idolatría, como la vieja imagen de lo femenino lo sugería en el sentido de guardarle al varón el respeto a su papel de poseedores y proveedores en la vida familiar. La variante en ellas es, precisamente, la contraria a la de los hombres, consistente en la facultad de tomar el poder de decidir en la relación amorosa, es decir, en la facultad de asumir el papel activo, cosa impensable en el estereotipo clásico.

Son variantes muy pequeñas, tal vez, y muy propias de lo poco convencional que ha sido siempre el amor. Sin embargo concuerdan con lo que apuntalan las nuevas teorías sociológicas del amor, la de Giddens (2000) y la de Beck y Beck-Gernsheim (1998), al decir que existe una nueva tendencia en lo íntimo a la democratización e igualación de los papeles y facultades. Esto podría apuntalar a que, efectivamente, se está creando no sólo una forma nueva de hablar sobre el amor, sino una nueva forma, también, de manejar lo amoroso en el ámbito íntimo.

Ayudaría a discernir sobre esto el esclarecer el tipo de cosas que, al parecer, dentro de las pautas del qué decir con el código amoroso, no se pueden decir. En este rubro, hombres y mujeres, preparatorianos y normalistas, coincidieron en que no se puede dar por hecho el amor del otro. Por eso siempre estuvo la duda, la prueba, la incertidumbre de qué era lo que el otro sentía. Nunca se mencionó que el otro correspondía plenamente a lo sentido. Sólo se dio por hecho que no se podía mencionar. Igual, en el caso de los autores que apenas declaraban su amor, dieron por sentado que no podían hablar del “nosotros” o de un amor “comprometido”, porque eso podría ser mal interpretado por el otro. Estos dos simples rasgos pueden ser, de nuevo, producto del conservadurismo del contexto o propios de la emoción amorosa. Cabe aún la duda y la posibilidad de indagarlo.

Yo creí, en un principio, al marcar las hipótesis, que toda el habla juvenil de los sujetos estudiados era confusa y compleja a causa de la fusión de tópicos, que las figuras y las tópicos usadas por los sujetos eran recurrentes y que el saber denotado en el código rayaba entre los principios religiosos y morales que prevalecían en las sociedades conservadoras y católicas provincianas mexicanas, como la de Zamora, y las tendencias emotivas desatadas por el planteamiento de ideas hechas en otros lugares sobre la igualdad de géneros. Sólo la primera de las tres suposiciones resultó medianamente cierta o medianamente falsa, las otras dos fueron totalmente confirmadas.

Lo que se encontró, pues, es que el habla juvenil amorosa está, indiscutiblemente, apegada a lo que su contexto le dicta. Yo me aventuro a sugerir que, más bien, es a lo que su formación lingüística y cultural le permite. Pero bueno, no toda el habla juvenil es confusa y compleja. Dentro del pequeño grupo estudiado, lo que se encontró al respecto, y como ya se mencionó, fueron dos estilos distintos de usar el código amoroso, uno, sí, más complejo y confuso, otro, ciertamente, más concreto y sencillo. Cada estilo, supongo, responde a los retos comunicativos de cada ambiente. Sin embargo, quedaría por averiguar, a ciencia cierta, a qué se deben estas diferencias y a qué responden estos estilos. ¿A formaciones distintas o a realidades comunicativas distintas? Habrá que ver.

Con respecto al uso del código, evidentemente se encontró recurrencia en las tópicos y las figuras dilucidadas. Lo novedoso del asunto fue escarbar entre las posibles razones del por qué esa recurrencia. Lo que se encontró se expondrá un poco más adelante. Baste, por el momento, con asegurar que dicha inquietud fue respondida satisfactoriamente. Igual la tercera, la referente al saber amoroso de los jóvenes zamoranos de la muestra. Como se acaba de explicar, efectivamente se encontró una tendencia media del conocimiento amoroso a tocar lo tradicional y las tendencias propias de la globalización. ¿Eso responderá a una apertura cultural del medio zamorano o, más bien, a un rompimiento de pautas culturales por parte de los jóvenes? ¿Cómo es el contexto cultural zamorano como para recrear esas tendencias ambiguas entre lo moderno y lo tradicional? Esto no se abordó en este trabajo, por lo que quedaría pendiente, también, si hay interés, el meterse, luego, más de lleno, en el contexto provinciano de Zamora, para explorar estas tendencias

modernizadoras del saber amoroso. Esto fue, pues, lo que se encontró y lo que queda pendiente.

Ahora bien, con respecto al puro discurso amoroso como fenómeno de estudio de lo socio-comunicacional, este estudio ha aportado, se considera de verdad, un modelo de análisis que le permite conservar, al concepto, su complejidad y multidimensionalidad como objeto, posibilitando, con ello, acceder al dinamismo, lo consensado y lo representacional que le da su riqueza académica. Del código amoroso que domina el discurso, se pudo dilucidar sus componentes y funcionamiento interno. Así se supo, por ejemplo, que la particularidad de este código no sólo radica en la temática de su contenido, sino también en el funcionamiento lógico de sus partes. Esto, por cierto, es lo que se había prometido, anteriormente, explicar acerca del origen del funcionamiento del código.

Con funcionamiento lógico me refiero al papel crucial de las tópicas en la conformación y uso del código. Según lo dilucidado, dichas tópicas no son más que núcleos figurativos o lógicas centrales que, desde un ámbito metafórico, imprimen la conexión de las diversas figuras entre sí y su aplicación en el habla cotidiana. Al basarse en campos lógicos, el acervo del código amoroso, entonces, se hace tan grande como ámbitos metafóricos puedan usarse. En este caso, sólo se encontraron tres ámbitos: el de los objetos, las acciones y las sensaciones. Puede haber más, tal vez. De cualquier forma, el entendimiento de su funcionamiento, esclarecido gracias al modelo, es este, a través de la lógica de su núcleo figurativo.

Ese mismo funcionamiento lógico es lo que permite al código amoroso ser flexible, combinable y polisémico. Al no consistir en reglas arbitrarias, sino lógicas convencionales, la ruptura de las fronteras entre lógicas no resulta imposible o incorrecto. Como se vio en los textos de los preparatorianos, entonces, se pueden combinar e integrar, para crear figuras mixtas o vinculadas, a dos o tres tópicas a la vez, lo que le da una multidimensionalidad al discurso y una complejidad al mensaje. Lo que, al fin, llama la atención de este funcionamiento del discurso amoroso es su carácter meramente racional.

El habla amorosa no está gobernada por la emoción, sino por la razón de la lógica. Eso también deberá considerarse como una reflexión periférica que merecería un seguimiento.

En fin, acerca del uso del código amoroso, a nivel general y conceptual, se pudo concretar algunas pistas sobre la existencia de pautas consensuadas de uso, las cuales no son ajenas a las lógicas nucleares de las tópicos, sino que están, entre ellas, coordinadas lógicamente, también. Lo que se acaba de exponer, hace rato, sobre el uso diferencial del código según el género, no responde meramente a las lógicas que dictan el funcionamiento interno del código, sino a lógicas externas también. Así, pues, por ejemplo, estas diferencias de uso posiblemente se vinculen a las lógicas de la socialización diferencial por género. Igual, en el caso de las diferencias del uso en referencia a los contextos inmediatos, apuntala que dicha diferencia no responde meramente a las lógicas internas del código, sino a las lógicas sociales de educación en las competencias comunicativas.

Y aquí cabe la reflexión que se dejó pendiente en el marco teórico acerca de la posible existencia de una gramática amorosa o de una educación sentimental, un saber amoroso o de una socialización amorosa. Ante estas diferencias en el uso del código cabría interrogarse: ¿a qué atribuir las? ¿Qué parte de la sociedad se podría responsabilizar de la marca amorosa que posee cada sujeto? ¿Estas diferencias realmente responden sólo a la diferencia aparente entre cada grupo o, más bien, tienen orígenes en un consenso sobre el tipo de formación sentimental y comunicativa que debe poseer cierto tipo de gente? ¿Cómo explicarse esto, entonces?

Ciertamente, no hay razones evidentes para creer que hay políticas específicas y misteriosas que develen la razón de estas diferencias. Puede ser, simplemente, que el contexto ofrece o no cierto tipo de herramientas, cierto tipo de formación y cierto tipo de posibilidades a cada sujeto. La invitación que se hace, a partir de esta investigación en que se dilucidan las diferencias entre grupos, diferencias tanto en el sentido emocional y práctico, como en el sentido comunicacional y simbólico, es a preguntarse, entonces, el por qué no pensar en las condiciones que lo determinan. Se insiste, no necesariamente se tiene

que pensar esta reflexión desde la perspectiva meramente amorosa o sentimental, sino vista, más bien, como una cuestión apegada a la creación de sentido y a la definición cultural.

Ahora, bien, si ya se entienden estas diferencias en el uso del código amoroso a nivel comunicativo y socio-sentimental, ¿por qué no plantearse, también, la posibilidad de crear una educación sentimental? El caso de una formación de este tipo, según se ha visto a lo largo de la tesis, no consistiría en enseñar a la gente a hablar mejor sobre el amor o a hablar del amor de tal o cual forma, sino preparar a la gente a ser protagonistas del discurso amoroso, es decir, a ser sujetos activos, negociadores y sensibles a lo que sus palabras delimitan. La cuestión no es que dejen de ver al amor como un lastre y dejen de posicionarse en la pasividad, sino que puedan ver su posicionamiento y puedan decidir sobre él. En eso consistiría la educación sentimental que podría plantearse, luego de estas reflexiones.

Cierto, ¿para qué serviría una educación de ese tipo? Y aquí intervendría otra discusión incompleta abandonada en algún punto de la tesis, esa en la que Fernández (2000) y Rodrigo (2001) apuntaban en dos direcciones distintas sobre la funcionalidad de las emociones en el seno social. Uno decía que su papel era estabilizar el orden a través de la estética y otro decía que era estabilizar el orden a través de la moral. Lo que se encontró en esta tesis fue que ambos aspectos están presentes en el discurso amoroso de los jóvenes. Por una parte, la complejidad o la sencillez de los escritos responden a una cuestión estética del escribir, justificada por cada contexto. En uno se aprecia lo elaborado, saturado y ambiguo y, en otro, lo sencillo, simple y concreto. Por otra parte, las tendencias a respetar los estereotipos de lo femenino y lo masculino o de lo mesurado y lo correcto, quebrando, un poco, con detalles esporádicos, la pauta establecida de cada patrón y modificándola, hablaban precisamente del resguardo o la ruptura de lo moral.

Al fin, lo que se puede decir de las actualizaciones epistolares del discurso amoroso de estos jóvenes zamoranos es que están dominadas por la radicalización estilística, la pasividad de su posicionamiento y la ambigüedad de sus posturas morales. Así es la actualización epistolar del discurso amoroso en estos jóvenes. Eso es lo que se encontró.

Ahora bien, ¿puede implicar algo a nivel social? Sólo lo que ya se ha dicho, la aparición de una nueva pauta de hablar sobre el amor, lo cual fructifica en una generación protagonizada por sujetos ambiguos y flexibles, tolerantes de la diversidad y complejidad. Son sujetos, pues, distintos, producto de la época y aptos para afrontar los retos democratizadores y globalizantes que Giddens (2000), Beck y Beck-Gernsheim (1998) señalaban.

Ahora bien, volviendo a la utilidad de pensar en una posible educación sentimental hoy en día, se tendría que partir de la idea, pues, de que estos sujetos son distintos y su manejo amoroso se caracteriza con los mismos calificativos que ellos: ambigüedad, flexibilidad, diversidad y complejidad. Suponer una formación crítica, en el uso del discurso amoroso, podría redituarse en una radicalización de los grupos, es decir, que los preparatorianos defendieran a ultranza su visión al igual que los normalistas o que los hombres se defendieran de las mujeres con hipercriticidad. Dado los retos democratizadores y globalizantes que enfrentan, este tipo de consecuencias, más que alentadoras, resultarían retrógradas. Sin embargo, no creo, tampoco, que la formación discursiva y emotiva devenga en esto. La educación, en cualquiera de sus formas, nunca es completamente responsable del desempeño de un sujeto. Dudaría, pues, en que la educación sentimental acabe en esto.

Más bien apostaría por suponer que estas intenciones, como la que propongo, se convertirían en una información que consuman los sujetos, que en una causa de conservadurismo y retroceso. Si se han de convertir en información, no está de más intentarlo, si con ello se incitan nuevos procesos formativos que preparen mejor a los sujetos para enfrentar una realidad ambigua, flexible, diversa y compleja como ellos. No está de más, pues, irlo pensando o ideando.

En resumen, lo que se ha intentado hacer con todas estas reflexiones y aportaciones es llamar la atención del ámbito académico hacia objetos como este del discurso amoroso. No hay por qué tenerle miedo o resistencia a adentrarse a las cuestiones emocionales por creer que eso le quita la seriedad a la labor o, simplemente, por suponer que todo está dicho. Considero que, precisamente, como ya lo dije, una de las cosas en las que pudiera aportar

más mi trabajo a las reflexiones del campo es en demostrar que el fenómeno amoroso es rico y productivo por tener muchas dimensiones, las cuales no sólo se vinculan a lo sentimental o íntimo, sino también a lo simbólico, a lo práctico, lo comunicacional, lo textual y lo social. El modelo que propongo para el estudio del discurso amoroso prueba también eso mismo, que la complejidad de estos objetos da mucho de qué hablar sobre los intereses de la academia.

El reto, pues, que queda para el campo comunicacional y para las Ciencias Sociales es ver al fenómeno amoroso como algo útil, serio, productivo e interesante para el saber de lo social y cultural, y no algo que es mera curiosidad femenina. El reto que me queda a mí acerca de este tema es seguirle la pista a esas pequeñas vetas de reflexiones que ya se evidenciaron y, tal vez, proponerse ampliar el estudio con más textos o con un contexto muy bien definido, para concretizar todo lo aquí planteado. También quedaría el reto de indagar los efectos de una educación sentimental o de una formación en las competencias comunicativas. Quedan, pues, todas estas oportunidades de saber como promesas de que esta labor reflexiva aún no termina.

BIBLIOGRAFÍA

1. ABBAGNANO, N. (1978). Historia de la filosofía Vol. 3. Barcelona: Montaner y Simón.
2. AUSTIN, J. L. (1988). Cómo hacer cosas con palabras. Barcelona: Paidós.
3. BAENA PAZ, G. (2003). Cómo desarrollar la inteligencia emocional infantil. México: Trillas.
4. BAJTÍN, M. (1995). Estética de la creación verbal. México: Siglo XXI.
5. BARTHES, R. (1978). El placer del texto y lección inaugural. México: Siglo XXI.
6. BARTHES, R. (1980). S/Z. México: Siglo XXI.
7. BARTHES, R. (2001) Fragmentos de un Discurso Amoroso. México: Siglo XXI.
8. BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, E. (1998). El normal caos del amor. México: Paidós.
9. BENVENISTE, E. (1971). Problemas de Lingüística general. México: Siglo XXI.
10. BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1998). La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.
11. BILLING, M. (1993). *Studying the thinking society: social representations, rhetoric, and attitudes*. En BREAKWELL y CANTER (1993) Empirical Approaches to social representations. Oxford: Clarendon press.
12. BONET. (2001). *Economía y cultura: una reflexión en clave latinoamericana*. Investigación realizada para la Oficina para Europa del Banco Interamericano de Desarrollo. Barcelona, España.
13. BURIN, M. (2001). Género y familia : poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad. Buenos Aires: Paidós.
14. CAPDEVILA, A. (2002). *La experiencia de guerra de un combatiente ordinario*. En Takwá: revista de estudiantes de historia. Año tres, primavera 2002, número 4. UDG; Guadalajara.
15. CERUTI, M. *El mito de la omnisciencia y el ojo del observador*. En WATZLAWICK, P. y KRIEG (comps.). (1998). El ojo del observador. Barcelona: Gedisa.
16. COHEN, J. (2003). La inteligencia emocional en el aula. Buenos Aires: Troquel.
17. CORONA, S. (2001). Escritura y discurso amoroso. Cartas de amor: hacia una etnografía de la escritura. Texto inédito sin publicar

18. CORONA, S. (1999) *Competencias comunicativas de la escritura en huicholes y mestizos*. En Comunicación y Sociedad Núm. 35. Enero-Junio 1999, UDG, Guadalajara.
19. DE LA PEZA, C. (2001). El bolero y la educación sentimental en México. México: UAM Xochimilco- Miguel Ángel Porrúa.
20. Diccionario de la lengua española. Real academia española. (1994). Madrid: Espasa.
21. DOMINGO, G. *Presentación* En GONZÁLEZ y MENDOZA (comps.). (2001). Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas. México: ITESM-CIIACSO.
22. DUCROT y SHAEFFER. (1998). Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje. Madrid: Arrecife.
23. ECO, U. (1986). *¿El público perjudica a la televisión?* En DE MORAGAS (coord.) Sociología de la comunicación de masas. México: Gustavo Gili.
24. ECO, U. (1978). Tratado de semiótica general. México: Nueva Imagen Lumen.
25. ECO, U. (1983). *Indagación semiológica del mensaje televisivo*. En ADORNO (et al) La ventana electrónica: TV y comunicación. México: EUFESA.
26. FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P. (1994). La psicología colectiva un fin de siglo más tarde. México: Anthropos-colmich.
27. FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P. (2000). La afectividad colectiva. México: Taurus.
28. FISKE, J. (1987). Television Culture. Londres: Routledge and Kegan Paul.
29. FROMM, E. (1979). El arte de amar. México: Paidós.
30. GARDNER. (1995). Inteligencias múltiples. Barcelona: Paidós.
31. GIDDENS, A. (2000). La transformación de la intimidad. Madrid: Cátedra.
32. GOLEMAN. (1999). La inteligencia emocional en la empresa. Buenos Aires: Javier Vergara.
33. GONZÁLEZ, L. (1984). Zamora. Zamora: Colmich.
34. GONZÁLEZ, M. (2001). *La teoría de las representaciones sociales*. En GONZÁLEZ y MENDOZA (comps.). (2001). Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas. México: ITESM-CIIACSO.
35. IBÁÑEZ, T. (1994). Psicología social constructivista. México: UdeG.
36. JODELET, D. (1986). *La representación social : fenómenos, conceptos y teoría*. En MOSCOVICI, S. (comp.). (1986). Psicología social II. México: Paidós.

37. MARINA y LÓPEZ. (2001). Diccionario de los sentimientos. Barcelona: Anagrama.
38. MATTELART, A. y MATTELART, M. (1999). Historia de las teorías de la comunicación. Barcelona: Paidós.
39. MOSCOVICI, S. (1979). El psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires: Huemul.
40. MOSCOVICI, S. (1986). Psicología social II. México: Paidós.
41. OROZCO, G. (s.f.). Televisión y audiencias, un enfoque cualitativo. Madrid.
42. OROZCO, G. (2000). La investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa. Guadalajara: Universidad nacional de la Plata e Instituto Mexicano para el desarrollo comunitario.
43. PÉREZ MARTÍNEZ, H. (1998). El texto. Inédito.
44. PÉREZ MARTÍNEZ, H. (2000). En pos del signo. Zamora: COLMICH.
45. PIAGET, J. (1985). Seis estudios de psicología. México: Planeta.
46. PIAGET, J. (1991). Génesis de las estructuras lógicas elementales: clasificaciones y seriaciones. Buenos Aires: Guadalupe.
47. PIAGET, J. (1989). Hacia una lógica de significaciones. México: Gedisa.
48. REVILLA. (2001). La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular. Papers 63/64
49. REYES, A. (1999) *Estudio preliminar*. En Literatura epistolar. México: Conaculta-Océano.
50. RICOEUR, P. (1994). Teoría de la interpretación. México: Siglo XXI.
51. RODRIGO ALSINA, M. (2001) Teorías de la comunicación; ámbitos, métodos y perspectivas. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
52. RODRÍGUEZ, Z. (2003) “*La afectividad entre los jóvenes en México: una propuesta teórica*” en PÉREZ, VALDEZ, GAUTHIER y GRAVEL. (2003). Nuevas miradas sobre los jóvenes. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
53. SAUSSURE, F. (1982). Curso de lingüística general. México: Nuevomar.
54. SÁNCHEZ RUIZ, E. (1992) Medios de difusión y sociedad: notas críticas y metodológicas. Guadalajara: UDG.
55. SÁNCHEZ RUIZ, E. (1994a). *Cultura política y medios de difusión; educación informal y socialización*. En Comunicación y sociedad, Núm. 21, Mayo Agosto.

56. SÁNCHEZ RUIZ, E. (1994). *Los medios y la democracia en América Latina: el problema del huevo y la gallina*. En Comunicación y Sociedad, Núm. 20, Enero-Abril.
57. SERRANO, M. M. (1984). *Estudio histórico de los efectos producidos por la transformación de las técnicas comunicativas* En Cuadernos de Comunicación, edición anual, diciembre.
58. SILVERSTONE, R. (1997). Televisión y vida cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu.
59. SCHMIDT. (1978). Teoría del texto. México: Catedra.
60. TAYLOR y BOGDAN. (1996). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. México: Paidós.
61. WAGNER y ELEJABARRIETA. (1994). *Representaciones sociales*. En MORALES. (1994). Psicología social. Madrid: McGraw Hill.

ANEXO 1

Carta 1 (mujer zamorana y preparatoriana de 16 años)

Bebé:

Hellooo!!! Mi amor, ¡¡¡felicidades!!! Feliz día!!!! Ojalá y te la pases super en compañía del amor de tu vida (o sea, yo!!!) y en compañía de todos tus amigos que te quieren y te estiman mucho.

Sabes...??, este día es muy especial, porque para ti, la palabra amistad significa mucho, porque tú eres el mejor amigo para muchos, incluyéndome a mí, porque siempre estas ahí para ayudarnos, en todo momento estás allí. Siempre tratas de ayudar a todos sin excepción alguna, estas dispuesto a darnos tu tiempo para escucharnos y apoyarnos. Hoy muchas personas te lo van a agradecer mucho, ya se con un beso (en la mejilla, heee!!!), un abrazo o un “gracias”. Felicidades mi chiquillo especial, hoy sabrás cuantos amigos tienes.

C.D.T. quiero decirte que te amo un chingo, la verdad que eres mi pareja ideal, te amo!!!, quiero darte las gracias por tantas cosas, pero empezaré por lo siguiente: gracias por darme un rayito de luz, por iluminar mi vida, por darle sentido y, sobre todo, por darle amor. Tú sabes que yo te amo un chingo, ¿verdad? Y que nunca, pero nunca voy a hacer algo que te lastime ni que te haga sufrir. Hay tantas cosas que quiero decirte pero es que ahorita no se me ocurren, jajaja, no te creas.

Ojalá y que nunca nos separemos ¿verdad? Esa sería una grandísima desgracia!!! Noooooo!!! Noooo quieeeeeerooooo. Te acuerdas hace dos años que te dí una carta del día del amor y la amistad??? De hecho te dí muchas, pero en ese día me sentía muy mal, sabes por qué??, porque yo creía que este día, más bien, ese día me ibas a declarar tu amor. Yo era una pobre soñadora, pero nunca me imaginé que 3 días después.... (eso ya es luego, ok) bueno, te amo mi pitictiringo, eres mi sueño hecho realidad. I love u.

Me da mucha alegría que seamos novios y que ya vayamos a cumplir 2 añotes, que padre verdad!!! Y ojalá que sean muchísimos más, hasta que nos casemos, ahhh!!! No te creas.

A parte de mi alma gemela, eres mi mejor amigo, porque tu sabes todo de mí, mi pasado, mi presente y mi futuro.... no, ese no lo sabes, jaja, ja, ja.

Gracias por los momentos de alegría que me has dado, como cuando cantamos:

“Chino huele a caca, chino se echa pedos, chino huele a mierda, chino se echa peeedos”

O cuando cantamos:

“no me llames frijooleroo, pinche gringo puñeterou” y muchas más.

Te amo; chiquito!!!! La neta que sí, porque gracias a ti he recuperado a muchas de mis amigas y he tenido más amigos. Gracias a ti soy quien soy.

Ok, bueno bebé es todo por el momento, y ya en persona te voy a dar un besosotote y un abrazote, ok?

Bueno bye amor.

Te amo un chingo.

PD: N.M.O.

PD: Te amo

PD: Felicidades!!!

PD: T.q.m.

Atte: Ch.

ANÁLISIS.

☺ *Bebé*

ANÁLISIS: Este inicio señala al destinatario, es decir, al amado. En este caso el amado es nombrado como “Bebé”, sustantivo que señala a un infante en sus primeros años de desarrollo. La imagen del niño pequeño evoca varios rasgos atribuibles al sujeto: es un ser de corta edad, indefenso, necesitado de atención, dependiente de otros, vulnerable y endeble. La lectura que se puede desarrollar a partir de este detalle es que el amante ve en el amado a un niño pequeño, es decir, a un sujeto de corta edad, indefenso, dependiente y vulnerable. Al revestir al amado con estas características desde el inicio de la carta, marca ya, de entrada, una condición en la relación amante-amado. El amante reconoce en el amado a un ser indefenso y débil.

SUJETO EJECUTOR: El amante.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien, a los ojos del amante, es un infante.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, ternura.

FUNCIÓN: Señalar al destinatario.

FIGURA: Filiación

☺ *Helloo!!!*

ANÁLISIS: El ejecutor saluda al destinatario con un término en inglés, común para esos usos. Pese a lo ordinario que resulta eso, sí es de llamar la atención que sea precisamente en inglés y no en español. Además, es un saludo con cierto énfasis, notable al agregar un par de “o”s al final, las cuales implican un alargamiento de la palabra o cierta melodía al pronunciarlo.

SUJETO EJECUTOR: El amante.

SUJETO RECEPTOR: El amado.

ACTOS ILOCUTIVOS: Saludo peculiar en un idioma que inscribe al remitente y al destinatario en un círculo especial al manejar el inglés. Alegría, gusto y un toque de comicidad al hacer énfasis en su pronunciación.

FUNCIÓN: Dar el saludo inicial.

☺ *Mi amor*

ANÁLISIS: “Mi” es un pronombre posesivo, mientras que “amor” aparece como sustantivo. Este sencillo inicio de la oración devela, por sí solo, una tópica sobre el amor. Al conjuntar un pronombre posesivo con un sustantivo, éste último se convierte en un objeto que se puede poseer. Por tanto, evoca características propias de un objeto, como la materialidad que lo hace tangible, lo inanimado o la ausencia de voluntad que posibilita el que se le posea y manipule, o lo concreto que permite reconocerlo y distinguirlo entre otros objetos. Así, entonces, en esta introducción se puede leer que el amor es visto como un objeto, material, tangible, inanimado, sin voluntad, sujeto a posesión y manipulable. Ese objeto es el amado. Por tanto, el amado es el objeto llamado amor y al que se le ve material, tangible, inanimado, sin voluntad, sujeto a posesión y manipulable. En este texto en particular, esta introducción solo marca la pertenencia del amado, que es objeto y amor, al amante. Esta figura, pues, consiste en declarar la pertenencia y la cualidad del amado. Poseyendo al amado, se posee al amor.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el dueño.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es amor, el que es poseído.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cariño, afecto.

FUNCIÓN: Marcar el vínculo de pertenencia.

FIGURA: Poseer. Amado

TÓPICA: El amor es un objeto.

☉ *!!!felicidades!!! !!!Feliz día!!!*

ANÁLISIS: El amante le desea felicidades al amado y un feliz día. Son dos deseos hechos con admiración, haciendo énfasis en ello al agregar varios signos a cada pequeña oración. La lectura permitida es que el escrito fue hecho para una ocasión especial, un día en que se celebra algo que le atañe al amado y donde el amante quiere participar.

SUJETO EJECUTOR: El amante.

SUJETO RECEPTOR: El amado.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto, alegría, celebración.

FUNCIÓN: Denotar la razón del escrito al enunciar uno de los mensajes centrales, el cuál es felicitar al amado por la particularidad del día.

☉ *Ojalá y te la pases súper en compañía del amor de tu vida (o sea yo!!!)*

ANÁLISIS: Esta oración se enuncia, dentro del contexto de la carta, como un deseo para el amado en un día especial. La lectura que suscita es la siguiente: “el amor de tu vida” plantea, en cierta forma, la unicidad como cualidad del amor, un amor que, otra vez, es asumido como objeto material, inanimado, manipulable y que se posee. El planteamiento de la unicidad está implícito en el artículo “el”. Sugiere que el amado puede o pudo poseer muchos objetos-amores, pero solo uno (el de su vida) resaltará. Dicha distinción propicia una tipificación del amor: habrá entonces muchos amores, pero uno solo será el de la vida. Los otros no son de la vida. Por otra parte, pareciera que en esta frase la oposición de “tu vida” no es “tu muerte”, sino “un periodo de tu vida” o “un momento”. La temporalidad que lo abarca todo se vuelve entonces una cualidad del objeto-amor-amado. No es que el amado dure o esté presente toda la vida del amante ni que éste siempre la posea, sino que el solo hecho de poseerlo ya (alguna vez, ahora o en un futuro) marcará una distinción entre esa posesión y cualquier otra, convirtiendo a esa posesión en la única valiosa en la vida del amante. “De tu vida” marca, por otra parte, una unidad de tiempo aplicable a la perdurabilidad o vigencia del objeto-amado-amor. No es, en sí, una cualidad del amor como objeto, pero sí una cualidad de su permanencia o importancia. “El amor de la vida” se antepone, pues, al “amor de no-de-la-vida”, al no permanente o significativo o importante. En este caso, el amante se auto nombra poseedor del título “el amor de la vida” del amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el amor de la vida del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el receptor del buen deseo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto y alegría al expresar un deseo positivo, cariño y afecto al vincularse con el destinatario, un toque de comicidad al declararse a sí misma como protagonista amorosa de la vida del amado.

FUNCIÓN: Marcar el vínculo de pertenencia.

FIGURA: Centralidad

TÓPICA: El amor es un objeto.

☉ *Y en compañía de todos tus amigos que te quieren y te estiman mucho.*

ANÁLISIS: El día especial que celebra el amado es un día que debe pasarla con el amor de su vida y con sus amigos que lo quieren y lo estiman. El deseo del amante es que así sea su día. Ahora bien, “el amor de tu vida”, o sea, el ejecutor, se enuncia primero, como si fuera el elemento central del tipo de día que le desea al amado. En cambio, al mencionar a los amigos después, deja a éstos como un factor secundario del día que se le desea. “El amor de tu vida” compite, pues, con los “amigos que te quieren y te estiman mucho”, ganando la primera al ser tan trascendental. “El amor de tu

vida” es uno solo en la vida, único, insustituible. Los “amigos” son varios, no únicos ni insustituibles. Sólo quieren y estiman al amado, pero no son tan especiales para éste. Al menos así es como lo propone ver el amado al enunciarse primero en el deseo y luego a los amigos. De cualquier forma, amor y amigos es lo que debe tener el destinatario para que se la pase “súper”, una expresión ambigua, pero que exagerada al fin. Amor y amigos, al ser ambos algo que debe acompañar al festejado en su día, se manifiestan como objetos pasivos y poseíbles.

SUJETO EJECUTOR: El amante.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien tiene amigos que lo quieren y lo estiman mucho.

ACTOS ILOCUTIVOS: Reconocimiento, admiración, afecto.

FUNCIÓN: Marcar la prioridad que debe tener para el amado el amante, encima, incluso, de sus amigos, quienes también son importantes, pero no tanto.

FIGURA: Querer.

☉ ***Sabes...??, este día es muy especial, porque para ti, la palabra amistad significa mucho, porque tú eres el mejor amigo para muchos, incluyéndome a mí, porque siempre estás ahí para ayudarnos, en todo momento estás allí. Siempre tratas de ayudar a todos sin excepción alguna, estas dispuesto a darnos tu tiempo para escucharnos y apoyarnos.***

ANÁLISIS: Al iniciar esta enunciación con el “Sabes...??” se permite, de entrada, interpretar que el amado, es decir, el destinatario, no sabe lo que se le va a decir; y no porque no se le ha dicho, sino porque es incapaz de reconocer por sí mismo lo que se le ha de decir. Eso que no sabe el destinatario consiste: (1) en que es un día muy especial, dado que se celebra algo y dado que él es el festejado; (2) es un día muy especial porque para el destinatario la palabra amistad significa mucho. ¿Qué significa para el amado? No se sabe, sólo se sabe que significa mucho, pero sólo la palabra amistad y no el fenómeno denominado así. ¿Cómo puede una palabra significar poco o mucho? No queda claro. (3) Significa mucho porque el destinatario es el mejor amigo de muchos, incluyendo al amado, es decir, la palabra amistad significa mucho para el destinatario porque él mismo es el mejor amigo de varias personas. O sea, que los que no son mejores amigos de nadie, no les significa mucho la palabra amistad. Sin embargo, el amado sí es el mejor amigo de varios y por eso le significa más. (4) El amado es el mejor amigo de varios porque está en todo momento (¿en todos?) ahí (¿dónde?) para ayudarlos (¿en qué?). Es decir, el amado está en un solo sitio, siempre, con sus amigos y con el amante, para ayudarlos. Evidentemente no queda claro en qué los ayuda, ni cuál es ese sitio, ni si “en todo momento” equivale a “siempre” y, en todo caso, ¿qué significa siempre? El amante solo agrega: (5) el amado siempre trata de ayudar a todos y está dispuesto a dedicar su tiempo a escuchar y apoyar a todos. Ahora ya no solo ayuda a los amigos y al amante, sino a todos. Esa ayuda, al menos ya queda clara, consiste en escuchar y apoyar a los demás. ¿Cómo ayuda eso a la gente? No queda claro. Lo que queda claro es que el amado se distingue por ayudar a los demás y por ser el mejor amigo de algunos. En esta sencilla declaración, hay ciertos elementos de exageración como los usos de absolutistas de “en todo momento”, o “siempre” o “sin excepción”. Así, pues, la realidad de que el amado es un buen amigo y que ayuda a los demás, puede verse alterada por la exagerada admiración que le brinda el amante. No queda claro qué es lo que no sabe o no puede distinguir el amado: si su capacidad de ayudar y ser buen amigo, o la exageración del amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el amigo del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el mejor amigo del amante y de otras personas, el que ayuda a todos incondicionalmente.

ACTOS ILOCUTIVOS: Admiración, gratitud, reconocimiento.

FUNCIÓN: Halagar al destinatario.

FIGURA: Supremacía

⊗ **Hoy muchas personas te lo van a agradecer mucho, ya sea con un beso (en la mejilla, heee!!!), un abrazo o un gracias.**

ANÁLISIS: Resulta significativo que, si está hablando de la amistad, insista que el beso (materialización, al parecer, de la gratitud) sea en la mejilla. Solo me planteo la posibilidad de entender esto como una distinción entre el beso del amor.

SUJETO EJECUTOR: El amante.

SUJETO RECEPTOR: El amado, sujeto pasivo que recibe el agradecimiento de los demás.

ACTOS ILOCUTIVOS: Suficiencia y seguridad para afirmar que así sucederá, advertencia cómica de que debe ser así y no de otra forma.

FUNCIÓN: Puntualizar la distinción.

FIGURA: Beso-Abrazo.

⊗ **Felicidades mi chiquillo especial**

ANÁLISIS: Está un poco más clara, aquí, la formulación de la misma tópica del objeto-amor-amado que se posee como bien material inanimado. El calificativo “especial” marca una distinción para con otros objetos-amores-amados. Dicha distinción no implica forzosamente la unicidad, pero tampoco la excluye. Esa marca de distinción, al fin, puede también provenir de la significancia medida en la unidad de tiempo (la vida), pero de cualquier forma, venga de donde venga, es una distinción que propicia una tipología del amor, la cual distingue el amor especial del amor no especial, parecido a la distinción entre el amor de la vida y el amor no de la vida. Las primeras partes de dichas distinciones pueden ser indicios de la unicidad como cualidad del amor, pero no necesariamente. En fin, por otra parte el referirse al objeto amado calificándolo de “chiquillo”, lo enviste de otras cualidades implícitas en esa figura de la infancia. Si el objeto amado es o parece un infante, esto podría evocar la existencia de ternura, deseos de protección y un vínculo filial entre amante y amado. Sin embargo, pese a esas nuevas cualidades, sigue siendo un objeto material inanimado, un objeto de posesión. Tal vez una distinción sería que ahora se podría plantear un vínculo distinto entre el objeto y el dueño (amante-amado), fuera del de la posesión: ahora podría haber un vínculo filial, de procreación. El objeto amado no solo es poseído por el amante, sino que es producido, tal vez, por éste. La frase completa denota la complacencia que tiene el amante de su amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, poseedor del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien es visto, de nuevo, como un infante, pero ahora especial.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto y ánimo festivo, orgullo al declarar la pertenencia y la valía.

FUNCIÓN: Insistir en el vínculo de pertenencia pues éste implica regocijo para el propietario.

FIGURA: Poseer, filiación, centralidad.

TÓPICA: El amor es un objeto.

⊗ **hoy sabrás cuantos amigos tienes.**

ANÁLISIS: Esta oración es afirmativa, escrita en futuro a modo de predicción. El amante le dice al amado lo que sucederá hoy y lo dice con seguridad y solvencia, como si supiera ya que así pasará. El amante sabe lo que sucederá y el amado no. Por eso la necesidad de que el amante lo afirme categóricamente, para convencer al amado que el amante sí sabe. Esto posiciona al amado en una desventaja de saber con respecto al amante. El amante, sin embargo, comparte su saber-poder con el amado a modo de halago. En realidad, afirmar algo que sucederá en el futuro es un tipo de exageración, que en este caso pretende solo deseárselo algo bueno al destinatario. El deseo es que descubra que tiene muchos amigos porque es un sujeto bueno. Sin embargo, para decir eso, el destinador optó por revestirse de poder al afirmar que sucederá algo que aún no sucede. Es, pues, una aseveración aventurada, parte del carácter hiperbólico que le imprime el autor a su texto para halagar al destinatario.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien sabe lo que sucederá y tiene el poder de develarlo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien no sabe lo que sucederá, pero que hoy sabrá cuántos amigos tiene.

ACTOS ILOCUTIVOS: Suficiencia y seguridad, con poder para saber algo que el otro ignora pero que podrá comprobar pronto.

FUNCIÓN: Halagar al destinatario.

☉ *C. D. T. Quiero decirte que te amo un chingo*

ANÁLISIS: Esta oración, inicial en un nuevo párrafo, divide al texto en dos: antes de esta oración y después de esta oración. C. D. T. significa “cambiando de tema”, con lo que cierra las intenciones de felicitar y halagar al destinatario por su día y pasa a otra cosa, a otro mensaje que refiere al amor. El amor se convierte en una acción ejecutada por la amante. Ejecutada por ella en o hacia el amado, lo que indica la existencia de una direccionalidad en la acción. Es, pues, una acción dirigida al amado, pero una acción que implica también cantidad (un chingo). Dicha acción puede dirigirse, entonces, a distintas direcciones y en distintas cantidades, lo que indica una nueva tipología del amor. Ahora bien, dicha acción no ha de ser manifiesta por sí misma, pues si lo fuera no habría necesidad de manifestarlo verbalmente. Por tanto, no es una acción manifiesta en lo fáctico no verbal, sino (aparentemente) solo en lo verbal. Aunque si bien no se ejecuta al decirlo, sí se hace evidente de ese modo. Es decir, decirlo no es actuarlo, sino declararlo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, sujeto activo que dice y ama.

SUJETO RECEPTOR: El amado, sujeto pasivo que escucha y es amado.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, seguridad.

FUNCIÓN: Declarativa, expositiva, manifestadora de la acción del sujeto hablante. Es una forma de exhibir lo no evidente.

FIGURA: Amar, Declaración.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ *La verdad que eres mi pareja ideal*

ANÁLISIS: Regresa a la tónica anterior, la del objeto amado que es poseído. El objeto (es decir, el amado) se utiliza (en ese sentido metafórico) como pareja. ¿Qué implica ser pareja? No queda explícito, pero sí devela que el objeto amado que se posee tiene una función. ¿Cuál? No se sabe hasta definir qué es ser pareja. Ahora bien, por otra parte deja implícito que otros objetos-amados pueden cumplir también en esa función (es decir que no hay exclusividad, por tanto), pero ese en particular lo hace de forma ideal. No es que el amor sea la utilidad extraída de esa función. Por tanto, esa idealización no corresponde al amor como tal, sino al desempeño del amor. Si el amor es un objeto y éste tiene una función que se puede cumplir en grados de eficiencia, el objeto amor deja ya de ser inanimado para volverse animado, activo, pero no por eso con voluntad propia. Sea como sea, se convierte en un objeto que actúa para el sujeto propietario. El amor sigue siendo el objeto y no la acción que ejecuta el objeto. Por tanto, no hay aún vinculación con la otra tónica. Además, esta acción del objeto amado es “ser pareja” y no “amar”.

SUJETO EJECUTOR: El amado, el poseedor de la verdad y del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amante, el poseído y el que aún no distingue la verdad.

ACTOS ILOCUTIVOS: Seguridad, solvencia, afecto.

FUNCIÓN: Declarativa, expositiva, manifestadora del vínculo de propiedad y de la eficiencia del objeto en su papel.

FIGURA: Poseer, Centralidad

TÓPICA: El amor es un objeto.

☺ ***Te amo!!!***

ANÁLISIS: El amor, de nuevo, toma la forma de una acción que es ejecutada por el amante. La acción tiene direccionalidad, ya que se dirige al amado, y no resulta evidente más que en su declaración. Por ello la insistencia en afirmarlo continuamente. En este caso, además de declararlo, se hace énfasis en la oración al agregar tres signos de admiración al final, al estilo, por cierto, inglés. De cualquier forma, lo que denota es una preocupación por transmitir la emoción de la declaración. Es una afirmación admirativa rotunda.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el activo que ejecuta el amor.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el pasivo receptor del amor.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, seguridad, énfasis emotivo.

FUNCIÓN: Reiterar que el amante ejecuta el amor hacia el amado.

FIGURA: Amar

TÓPICA: El amor es acción.

☺ ***Quiero darte las gracias por tantas cosas, pero empezaré por lo siguiente:***

ANÁLISIS: El destinador enuncia una intención: agradecer al destinatario por muchas cosas. Sin embargo advierte que antes de realizar lo que su intención le dicta, empezará con “lo siguiente”. La idea no es muy clara, puesto que el “pero empezaré por lo siguiente” implica un retraso o una anulación de la intención expresada anteriormente, sin embargo, lo que hace en las oraciones siguientes es agradecer. Pareciera, pues, que más bien el problema del amante no es si agradecer o no agradecer, sino qué agradecer primero, por lo que su “pero empezaré por lo siguiente” significa más un esfuerzo por ordenar sus ideas que un intento por postergar el agradecimiento. La intención de agradecer está en presente, al igual que la elección de empezar “por lo siguiente”. Ambas partes, pues, se convierten en declaraciones de actos que se están ejecutando a la vez de que se dicen.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien es ejecutor, quien decide el orden de lo que va a decir, el que está agradecido con el amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien es receptor de las declaraciones, pasivo ante las decisiones del amante y a quien le agradecen por “tantas cosas”.

ACTOS ILOCUTIVOS: Decisión, solvencia, gratitud.

FUNCIÓN: Develar el deseo de agradecerle muchas cosas al amado, a la vez que se marca una pauta para jerarquizar esas cosas que se quiere agradecer.

☺ ***Gracias por darme un rayito de luz, por iluminar mi vida, por darle sentido y, sobre todo, por darle amor***

ANÁLISIS: El amor deja de ser objeto personificado por el amado. Ahora se convierte en un tipo de gesto (quizá sí un acto en el mismo sentido de la tópica del amor como acción) ajeno al amado pero ejecutado por él con una direccionalidad definida. Se regresa, pues, a la tópica del amor como acción. Dicha acción consiste en amar. Sin embargo, al enumerar los gestos recibidos por el amado se podría creer que, al hacer la distinción entre iluminar, dar sentido o dirección y amar, éste último no implica entonces iluminar y dar sentido. Éstas no son características de la acción amor, pero lo puede acompañar, es decir no son contradictorias. Aparece, de nuevo, la vida como unidad de tiempo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que está agradecido, el que es receptor pasivo de los actos que ejecuta el amado, el que no tiene voluntad sobre su vida y su sentido.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el sujeto activo que ejecuta actos que afectan la vida del amado, al que le agradecen.

ACTOS ILOCUTIVOS: Agradecimiento, docilidad, humildad.

FUNCIÓN: Manifestación de gratitud. Acuse de recibo de la acción que el otro ha depositado en el hablante. Evidenciar la reciprocidad del vínculo y de la acción.

FIGURA: Proveer

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Tú sabes que yo te amo un chingo, ¿verdad?***

ANÁLISIS: Se usa la misma tónica del amor-acción y se evidencia que la acción amor no es un acto evidente, sino que se hace manifiesto en el habla, pero, hasta ahora, no de otro modo. Existe, pues, implícito en la declaración de que se actúa (ama) la preocupación de que el otro no lo note, por eso se declara y confirma como un medio de asegurarse que el otro lo sabe ya y lo nota. Está latente la necesidad de rectificar el mensaje.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el sujeto activo que ejecuta el amor hacia el amado, el que sabe que así sucede, el que posee la certeza.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el receptor pasivo de la acción del amante, el que sabe pero duda de que así sucede, el que no tiene la certeza.

ACTOS ILOCUTIVOS: Duda de que el amado sepa, certeza de que se ama.

FUNCIÓN: Insistir y reiterar que la declaración antes hecha sea creída y asumida como verdad. Es una forma de insistir en la reciprocidad y en la fortaleza del vínculo.

FIGURA: Certeza, Amar

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Y que nunca, pero nunca voy a hacer algo que te lastime ni que te haga sufrir***

ANÁLISIS: Esta aclaración se hace justo después de la ratificación anterior, lo que resulta significativo pues insita a pensar que la acción amor conlleva cierta posibilidad de dañar al otro, pero el no hacerlo resulta como consecuente natural del acto de amar. Se podría intuir, entonces, que el acto amoroso es un acto de protección.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que tiene el poder de lastimar al amado, el que ejerce el poder de no hacerlo, el sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el sujeto pasivo e indefenso, el que puede ser lastimado.

ACTOS ILOCUTIVOS: Suficiencia, poder, compasión, afecto.

FUNCIÓN: Declarar y manifestar los alcances de la agencia del hablante. Imponerse en poder sobre el amado, pero a la vez mostrarse benevolente ante él.

FIGURA: Sufrir

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Hay tantas cosas que quiero decirte pero es que ahorita no se me ocurren, jajaja, no te creas.***

ANÁLISIS: El amante declara una intención y un impedimento de que esa intención se lleve a cabo, luego desmiente ambas. Afirma, en primer lugar, que quiere decirle al amado muchas cosas. Es una afirmación en presente, lo que le da vigencia a esa intención. Sin embargo, luego afirma que en ese momento no se le ocurre nada. Esta otra afirmación también está en presente, un presente, por cierto, más inmediato, lo que le da vigencia a esta afirmación y desacredita la anterior. Luego hay una expresión onomatopéyica que simula una risa y al final se hace otra declaración: “no te creas”. ¿Qué es lo que no debe creer el amado? ¿Qué el amante tiene muchas cosas que decirle o que no se le ocurren en ese momento? No queda claro el contenido de esta enunciación, pero precisamente por su ambigüedad, la función de estas frases parece ser sólo la de hacer una pauta en el escrito para darle tiempo al autor a que retome las ideas y las exprese, cosa común en el habla, pero extraño en la escritura.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien tiene la palabra y no quiere soltarla.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien escucha pasivamente.

ACTOS ILOCUTIVOS: Ansiedad, confusión, deseo de seguir hablando, comicidad.

FUNCIÓN: Hacer una pausa cómica en el escrito.

Ⓢ ***Ojalá y que nunca nos separemos ¿verdad? Esa sería una grandísima desgracia!!!
Noooo!!! Noooo quiero***

ANÁLISIS: En realidad en esta serie de oraciones no hace referencia al amor, por tanto no hay una tópica de él. Solo queda explícito el temor del amante a perder la proximidad con el amado. Si resulta significativo que lo ponga en términos proxémicos y no con alguna referencia al amor. Solo ubica que la relación amante amado se establece con parámetros de distancia, catalogando la separación (distancia máxima o proximidad mínima) como la pérdida total del vínculo, toda una “tragedia” para el amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que tiene la esperanza de estar junto al amado, pero el que no posee la certeza de que así sea y teme por ello.

SUJETO RECEPTOR: El amado, con quien quieren estar y que no ha manifestado abiertamente su deseo de estar con el amante para siempre.

ACTOS ILOCUTIVOS: Aprecio, deseo, incertidumbre, duda, temor.

FUNCIÓN: Exponer el mayor temor como un modo de hacerlo evidente y de advertirle al otro que ese es el punto débil del hablante. Es un modo de pedir la misma benevolencia que anteriormente manifestó la hablante.

FIGURA: Distancia/ Proximidad

Ⓢ ***Te acuerdas hace dos años que te dí una carta del día del amor y la amistad??? De hecho te dí muchas, pero en ese día me sentía muy mal, sabes por qué??.***

ANÁLISIS: En esta unidad de sentido no se presenta una tópica definida del amor. Sólo se menciona que cierto día se celebra el “amor y la amistad”. Amor y amistad aparecen como dos motivos distintos de celebración, pero allegados en algún sentido, dado que se celebran el mismo día. Aún cuando queda expuesto esto en esta unidad de sentido, no se puede decir nada más sobre el amor. El autor de la carta narra, en este trozo de texto, una anécdota. Las oraciones están en pasado. La primera oración es una pregunta en la que el narrador interpela al lector directamente. Lo cuestiona sobre un hecho que sucedió hace dos años. Llama la atención que los signos de interrogación sólo se presenten al final de la oración, forma incorrecta en el español pero usual en el inglés. La segunda oración se hace una aclaración y una afirmación. Luego se vuelve a interpelar al interlocutor con otra pregunta que tiene que ver con la afirmación última. De nuevo, los signos de interrogación se ponen al estilo inglés.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que narra, el que recuerda y sabe la historia completa de lo que pasó ese día, el que da cartas y el que se sintió mal. El sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe todo lo que ocurrió ese día, el pasivo receptor de cartas. El sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Recordar, confiar algo, confesar.

FIGURA: Sufrir

FUNCIÓN: Confesarle algo al interlocutor, a propósito de una anécdota del pasado común.

Ⓢ ***Porque yo creía que este día, más bien, ese día me ibas a declarar tu amor.***

ANÁLISIS: El amor se maneja como algo no evidente, en latencia casi, que debe declararse para hacerse evidente. La declaración, la pronunciación, es entonces la materialización del amor. Esto no se contrapone a la tópica de amor acto, porque de hecho se manejaba ya ese elemento. Sí se

contrapone, en cambio, con la tópica del amor objeto. Un objeto no se declara, mientras que un acto sí. La amante se describe en un papel pasivo, expectante, receptivo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que tenía esperanza de que le declararan el amor, el receptor pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabía de las esperanzas del amante, el que debía declarar el amor y no lo hizo, el sujeto activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Desilusión.

FUNCIÓN: Anunciar el deseo de reciprocidad.

FIGURA: Declaración, Reciprocidad.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Yo era una pobre soñadora, pero nunca me imaginé que 3 días después... (eso ya es luego, ok) bueno***

ANÁLISIS: La autora hace una declaración: ella reconoce que era una “pobre soñadora”, término despectivo que implica varias características de la persona acentuadas en su aspecto negativo, como lo son la credulidad, la ingenuidad y la candidez. Al fin denuncia, pues, que ella reconoce que en el pasado se le engañó de alguna manera o se le desilusionó de alguna manera. Se reconoce, pues, víctima en su pasado. El uso del verbo en pasado implicaría la lectura de que en la actualidad no es ya víctima, cosa que concuerda con la siguiente afirmación hecha a modo de confesión. Ella nunca imaginó que 3 días después de ser víctima algo pasara. No queda claro qué pasó, porque se corta la narración con puntos suspensivos, dejando esa incógnita, y prometiendo que luego se revelará. Algo, pues, pasó al tercer día que la amante dejó de ser víctima, pero no por ello dejó de ser pasiva.

SUJETO EJECUTOR: El amante, la víctima pasiva, la engañada, la sorprendida. El sujeto pasivo, al fin.

SUJETO RECEPTOR: El amado. No tiene ningún papel evidente más que el de receptor.

ACTOS ILOCUTIVOS: Lastima, lamento, sorpresa.

FUNCIÓN: Asumirse como víctima.

FIGURA: Soñar.

☉ ***Te amo mi Pitictiríngo, eres mi sueño hecho realidad***

ANÁLISIS: Se unen las dos tópicas en la misma oración: el amor acción (ejecutado por la amante hacia el amado) y la del amor objeto. El objeto amado se asemeja a un sueño y el sueño se contrapone a la realidad. Es decir, el sueño pertenece a lo irreal, a lo imaginario y caprichoso, mientras que lo real lo hace tangible, certero y palpable. El objeto amado es, entonces, algo irreal y caprichoso, convertido en tangible y certero. La tangibilidad, rasgo de lo material, parece predominar entonces en esta metáfora, pero lo que la configura realmente es el capricho de la conversión de lo inmaterial e irreal en material y real. De cualquier forma la amante se declara poseedora de ese objeto caprichoso y tangible que representa el amado, es decir, el amor. El apodo resulta significativo pues es un nombre de codificación íntima, algo que convierte la posesión y en el acto de amor aún más personal, casi como si fuera un secreto.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el ejecutor del amor, el propietario del sueño, el sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el receptor del amor, el que es poseído, el sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto, afecto, amor.

FUNCIÓN: Insistir en la existencia del vínculo de propiedad, a parte insistir en que el hablante actúa sobre el amado. Toda esta insistencia es una forma de declarar, aclarar, manifestar algo no evidente. En la insistencia está el deseo de ser claro. El mensaje es el mismo, solo que se expone repetitivamente para hacerlo verídico.

FIGURA: Amar, Poseer, Centralidad.

TÓPICA: El amor es un objeto y es acción.

☉ *I love u.*

ANÁLISIS: Se repite la misma tónica del amor como acción, solo que ahora dicha en inglés aunque con una abreviación del “you” representada por la “u”, a propósito de la pronunciación de esa letra en ese idioma. En inglés o en español, el amor aparece como una acción que tiene direccionalidad y que se hace evidente en el decir. Por ello la insistencia en repetirlo, de diversas formas, a lo largo de la carta.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ejecuta el amor, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el amor, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Insistencia, afecto, amor.

FUNCIÓN: Reiterar que se ejecuta el amor. Convencer al amado a través de la insistencia.

FIGURA: Amar

TÓPICA: El amor es una acción.

☉ *Me da mucha alegría que seamos novios y que ya vayamos a cumplir 2 añotes, que padre verdad!!! Y ojalá que sean muchísimos más, hasta que nos casemos, ahhh!!! No te creas.*

ANÁLISIS: El autor reúne cinco oraciones a propósito del mismo tema: el tiempo que llevan de novios. En la primera oración el autor declara que le da mucha alegría que el amado y ella sean novios y que vayan a cumplir 2 años de serlo. Son dos los motivos de su alegría. Los motivos aparecen como los agentes activos que provocan la alegría del autor. El autor aparece como un receptor pasivo de las consecuencias de esos dos motivos: el que sean novios y el que vayan a cumplir 2 años. Aún no los cumplen, pero se magnifican al describirlos como “añotes” y no “años”, lo cuál permitiría leer que dos años son muchos. La segunda oración es una afirmación admirativa, aunque, generalmente ese tipo de afirmaciones concluyen con una pregunta interpelativa al interlocutor y no con una admiración. La afirmación insiste en que los dos motivos y la alegría consecuente son buenos. De nuevo los signos de admiración sólo se presentan al final de la frase, muy al estilo inglés e incorrecto en el estilo del español. La tercera oración presenta un deseo del autor: que muchos años más se acumulen al tiempo que llevan de novios y que se termine ese periodo con la boda de los amantes. De nuevo son dos elementos los que se esperan para el futuro: que más años se acumulen al tiempo del noviazgo y que concluya ese tiempo con la boda de los amantes. Esto denota una concepción muy particular del noviazgo: que el noviazgo es un periodo de tiempo que concluye con la boda de los amantes. En una cuarta oración el autor hace una exclamación: “ahhh!!!” No hay pistas si esta exclamación es de susto, admiración, acuerdo o qué. Llama la atención que, de nuevo, los signos de admiración se presenten al estilo inglés. En la quinta oración el autor desacredita lo anterior al solicitarle al interlocutor que no crea. No queda claro qué es lo que desacredita, si el deseo de que el periodo de noviazgo concluya con el casamiento, o también el deseo de que sean más años de noviazgo o que el amante siente alegría por ser novios y por cumplir dos años de serlo. No queda claro qué es lo que no hay que creer. Lo cierto es que ese “no te creas” imprime cierto tono cómico a las declaraciones, como si alguna de esas declaraciones hayan sido broma y que se teme que se tome en serio. ¿Por qué se teme que sea en serio estos deseos o estas declaraciones? Tal vez porque pueda representar una desventaja para el amante el desear la permanencia de la presencia del amado dado que le da al otro el poder de participar o no en su alegría.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que manifiesta la alegría de lo que sucede, el elemento pasivo e involuntario de las circunstancias, el que desea estar con el amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no debe tomar en serio alguna de las declaraciones hechas por el amante, el que decide si quiere estar con el amante o no.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto, alegría, emoción, deseo, broma, temor.

FUNCIÓN: Manifiestar el deseo de perdurabilidad y permanencia.

FIGURA: Nosotros, permanencia

☉ *A parte de mi alma gemela, eres mi mejor amigo, porque tu sabes todo de mí, mi pasado, mi presente y mi futuro... no, ese no lo sabes, jaja, ja, ja.*

ANÁLISIS: Variaciones de la tónica del amor objeto. Al fin posicionan al hablante como dueña de ese objeto. Ahora bien, ese objeto amor ya tiene más características: es alma gemela y mejor amigo. El alma gemela se podría entender como metáfora del deseo de compenetración o adecuación absoluta, cual si fuesen iguales. La igualdad absoluta, se cree, garantizaría la compenetración y adecuación absoluta. Esa compenetración absoluta, al parecer, resulta distinta a la comprensión que ofrece el mejor amigo. Luego ella justifica ese nuevo rasgo (“porque tú sabes todo de mí”). Quiere decir que el otro puede ser un objeto compenetrado y adecuado pero no necesariamente conocedor del otro. El mejor amigo sí conoce al otro, aunque no sea compenetrado y adecuado. Ahora bien, la igualdad antepuesta con la metáfora del alma gemela podría extender el carácter de objeto al sujeto amante. Al fin, lo que la carta propone es que ese objeto amor tiene una función, la cual se entendería, con estas metáforas del alma gemela y el mejor amigo, que se traducirían a empatar o embonar y conocer a nivel, curiosamente, espiritual y no material (como tanto hacia referencia). Así, pues, amante – amado son objetos funcionales que deben embonar y, aparte, reconocerse. Aún cuando introduce el elemento espiritual, la forma de describir esa simbiosis al fin resulta material. Embonar, igualar, comprender, reconocer, evocan compenetración material, fáctica, palpable, no espiritual como se maneja. En todo caso, el mejor amigo es aquel que sabe el pasado y el presente de uno, incluso el futuro, como aventura el autor, aunque luego se jacta de esto como si reconociera que ha exagerado en ello. ¿Qué es conocer el pasado, el presente y el futuro de alguien? ¿Conocer qué? En realidad no queda claro, aunque si se entiende que se ha manejado la vida como unidad de tiempo, conocer el pasado, el presente y el futuro, equivaldría a conocer toda la unidad de tiempo en el que ha existido el sujeto. ¿Pero qué se puede saber de una unidad de tiempo? Insisto, no queda claro. De cualquier forma este trozo de texto presenta, de nuevo, un tipo de afirmación absolutista y totalitaria, en el que se describe al amado como conocedor de toda la existencia del amante, como si eso garantizara que el amado pudiera comprender, por ello, totalmente, al amante. Antes se manejó esta comprensión a nivel espiritual, pero, en realidad, ¿a qué nivel está el conocer el tiempo de alguien? Saltándose los dilemas filosóficos, seguramente se concluiría que el tiempo es, al fin, una particularidad de lo material. Luego de esa afirmación viene una corrección con respecto al poder del amado de conocer toda la unidad de tiempo del amante: el amado no sabe el futuro del amante. Se reconoce la exageración y el autor se ríe de su aventurado comentario de una forma onomatopéyica.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que posee, el dueño, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el poseído, el objeto, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, amor, exageración, humor.

FUNCIÓN: Insistir y ratificar el vínculo de pertenencia.

FIGURA: Centralidad, Supremacía, Poseer

TÓPICA: El amor es un objeto.

☉ *Gracias por los momentos de alegría que me has dado, como cuando cantamos: “Chino huele a caca, chino se echa pedos, chino huele a mierda, chino se echa peeedos”. O cuando cantamos: “no me llames frijooleroo, pinche gringo puñeterou” y muchas más.*

ANÁLISIS: El autor agradece al amado los momentos de alegría que le ha dado. De nuevo, el autor se posiciona en su papel pasivo-receptivo, mientras que le atribuye al amado el papel activo totalmente. El amado es el que le ha dado al amante momentos de alegría. Esos momentos de alegría quedan ejemplificados, curiosamente, con un acto que ejecutan los dos, que es el cantar. Aún cuando el acto que representa el momento de alegría lo ejecutan los dos, el amante le atribuye al amado el poder de darle esos momentos. Las canciones que cita, al parecer una de invención propia y otra proveniente de la oferta musical juvenil actual, adquieren un significado particular que

no es público, sino compartido sólo por el amante y el amado, mismos que producen y reproducen la experiencia como parte de un rito para evocar recuerdos particulares.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien agradece los momentos de alegría recibidos. Es un sujeto pasivo al recibir sólo los momentos de alegría, pero es el sujeto ejecutor en cuanto que agradece.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien se le agradece la donación de los momentos alegres. Es un sujeto pasivo en cuanto que recibe las gracias, pero activo en cuanto a que él donó los momentos alegres.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gratitud, complicidad, humor.

FUNCIÓN: Agradecer la historia en común.

FIGURA: Proveer.

☉ ***Te amo; chiquito!!! La neta que sí, porque gracias a ti he recuperado a muchas de mis amigas y he tenido más amigos. Gracias a ti soy quien soy.***

ANÁLISIS: Vuelve a percibir al otro como un infante, solo que el infante ya no es un objeto, sino un receptor del amor como acción que ejecuta el hablante. Ahora bien, según el planteamiento que ella hace, dicha acción fue, en realidad, reacción de otros actos del amado, actos que no fueron, necesariamente, amorosos (reconciliar, socializar, formar, dar identidad). Esos actos (ejecutados por el otro) se ponen como causas del acto amoroso (ejecutado por la amante), actos que la amante recibió pasivamente, aunque en realidad no enumera cosas que en verdad se le puedan hacer, pero en fin. La idea es que ella fue receptora pasiva de esos actos y se convirtió en activa por reacción, como si fuese un proceso natural. El acto amor responde, pues, a la casuística.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien ejecuta el acto amoroso y que, por tanto, es activo, pero también se presenta como pasivo porque recibe los beneficios de los actos del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien recibe el acto amoroso de forma pasiva, pero que resulta activo en cuanto a que es agente de los beneficios que ha conseguido el amante.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, agradecimiento, reconocimiento.

FUNCIÓN: Insistir, ratificar, corroborar el mensaje para asegurar su veracidad.

FIGURA: Amar, filiación, certeza, proveer, centralidad

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Ok, bueno bebé es todo por el momento.***

ANÁLISIS: El autor cierra el texto afirmando que es todo lo que ha de decir por el momento. Este es un cierre común, así como está redactado, en los diálogos hablados, aunque también es común en las cartas un espacio para el cierre. Sólo llama la atención que, de nuevo, se dirija al amado como si éste fuera un bebé. De nuevo se presenta la figura del amado como un infante que inspira compasión, ternura y deseos de protección, visión que manifiesta el afecto con que se dice lo que se dice.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien concluye su texto.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien es visto como un infante, tierno y desprotegido.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, ternura, decisión.

FUNCIÓN: Cerrar el texto.

FIGURA: Filiación

☉ ***Y ya en persona te voy a dar un besotote y un abrazote***

ANÁLISIS: No refiere al amor directamente, pero sí a una materialización posible de éste.

SUJETO EJECUTOR: El amante, quien dará un beso y un abrazo al amado. Sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, quien recibirá un beso y un abrazo del amante. Sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Predisposición y afecto.

FUNCIÓN: Corroborar el vínculo con una manifestación física.

FIGURA: Beso-Abrazo

☺ ***Bueno bye amor***

ANÁLISIS: Apoya la tópica del amor objeto. El otro es la personificación del amor.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que se despide, el que ve en el amado la personificación del amor. El sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que personifica el amor, de quien se despiden. El sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Determinación, afecto.

FUNCIÓN: Remarcar el vínculo de pertenencia

FIGURA: Amado

TÓPICA: El amor es un objeto.

☺ ***Te amo un chingo.***

ANÁLISIS: Tópica del amor como acto expresado con direccionalidad y cantidad.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ejecuta el acto amoroso.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el acto amoroso.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, insistencia.

FUNCIÓN: Remarcar la manifestación activa del hablante.

FIGURA: Amar

TÓPICA: El amor es acción.

☺ ***PD: No me olvides.***

ANÁLISIS: Necesidad de la constante presencia para mantener el vínculo. Distancia y presencia parecen ser medidores de una relación.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que solicita la presencia permanente, el sujeto pasivo que debe ser recordado pero no le implica recordar.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe recordar, el que debe ser sujeto activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Deseos de permanencia, afecto.

FUNCIÓN: Solicitud expresa de reciprocidad a través de la permanencia de la presencia.

FIGURA: Permanencia

☺ ***PD: Te amo***

ANÁLISIS: Tópica del amor como acto expresado con direccionalidad e insistencia.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ejecuta el acto amoroso.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el acto amoroso.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, insistencia.

FUNCIÓN: Remarcar la manifestación activa del hablante.

FIGURA: Amar

TÓPICA: El amor es acción.

☺ ***PD: Felicidades !!!***

ANÁLISIS: Recordatorio de uno de los mensajes centrales del texto: desearle felicidad al amado por el día especial que celebran (probablemente el día del amor y la amistad, dado que en una parte de la carta se hizo alusión a ese día y además porque se manejó constantemente la presencia de los amigos del amado).

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que le desea felicidad al amado, el sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el deseo, el sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Alegría, gusto, insistencia.

FUNCIÓN: Ratificar el deseo de felicidad para el amado.

☉ **PD: Te quiero mucho.**

ANÁLISIS: El autor advierte, en una posdata, que quiere mucho al amado. Querer se presenta como una acción que posee las mismas particularidades que el amor: tiene direccionalidad y cantidad. Sin embargo, al insistir en que ama al amado y luego decir que lo quiere da pie a entender que son actos distintos.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que quiere al amado en gran cantidad, el sujeto activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es querido en gran cantidad, el sujeto pasivo receptivo.

ACTOS LOCUTIVOS: “PD: Te quiero mucho.”

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, aprecio.

FUNCIÓN: Manifestarle cariño al amado.

FIGURA: Querer

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 1:

Características del texto:

- *Predomina de la narrativa (abunda en anécdotas y en la descripción de circunstancias particulares).*
- *Es un texto, mayoritariamente, declarativo.*
- *Presencia constante de interpelaciones al interlocutor.*
- *Papel significativo del apodo.*
- *El hablante habla de sí mismo y de la relación con el amado.*

Mensaje general: Declarar y recalcar repetidas veces tanto el vínculo de pertenencia amante-amado, como la acción amor que ejecuta la hablante hacia el amado, así como la acción-amor que recibe del amado ejecutor. Solicitar y declarar la pertenencia y la reciprocidad.

Función general: Convencer, darle validez y veracidad al mensaje a través de la insistencia.

Tópicos:

• Amor – objeto.	• Amor - acción.
⊗ El amor es un objeto personificado por el amado.	⊗ El amor es una acción o una reacción ante otros actos.
⊗ Se posee. La posesión requiere presencia y cercanía, es decir, la creación de una unidad. El desamor, por tanto, implica separación, distancia o ruptura de la unidad.	⊗ Posee direccionalidad.
⊗ Es material.	⊗ Los sujetos pueden ser ejecutores o receptores, pasivos o activos.
⊗ Es tangible.	⊗ Implica cantidad.
⊗ Es pasivo, aunque si cumple alguna función es activo.	⊗ No es manifiesta por sí misma. Se requiere verbalizarla o gesticularla (en el beso y el abrazo) para hacerla presente.
⊗ Es inanimado, aunque si cumple alguna función es animado.	⊗ Su validez y veracidad radica en ser convincentes o en ratificar constantemente si el otro sabe que se ejecuta.

<ul style="list-style-type: none"> ⊗ Se marca la propiedad con el apodo. ⊗ Es único. ⊗ Es especial. ⊗ Es manipulable. ⊗ Es temporal. La vida completa es la unidad temporal máxima de duración de propiedad de un amor-objeto. Se contrapone a la que dura solo una fracción de vida. ⊗ Es asumido como un producto infantil del amante. Evoca sentimientos de ternura, deseos de protección y lazos filiales. ⊗ Tiene una función y se les puede calificar por el desempeño de dicha función. La función es ser pareja (adecuarse, complementarse, igualarse) Dicha función deviene de dos cualidades: <ul style="list-style-type: none"> (a) Es alma gemela. Se complementa, iguala y asemeja. Es hace que el amante sea objeto también. (b) Es mejor amigo. La propiedad reconoce a su dueño y lo comprende. ⊗ Se asemeja a un sueño, algo irreal convertido en real. 	<ul style="list-style-type: none"> ⊗ La vida” es una pertenencia del sujeto beneficiada por la acción-amor. ⊗ Implica un pacto de protección amante-amado. ⊗ Implica la posibilidad dañar a alguno de los miembros de la pareja.
---	---

Carta 2 (mujer zamorana y preparatoriana de 18 años)

J.:

¡Hola papito!

Cómo has estado, espero que muy bien, yo por acá extrañándote muchísimo.

Sabes estoy un poquito incómoda porque ni siquiera nos pudimos despedir bien, yo sé que te puso muy triste el que no nos vieramos el viernes, y traté de explicártelo pero creo que ambas estábamos un poquito aturridos.

Me puse muy triste que me regresaras la carta que te escribí, pero después de haberme desahogado lo entendí perfectamente.

Aunque te enojas porque poco te lo dije y mejor te lo escribo en este momento es la única forma de decírtelo: TE AMO como nunca imagine, lo eres todo para mí y sin tí el sentido de mi vida cambiaría completamente.

También tengo que contarte que ya estoy super cansadísima, el pueblo no es muy grande pero todo esta como en subidas y bajadas; he estado a punto de rendirme pero lo único que me ha hecho seguir adelante es la esperanza de verte el domingo;

No sé como estés ni con quien estes, pero espero de todo corazón que te esté yendo bien y que ojalá te hayas acordado aunque sea un poquito de mí; porque yo lo hago a cada instante que pasa, cuando me duermo y cuando me levanto y más cuando por las noches miro la luna.

Lo único que tengo ganas de hacer cuando te vea es abrazarte y darte un beso muy muy muy largo.

Espero que podamos arreglar esto lo más pronto posible

Me despido recordándote que TE AMO

Atte: C.

P.D.: Me encantan tus ojos y tu sonrisa

ANÁLISIS.

☉ “¡Hola papito!”

ANÁLISIS: Si bien en esta oración no hay referencia al amor, llama la atención, de nuevo, el apodo que se le da al amado. En este caso “papito” ilustra un tipo de relación filial afectuosa entre el amante y el amado. Lo que evoca es que ese mismo aprecio que se le tiene al padre puede asemejarse al cariño que se le tiene al amado. Aunque también es de considerar que en esta población “papito” es una forma de nombrar a los hijos (por ello el uso del diminutivo), por tanto, sí, el vínculo que se tiene con el amado asemejaría una relación filial, pero viendo en el amado a un hijo. Por tanto, la relación y el afecto que se le tiene al amado, se asemeja a la que tiene una madre con su hijo. El apodo, pues, en este caso, evoca por sí mismo una metáfora del tipo de amor que se maneja, solo que aún no queda claro las condiciones en que ese amor, aunque sea de corte filial, se entiende.

SUJETO EJECUTOR: La amante, la hija del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el papá del amante.

ACTOS ILOCUTIVOS: Ternura, afecto.

FUNCIÓN: Nombrar al destinatario. Saludarle. Introducir al texto.

FIGURA: Filiación.

TÓPICA: El amor es un objeto.

☉ “Cómo has estado, espero que muy bien, yo por acá extrañándote muchísimo.”

ANÁLISIS: Esta oración tampoco hace referencia al amor en sí, sin embargo sí marca ciertas pautas con las que se ha de entender, al menos, el mensaje. La oración interpela al lector directamente, aún cuando inmediatamente el mismo hablante responde en nombre del lector. Enseguida reporta un estado personal a modo de dar respuesta por ella misma a su propia pregunta. Por tanto, estar “acá extrañándote mucho” es un estado del sujeto hablante. Extrañar implica notar la ausencia de algo o alguien, ausencia que no solo se puede referir al aspecto material, es decir, a la presencia física, sino también puede implicar otro tipo de presencias, aunque en este caso, al manifestar que se está “acá”, usando “acá” como contradictorio de “allá” y al ser ambos descriptores del espacio, sí evoca a un tipo de ausencia física del amado. El hablante reporta estar, pues, notando la ausencia física del amado. El responder a la misma pregunta que uno hace al interlocutor, adelantándose a la respuesta real de este último es una forma de sugerir los elementos o los términos en los que la respuesta real se espera. Por tanto, al fin, lo que se solicita es reciprocidad, en cuanto a que se hace notar la ausencia física del otro invitándolo a venir. Sin embargo, esta figura de reciprocidad sólo se supone sin manifestarse con claridad.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que está acá, el que extraña al amado, el que espera, el pasivo que sólo espera.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que está allá.

ACTOS ILOCUTIVOS: Añoranza.

FUNCIÓN: Establecer el estado de los polos amante-amado. Al proponer los términos de dicho estado, en realidad lo que se pretende es cuestionar la reciprocidad. Se declara la distancia física.

FIGURA: Esperanza, Distancia-Proximidad, Permanencia.

☉ Sabes estoy un poquito incómoda porque ni siquiera nos pudimos despedir bien, yo se que te puso muy triste el que no nos vieramos el viernes, y traté de explicártelo pero creo que

ambos estábamos un poquito aturcidos. Me puso muy triste que me regresaras la carta que te escribí, pero después de haberme desahogado lo entendí perfectamente.

ANÁLISIS: Este par de oraciones narran ciertos acontecimientos privados, exponen las explicaciones de esos acontecimientos desde la visión del amante y manifiestan, al fin, desde él mismo, su sentir al respecto. Los hechos señalados son: no hubo una buena despedida, no se pudieron ver el viernes y el amado le regresó la carta que el amante le escribió. La explicación que da la amante sobre estos hechos es que ella trató de explicarle lo sucedido al amado pero no pudo, pues ambos estaban aturcidos. Partiendo de esto, luego entendió el por qué le regresó la carta. Lo que manifiesta sentir el amante sobre toda esta situación es: incomodidad, tristeza y desahogo. La tristeza también la percibe en el amado. Esto es lo que enuncia este trozo de texto. Bien visto, no refiere ni al amor, en alguna de sus tópicos o figuras, ni a la relación en sí. Sólo trata de un evento privado sobre el cual no se puede interpretar más allá de lo que ya se ha hecho. Cabría sólo señalar que al narrar una despedida y una ausencia se confirma que existe una separación física entre el amante y el amado, una despedida y ausencia por demás accidentada, dado que ocasionó tristeza e incomodidad en los protagonistas, lo cuál es un punto de partida útil para analizar el resto del texto, incluso para suponer que esta carta pretende una reconciliación que sane esas dificultades. Esta evocación de la despedida y la ausencia pueden asociarse a las figuras de Permanencia y Distancia-Proximidad, pero, de nuevo, esta asociación puede ser sólo supuesta, dado que los elementos puramente prácticos de la oración, cuyo único interés es narrar, explicar y manifestar, no dan pretexto suficiente para creer que estos escenarios fueron reconstruidos en el texto con un fin amoroso. Son escenarios, pues, accidentales.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que explica y manifiesta, el que se incomoda pero entiende. Es activo al ejecutar, pero se posiciona como pasivo en las acciones que narra: intenta, se siente, se entristece pero no actúa.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe entender porque no entendía lo que había pasado, el sujeto pasivo al recibir la explicación, pero el sujeto activo en los hechos narrados, dado que regresó la carta, por ejemplo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Sapiencia sobre lo ocurrido, incomodidad y tristeza sobre lo ocurrido, pero ecuanimidad al afrontarlo y resolverlo.

FUNCIÓN: Dar argumentos fácticos para limar las asperezas ocasionadas por el incidente de la despedida.

© **“Aunque te enojas porque poco te lo dijo y mejor te lo escribo en este momento es la única forma de decírtelo...”**

ANÁLISIS: Esta oración tampoco refiere al amor, pero sí establece pautas para comprender su sentido, sobre todo porque aparece como preámbulo a un tipo de declaración amorosa. Ahora bien, lo que se entiende, pese a las limitaciones creadas por la redacción y los errores ortográficos, es que ese tipo de declaraciones son esperadas por el amado, pero el amante, en realidad, no las suele hacer. El amado se molesta porque el amante no las hace. Sin embargo, en esta ocasión el amante hará una especie de “única” excepción, solo que no será dicho, sino escrito. Al parecer, entonces, decir la declaración amorosa y escribir la declaración amorosa es distinto, aunque prácticamente equivalente. En el sentido en el que está escrito, declarar por escrito es menos apropiado que decirlo de viva voz. La unicidad, en este caso, se presenta como una circunstancia que impide que la declaración sea dicha de la forma esperada (de viva voz), por lo que la excepción “única” responderá entonces a las circunstancias particulares (la distancia física). Así, entonces, la declaración amorosa es deseada por el amado y evitada por el amante, más apreciada si se dice que si se escribe, pero al fin equivalente y aceptable en condiciones “únicas”, cuando “no hay más alternativa”. La distancia física es la que impide que sea de otra forma.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que se ve orillado a escribir la declaración, el que no suele hacer declaraciones pero hará una excepción, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que se enoja porque el amante le declara pocas veces, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Inseguridad, temor, sin alternativas.

FUNCIÓN: Justificar el uso del texto escrito como vía para declarar algo.

FIGURA: Extremo, Declaración.

☉ ***“Te amo como nunca imaginé...”***

ANÁLISIS: El amor se define como acción ejecutada por la amante hacia el amado. Por tanto, el amor es un acto con direccionalidad. La hablante describe el acto particular de amar al destinatario en términos de lo imaginable y lo inimaginable, posicionando su caso en ese último. Pueda amarse, entonces, en distintas direcciones y, dependiendo del caso, también en distintos grados de “imaginabilidad”, lo que indica la existencia de una tipología más compleja del amor. La declaración es que el sujeto ama al destinatario más allá de lo que su propia imaginación pudo suponer. Imaginar implica, por su parte, la capacidad más loca de inventar. El acto amoroso hacia tal persona rebasó, entonces, la expectativas más locas de las que es capaz el mismo sujeto actante. Es, pues, un tipo de exaltación que no recae en el acto amoroso sino en el sujeto que lo ejecuta, es decir, lo que rebasa la capacidad de imaginar del sujeto actante es su propia capacidad para actuar o amar y no el acto amoroso en sí. Es como si se maravillara de sí misma. El acto amoroso, por tanto, no es en sí inimaginable, pero sí lo es el que el amante, o sea, equis persona, ame así al amado, o a tal otra. El sujeto actante se sorprende, pues, de su propia capacidad de amar a tal persona. Tal vez el amor ejecutado sobre otro sujeto no le sorprendería, pero sí su capacidad de amar a esa persona en especial. Al menos eso es lo que se puede entender de la oración, la cuál, en todo caso, debería decir: “te amo como nunca imaginé hacerlo”. Podría decir también: “te amo de una forma que nunca imaginé”, y entonces la sorpresa de lo inimaginable caería sobre la forma del acto amoroso y no en el actante mismo, pero como no hay indicios de que se hable de formas, sino del actante en un caso particular, pues eso es lo inimaginable. Aquí no se establecen tipologías de cantidad, solo una tipología personal propia del amante, que va de lo imaginable a lo inimaginable. Ahora bien, si el acto amoroso le sorprende al mismo actante, eso implicaría que dicho acto rebasa la voluntad del sujeto y se le impone en una dirección específica. Así, entonces, el amar a alguien en especial puede resultar involuntario para el sujeto actante. El amor, pues, como acto, puede resultar involuntario.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ejecuta el acto amoroso, el que se sorprende de sí mismo por amar al amado, al que se le impone, sin querer y por sorpresa, su propio acto amoroso, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el acto amoroso del amante, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, sorpresa.

FUNCIÓN: Declarar el acto amoroso como algo que sorprende al amante, sobre todo porque ella lo ejecuta hacia él sin su voluntad, aparentemente.

FIGURA: Te amo, Involuntario.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***“... lo eres todo para mí...”***

ANÁLISIS: El todo se reduce al ser amado. Sinécdoque. El amado se vuelve multidimensional y complejo. Por el tipo de redacción, esta declaración parece una extensión de la tópica amorosa evocada en el trozo de texto anterior. Es decir, aunque esta frase no habla del amor, ni se ubica éste en ninguno de los amantes, al solo estar separada por una coma de la declaración anterior, se puede asumir que la relación establecida entre amante y amado explícita en esta frase resulta por

consecuencia de la declaración anterior. Es decir que el amado se convierte en una representación del resto de las cosas y personifica el entorno del amante gracias a que éste último ejecuta el amor hacia el amado de una forma involuntaria. Para el amante, actante involuntario, todo su mundo le evoca al amado. Se marca una relación de dependencia del amante sobre el amado, en el que el primero deposita “todo” en el otro. No hay indicios de correspondencia, ni corresponsabilidad. El amor se presenta, entonces, como un acto involuntario que fuerza al sujeto a abandonarse sobre el amado. Ahora bien, si se le asumiera como una frase independiente de la anterior, la tópica que evocaría sería, más bien, la del amor como objeto, dado que el otro es el todo material del amante. Esto resulta más coherente con los elementos semánticos de este pequeño trozo de texto: “ser”, “todo”, “para mí”. Se marca la existencia, la materialidad y espacialidad y la pertenencia. Así, pues, aún cuando esta oración cobra sentido gracias a la anterior y, por tanto, gracias a esa tópica, los elementos que presenta por sí misma la incrustan en otra. Por ello se hace mención de ambas.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que deposita todo en el amado, el que asume un papel pasivo al depender del amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que contiene el todo para el amado, el que es el todo, el que pertenece al amante, el que asume el papel activo al convertirse en el centro del amante.

ACTOS ILOCUTIVOS: Entrega, afecto, indefensión.

FUNCIÓN: Declarar el depósito absoluto que el amante hace sobre el amado.

FIGURA: Centralidad.

TÓPICA: El amor es acción. El amor es un objeto.

☉ ***“... sin ti el sentido de mi vida cambiaría completamente...”***

ANÁLISIS: Esta nueva frase sigue entendiéndose en el sentido de amor manejado anteriormente, es decir, como acto involuntario del sujeto. Entendiéndolo así, el amante declara ahora que por ese amor involuntario que ejecuta y su abandono total en el amado, la presencia del ser amado le implica un sentido especial de vida para ella, aunque no el único posible. Es decir, la presencia del ser amado solo se traduce en condición indispensable para la existencia de un sentido particular de vida, entre todos los posibles para el amante. Así, entonces, la ausencia del amado solo implicaría que el sentido de vida del amante cambie, pero no que el amor que ejecuta ella se transforme o se acabe, ni que el abandono sobre el amado deje de suceder. Sin embargo, pasa lo mismo que con la oración anterior. Si se lee este trozo de texto con independencia de los anteriores, la misma figura, el de la centralidad del amado, se ubica en otra tópica, en el del amor como un objeto, dado que el trato que se le da al amado es como tal, como objeto cuya presencia es indispensable para crear cierto sentido de vida. Su ausencia provoca otro sentido de vida. La presencia y ausencia evocan una materialidad y espacialidad del amor, una objetivación, pues, del amor. Asumiendo que puede ser leída desde las dos lógicas, ambas tópicos se señalan.

SUJETO EJECUTOR: El amante, cuyo sentido de vida depende de la ausencia o presencia del amado, el sujeto pasivo dependiente.

SUJETO RECEPTOR: El amado, cuya presencia o ausencia tiene efectos en el amante, el sujeto que tiene el poder de estar o no estar, el sujeto activo de la relación.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, entrega, indefensión.

FUNCIÓN: Condicionar la entrega del destino de su vida a la presencia del amado. Dicha condición solo aplica para el destino de su vida, no para el acto amoroso ni para el depósito absoluto del amante.

FIGURA: Centralidad.

TÓPICA: El amor es acción. El amor es un objeto.

☉ ***También tengo que contarte que ya estoy super cansadísima, el pueblo no es muy grande pero todo esta como en subidas y bajadas;***

ANÁLISIS: Este nuevo trozo de texto narra, nuevamente, acontecimientos de índole privado. Igual, la lectura es posible: la amante declara estar muy cansada porque el terreno del pueblo en el que está es muy irregular. No hay mucha relevancia en esta declaración – descripción. Sólo se confirma que la amante está en un lugar distinto al del amado. No hay figuras ni tópicos del amor.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que está en el pueblo, el que está muy cansado, el que narra. En estos sentidos, el sujeto ejecutor es activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que está en otra parte, el que ignora las condiciones en las que está el amante. En este sentido, es un sujeto pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Complicidad, confianza.

FUNCIÓN: Poner al tanto al amado de las condiciones en que se desenvuelve la cotidianidad del amante. Contextualizar, confiar, enterar.

☉ ***“he estado a punto de rendirme pero lo único que me ha hecho seguir adelante es la esperanza de verte el domingo...”***

ANÁLISIS: Puede entenderse esta frase desde la tópica de amor manejada con anterioridad. Así, entonces, se presentaría esto solo como una continuación de la misma lógica, es decir, si el amante está poseído por algo que lo obliga a amar, cosa que a la vez, lo empuja a abandonarse en el amado y a entregarle a éste su destino de vida con la condición de que esté presente, reencontrarlo se vuelve, entonces, un impulso instintivo de supervivencia. Al fin y al cabo, en el amado está todo su ánimo, destino y voluntad, siempre y cuando él esté presente. Aquí se hace más evidente esta condición que toma dimensiones puramente materiales. Si la esperanza es verlo, la única condición, entonces, es que esté presente físicamente. El amado, ser cuya sola presencia física basta para determinar la voluntad, el destino, el ánimo y el todo del amante, se convierte en la única fuerza motora de éste último. El amado asume el rasgo de la unicidad. El amor sigue asumiéndose como un acto, si se sigue la lógica de todo el conjunto y no se leen por separado las oraciones, cuya característica principal es que es involuntario y que ocasiona todo esto en el sujeto que lo ejecuta. Ahora, que si no se entiende como una lógica secuencial, esta oración de nuevo evoca una figura de la tópica “El amor es un objeto”. El amado se convierte en un ente material y espacial cuya presencia o cercanía se vuelve una necesidad del amante, quien espera, entonces, ese día en el que se volverá a encontrar con él.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que se debilita por el cansancio, pero que se inspira en la esperanza de ver al amado para animarse de nuevo y enfrentar sus retos. Se posiciona en un papel activo, aunque dependiente y, en cierto sentido, pasivo ante el amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es deseado por el amante, el que inspira al amante. Posee un papel pasivo, dado que se describe como estático, pero al tener tal poder sobre el amante, se convierte en un sujeto activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cansancio, ánimo, anhelo, afecto.

FUNCIÓN: Exaltar e insistir en el papel crucial que tiene el amado en la vida del amante.

FIGURA: Esperanza, Distancia-Proximidad.

TÓPICA: El amor es una acción. El amor es un objeto.

☉ ***“No se como estés ni con quién estés, pero espero de todo corazón que te esté yendo muy bien y que ojalá te hayas acordado aunque sea un poquito de mí, porque yo lo hago a cada instante que pasa, cuando me duermo y me levanto y más cuando por las noches miro la luna”***

ANÁLISIS: Esta oración sigue la misma lógica que las pasadas, si se asume una lógica secuencial. Si no, se vuelve, entonces, en ejemplo de una figura fronteriza entre dos tópicos. La oración puede

asumir, pues, que el amor es un acto involuntario que obliga al amante a entregarse por completo al amado, por lo que el deseo de su presencia se vuelve un pensamiento recurrente en él y hasta lógico. El deseo y la añoranza de la presencia del amado no cambia el hecho de que su presencia real implique un sentido de vida y su ausencia otro sentido distinto. Como quiera, el ánimo del amante está depositado en él y se le desea, esté o no esté. El elemento nuevo que introduce la oración es la presencia de la incertidumbre y el deseo de reciprocidad. Si esta oración tuviera independencia al resto del texto, el deseo de que el amado recuerde al amante evoca la tópica del amor como objeto, dado que el deseo es, en sí, la permanencia de sí mismo ante el amado o viceversa, la permanencia de la presencia del amado ante sí. Insisto en que esta doble ubicación de las figuras en distintas tópicos resulta, ya, una propiedad del código. En el caso de este texto, todas estas figuras se están asumiendo como parte de la tópica del amor como acción, dada la lógica secuencial, pero, con independencia, las mismas figuras se pueden ubicar en la tópica del amor como objeto.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que está en la incertidumbre del estado del amado, el que desea permanecer presente ante el amado, el que hace que el amado esté permanentemente presente ante sí. Se posiciona de un papel pasivo, si se considera su incertidumbre e impotencia ante la actividad del amado, pero también se posiciona en un papel activo al tener presente permanentemente al amado.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que está incierto ante los ojos del amante, el que es evocado constantemente por el amante. Posee un papel pasivo en lo que se describe, pero, también en lo que se enuncia, se supone en él cierta actividad.

ACTOS ILOCUTIVOS: Incertidumbre, deseo de reciprocidad, anhelo, añoranza.

FUNCIÓN: Manifestar el deseo de reciprocidad. Solicitar la reciprocidad.

FIGURA: Permanencia, Reciprocidad

TÓPICA: El amor es acción. El amor es un objeto.

Ⓢ **“Lo único que tengo ganas de hacer cuando te vea es abrazarte y darte un beso muy muy largo...”**

ANÁLISIS: Podría pensarse que esta frase sigue la misma lógica que las demás. Si el sujeto actante en su acto deposita su voluntad en el amado, la única opción que le queda es añorar su presencia para manifestarle con gestos el acto que ejecuta. El abrazo y el beso parecen, entonces, materializaciones del acto amoroso. La unicidad de nuevo aparece como descriptor del amado, aunque parezca que se describen las alternativas que tiene del amante actante, pero si ha entregado todo su ánimo al amado, éste resulta el único destino de sus deseos y fuerzas. Por tanto, la unicidad recae en el amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que tiene ganas de actuar. Mientras no actúe, se posiciona de un papel pasivo, aunque con tendencias a la actividad.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el receptor del posible acto del amante. Pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, ansiedad.

FUNCIÓN: Manifestar, de forma material, el acto amoroso que se ejecuta. Se enuncia una promesa que le permite al amante mantenerse presente ante el amado.

FIGURA: Beso-abrazo, Extremo.

TÓPICA: El amor es acción.

Ⓢ **Espero que podamos arreglar esto lo más pronto posible**

ANÁLISIS: Esta oración, si bien no refiere a la relación o al amor, sí evidencia que la función global de la carta es reconciliar. En ella, el amante expresa su esperanza de solucionar el motivo de separación entre amante y amado. Llama la atención que dicha solución la ve a cargo de ambos. No recarga la esperanza ni sobre uno ni sobre otro, sino sobre ambos. Al exigir la participación de

ambos, de nuevo se impone la lógica de la acción: ambos deben actuar. Esto avala, un poco, la decisión de asumir la lógica del resto de los enunciados bajo el sentido de la tópica del amor como acción. Fuera de estas derivaciones, esta oración no ofrece mayores aportaciones a la dilucidación del código.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que mantiene la esperanza de actuar con el amado en beneficio de ambos. Asume un papel pasivo al solo esperar, aunque la misma carta es una acción en pro de su objetivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es invitado a actuar en pro de una reconciliación. Asume un papel pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Esperanza, ansiedad, insistencia, afecto.

FUNCIÓN: Confirmar la función de la carta que es la de marcar la pauta de la reconciliación entre el amante y el amado. Manifestar que eso espera el amante.

☉ ***“Me despido recordándote que te amo.”***

ANÁLISIS: Se ratifica la misma tópica del amor acción, donde el hablante es el ejecutante y el destinatario el receptor. Esto supondría que el hablante es activo y el destinatario pasivo, sin embargo en las implicaciones lógicas del acto que el texto posibilita, el amante activo sede su voluntad al amado pasivo, quien asume el papel activo mientras que el amante queda pasivo ante la voluntad del amado. Ahora bien, el recordar, insistir, manifestar y declarar en distintas formas que se ama, implicaría entonces que el acto mismo no es en sí evidente, sino que requiere manifestarlo, declararlo y recordarlo para hacerlo visible ante el amado. El amado no sabría que lo aman ni que, por ello, posee todas estas facultades sobre el amante si éste no se lo dijera o se lo hiciera saber de alguna forma. Por ello el decirlo y recordarlo. Recordarlo también implica el hacerle presente, desde el contexto de este texto, al amado el compromiso que asumió al ser receptor pasivo del amor de amante. Es, pues, como una forma de solicitar respuesta o compromiso o sólo mantenerse presente ante el amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ejecuta el acto amoroso, el que recalca su acto amoroso, el que insiste en mantenerse presente. El activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe el acto amoroso. El pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Insistencia, afecto.

FUNCIÓN: Ratificar la declaración amorosa y recordarle al destinatario el compromiso que por ello debe asumir.

FIGURA: Te amo, Permanencia.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***P.D.: Me encantan tus ojos y tu sonrisa***

ANÁLISIS: Esta última oración deja abierta la posibilidad de asumir gran parte del texto desde la tópica del amor como objeto. El amado, quien encarna el amor y se vuelve objeto, es un ente material apreciado. Esta apelación al cuerpo del amado se vuelve signo de eso, del aprecio que tiene el amante sobre la materialidad del amado. Sin embargo, pese a estos signos de esta otra tópica, se ha decidido no interpretar el texto desde ahí, dado que no se manifestó evidentemente el uso de esta otra tópica cómo para considerarla un eje del escrito. Sin embargo, las unidades de interés que aparecen aquí, sí se han de utilizar posteriormente como ejemplo de las figuras de la tópica del amor como objeto.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que aprecia la materialidad del amado. El activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es apreciado materialmente. El pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Aprecio, afecto.

FUNCIÓN: Hacerle evidente al amado el aprecio que el amante tiene de él.

FIGURA: Cuerpo.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 2:

Características del texto:

- *Predomina de la narratividad (abunda en anécdotas y en la descripción de circunstancias particulares).*
- *Es un texto, mayoritariamente, declarativo.*
- *No hay interpelaciones al interlocutor, sino suposiciones a su nombre.*
- *Papel significativo del apodo.*
- *El hablante habla de sí mismo con respecto a la relación establecida con el amado.*

Mensaje general: *Limar las posibles asperezas existentes a través de la declaración y ratificación del acto amoroso ejecutado por la hablante hacia el amado, mismo que compromete al amado a asumir la dirección de la vida del amante y a responder con el mismo acto.*

Función general: *Recordarle al amado la función fundamental que tiene en la vida del amante y solicitarle compromiso y reciprocidad.*

Tópica:

- **Amor - acción.**

- | |
|--|
| <ul style="list-style-type: none">• El amor es una acción involuntaria.• Crea un vínculo de dependencia entre el amante y el amado.• Implica un compromiso para el receptor, puesto que el que lo ejecuta deposita, con ello, su ánimo y su destino en el amado, poniendo como condición única para que esto se lleve a cabo, la presencia física del amado.• Posee direccionalidad.• Es sorpresivo para el actante, dependiendo de hacia quién se ejecute.• La reciprocidad solo queda como deseo del amante.• No es manifiesta. Se evidencia con la palabra o con gestos (como el beso y el abrazo). |
|--|

Carta 3 (hombre, contexto preparatorio)

Hola:

Por qué cuando vez q' te sonrío la vida, te da un golpe enorme, tan fuerte q' sientes un hueco en tu interior. ¡Claro estoy hablando del AMOR!

Siento que se me destroza el corazón, porque no se si en realidad me quisiste

¿POR QUÉ?

Por que llegaste tan pronto a mi vida y yo porque llegé tan pronto a la tuya. Por qué? Si aun tu no sientes el amor. Lo que tu me diste fue atención no amor, por temor a que yo te engañara o te hiriera.

Pero no hay problema, ya viste que no soy así. Eso si tu eres una chava especial, aprendí mucho de ti y creo que me faltó más. Espero que algún día te acuerdes de mi pero no con desprecio, porque yo nunca te voy a olvidar.

No es que quiera despedirme de ti al contrario quiero que leas lo que pienso, lo que siento y que te des cuenta que te amo aunque tu no me ames.

A partir de este momento eres parte de mis recuerdos y de mi vida.

Te necesito tanto como el pez del agua.

Esto que te digo te lo digo de corazón.

A penas te pierdo de vista y ya te extraño.

Muchos han sentido querer pero lo que yo siento es más que eso

Oro eres tú, vales mucho

Como yo nadie te ha amado.

Lo sé porque te tengo muy dentro de mi corazón.

Ayer te quería de aquí a las estrellas.

Un día me dijiste que era casualidad encontrarnos y enamorarnos

De acuerdo yo con eso, confíe en ti y me enamoré

I need you and I love you forever

Amor, hoy te quiero más que ayer.

Espero traigas siempre el anillo o al menos lo conserves para que quede como símbolo de que te amo y te amaré y de nuestra amistad.

Toma el tiempo que quieras soy capaz de esperarte. Y si te llegas a casar con alguien mejor que yo te deseo seas feliz.

No te preocupes el que tuvo la culpa fui yo por amarte demasiado y no dejar que vieras o comprobaras si en realidad tú me querías. Además de que quería que hubiera sido una relación, tendría que estar contigo diario o por lo menos cada tercer día en Zamora.

RECUERDA NADIE TE AMARÁ COMO YO EN TAN POCO TIEMPO.

TE AMO CON TODAS MIS FUERZAS

B.

Posdata: Espero te guste el color de la carta.

ANÁLISIS.

☉ Hola:

ANÁLISIS: Saludo introductorio. No queda claro el destinatario ni el tono del saludo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que saluda, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es saludado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cordialidad.

FUNCIÓN: Introducir el texto. Mostrar un gesto amigable.

☉ *Por qué cuando vez q' te sonrío la vida, te da un golpe enorme, tan fuerte q' sientes un hueco en tu interior. ¡Claro estoy hablando del AMOR!*

ANÁLISIS: El amor es definido como la sensación corpórea producto de un suceso imprevisto proveniente de la vida. Dicho suceso se equipara a un golpe recibido y la sensación corpórea que produce no es de dolor, como sería natural por un golpe, sino de vacío interior. La experiencia amorosa se define, pues, como una experiencia física que afecta “el interior” de las personas. La vida, quien provee la experiencia amorosa, resulta un personaje caprichoso de voluntad propia. Éste engaña al sujeto con conductas discordantes y contradictorias, aparentemente. Primero le sonrío al sujeto, luego lo golpea. Así, entonces, para el sujeto hablante, hablar de esta compleja experiencia equivale a hablar del amor. Por tanto, todos estos elementos mencionados participan en esta tópica del amor. El amor es ocasionado por la vida, un personaje caprichoso y ambivalente que le sonrío al sujeto y luego lo golpea, dejándole una sensación corpórea de vacío interior, sensación que produce, al fin, el amor. No se sabe a ciencia cierta si la sensación corpórea es lo que define al amor o todo el proceso de ser amagado y al fin golpeado. En todo caso, el sujeto ocupa siempre un papel pasivo en este acontecimiento, mientras que la vida realiza el papel activo. El amor se definiría, entonces, como la secuela sensorial de una serie de acontecimientos ejecutados por “la vida” sobre el sujeto pasivo. El sujeto lo padece, pero él no lo controla. El amor está en él, pero solo como producto de la acción de un tercero. El amor es una sensación producto de un suceso. No tiene dirección.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el golpeado, el pasivo, el protagonista, el narrador.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le es narrado el suceso.

ACTOS ILOCUTIVOS: Lamento, desilusión, dolor.

FUNCIÓN: Declarar que se es víctima involuntaria de la vida, la cuál ha hecho que se sienta amor. Es una forma de no responsabilizar a ninguno de los que conforman la pareja de eso que se siente.

FIGURA: Sufrimiento, Involuntario

TÓPICA: El amor es una sensación.

☉ *Siento que se me destroza el corazón, porque no se si en realidad me quisiste*

ANÁLISIS: No se habla del amor explícitamente, pero sí se mantiene el reporte sensorial, lo que implica cierta continuidad dentro de la misma tópica del amor como experiencia corpórea. El sujeto sigue siendo víctima, ahora del amado que quien con su poca claridad en su acción, le ocasiona dudas al sujeto, mismas que le producen la sensación de que su corazón se le destroza. El amado, aparentemente, ejecutó alguna acción sobre el amante, pero dicha acción no la distingue, no se sabe si fue “querer” u otra. Querer, entonces, es una acción no física, al menos no evidente como para que el sujeto la pueda distinguir al recibirla o no. Se habla en tiempo pasado, por tanto esa acción del amado ya fue ejecutada. La acción de querer posee temporalidad, es decir que su ejecución se presenta en un lapso de tiempo determinado y deja de suceder en otro. Sin embargo, como se decía, no es evidente, por ello el sujeto no sabe si el amado la ejecutó o no, si él mismo la recibió o no. La duda, la incertidumbre de lo ya pasado es lo que le hace víctima pasiva, de nuevo, de la sensación corpórea de un corazón destrozado. Esta duda esconde el deseo de reciprocidad en la acción,

aunque en realidad el amante no ha declarado ser actante hasta ahora. Solo se describe como víctima y convaleciente de puras sensaciones. Hay dos elementos más que se mencionan: uno, el corazón como órgano sensible que percibe la duda y la padece; dos, la acción del amado, el “querer”, es calificado en términos de realidad versus falsedad. Bueno, no queda claro si la duda es que no se sabe si el amado quiso o no quiso al sujeto o si realmente lo quiso o lo quiso falsamente, o sea, fingiendo. Pero siendo que el elemento de lo real aparece explícito, se tiende a pensar que se puede querer no realmente, es decir, fingiendo. Si se tratara de querer versus no querer, se podría manifestar como “porque no se si sí me quisiste”. Querer, como se decía, es una acción del amado que no resulta evidente, pero si se puede fingir, puede, entonces, engañar la percepción del amante. Es curioso como el amante sigue manejando un lenguaje a base de pura sensación: se siente confundido con respecto a su percibir, por ello siente que se le destroza el corazón, órgano sensible a la duda.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que siente, el que sufre, el que duda, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que pudo querer o no quiso, el que se impone ante el amante, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Dolor, duda.

FUNCIÓN: Declararse víctima del amado. Acusar al amado de fingir y ocasionar una sensación desagradable en el amado.

FIGURA: Sufrimiento, Te quiero, Certeza-Duda

TÓPICA: El amor es una sensación.

☉ ***¿POR QUÉ? Por que llegaste tan pronto a mi vida y yo porque llegué tan pronto a la tuya. Por qué? Si aun tú no sientes el amor.***

ANÁLISIS: El amor se define, de nuevo, como una experiencia sentida. Esta experiencia sentida, al parecer, depende de un orden temporal en donde se puede llegar tarde, temprano o a tiempo, es decir, tiene un proceso evolutivo no espontáneo ni voluntario, que va del no sentir, hasta el dejar de sentir, pasando por el sentir. El amor, como experiencia sentida, entonces, tiene un tiempo programado. Ahora bien, esa temporalidad evolutiva está incrustada en una unidad de tiempo mayor, “la vida”. El amor se siente en un momento determinado en la vida de cada uno. La preocupación es coincidir con el otro para sentir amor al mismo tiempo. Sin embargo, eso es muy azaroso, pues si el amor es una experiencia sentida programada, involuntaria e inconsciente, pues resulta toda una lotería vivir una misma experiencia junto con otro. El vínculo entre el amante y el amado es ese, coincidir, dentro de la unidad de tiempo de cada uno, en el momento en el que se vive la experiencia del amor. No coincidir en ese momento se iguala al desamor y el desamor se reduce a un fallo en el cálculo temporal.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que cuestiona, el que no sabe, el que siente amor, el que necesita respuesta, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es cuestionado, el que sabe, el que no siente amor, el que tiene la respuesta, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Duda, desesperación, incompreensión, dolor.

FUNCIÓN: Cuestionar al otro, interpelarlo sobre la causa del desamor. ¿Por qué no coinciden en una misma experiencia? Cuestionar la reciprocidad y el vínculo que los tenía unidos.

FIGURA: Coincidir, Sentir amor, Irracional, Incertidumbre.

TÓPICA: El amor es una sensación.

☉ ***Lo que tu me diste fue atención no amor, por temor a que yo te engañara o te hiriera. Pero no hay problema, ya viste que no soy así.***

ANÁLISIS: Aquí hay un cambio de tónica. El amor ya no es visto como una experiencia sentida, sino como un don otorgado al amante. El amor ahora se asume, entonces, como un don voluntario

con direccionalidad. Dicho don puede confundirse con la atención, pero se diferencia de él. Se puede, pues, fingir que se da amor, si se da a cambio atención. Atención y amor tienen, como dones, la misma apariencia pero se les puede distinguir. No se dice en qué radica la diferencia pero sí se marca la contraposición. Ahora bien, estos dones se dan a cambio de la honestidad y la protección, los cuales son dones también. El vínculo amante-amado se establece, entonces, a través del intercambio de dones o bienes: uno da amor y el otro da honestidad y protección. Ahora bien, de lo que se trata aquí es que se cambió el amor por la atención y se rompió el trato del trueque, lo que equivale al desamor o al rompimiento del vínculo amante-amado. El amante declara que él otorgó sus dones porque esa es su naturaleza. Es como un reproche al engaño. Lo que hay detrás de esta tópica es la posibilidad de fingir ante el otro y engañarle. Dicha posibilidad es inherente a la valía de los dones y a los acuerdos implícitos de trueque.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el engañado, el que podía haber lastimado al amado, el que se descubre incapaz de hacerlo, la víctima, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que engaña, el que no quería ser lastimado, el que no tenía certeza del amante, el victimario, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Desilusión, tristeza, resignación.

FUNCIÓN: Responsabilizar al otro por la ruptura y el desamor.

FIGURA: Engaño, Sufrimiento, Temor.

TÓPICA: El amor es un don.

☉ ***Eso si tu eres una chava especial, aprendí mucho de ti y creo que me faltó más.***

ANÁLISIS: No se habla del amor, pero sí se habla de la relación amante amado. El amante reconoce que la amada es especial. Especial no como única, sino como valiosa. Eso se lee si se considera que no se hacen exageraciones (“muy especial”), o particularizaciones (“especial para mí”), o distinciones (“eres especial en comparación a las demás”). Solo se declara que la amada es especial, declaración que solo marca una valía. Eso se corrobora en la declaración siguiente, la que señala que el amante aprendió del amado. Es decir, el amado es valioso porque es especial y porque se aprendió de él. Ahora bien, en la tercera frase se hace notar que el amante, es decir, el hablante, reconoce una falta en sí mismo: le faltó aprender más del amado. Así, entonces, el vínculo amante amado se establece igual que la del maestro alumno, a través de la valía y el aprendizaje. Se vale porque se es especial. Si se es especial, se puede enseñar a los otros lo que se es. Los otros pueden aprender mucho o poco de uno. Si aprenden poco, se rompe la relación, pero eso no le quita al amado que sea especial y valioso. Solo se marcan pautas de relación. La relación ahora es de enseñanza-aprendizaje.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que admira al amado, el que valora al amado, el alumno del amado, el que se lamenta ya no estar con el amado, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el admirado, el valorado, el maestro, el que no está, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Aprecio, cariño, lamento, tristeza.

FUNCIÓN: Pese a que se le acusa del rompimiento y del desamor, el amante le reconoce al amado su valía y su aportación. El amante reconoce su falta.

FIGURA: Centralidad, Supremacía.

☉ ***Espero que algún día te acuerdes de mi pero no con desprecio, porque yo nunca te voy a olvidar.***

ANÁLISIS: Esta frase tampoco refiere al amor, pero sí a la relación amante amado. El amante le solicita al amado mantener el vínculo de alguna forma. Es un deseo de reciprocidad, de mantenerse presente uno al otro, pero de alguna otra forma que no sea a través del desprecio. Es un tono de dramatización. El amante supone que el otro no querrá mantener el vínculo o, si lo hace, será de vez en cuando al tenerlo presente y, si lo hace, lo puede hacer con desprecio. En cambio, el amante

asegura que él siempre la tendrá presente. No aclara en qué forma, pero se supondría que no con desprecio. El chiste es poner en duda los deseos del otro para mantener el vínculo. La incertidumbre de lo que el otro quiere, hace o siente se contrapone a la certidumbre de lo que el amante quiere, hace y siente. El evidenciar dicho contraste funciona como petición de reciprocidad, tal vez como chantaje, pero al fin implica un deseo de reciprocidad. El uso del término absolutista del “nunca” se contrapone a la particularidad del “algún”. El amante, el de las certezas, pone de su parte términos que todo lo abarquen, contraponiéndose con el otro al poner de su parte el “algún” incierto, concreto, único, fraccionado. El todo y la parte, pues. El que experimenta el amor y el que posee el don del amor lo tiene todo. El otro, del cuál solo se suponen cosas, solo tiene una parte. La ventaja está de parte del amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que espera, el que teme, el que recuerda, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe recordar, el que puede hacerlo con desprecio, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Esperanza, tristeza, temor, cariño, añoranza.

FUNCIÓN: Solicitar- acusar al respecto de la reciprocidad. Tenerse presentes es una de las formas de considerar la reciprocidad.

FIGURA: Permanencia, Esperanza.

☞ *No es que quiera despedirme de ti al contrario quiero que leas lo que pienso, lo que siento y que te des cuenta que te amo aunque tu no me ames.*

ANÁLISIS: Hay varios elementos aquí que hay que señalar. Primero, el despedirse se contrapone al darse cuenta de que se ama. Es decir que el aclarar que se ama, puede impedir la despedida o la separación. Darse cuenta que se ama crea, entonces, un vínculo. Se pasa aquí a una tercera tópica, la del amor-acción. Éste tiene direccionalidad y va del amante hacia el amado. El amante es el activo y el amado es el pasivo. No precisa la reciprocidad para marcar un vínculo. El amor-acción se manifiesta, paradójicamente, en el pensamiento y sentimiento y solo en ellos se puede hacer evidente la acción. La acción, por sí misma, no es evidente. Se tienen que expresar pensamientos y sentimientos para manifestar que se ama. Pensamiento, sentimiento y acción supondrían estar conectados. La contrariedad aquí es que la acción no es el producto manifiesto de la cadena pensamiento-sentimiento, sino la causa de que se piense y se sienta de tal forma, los cuales manifiestan la acción. Es decir que se invierte la causalidad entre pensamiento-sentimiento-acción, convirtiéndola en acción-pensamiento-sentimiento o acción-sentimiento-pensamiento. El que se ejecute esa acción del amante hacia el amado no implica ni exige que se ejecute en paralelo del amado hacia el amante. Es una acción independiente. No se sabe si voluntaria o involuntaria, pero al fin con independencia de lo que el amado haga.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no se quiere despedir, el que quiere ser visto, el que piensa y siente, el que ama, el que no es correspondido, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no ve al amante, el que no sabe lo que piensa y siente el amante, el que no ama, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Decisión, tenacidad, amor, entrega, esperanza.

FUNCIÓN: Mantener el vínculo amante amado a través de la clarificación del acto amoroso.

FIGURA: Te amo, Reciprocidad, Declaración.

TÓPICA: El amor es acción.

☞ *A partir de este momento eres parte de mis recuerdos y de mi vida.*

ANÁLISIS: Este enunciado sigue al anterior, por tanto supone una consecuencia del amor-acción. La consecuencia del amor acción es la creación de un vínculo entre amante y amado, en el que la presencia del segundo en los recuerdos y en la vida del primero será permanente desde la ejecución del acto en adelante. Todo eso, con independencia a lo que ejecute o diga el amado. El amado queda

reducido a un receptor pasivo involuntario, mientras que el amante ese el activo, actante, voluntario. Recuerdos y vida se diferencian entre sí, pero al fin ambas parecen una colección de cosas o personas, en las cuales ya quedará inscrita la amada. Las palabras claves de esta consecuencia del acto amoroso serían: presencia, permanencia, recuerdos y vida. Vida deja de ser el tercer personaje voluntarioso y caprichoso de la tópica amor-sensación, para ahora convertirse en una propiedad pasiva del amante. Los recuerdos también resultan una propiedad pasiva del amante. Al declarar, el amante, que el amado pasa a ser parte de sus propiedades, lo convierte en objeto. Sin embargo, el amor sigue siendo el acto, acto por el cual el amado se convierte en objeto propiedad del amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el decidido, el que dicta, el que posee al amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que pertenece al amante aún en contra de su voluntad, el pasivo

ACTOS ILOCUTIVOS: Decisión, cariño, energía.

FUNCIÓN: Marcar un vínculo de propiedad del amante sobre el amado. Dicho vínculo resulta consecuencia del amor, no es el amor mismo.

FIGURA: Centralidad, Posesión.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Te necesito tanto como el pez del agua.***

ANÁLISIS: Las siguientes 12 oraciones son parte de un acróstico, texto poético en el que las iniciales de cada oración, leídas en vertical, conforman una palabra o frase. Este acróstico no está rimado y las oraciones no guardan mucha ilación una con la otra. Más bien son frases sentenciosas hechas de metáforas ya convertidas en clichés. Éstas, en particular, no hablan mucho del amor ni lo definen, pero sí establecen ciertos rasgos del amor o de la relación amante amado. Por ejemplo, esta oración marca un tipo de relación de dependencia entre el amante y el amado. El pez requiere el agua por sobrevivencia, porque ese es su ambiente natural de vida. El amante se asemeja al pez y el amado al agua. Por tanto, el amado se convierte en ambiente, uno indispensable para la sobrevivencia del amado. Sin él, el amante muere. Argumento dramático para forzar la permanencia del amado. No hay tópica del amor explícito, solo un rasgo de la relación amante amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el necesitado, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es necesitado, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Urgencia, afecto, necesidad.

FUNCIÓN: Darle motivos al amado para que éste se quede. La dependencia que creo el amante sobre el amado es el primer motivo.

FIGURA: Centralidad, Necesidad.

☉ ***Esto que te digo te lo digo de corazón.***

ANÁLISIS: Regresa a los términos de la organicidad y lo corpóreo. Lo sentido por el cuerpo parece ser el parámetro de realidad. Si el cuerpo lo siente, entonces es verdad. Por eso, para darle validez a lo que se dice, el amante recurre a la apelación de la organicidad. Si el cuerpo es el que lo dice, entonces es verdad. El corazón aparece como órgano representante del cuerpo. El corazón posee autoridad para distinguir entre lo real y lo irreal. El corazón puede ser la parte corpórea con mayor credibilidad.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que dice, el que apela al corazón, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Seguridad, certeza, sinceridad, honestidad.

FUNCIÓN: Validar lo que se dice.

FIGURA: Validación.

Ⓢ **A penas te pierdo de vista y ya te extraño.**

ANÁLISIS: Continúa el lenguaje sentido y corpóreo. El amante declara que es preciso mantener el contacto físico, al menos visual, con el amado para no extrañarlo. Si pierde contacto visual con ella, la extraña. Extrañar resulta un acto direccional que ejecuta el amante hacia el amado. Equivale a notar la ausencia del amado ante su ausencia física. El amante aparece como actante activo, pero la voluntad recae en el amado, sujeto pasivo y móvil. La conexión entre amante y amado, se insiste, es material, corpórea, basada en la presencia.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que extraña, el que está fijo, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que está en movimiento, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Añoranza, cariño.

FUNCIÓN: Insistir en el vínculo de dependencia que une al amante y al amado, como motivo para que el amado se quede.

FIGURA: Distancia-Proximidad, Permanencia.

Ⓢ **Muchos han sentido querer pero lo que yo siento es más que eso**

ANÁLISIS: Se continúa en el lenguaje sentido y corpóreo, ahora combinado con el elemento de la unicidad. La sensación que tiene el amante es distinta a la sensación de todos los que sienten querer. El amante, con su sentir, los supera a todos ellos. Su sentir es único por ser más complejo. Querer es una acción, pero una acción sentida. El amante sí siente, pero siente que su acción implica querer y algo más. El amante se vuelve activo y pasivo a la vez. Activo en cuanto ejecuta el querer (en la dimensión que implique el “más que eso”), y pasivo en cuanto a que es receptor sentido de su propia acción. La diferencia está en el sentir y en el actuar. Al ejecutar una acción adicional al querer, el sujeto siente más que el querer. Eso no equivale a que sea amor y por eso se insiste en que no hay tópicos del amor, pero sí elementos del amante. El amante, pues, resulta activo y pasivo, actante y sentido.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que quiere, el que se distingue, el especial, el que siente, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado (no aparece en este enunciado).

ACTOS ILOCUTIVOS: Orgullo, distinción, afecto.

FUNCIÓN: La unicidad de lo que se hace y se siente resulta un argumento más para convencer al amado de que se quede.

FIGURA: Te quiero, Unicidad

Ⓢ **Oro eres tú, vales mucho**

ANÁLISIS: El amante declara la valía del amado. El amado es oro, metal valioso en el plano material, por tanto vale mucho el amado. Es una metáfora. Sin embargo hay que aclarar el plano en que dicha metáfora funciona. El plano es el de la materialidad y lo económico. Por su material y por el contexto económico, el oro vale. La valía, entonces, del amado, tiene nociones de materialidad y economía.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que valora al amado, el que aprecia, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es de oro, el que vale mucho, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Aprecio, valoración, cariño

FUNCIÓN: La valía del amado resulta un halago. Un halago para que el amado no se vaya.

FIGURA: Centralidad.

Ⓢ ***Como yo nadie te ha amado.***

ANÁLISIS: Se retorna a la tópica del amor acción, ahora combinándola con el elemento de la unicidad. La acción de amar parece tener forma, por lo que cada acto amoroso resulta parecido o distinto. El amante distingue su acto entre todos los posibles ejecutados hacia la amada, resultando único ante ellos. El amor acto tiene direccionalidad y forma. El acto que ejecutó el amante, porque se refiere ya al pasado, se destaca de todos los que ha recibido la amada, en el pasado, por ser éste único en forma. No queda clara la durabilidad de un acto amoroso. Por la conjugación del verbo en pasado imperfecto, el acto ha acabado. Sin embargo tiene la suficiente vigencia como para evocarlo y compararlo. Se leería, entonces, que el amante ya no ama, actualmente a la amada, pero que la amó de forma única. El amante triunfa sobre sus posibles adversarios ganándoles en unicidad. El amado debe aceptar que, en ese sentido, el amante ha triunfado. Esta oración parece una cita de una canción de Brayan Adams (Everything I do, I'm doing for you) traducida al español como “como yo nadie te ha amado” y cantada por Pedro Fernández.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que amó, el que valora su amor, el especial, el que más ha amado al amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que ha sido amado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Orgullo, afecto, distinción.

FUNCIÓN: Declarar la unicidad del acto amoroso que ejecutó el amante sobre el amado, entre todos los actos amorosos que ha recibido el amado. La unicidad resulta un triunfo para el amante y una razón más para que el amado no se vaya.

FIGURA: Te amo, Unicidad.

TÓPICA: El amor es acción.

Ⓢ ***Lo sé porque te tengo muy dentro de mi corazón.***

ANÁLISIS: Pareciera una continuación del argumento anterior. Éste trata de validar aquel. De nuevo, el acto amoroso no resulta evidente, por tanto, la unicidad tampoco. Entonces el amante debe recurrir a una demostración tácita para probar al amado que aquella declaración de unicidad de su acto amoroso es cierta. La demostración apela, de nuevo, a la organicidad, teniendo como protagonista al corazón. El corazón parece el órgano corpóreo cuya autoridad ante los asuntos de la existencia real de lo que se siente y se hace resulta indiscutible y obvia. La razón que se da es que el amante tiene al amado dentro de su corazón. La alusión concreta sería la del amado encerrado en el corazón del amante. Si el corazón posee al amado dentro de sí, entonces es verdad que el amante ejecutó el acto amoroso de forma única. Lo que permanece no es el acto amoroso, ese ya pasó, pero el que se queda es el amado dentro del cuerpo del amante. Ciertamente, es una metáfora, pero aquí se establecen rasgos importantes de la tópica: el acto amoroso es temporal, por tanto caduca, sin embargo las secuelas corpóreas del acto amoroso permanecen y son las que avalan la existencia de ese acto amoroso. El cuerpo valida lo que hace el sujeto.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que tiene la certeza, el que posee al amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que duda, el que es poseído, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Certeza, afecto, seguridad.

FUNCIÓN: Validar la declaración anterior.

FIGURA: Posesión, Certeza/Duda, Validación.

TÓPICA: El amor es acción.

Ⓢ ***Ayer te quería de aquí a las estrellas.***

ANÁLISIS: Querer es una acción, pero no hay nociones de que equivalga al amar. Más bien, siempre se le ha distinguido de este. Querer es una acción con direccionalidad, temporalidad y cantidad. Solo que la cantidad está expresada en distancia. Una distancia considerable es “de aquí a las estrellas”. Se quiere, pues, mucho. “Ayer” y la conjugación del verbo demuestran que esa acción

ya no tiene vigencia. Es decir, que ya sucedió. No se sabe si sigue sucediendo solo que en otra dirección o en otra cantidad, pero el enunciado promueve esa duda. Lo que se deja claro es que se quiso, en pasado, en esa dirección y en esa cantidad. Es una oración declarativa. No hay tónica del amor, pero sí elementos que podrían atañerle.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que quiso al amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amando, el que fue querido, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cariño, añoranza, recelo.

FUNCIÓN: La función de esta oración es un poco contradictoria con las anteriores. Pareciera que la intención general es que el amado no se vaya, sin embargo, al declarar este tipo de cosas en pasado pareciera que el vínculo amante amado haya ya terminado y que, más bien, la intención es despedirse, dejándole ver al amado todo lo que desperdició. Esta oración parece esto último.

FIGURA: Te quiero.

☉ *Un día me dijiste que era casualidad encontrarnos y enamorarnos*

ANÁLISIS: Enamorarse resulta, por sí misma, una tónica. Ésta consiste en asumir el amor como un estado, es decir como un ambiente que envuelve a una o dos personas (en-amor) y les permite estar en él. En realidad, siempre implica a dos personas, aunque solo una quiera estar en ese estado. Declararse enamorado es declararse en ese ambiente, dentro de él, en él. Declarar que se está con alguien más es declarar que ambos están unidos por estar en ese mismo espacio al mismo tiempo. En inglés dicha declaración queda más obvia: I'm in love with you (estoy en el amor contigo). Ahora bien, ese estado resulta por casualidad y requiere el encuentro físico entre el amante y el amado. Esta oración constituye una pequeña narración: el amante recuerda que la amada le confesó que, por casualidad, se encontraron y se adentraron a ese estado. La casualidad fue encontrarse, pero ¿también aplicará a entrar a ese estado? Aclarar eso implicaría aclarar en donde está la voluntad de estar o no estar en el estado del amor. Si fue por casualidad, resultará involuntario. Si lo casual fue encontrarse solamente, cabe la posibilidad de que estar en ese estado sea por decisión. En todo caso, para estar en ese estado se requiere encontrarse con el otro. El encuentro físico con el otro es necesario para entrar a ese estado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, al que le dijeron, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que dijo, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Remembranza.

FUNCIÓN: Traer a colación los comentarios pasados del amado como modo de reforzar los actuales argumentos del amante.

FIGURA: Coincidir, Enamorarse, Involuntario.

TÓPICA: El amor es un estado.

☉ *De acuerdo yo con eso, confié en ti y me enamoré*

ANÁLISIS: Esta oración resulta una continuación de la tónica anterior. El amante declara que, cuando el amado le dijo eso, él se introdujo en el estado de amor. Pareciera como que sólo faltaba que le confirmaran que ambos estaban en ese estado para decidir estar en ese estado. Así, pues, con la declaración del amado, el amante decidió ejecutar dos acciones con direccionalidad y temporalidad: una hacia el amado (confiar) y otro hacia sí mismo (estar en el amor). Confiar es un acto activo, por así decirlo, puesto que implica ejecutar algo. Estar es un acto pasivo, porque implica eso, estar, existir en alguna condición. Es decir, si el amante se descubrió, ante las palabras del otro, en el estado del amor junto con el otro, él, por una parte, decidió confiar en el otro y decidir estar en ese estado. Estos dos actos parecen lógicos ante ese descubrimiento. Estar en el mismo estado permite seguir estando y confiar en el otro con quien se está. Esto está narrado en pasado. Se decidió ya estar ahí y se confió. No se sabe si aún se está ahí y si aún se confía, pero al menos deja claro que eso hizo cuando descubrió su estado gracias a la narración del otro.

Enamorarse, resulta entonces, implica un grado de voluntad, aunque no totalmente, porque el amado es el que se da cuenta que ya están, sin querer, en ese estado. Más bien, entonces, la decisión voluntaria recae en permanecer. Pareciera un reproche o pareciera, al menos, una declaración de que todo eso se hizo estando con el otro. El reproche tendría la función de acusar al otro, tal vez de engañar. La declaración serviría de argumento para convencer al otro de que se quede.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que confío, el que se enamoró, la víctima, el que cedió, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, en el que confiaron, el victimario, el que se impuso, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Desilusión, lamento, autocompasión.

FUNCIÓN: La función no está clara. No se sabe si es un intento de reprocharle al otro algún tipo de engaño o si se trata de hacer el recuento de lo que sucedió como un argumento para solicitar la permanencia del amado. En ese caso consistiría en una apelación al pasado.

FIGURA: Confiar, Enamorarse

TÓPICA: El amor es un estado.

☞ *I need you and I love you forever*

ANÁLISIS: Aún cuando esté en inglés, la tópica que hay detrás de este enunciado es la del amor acción. “Te necesito y te amo por siempre” resulta la traducción textual. Necesitar y amar son verbos, por tanto, acciones, acciones con direccionalidad y temporalidad. Necesitar es un acto pasivo. No se sabe si amar es pasivo o activo. Lo que sí se sabe es que no es un acto manifiesto, igual que el necesitar. La idea de la eternidad aparece como la temporalidad del necesitar y el amar. Había quedado la duda, en las oraciones anteriores, si el acto amoroso era un acto perdurable o si tenía una temporalidad determinada. A como se habían manejado las conjugaciones anteriormente, parecía que el acto amoroso era finito, temporal y momentáneo. Ahora se entiende que el acto amoroso es infinito, atemporal y permanente. Son esas las nuevas características del acto amoroso. Aún no se sabe en qué consiste en acto amoroso pero se puede, al menos, distinguir del necesitar. El hablante de nuevo declara la dependencia con respecto al amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante. El que necesita, el pasivo. El que ama, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado. El que es necesitado, el activo. El que es amado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, urgencia, necesidad.

FUNCIÓN: Se establece un doble vínculo con el amado: el de la dependencia y el de la acción. Resulta repetitivo y contradictorio con el impulso incriminador que en otras oraciones brotó. Este es un argumento para que se quede el amado.

FIGURA: Te amo, Necesidad.

TÓPICA: El amor es acción.

☞ *Amor, hoy te quiero más que ayer.*

ANÁLISIS: Se pasa a una nueva tópica del amor, la del amor como sujeto. El amado personifica el amor. El amado es el amor. Por eso se le llama o se le evoca con su nombre. El nombre del amado y el del amor resultan sinónimos. El resto de la oración es un tipo de declaración basada en el querer, acción que ejecuta el amante sobre el amado en cantidades distintas. Ayer fue una cantidad, hoy será más que la de ayer.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que quiere, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el amor, al que quieren, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto.

FUNCIÓN: Declararle al amado su empeño en quererla. Un argumento a favor de que se quede.

FIGURA: Amado, Te quiero.

TÓPICA: El amor es el amado.

Ⓢ (TE AMO CLAUDIA)

ANÁLISIS: Esto es lo que se lee verticalmente en el acróstico. En esta frase se usa la tónica del amor acción. Funciona como una repetición de la misma declaración ya hecha anteriormente. Dicha repetición pareciera un intento de agenciar credibilidad en el acto. El acto no es evidente, por ello se declara y se aclara repetidas veces para convencer al otro de que es cierto. Por eso, este acróstico tiene como tema central esta declaración repetida. La idea es convencer al otro que es real.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ama.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien aman.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto.

FUNCIÓN: Convencer al amado de que su acto amoroso es real. Argumento para pedirle que se quede.

FIGURA: Te amo.

TÓPICA: El amor es acción.

Ⓢ *Espero traigas siempre el anillo o al menos lo conserves para que quede como símbolo de que te amo y te amaré y de nuestra amistad.*

ANÁLISIS: De nuevo se usa la tónica del amor acción. El acto amoroso, como se ha visto, no es evidente, pero ahora resulta que puede ser simbolizado para que se le tenga presente y quede evidencia de que existe. En este caso el objeto encargado de evidenciar ese acto incorpóreo es el anillo. De nuevo aparece la necesidad de la presencia permanente. El anillo no solo sustituye al acto amoroso que ejecuta el amante, sino al amante mismo, pues, si el amado lo conserva o, mejor aún, si lo trae puesto, significará que el vínculo entre amante y amado, aquel hecho de la presencia y la permanencia, sigue vigente. La declaración del acto amoroso se hace en presente y futuro. Si el acto amoroso fuera eterno, como lo hacía ver aquella oración en inglés, no sería necesario hacerlo en presente y en futuro. Bastaría hacerlo en presente. Pero el que estén presentes ambas conjugaciones implica, entonces, que el acto amoroso es temporal, o sea que se ejecuta y deja de ser ejecutado enseguida de que se ejecuta. Por tanto, es necesario ejecutarlo ahora y después para que cuente con vigencia en el ahora y en el después. No se sabe cuánto tiempo abarca el acto amoroso como para saber cuánto puede durar el presente y cuánto abarcaría el futuro, pero al menos queda claro, entonces, que es temporal. La declaración que hace el amante es que el anillo simbolizará que él ejecuta el amor en el presente y lo que lo ejecutará en el futuro hacia la amada. Amar no equivale a tener una amistad, por eso lo separa, aunque de cualquier forma lo une con la serie de cosas que debe simbolizar el anillo para el amado. La permanencia eterna del anillo en posesión del amado, no equivale a la durabilidad eterna del acto amoroso, pero sí de su recuerdo y de su presencia.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que espera, el que impone el significado del símbolo, el que ama, el que es dueño compartido de la amistad, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe usar el símbolo, el dueño compartido de la amistad, al que aman, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Esperanza, ilusión, apego, permanencia.

FUNCIÓN: Pedir la permanencia de la presencia del amante en el amado. Es una forma de abogar porque el vínculo no se rompa.

FIGURA: Permanencia, Te amo, Nosotros, Esperanza.

TÓPICA: El amor es acción.

Ⓢ *Toma el tiempo que quieras soy capaz de esperarte. Y si te llegas a casar con alguien mejor que yo te deseo seas feliz.*

ANÁLISIS: El amante le otorga al amado la capacidad de decidir el tiempo de la separación. Le cede, pues, el papel activo para posicionarse él en el papel pasivo que sólo espera. Sin embargo,

ante esta pérdida del poder, se encuentra con el ineludible temor a perder, también, al amado, pero, entonces, ante la irrevocable pérdida del poder, no hay más remedio que la resignación. Por ello manifiesta un deseo de felicidad para el amado, aceptando su derrota.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que espera, el que cede el poder, el que libera al amado, el que desea su felicidad, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es liberado, el que ahora tiene el poder, el que tiene la decisión, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Esperanza, desapego, afecto.

FUNCIÓN: Si el amado tiene ya el poder de irse, esta oración, la cuál le concede el poder de irse, le permite al amante reivindicarse y ser él que ceda el poder y no el que pierda. Esta oración, más que argumentativa en pro de la reconciliación, es salvadora de la dignidad del amante.

FIGURA: Permanencia, Esperanza.

☞ ***No te preocupes el que tuvo la culpa fui yo por amarte demasiado y no dejar que vieras o comprobaras si en realidad tú me querías.***

ANÁLISIS: Este enunciado está precedido de otros en los que el amante le declara al amado que sabrá esperar el tiempo que considere necesario para considerar de nuevo la relación y regresar. Y también le dice que si no regresa, le deseará felicidad. Siguiendo con esa lógica, este “no te preocupes, el que tuvo la culpa fui yo” significa que el amante asume la responsabilidad de que el amado decida no regresar. ¿Qué hizo el amante para que el amado no regresara? Amarlo demasiado. Se continúa en la misma tópica del amor acción, con direccionalidad y cantidad. Ahora bien, la cantidad resulta significativa ahora, pues no solo el acto amoroso puede ser mucho, poquito o nada, sino que incluso puede rebasar lo esperado y ahuyentar al amado. Es decir, amar, como acto, tiene un límite. Si se hace demasiado, resultará en eso, en alejar al amado. Para el hablante, el que él amara demasiado al amado impidió que ella viera y comprobara si sí lo quería. Amar es un acto que, si se hace en gran cantidad, impide al que lo recibe hacer otros actos (como ver y comprobar si se quiere al otro). Amar es un acto que coacciona al que lo recibe, si lo recibe en exceso. De nuevo la apelación a lo corpóreo para validar lo que se hace. El ver si se quiere implica una percepción física de algo que, al parecer, es igual de intangible que el amor. Sigue, pues, presente, la necesidad de constatar, de notar si es real (vs. falsedad) y el cuerpo parece ser un buen juez de eso.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que consuela, el que se responsabiliza, el culpable, el victimario, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es consolado, la víctima, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Condescendencia, culpabilidad, responsabilidad, decisión, afecto.

FUNCIÓN: El amante asume la responsabilidad del alejamiento del amado y libera al otro de la culpa.

FIGURA: Culpa, Te amo, Reciprocidad, Te quiero.

TÓPICA: El amor es acción.

☞ ***Además de que quería que hubiera sido una relación, tendría que estar contigo diario o por lo menos cada tercer día en Zamora.***

ANÁLISIS: No hay tópica del amor en esta frase, sin embargo se hace alusión a un elemento repetitivo en el vínculo amante amado: la presencia. Dicho elemento requiere constancia, por ello, su ausencia, impide un vínculo entre amante amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que quería, el que no podía, el que es víctima de las circunstancias, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado (aparece en un papel secundario).

ACTOS ILOCUTIVOS: Lamento, resignación.

FUNCIÓN: Argumentar que las circunstancias, en sí, impiden que se reencuentren en el vínculo.

FIGURA: Nosotros, Distancia/Proximidad.

☉ ***RECUERDA NADIE TE AMARÁ COMO YO EN TAN POCO TIEMPO.***

ANÁLISIS: De nuevo se usa la tópica del amor acción. Repetirlo es, de nuevo, una forma de mantener la permanencia y aspirar a que la relación, pese a todo, continúe entre amante y amado. Repetirlo, en sí, es un intento de validar el mensaje. El amante declara que ninguna otra persona ejecutará el acto amoroso sobre el amado de la misma forma en que él lo hizo en un lapso de tiempo tan corto. El amor acción, por tanto, tiene direccionalidad, forma y tiempo de, digámoslo así, arranque. Cada uno de esos rasgos permiten una tipología del amor: se puede amar a distintas direcciones, en distintas formas y con distintos tiempos de arranque, es decir, tiempo antes de la acción. Lo que dice el amante es que en esa dirección, en esa forma y en ese breve tiempo no habrá nadie más que lo logre. Pareciera que entre más breve sea el tiempo de reacción es mejor. Entre más pronto se ame, mejor. Pero ¿cuándo se empieza a contar el tiempo? No queda claro. Todo esto denota un elemento más del amor-acción: la unicidad. El amar de forma única le permite al amante distinguirse de entre los demás y asegurarse que el amado lo vea de especial forma. La unicidad es un triunfo del amante sobre los demás posibles amantes y el que el amado lo recuerde es una forma de tener presente al mismo amado. Es una declaración hecha aún con ánimos de la reconciliación.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que desea que lo recuerden, el que ama, el que amará, el especial, el único, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe recordar, el que es amado, al que amarán, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cariño, persistencia, orgullo, dignidad, afecto.

FUNCIÓN: Declaración que sirve para enjuagar la derrota en el amante y para sostener, aún, la esperanza de que el amado lo considere. Es pues, una declaración que es, a su vez, un argumento.

FIGURA: Te amo, Permanencia, Unicidad.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***TE AMO CON TODAS MIS FUERZAS***

ANÁLISIS: El acto amoroso tiene, ahora, también, la cualidad de la intensidad. Se puede amar con distintas intensidades. El amante, en esta ocasión, declara, amar con toda la intensidad de la que es capaz. El amor acto, entonces, tiene direccionalidad e intensidad, aparato de cantidad, temporalidad, temporalidad de reacción y forma, pero no materialidad. Sería casi como un verbo similar a patear (se puede patear en distintas direcciones, en distintas intensidades, en distintas cantidades, por distintos lapsos y en distintos lapsos), pero la acción, en sí, no está definida en amar, así como lo está en patear, ni tampoco es evidente como en éste último.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ama, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien aman, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto.

FUNCIÓN: Declaración que, de nuevo, puede servir de argumento para solicitar el retorno del amado. Sirve también para validar el mensaje de que se ama, o para continuar con el vínculo amante-amado o para solicitar la permanencia. Todo eso equivale a validar el mensaje y solicitar el retorno del amado.

FIGURA: Te amo, Extremo.

TÓPICA: El amor es acción.

☉ ***Posdata: Espero te guste el color de la carta.***

ANÁLISIS: Esta oración resulta irrelevante en cualquier sentido. La hoja del escrito original era negra y estaba escrita con tinta plateada. Tal vez el negro simbolizaba toda la tristeza de la

despedida, pero no hay posibilidad de intuir eso. Esta expectativa, pues, no queda clara, pues puede referirse sólo a que el negro es un color inusual, o a que no le gustaba al amado, en fin, a algo que queda fuera del alcance del entendimiento del lector.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que espera, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que decide si le gusta o no el color, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Curiosidad.

FUNCIÓN: Hacer notar el detalle del color de la carta.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 3:

Características del texto:

- *Es un texto declarativo, argumentativo y demostrativo.*
- *Posee fragmentos narrativos.*
- *Presencia de interpelaciones al interlocutor.*
- *Es un texto mayoritariamente sentido, es decir que, independientemente de la tónica de amor que evoque, hace constante referencia a la sensación corpórea.*
- *Hay trozos de una canción.*
- *Se utilizan versos en forma de acróstico.*
- *El hablante habla de sí mismo con respecto a la relación con el amado.*

Mensaje general: *Explicar y explicarse el por qué la relación entre amante y amado no funcionó, acusar al amado de ello, asumir la responsabilidad del amante, declarar la dependencia que se tiene al vínculo y abrir las posibilidades para intentar un reencuentro o dejar claro que el amor del amante será el mejor.*

Función general: *Es contradictorio e impreciso. Por una parte se solicita reciprocidad, por otra se acusa la falta de ésta. Es un intento de “adiós”, pero un insistente “no te vayas”. Pareciera una carta comodín, cuya utilidad solo puede definirla el amado.*

Tópicos:

• Amor - sensación.	• Amor – don.
⊗ Es interno.	⊗ Es un bien.
⊗ Es corpóreo. El corazón es el órgano más sensible.	⊗ Se crea un vínculo amante - amado si se intercambian bienes y valores.
⊗ Lo produce la vida.	⊗ Se rompe el vínculo si el intercambio resulta fraudulento.
⊗ Es programado. Transcurre en algún momento de la vida.	⊗ Equivale a la honestidad y a la protección, juntas.
⊗ Se asemeja a un golpe.	
⊗ Es involuntario.	
⊗ Es sorpresivo.	
⊗ La reciprocidad consiste en coincidir con el amado en el momento en que siente amor.	
⊗ Es azaroso.	
⊗ El desamor implica no coincidir en tiempos con la sensación del amado.	

<ul style="list-style-type: none"> • Amor - estado. <ul style="list-style-type: none"> ⊗ Es un estado. ⊗ Crea un vínculo amante – amado. ⊗ Precisa del encuentro físico entre amante y amado. ⊗ Se ingresa por casualidad. ⊗ Exige actividad. ⊗ La permanencia implica voluntad. ⊗ Es perdurable (mas no permanente). 	<ul style="list-style-type: none"> • Amor – amado. <ul style="list-style-type: none"> ⊗ Es un sujeto (el amado). ⊗ El nombre del amado equivale al nombre del amor.
--	---

<ul style="list-style-type: none"> • Amor - acción. <ul style="list-style-type: none"> ⊗ Es una acción. ⊗ Implica direccionalidad. ⊗ No precisa la reciprocidad. ⊗ Crea un vínculo amante- amado. ⊗ El vínculo precisa presencia y permanencia. ⊗ El amante es el activo y el amado es el pasivo. ⊗ Se ejecuta con el pensamiento y el sentimiento. ⊗ No es manifiesto por sí mismo. ⊗ Se hace manifiesto al expresar pensamientos y sentimientos. ⊗ El amado se vuelve propiedad del amante. ⊗ Tiene forma. ⊗ Es único. ⊗ Es temporal. ⊗ Es perdurable. ⊗ Puede ser permanente. ⊗ Se comprueba su existencia físicamente (a través del corazón). ⊗ Es distinto a necesitar. ⊗ Es distinto a la amistad. ⊗ Debe manifestarse constantemente para hacerlo verídico. ⊗ Puede ser simbolizado con un objeto material (anillo). ⊗ Es inmaterial. ⊗ Implica cantidad. ⊗ En exceso aleja al amado. ⊗ Tiene límite. ⊗ Es coactivo. ⊗ Implica un tiempo de latencia previo a la ejecución del acto. ⊗ Entre más corto sea ese tiempo de latencia, es mejor el amor. ⊗ Implica intensidad. ⊗ La intensidad máxima depende de la capacidad del amante.

Carta 4 (hombre, contexto preparatorio)

Hoy como ayer, me sigo preguntando como fue, que aun no entiendo como me pude enamorar de ti, se oye un poco tonto, ya que tu nunca me has dado algún motivo, no tiene lógica lo que mi corazón siente, lo que si es cierto es que te has vuelto mi ilusión, y como pedirte, como decirte que me dejes entrar en tu vida, el solo pensarlo me parece un acertijo, un laberinto sin salida.

Si solo pudiera cambiar mi sueño por un nuevo amanecer, pero me da tanto miedo el no poder gritar, murmurar lo que el corazón siente, al saber que estas tan lejos, que prefiero amar en el silencio de la soledad, y no esperar respuesta, porque la esperanza ausente de dejo, y como negarle a tu mirada recaer sobre estas palabras que me envuelven día y noche y que es lo que tu sin esperar has despertado, esto que siento es muy mío y compartirlo me a costado dejar de pensar en la derrota, he querido olvidarte, pero como olvidar lo que no se ha tenido, si aún cuando estás cerca te extraño, te juro que nunca fue mi intención el sentir algo por ti, si no que hay algo que se encendió dentro de mí y sin explicación, cuantas veces que estoy cerca de ti he pensado decirte lo hermosa que estás, que me encanta tu mirada coqueta que me enamore así tal y como eres, pero no tienes de preocuparte por que esta es la única forma en que puedo desahogarme, en la que puedo expresarme.

Si no lo sabías de te lo digo, para que te rías un rato, pero espero que te rías tú sola y no con alguien más y si es así, pues que más da sabías que me enamoré de ti, sin razón y muy tontamente y que hasta este momento me basta con tener la ilusión, ya vez no se pide mucho (nada) aunque puedo ver en tus ojos que tu mirada lejos se ausenta, y cual motivo podrías tener para dejarme entrar en tu vida, esa podría ser la respuesta del millón de dólares, bueno ni yo me hago mucho caso porque solo al final puede que sea un tonto enamorado.

Atte.

J. F.

ANÁLISIS.

- ☉ *Hoy como ayer, me sigo preguntando como fue, que aun no entiendo como me pude enamorar de ti, se oye un poco tonto, ya que tu nunca me has dado algún motivo, no tiene lógica lo que mi corazón siente, lo que si es cierto es que te has vuelto mi ilusión, y como pedirte, como decirte que me dejes entrar en tu vida, el solo pensarlo me parece un acertijo, un laberinto sin salida.*

ANÁLISIS: Se toma la tópica del amor como estado (en-amor-ar), aún cuando se le exprese como acción. La acción consiste en ingresar en ese estado. El amor es el estado; enamorarse es entrar en ese estado. La acción de ingreso es accidental, requiere un motivo (que lo proporciona el amado) aunque no es indispensable, crea un vínculo amante amado, crea una experiencia física, reviste al amado de nuevas características y crea deseos en el amante. En el primer trozo de texto, el amante se pregunta cómo fue que se enamoró de la amada, es decir que el acto de entrar en el estado del amor fue accidental y de una forma que sorprendió al amante, por lo menos lo suficiente como para que le intrigue saberlo. Aún no está claro cómo es que se entra a un estado que lo vincula al otro, sin que el otro esté en el mismo estado. ¿Por qué implica cierto tipo de pertenencia o direccionalidad? Seguramente, el acto en sí, el de entrar en el estado del amor, no implica al amado, es decir, que no tiene direccionalidad, al contrario del “te amo”. Aquí no es “te enamoro”. El “me pude enamorar de ti”, se traduciría, en realidad, según el lenguaje de la tópica, “me pude meter al estado del amor de ti”. El “de... (sujeto)” designa, generalmente, propiedad más que dirección. Por tanto, el amado interviene como propietario del amor, es decir, como dueño del campo al que ingresa el amante. El amante ingresa, por accidente, pues, a la propiedad (el estado) del amado. El amado no le dio ningún motivo para ello. El amante ingresó a pesar de la voluntad del amado. Pareciera, entonces, que lo lógico fuera que ese ingreso se diera por alguna razón: una invitación, una provocación, una justificación, etcétera. Pero si no se tiene dicha razón, aún por accidente, se puede ingresar al estado de amor del otro. El amante sigue con la narración de su experiencia y cuenta que estar en ese estado, por accidente, siendo de esa persona que no le dio razón para ingresar, siente en su corazón un algo que no tiene lógica. Su narración, en sí, pareciera cometer un error categorial: el sentir no implica razones, el pensamiento sí. Sin embargo, considerando al ser humano como un ser integral, el pensamiento y las razones que se tengan, ciertamente, influyen en el sentir. En todo caso, lo que señala el amante es que el hecho mismo de ingresar a un estado sorpresivamente, sin motivo alguno, y la sensación corpórea que de ella deviene resulta ilógico. Lo lógico sería ingresar, por tanto, con un motivo y premeditadamente, produciendo una sensación distinta. Pero como no sucedió así, la sensación y el proceso en sí resulta contrariante, inesperado, “ilógico” precisamente. De cualquier forma, lo que hay que rescatar de este trozo de narración son dos cosas: una, la apelación a la organicidad como constatación de que se está en el estado, sobre todo al corazón que pareciera particularmente sensible a ello; y, dos, que dicha experiencia sensorial deviene del estar en el estado de amor. Al fin, lo que insiste con esta oración es que tan accidental e involuntario fue su ingreso, que no le encuentra explicación ni al ingreso ni a su experiencia en sí. Al menos eso se lee en conjunto. La oración de “no tiene lógica lo que mi corazón siente”, por sí sola, se prestaría a entender que a lo que le falta lógica es a la sensación. Sin embargo no se describe ni la sensación ni las razones del absurdo, además de que el sentir solo difícilmente tiene lógica, si no es porque tiene una serie de pensamientos ilógicos detrás que hacen el sentir ilógico. Por eso se supone que el amante cree, realmente, que entrar al estado del amor de alguien debe ser voluntariamente, premeditadamente, con motivos que otorgue el amado y no así, de sorpresa, involuntariamente, sin motivos. Por eso el hecho de verse ya en el estado del amor del amado, le parece ilógico, al igual que el sentir que acompaña a esa experiencia. Después de esa constante manifestación de sorpresa, el amante declara: “lo que sí es cierto es que te has vuelto mi ilusión”. Esta parte podría confundir, porque, una de dos, o da a entender que hay alguna declaración de las anteriores que es falsa, cosa que no se manifiesta y aclara en ninguna parte, o que hay algunas partes de su decir que son inciertas, cosa

que coincidiría con su insistencia en que no entiende cómo sucedió lo de su ingreso al amor. Suena más lógico, entonces, que se refiera a un “cierto” vs. “incierto”, que a un “cierto” vs. “falso”. Por tanto, la parte incierta a la que se refiere es la forma en que ingresó a ese estado del amor (sin voluntad, por sorpresa, sin lógica), mientras que la parte cierta es que el amado se ha convertido en propiedad del amante y en que representa una ilusión (ente inmaterial, etéreo, onírico, utópico e inspirador) para el amante. El amado, pues, se convierte en una inspiración para el amante y es, en sí, del amante. Sin embargo, dicha propiedad del amado, por parte del amante, o el hecho mismo de que el amante haya ingresado al estado del amor del amado, no implica que el amante pueda ingresar a la vida del ser amado. Para ingresar a esa parte sí necesita un permiso especial que solo el amado otorga y que, solicitarlo, en sí, le crea conflictos al amante. La vida aparece como una propiedad del amado, algo muy personal que no puede ser violado ni por accidente. Por eso, el solicitarle el ingreso le implica al amante algo muy difícil, como “un acertijo” o un “laberinto sin salida”. En sí, pues, toda la narración implica una contrariedad: el amante no quería ingresar a ese estado, el amado no dio motivos para que entrara, como quiera el amante entró de alguna forma y no se explica el modo, por lo que la experiencia, en sí, le parece ilógica. Lo único cierto en todo eso es que, de ese hecho, el amado pasó a convertirse en una ilusión propiedad del amante, es decir, en algo etéreo pero que le inspira. El problema mayor luego se convirtió en cómo pedirle al amado que le permita ingresar a su vida, una propiedad cerrada y muy condicionada del amado a la que sólo se puede ingresar con permiso del amado. Pero conseguir ese permiso, luego de las incertidumbres anteriores, resulta difícil. Eso es lo que parece declarar el hablante por medio de la narración.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no sabe, el que no se explica, el que se enamoró sin querer, el irracional, el que siente sin sentido, el que posee al amado, el que no se atreve, el que teme, el que duda, el que no puede, el mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe, el que no se dio cuenta de esto, el que no dio motivos, el que actuó sin querer, el que es poseído, el que decide si aceptar o no al amante, el que tiene la respuesta, el que tiene el poder, el que es mayoritariamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Duda, desesperación, incomprensión, afecto, enojo, amor, impotencia.

FUNCIÓN: Que el amado se dé cuenta de que el amante está en su estado de amor sin querer. Es una forma de disculpa, pues si se deslinda de la responsabilidad de invadir su “amor”, no quedará tan mal ante el amado, quien lo puede aceptar o rechazar.

FIGURA: Irracional, Incertidumbre, Enamorarse, Involuntario, Certeza/Duda, Centralidad, Posesión.

TÓPICA: El amor es un estado.

☉ *Si solo pudiera cambiar mi sueño por un nuevo amanecer, pero me da tanto miedo el no poder gritar, murmurar lo que el corazón siente, al saber que estas tan lejos, que prefiero amar en el silencio de la soledad, y no esperar respuesta, porque la esperanza ausente de dejo,*

ANÁLISIS: Hay un cambio de tónica. El amor, ahora, es una acción. Una acción que se ejecutaría voluntariamente. La acción, en sí, no es evidente o no evidente. El amante puede elegir hacerlo de cualquiera de las dos formas. La acción crea una sensación corpórea, de nuevo manifiesta preferentemente en el corazón. El amante manifiesta poder hacer que la situación fuera distinta, aunque no devela del todo cuál es esa situación. Pero si da algunos elementos, como lo son el temor a gritar y el temor a manifestar su sensación corpórea, nacidos ambos de la lejanía del amante. Dicha lejanía, pues, hacen que el amante tenga miedo de gritar y manifestar su sentir. Si hay temor, mas no imposibilidad, quiere decir que sí se puede gritar y manifestar el sentir, solo que hay represalias que el amante no quiere padecer. ¿Cuáles serán esas represalias? ¿Por qué el amante tiene miedo? La situación, pues, es esa: el amante ejecutará el amor (en realidad nunca lo ejecuta porque solo lo supone, si él no manifestara su sentir, pero lo está haciendo al decir que no lo hará, entonces ya no ejecutará el amor), pero teme gritar y teme manifestar su sentir porque el amado está lejos y puede sufrir represalias por ello. Entonces decide que ejecutará su acto amoroso en silencio,

a solas, sin esperar respuestas y sin esperanzas. Gritar y manifestar el sentir, entonces, se podrían entender como manifestaciones de la acción amorosa, que no es por sí misma evidente, sino que deben hacerse evidente a través de eso: gritar y hablar. Si se grita y habla, se puede tener respuesta, porque no se hace a solas, sino en compañía, y puede crear esperanzas en el amante. ¿De qué? No queda claro. Lo que sí queda claro es que la lejanía del amado es lo que arruina esa segunda versión. ¿Por qué la lejanía del amado podría impedir que el amante gritara y hablara, tuviera compañía y esperanza, además de una respuesta? Tal vez porque, estando lejos, no le puede gritar y hablar en persona. Es decir, la manifestación del acto físico precisa la presencia física del amado, pero una presencia cercana. Sin esa presencia, el amante no puede manifestar su acto. Ahora bien, pareciera que la carta, en sí, podría ayudar a saltar la distancia, pero ciertamente por carta no se puede gritar y hablar. Esto último que se dice es sólo una suposición, porque el hecho de que el amante diga que no gritará ni hablará de su sentir es ya una forma de referirse a él. Es decir, está manifestando algo que decidió no manifestar, pero al manifestar que no lo va a manifestar, lo manifiesta. Es decir, el amante realmente quiere que el amado se entere. Ahora bien, aún cuando la carta o el hecho de decir que no lo va a manifestar sean ambas una forma de manifestarlo, el amante insiste que teme hacerlo. Teme hacerlo pero, como quiera, lo hace. ¿Cuál es la consecuencia? ¿Cuál es el cambio que espera? Dado los enunciados anteriores, probablemente la consecuencia latente de manifestar su acción es ser o no ser correspondido. El acto amoroso ya está declarado, aunque en esta ocasión no tiene direccionalidad. No tiene direccionalidad, probablemente, para no comprometerse mucho con su declaración. El nuevo amanecer, lo esperado, pues, sería que el amado estuviera cercano, que le permitiera ingresar en su vida (como lo solicitó en el trozo de texto anterior), que se diera cuenta del grito y del dicho sobre los sentimientos y los actos del amante, que le diera una respuesta favorable, que le diera compañía y que la esperanza estuviera presente. Eso sería enteramente favorable y, al parecer, lo que realmente espera el amante. Pero, como el amado no le dio motivos para entrar a su estado y está distante, el amante tiene miedo de manifestar su acción, sentimiento y estado temiendo una negativa. Por eso manifiesta no querer, mejor manifestarlo. Aunque en el no querer lo está haciendo. Así, entonces, se convierte esta declaración en un juego retórico: al decir qué es lo que no se quiere decir, se dice, pero en apariencia no se dice, así se hacen ambas cosas, decir y no decir. Si el amado rechaza, entonces está el consuelo de que no se dijo lo que se dijo y que se tenía razón al tener miedo. Pero si el amado acepta, ya sabrá que eso era lo que esperaba. Todo esto en torno al acto amoroso que ya de por sí se hace, pero que no es manifiesta y, en la duda de si manifestarlo o no, surgen todos estos juegos. Un rasgo curioso es que el amante sigue describiendo una misma situación y asumiendo el mismo estilo de argumentación, a pesar de que se están usando ya 2 tópicos. La situación es que el amado está lejos y no sabe ni admitió nunca que el amante se le acercara amorosamente. La argumentación es negarlo todo, no responsabilizarse de nada y declarar la inocencia, pero, mientras se hace eso, aparentemente sin querer se manifiesta lo que el amante siente y hace. Las dos tópicos no se contraponen. De hecho, se puede estar en el estado del amor y amar. Se puede estar enamorado y amar a la vez. No se sabe si funcionan separadas (amar sin estar enamorado o estar enamorado sin amar). Por lo pronto, ambas tópicos son compatibles. Aunque, ¿qué es el amor? Hasta ahorita, ambas cosas: estado y acción.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que espera, el que sueña, el que teme, el que no puede hablar, el que sabe, el que ama, el que decide, el que se aísla, el que no espera respuesta, el que tiene el poder, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que está lejano, el que no tiene el poder, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Esperanza, Ilusión, temor, terror, soledad.

FUNCIÓN: Decir que no se va a decir lo que se dice para decirlo realmente, solo que vedado, como un modo de protegerse en caso de que el amado lo rechace. Así supondrá que no dijo lo que dijo porque sabía que eso podía pasar. Sin embargo, el deseo del amante es sí decirlo y que el amado lo acepte. De nuevo, la función es declararse pero deslindándose de su voluntad, de su decir, para que, en caso de que se le rechace, no sentirse responsable.

FIGURA: Esperanza, Temor, Sentir amor, Validación, Soledad, Te amo, Reciprocidad, Distancia/Proximidad, Declaración.

TÓPICA: El amor es acción

© *y como negarle a tu mirada recaer sobre estas palabras que me envuelven día y noche y que es lo que tu sin esperar has despertado, esto que siento es muy mío y compartirlo me a costado dejar de pensar en la derrota, he querido olvidarte, pero como olvidar lo que no se ha tenido, si aún cuando estás cerca te extraño,*

ANÁLISIS: En este no decir lo que se dice, resulta lógico que ahora se niegue y se confirme lo anterior, es decir, que se niegue el que no se va decir lo que se dice, diciéndolo ahora, y confirmando que realmente se quiere decir. Las contrariedades parecen predominar. Decir- no decir, afirmar- negar, aspirar-no aspirar, pedir-no pedir, compartir- no compartir, tomar- no tomar, etcétera. Aún cuando el amante no sepa que hacer, lo que aún queda estable es que el amante quiere amar y que está en el estado de amor del amado. De eso no duda el amante. De lo que duda es qué hacer a partir de ello. En el trozo de texto anterior, cuando el amante sugirió que mejor no diría nada por temor a la reacción del amado y, sobre todo, por su lejanía, ahora le afirma que, pese a ello, no puede negarse a que lea esto que escribe. ¿Por qué no puede negarse? Pues porque lo que escribe es lo que ha despertado el amado en el amante sin querer. Ordenando las ideas, sucedería lo siguiente: el amante entró en el estado del amor del amado sin que el amado le diera motivos, aparentemente, aunque los dio sin darse cuenta, el amante entró por accidente, el amante desea ejecutar el amor, ambas cosas le son sorpresivas porque él no esperaba ni entrar ni querer ejecutar el amor, por eso tiene miedo, miedo de manifestar ambas cosas, porque ni el amado tenía la intención de que eso sucediera, ni el amante tampoco. Sin embargo sucedió, pero el amante pretende ocultarlo para aparentar que no pasa nada. Sin embargo decide manifestárselo al amado a través de la carta, porque ella, de algún modo, tiene derecho a saberlo dado que su sola presencia provocó en el amante toda esta situación, es decir, un sentir muy particular nacido de su acción y de su experiencia. Esas tres cosas, el sentir, su acción y su experiencia, al fin, dichas y compartidas, resultan una confesión costosa para el amante, pues le simbolizan una derrota. Sin embargo, hace la confesión con deseos de obtener algo, pero insistiendo en que sabe que ha de perder. Ya intentó olvidar su situación pero no pudo. En fin, su situación es de certeza de lo que le pasa, duda sobre qué hacer y tendencia a darse totalmente derrotado, por ello toda la voluntad posible envuelta en esta situación se la otorga a la suerte o a otra cosa, pero no a él. No quiere ser responsable de lo que pase. Más o menos ese sería el mapa de lo que hasta ahora se ha dicho. Ahora bien, hay otros elementos importantes que se deben de rescatar. Hay, pues, hasta ahora dos tópicos del amor: la de amor-estado, y la del amor-acción. En ambas tópicos se contempla una parte sentida, es decir que en ambas, estar o actuar, le implican al cuerpo una experiencia en sí, experiencia que produce un efecto sensorial, resentido sobre todo por el corazón. Ahora bien, no hay que olvidar que ambas tópicos, en realidad, hablan de estados y acciones que no son materiales, es decir, que no son evidentes, no los ejecuta el cuerpo, pues. Aún no se sabe cómo se está y se hace algo sin ayuda del cuerpo, pero lo cierto es que si fuera con el cuerpo, estado y acto se manifestarían. Ciertamente, ese estado y esa acción pueden manifestarse físicamente, pero no es en sí física. Física es su manifestación más no el hecho mismo. Ahora bien, cabe la duda, entonces, si físicamente hay en realidad una sensación particular. ¿Qué siente el corazón? ¿Sangre bombeando? ¿Agitación? ¿Dolor? No se sabe. Lo cierto es que si fuera eso, se diría como tal. La sensación debe ser más abstracta como para nunca clarificarla. Eso puede significar que decir que el cuerpo siente puede ser una metáfora. Todo, en sí, sentido, acto y estado pueden ser sólo una metáfora. Tal vez el sujeto sepa que él siente algo, está en algo y hace algo, pero eso sólo se hace evidente para los demás en la palabra y, para que la entiendan, le pone características físicas, como quien siente, está y hace cualquier otra cosa. Pero, ¿y si siente, hace y está realmente en algo aunque no sea evidente? ¿Cómo sabrá el sujeto que siente, hace y está? No se sabe. Pero el hecho de que sólo se manifieste eso a través de la palabra, hace creer que es más metáfora que corpóreo. Las palabras dichas son el

sentir, el estar y el actuar del amante por sí mismas. Solo dichas, se puede sentir, estar y actuar este tipo de actos y estados. Por eso se dicen y por eso parecen perseguir al sujeto día y noche desde que las descubrió. Diciéndolas, podrá compartir con el amado lo que siente, hace y está. Por otra parte, él cree que el amado debe saberlas porque él las provocó. El amante no le puede negar que las vea. El amado, por tanto, tiene derecho a verlas. Si tiene derecho es porque, seguramente, tiene responsabilidades por el hecho. Todo este tiempo el amante había negado que el amado hubiera participado en algo con alevosía. Sin embargo, al parecer, se acepta que participó, aunque sea sin querer. Su participación le hace dueña de derechos y responsabilidades en la situación. El derecho es conocerlo. La responsabilidad es asumir las consecuencias de ser la causa de todo lo que le pasa al amado. No tiene derecho a decidir sobre el amante, porque el amado lo hizo sin querer, pero sí a sentirse culpable. Por ello dice “como negarle a tu mirada recaer sobre estas palabras que me envuelven día y noche que es lo que tu sin esperar has despertado”. Por otra parte, por supuesto que las palabras no envuelven a los sujetos, pues, en todo caso son signos abstractos. En realidad está usando una nueva metáfora, una metáfora que reviste la anterior metáfora (las palabras, donde toman forma el sentir, estar y actuar del amante, envuelven, otra vez apelando a lo físico, al sujeto. En realidad, nada es físico, pero las palabras lo enuncian como si lo fuera), para describir que todo eso que dice en sus palabras es el reporte de lo que le ha venido ocurriendo día y noche, desde tiempo atrás, por causa del amado, quien, por supuesto, en este caso, no tiene toda la culpa, puesto que lo hizo sin querer, pero sí tiene responsabilidad en ello. ¿Por qué esta insistencia en menguar la voluntad del amado en esto? Hay que considerar algo: el acto y el estado del amante no es manifiesto por sí solo. Apenas se lo está manifestando de palabra. Por tanto, antes de las palabras, el amado no sabía de esto, no sabía que habían entrado a su estado ni que estaban ejecutando un acto ni que otro sujeto experimentaba sensaciones por ello. Si el amado no sabía nada, no hizo nada, no permitió nada, ¿cómo es que está envuelto en esta situación? Al parecer, por mero accidente. En todo caso el amado queda reducido a un mero tropiezo sin voluntad, sin voz ni voto, sin control de su entorno, sin movilidad propia. Solo es, pues, un espectador pasivo de lo que sucede en su propiedad, sin posibilidad de decir, sentir ni hacer nada. Es como una piedra. Sólo debe sentirse culpable de hacer tropezar, pero no tiene voluntad ni para culpar al amante ni para sentir también por su cuenta. El amante está muy conciente de qué pasa consigo mismo, pero no está conciente de qué pasa con el amado. Y al parecer ni le interesa, porque insiste mucho en no decirle lo suyo, pero que se entere, pero a costa de él, etcétera, pero nunca supone la vivencia de ella, ni el pensar de ella, ni el sentir de ella. El amante invadió lo del amado sin querer, el amado es responsable de ponerse en el camino, de ahí en fuera, todo fue accidente y nadie tiene responsabilidad. La deja sin voz para que ésta solo escuche y calle. El amado es alguien muy ajeno al amado, por eso señala que nunca la ha tenido y que la extraña teniéndola cerca. El amante no tiene idea del amado. Así que, para defenderse de un rechazo a su manifestación, pues opta por quitarle la voz, la voluntad, la vivencia, es decir, desconocerla completamente, cosificarla. La reduce a un receptor absolutamente pasivo. Por eso insiste en que la experiencia que narra solo pertenece al amante (el amado no tiene experiencia, aún cuando el otro viva todo eso a partir de su ingreso al estado de ella). Manifestar esa experiencia equivale la derrota para el amante. ¿Derrota por qué? ¿En qué consistía el triunfo? ¿En no decirlo, en olvidarlo, en negarlo? ¿Sobre quién si el amado no tiene voz? Parece ser que la derrota del amante es ante sí mismo. Se supondría que la derrota debiera equivaler al rechazo del amante por parte del amado. El triunfo, en ese caso, sería la aceptación. Estaría vinculando la manifestación con el rechazo y, por tanto, la contención con el triunfo. Pero no, porque, si la experiencia es muy suya, y el amado no tiene oportunidad de influir sobre el amante, entonces en realidad no importa mucho la aceptación o el rechazo del amado. Entonces el rechazo no es la derrota. La derrota es el hecho de decirlo, aceptarlo, pues estar enamorado o desear amar es, en sí, algo denigrante, pues pone la propia voluntad en el otro. Sabiendo eso, como quiera se lo dijo por dos razones, porque ya el amante mismo se había adelantado y respondió él solo para quitarle el poder de decisión al amado, y porque aún guarda la esperanza de que el amado lo acepte. Es como minimizar al amado para que su juicio no perjudique al amante. El amante se concentra en su

experiencia y en su sentir, insiste en que es suya y en que no la quiere decir, insiste en que va a ser derrotado, insiste en que el amado no lo va a aceptar, insiste en que el amado no tiene el control de esta situación, que está lejos, ausente, que no entiende, que no entenderá ni aceptará. Su mensaje es que todo esto negativo le gustaría que fuera positivo, pero como aceptarlo sería ponerse a disposición del amado, mejor lo rechaza de una vez y le quita el poder al amado para que él no elija. Es miedo, al fin, a que el amado elija. Por eso la siente lejana, la extraña aún teniéndola cerca, la trata de olvidar, la niega, la rechaza, en fin, la aleja.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no tiene poder de negarle al amado a que sepa, la víctima de sus palabras, la víctima del amado, el dueño de su sentimiento, el que ha cedido, el que se humilla, el que quiere pero no puede controlarse, el despojado, el solitario, el que no tiene nada, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que tiene el poder de enterarse lo que pasa con el amante, el que, sin querer, fue el victimario del amado, a quien le cedieron el poder de enterarse, el que puede humillar al amante, el que se impone al amante, el que no se ha entregado, el que tiene el poder, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Docilidad, entrega, rendición, impotencia, desgano, humillación, despojo, soledad, desesperación, tristeza.

FUNCIÓN: Evitar que el amado decida sobre el amante, pero que se entere de todo lo que provocó en él. Es una forma de responsabilizarlo, pero de impedirle que afecte al amante. El amante aleja al amado como un modo de protegerse del amado, pero se asegura de que sepa sus deseos para que éste piense en corresponderle de algún modo.

FIGURA: Proveer, Declaración, Involuntario, Unicidad, Propiedad, Humillación, Permanencia, Posesión, Distancia/Proximidad.

☉ *te juro que nunca fue mi intención el sentir algo por ti, si no que hay algo que se encendió dentro de mí y sin explicación, cuantas veces que estoy cerca de ti he pensado decirte lo hermosa que estás, que me encanta tu mirada coqueta que me enamore así tal y como eres, pero no tienes de preocuparte por que esta es la única forma en que puedo desahogarme, en la que puedo expresarme.*

ANÁLISIS: Hay, de nuevo, una alusión al amor como estado, ahora con direccionalidad hacia sí mismo. Otro de los elementos nuevos de esta tópica es el de la atracción física, fuerza que atrajo al amante y lo hizo entrar al estado del amor del amado. Él mismo se metió en el estado porque fue atraído por las características físicas del amado. Pero es importante revisar todo el texto en sí. De nuevo el amante niega que él haya querido, por voluntad propia, tener esa experiencia. De nuevo habla de sentir. Hay que recordar que lo que comparten en común las dos tópicos hasta aquí usadas es que en ambas hay una experiencia sensorial. Ahora bien, el amante insiste en que esa experiencia sensorial es a causa del amado. El amado, pues, es el que propició el estado y la acción (aunque sea solo como proyecto), y por tanto, también, la sensación. Ahora bien, no todas las sensaciones que experimenta el amado son a causa del amado, sino solo algunas. Por eso insiste en el “sentir algo por ti”. Esta es una forma de responsabilizar al amado, pero minimizar su poder de influencia sobre el amante. Es solo culpabilizarla pero no otorgarle poder suficiente como para que lo dañe. Luego explica el amante, pues, que no fue algo voluntario, sino algo totalmente involuntario y sin explicación. De nuevo usa una metáfora: el sentir apareció en el cuerpo del amante como quien enciende una luz. Insiste, pues, en que el amado no tuvo fuerza de influencia voluntaria en el amante, ni el amante cedió voluntariamente. La culpa la tiene el amado, pero el resto fue accidente. Luego salta a otra explicación: el amante, en realidad, sí está cerca físicamente del amado, de hecho le gusta su físico, su mirada en especial. Es falso, entonces, que el amado esté lejos. Entonces, también, hace alusión a una metáfora: el amado está lejos porque el amante no lo conoce bien, no sabe qué siente ni piensa, no puede predecir su parecer ni ve respuesta posible en ella. Esa lejanía, pues, simboliza el poco conocimiento que tiene el amante del amado. Ahora queda claro que, en

cuestión física, si están cerca uno del otro y que el amante le gusta el amado, físicamente. Ese gusto físico fue lo que le hizo entrar en el estado del amor, porque le gusta el amado “así y tal y como” es. Lo físico, pues, parece pesar mucho para el amante, pues su reporte es muy físico, sus metáforas hacen alusión a lo físico, el amado lo atrae físicamente, en fin. El físico es el referente de este amante. Así, pues, como se decía al principio de este apartado, la tónica del amor ahora está enriquecida por un elemento nuevo: la atracción física como la fuerza que impulsó al amante a entrar al estado del amor del amado. Luego de esta declaración, el amante hace una aclaración: “pero no tienes de preocuparte porque esta es la única forma en que puedo desahogarme, en la que puedo expresarme”. Pareciera, pues, que, para el amado, la declaración anterior, de que físicamente le gusta al amante, le implica un riesgo o peligro, un algo, pues, que le puede preocupar. Tal vez un riesgo físico de que el amante se lo diga en persona o por otro medio. Por eso el amante se adelanta y le quita cualquier temor al advertirle que esa declaración solo se la dice por escrito y como un modo de desahogarse. Parece, de nuevo, un intento por minimizar cualquier pensamiento, sentimiento o, incluso, agencia del amado. El amado solo es objeto receptor. Por eso, no debe preocuparse, porque el amante no intentará nada físico con ella, pues esto que le dice, eso de que le gusta, solo lo dice por desahogarse y por escrito. No en persona ni con otra intención. Así, pues, le quita al amado algún argumento para dañar al amante. La intención es, de nuevo, decirle al amado que siente algo por ella, que le gusta, pero que fue por accidente y no porque ella tuviera influencia sobre el amante. Por tanto, no debe esperar ninguna otra manifestación de lo que le dice. Es más, si fue sin querer, no debe, siquiera, suponer que ella tuvo algo que ver. Por tanto no debe sentirse halagada, ni aludida, ni interpelada, ni preocupada. Es, pues, quitarle todo el poder al amado de todo lo que siente el amante por ella.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el inocente, el que no tuvo intención, el que no se controla a sí mismo, el que no se explica su comportamiento, el que no puede hablar con el amado, el que gusta del amado, el que se enamoró, el que consuela, el que se desahoga, el mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le deben una explicación, el que intimida al amante, el que es deseado por el amante, el que tiene de qué preocuparse, el que tiene el poder, el mayoritariamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Impotencia, desconcierto, preocupación, sin sentido, afecto, deseo, impotencia, descontrol, ahogo, desahogo,

FUNCIÓN: Deslindar su voluntad de lo que siente. Declarar que la causa de su estado en el amor es por la atracción física que sintió hacia el amado. Pero minimiza el papel del amado y sus posibles preocupaciones, para así restarle poder y hacer que su reacción no pueda dañar al amante.

FIGURA: Involuntario, Irracional, Distancia/Proximidad, Cuerpo, Declaración, Enamorarse, Extremo.

TÓPICA: El amor es un estado.

☞ *Si no lo sabías de te lo digo, para que te rías un rato, pero espero que te rías tú sola y no con alguien más y si es así, pues que más da sabías que me enamoré de ti, sin razón y muy tontamente y que hasta este momento me basta con tener la ilusión,*

ANÁLISIS: Se maneja, de nuevo, la tónica del amor-estado, con direccionalidad hacia el amante mismo, refiriendo al estado como propiedad del amado. Es como decir: “me enfermé de gripa”. El sujeto admite haber entrado a un estado de enfermedad, enfermedad de gripa. La gripa es la enfermedad. En el otro caso, el amado es el estado mismo del amor. Es suyo o es él en sí. El amante entró, pues, al estado del amor del amado o en el amor del amado, entró sin razón y “muy tontamente”. Es decir, que entró sin justificación alguna, sin causa aparente, sin voluntad aparente y sin inteligencia. ¿Cómo se puede entrar a un estado con inteligencia? Tal vez a través de las razones, previendo las cosas, tanteando el terreno ajeno. En este caso, sin razón, sin prevención y sin tanteo, se reconoce que se entró a lo tonto. En este trozo de texto se concentra todo el mensaje de la carta. La declaración del amante es que entró al estado del amor del amado, que entró sin

razón, sin precaución, anteriormente dijo que sin voluntad y sin motivo. Se declara un tonto por hacerlo así y declara, que, sea como sea, ya estando en ese estado, posee una ilusión que le basta de consuelo. La ilusión no queda explícita, pero en otras partes de la carta se intuía que era el que el amado le permitiera “entrar en su vida”, que le correspondiera, pues. Esa es la gran confesión del amante que manejó en la carta, que no lo quería decir, pero que lo dijo, pero que no lo decía bien hasta que al fin queda claro. Sin embargo, esta declaración, prevé el amante, causará hilaridad en el amado. Así que aceptar el mensaje de la carta es otorgarle al amado la autorización de que se ría. ¿Por qué ha de reírse el amado? Seguramente es parte del malentendido mecanismo de defensa por parte del amante, el desvalorar él mismo su mensaje para que el destinatario, si lo rechaza, sea por mera reconfirmación de sus ideas. Es, pues, para que el destinatario no tenga capacidad de decisión ni oportunidad de herir al amado. El amante le quita al amado la ventaja de menospreciar su mensaje, no quedándole nada nuevo que decir, nada nuevo que aportar. El mismo amante se escribe y se contesta. Solo si el amado acepta corresponderle sí aportará algo nuevo y, al fin, eso es lo que quiere el amante. Mientras, le quitará todas las armas negativas posibles. Como esta de reírse del mensaje. Incluso le dice que preferiría que se riera sola, pero que si se ríe acompañada, consideren, los que se rían, que el amante ya sabía que era un absurdo, que su mensaje es tonto, que es risorio y que él mismo ya lo había supuesto. Se adelanta, pues, el amante a lo peor, para que el amado no tenga nada nuevo que decir, en caso de que su actitud sea la peor. Predispone, pues, al destinatario a recibir el mensaje con desagrado, haciendo creer que a él mismo le desagrada. Tal vez, ciertamente le desagrada, pero por los rasgos de la carta ese desagrado resulta más fingido y de defensa, que real y sentido.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que declara, el que teme la burla, el que se humilla, el que se enamoró, el que no se explica por qué, el que se consuela, el que se conforma, el que es mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le declaran, el que tienen el derecho a reírse, el que puede humillar al amante, de quien se enamoraron, el que tiene el poder, el mayoritariamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Decisión, humillación, vergüenza, impotencia, consuelo.

FUNCIÓN: Develar el mensaje central del escrito. Menospreciar el valor del mensaje para así adelantarse a un posible rechazo del destinatario. Restarle importancia al mensaje para que el amado no tenga interés en él y no lo use para lastimar al amante. Dejar abierta la posibilidad de que el amado acceda a corresponder.

FIGURA: Declaración, Humillación, Enamorarse, Involuntario, Irracional, Posesión.

TÓPICA: El amor es un estado.

☉ *ya vez no se pide mucho (nada) aunque puedo ver en tus ojos que tu mirada lejos se ausenta, y cual motivo podrías tener para dejarme entrar en tu vida, esa podría ser la respuesta del millón de dólares, bueno ni yo me hago mucho caso porque solo al final puede que sea un tonto enamorado.*

ANÁLISIS: Aquí se devela la solicitud que el mensaje pretende. La intención es que el amado acceda a corresponderle. Dicha correspondencia no implica nada más que el que permita al amante estar en su vida. El amante, como táctica, trata de minimizar la solicitud, diciéndole que no es mucho lo que pide, es más, nada. Solo eso, dejarlo entrar en su vida. Sin embargo él mismo predispone el rechazo y da la justificación: el amado no tiene ningún motivo para permitirle hacer eso. Él mismo se visualiza en el lugar del amado y se da razones para no aspirar a su solicitud. Él mismo encuentra lógico que el amado lo rechace y le da razones para hacerlo. Así que, aún no pidiendo nada, se predispone a que su solicitud sea rechazada. Una vez rechazado, el amante termina por despreciarse a sí mismo, quitándose importancia a sí mismo y a su mensaje. De ese modo, el rechazo no se lo dan a él, sino a esa versión suya accidentada y tonta en la que cayó por accidente. El rechazo no es hacia él. Por eso dice: “...ni yo me hago mucho caso porque solo al final puede que sea un tonto enamorado”. Entonces, su versión suya de sí mismo, como tonto y

envuelto en ese estado que le es tan ajeno, es, a lo mejor, lo que queda al final de toda esta lucha por develar el mensaje y resistirse. Ya lo develó, ya se rechazó él mismo, ya se sabe tonto y enamorado, y desprecia eso, con ánimos de que el amado lo desprecie y no lo considere, es más, lo deje pasar así, sin comentarios. Es, pues, un intento constante de minimizarlo todo para evitar el rechazo, que se termina restándole importancia y rechazándose él mismo, convirtiendo su mensaje y su solicitud en arranques tontos y sin importancia. Esto lo quiero resaltar como mecanismo de defensa, porque en esta carta en particular las contrariedades fueron más claras y más conflictivas. El mensaje es uno, la función es una, pero la forma del mensaje y el mecanismo de la función son totalmente contrarios a lo que el mensaje y la función quieren. En este trozo de texto final queda todo eso manifiesto. De nuevo se maneja la tópica del amor como estado, pero curiosamente ya no se resalta el que el estado es del amado. Ya se asume como condición personal del amante, que quien, en su tontería, está en ese estado y dice cosas sin sentido. Estar enamorado es algo degradante, humillante, objeto de risa y de rechazo, es un estado de alteración que hace que el sujeto diga cosas sin sentido y pida necesidades. Al menos así lo entiende el amante mismo que, al descubrirse enamorado, sí, busca manifestárselo al amado y solicitarle reciprocidad, pero, en este caso, al concebir que eso es humillante y degradante, lo manifiesta y solicita reciprocidad, pero con la conciencia y la insistencia de que no se le haga caso, de que seguro le dará risa, de que se alejará, de que lo rechazará. Entonces él da el mensaje, pero él sólo pone las condiciones en que quiera que se le lea: con la piedad de quien lee a alguien alterado de sus facultades por accidente. Tal vez el deseo sí es que le amado lo acepte, pero también es deseo deshacerse de esa investidura agobiante a través del hacerse caso y esperar el rechazo. Es, pues, más imperante el quitarse la peste del amor, que el que el amado lo acepte. Ese parece ser el clima de la carta, clima que alimenta los atributos de la tópica Amor-estado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no pide nada, a quien lo ignoran, el que se derrota, el que entiende el rechazo, el impotente, el humillado, el risorio, el tonto, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que tiene el poder de decidir, el que derrota, ignora, rechaza, humilla al amante, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Resignación, tristeza, predisposición negativa, derrota, impotencia, humillación, vergüenza.

FUNCIÓN: Expresar la solicitud y hallarle respuesta. Minimizar todo el sentido de la carta y adelantar el posible rechazo del amado. Asegurar el rechazo. Minimizar su situación y despreciarla.

FIGURA: Distancia/Proximidad, Proveer, Incertidumbre, Humillación, Enamorarse, Irracional.

TÓPICA: El amor es un estado.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 4:

Características del texto:

- *Es un texto sin puntuaciones ni pausas.*
- *Es un texto narrativo y descriptivo.*
- *Es experiencial y muy sentido, es decir, se basa mucho en las sensaciones corpóreas del autor.*
- *Posee oraciones declarativas.*
- *Está redactado en primera persona. Es autoreferencial, en su totalidad. Es decir, el autor y el actor central del texto son el mismo.*
- *Su retórica se basa en la contradicción (la forma y el mensaje difieren).*
- *Es predominantemente exculpatorio.*
- *Es un texto muy defensivo.*

- Predominan las metáforas.
- Ausencia de interpelaciones al interlocutor.
- El hablante habla de sí mismo con respecto al amado.

Mensaje general: *El amante está en el estado de amor del amado, llegó por accidente y en contra de la voluntad de ambos, pero ya está ahí y que espera ser aceptado. Aunque si es rechazado, le resultará lógico y coherente.*

Función general: *Es contradictorio e impreciso. Por una parte se solicita aceptación, pero por otra se da por hecho el rechazo. Lo que sí es que se evidencia la gran incomodidad que le provoca al amante estar enamorado. Le parece denigrante. Sin embargo, la ambigüedad entre las dos intenciones le permite al escrito o ser muy persuasivo hacia la aceptación o evidenciar la predisposición al rechazo. Ambas parecerán aceptables.*

Tópicos:

• Amor - estado.	• Amor – acción.
<p><u>Amor:</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊗ Es un estado físico (metafóricamente aludiendo al cuerpo). ⊗ Implica entrar al estado y estar ya en el estado. ⊗ El estado es del amado o es el amado. ⊗ Dicho estado se entiende como condición circunstancial y personal del amante, pese a que sea del amado o sea el amado. ⊗ Para estar en dicha condición o estado, se requiere entrar en el estado. <p><u>Entrar:</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊗ Entrar es un acto. ⊗ Se necesita un motivo o razón para entrar. ⊗ Si no hay motivo, se asume como un acto ilógico. ⊗ Es accidental. ⊗ Cuando es accidental y sin motivo, puede sorprender al amante. ⊗ Si sí hay motivo, se asume como un acto lógico. ⊗ Como acto lógico supone la voluntad y la premeditación del amante. ⊗ Como acto ilógico supone la involuntariedad y la sorpresa del amante. ⊗ El amado puede o no tener conciencia de que alguien lo asume como condición o entra a su estado. ⊗ El amado no tiene control de quién lo asume como condición o quién entra a su estado. ⊗ Se puede entrar sin motivo. ⊗ El motivo lo da el amado. ⊗ El amado puede dar motivos sin querer. ⊗ El acto de entrar tiene direccionalidad sobre el sujeto mismo que lo ejecuta (el sujeto mismo se mete). ⊗ La belleza física del amado es un motivo de ingreso. 	<ul style="list-style-type: none"> ⊗ Es una acción física (metafóricamente aludiendo al cuerpo). ⊗ El acto no es, por sí mismo, evidente o no evidente. ⊗ La manifestación del acto depende cómo decida ejecutarlo el amante. ⊗ Provoca una sensación corpórea en el que lo ejecuta. ⊗ El corazón es el órgano más sensible de esa experiencia corpórea. ⊗ Gritar y murmurar son formas de manifestar la sensación que produce el acto, no el acto en sí. ⊗ Manifestar la sensación que produce el acto puede causar que el amante sea rechazado. ⊗ Si el amante manifiesta la sensación que le produce su acto, obligará al amado a responder a su manifestación. ⊗ La manifestación de la sensación que produce el acto precisa la presencia física del amado. ⊗ Actuar el amor no se contrapone a estar en el amor. ⊗ Se puede actuar el amor dentro del estado del amor.

⊗ Cuando no se tiene motivos para entrar, se entra tontamente.

⊗ Cuando se tiene motivos para entrar, se entra inteligentemente.

Estar:

⊗ Crea un vínculo amante-amado.

⊗ El amado se convierte en la ilusión del amante.

⊗ Crea una experiencia física en el amante (el que está adentro).

⊗ El corazón es el órgano físico más sensible a esa experiencia física.

⊗ Estar adentro del estado no implica estar adentro de la vida del amado.

⊗ Estar adentro del estado crea el deseo en el amante de estar dentro de la vida del amado.

⊗ La vida del amado, es una propiedad privada del amado en donde él sí tiene control de los ingresos y egresos.

⊗ Estar en este estado puede resultar tonto, sobre todo si se entró tontamente.

⊗ Entrar tontamente puede causar una estancia degradante y humillante.

⊗ Estar dentro tontamente puede causar que el amante sea objeto de risa y de rechazo.

Carta 5 (mujer, contexto normalista)

¡Hola amor!

Te escribo esta carta para darte a conocer los sentimientos que en este momento estoy sintiendo por ti.

Ayer sentí la necesidad de escribirte debido a que me sentía sola y muy triste, porque aunque tú no lo sepas, yo no puedo estar sin ti, quiero que sepas que desde el día en que te conocí, sentí algo muy especial hacia tu persona, fue y es un sentimiento que no te puedo describir, pero que solo tú me haces sentirlo, es por eso el propósito de escribirte estas cuántas líneas.

Bueno, para empezar no sé ni como sucedió, lo que sé es que pasó y a pesar de tu indiferencia me siento muy feliz por eso, porque sé que eres una persona que se merece todo lo mejor y sobre todo que te quieran aunque nadie lo hará como yo lo hago.

Yo sé que son muy pocos los momentos que hemos pasado juntos como amigos, para mi han sido los mejores aunque para ti no significarán nada.

¡Gracias por haberme hecho sentir amor, cariño, ternura en mi corazón y quiero que sepas que aunque no te vuelva a ver te deseo lo mejor donde quiera que te encuentres y que espero seas feliz!

Con amor

B.

ANÁLISIS

☉ *¡Hola amor!*

ANÁLISIS: El amor es el amado. El amado personifica al sujeto. Esta frase introductoria es un saludo dirigido al amado, ahora nombrado con el “nombre” del amor. El nombre del amor equivale al nombre del amado. Por eso, en este saludo sencillo, aparece como equivalente. El amor es un sujeto, el sujeto amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que saluda, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que representa el amor, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gusto, afecto.

FUNCIÓN: Iniciar el diálogo con el amado.

FIGURA: Amado.

TÓPICA: El amor es el amado.

☉ *Te escribo esta carta para darte a conocer los sentimientos que en este momento estoy sintiendo por ti.*

ANÁLISIS: No hay tónica del amor en esta oración. El amante le explica al amado qué le va a decir en esta carta. El motivo de la carta es un rasgo propio de los documentos oficiales y de la estructura estereotipada de una carta formal. Llama la atención, entonces, que este elemento esté presente en una carta de corte personal e informal. De cualquier modo, el motivo explícito de esta carta, pues, es el de darle a conocer al amado los sentimientos que siente el amante por causa suya, justo en el momento preciso en que los siente. El amado es el causante de los sentimientos sentidos por el amante. Así entonces, el amante es un sujeto activo en cuanto a que narra, pero es un sujeto pasivo en cuanto a que siente a consecuencia del amado. El amado, a su vez, es un sujeto pasivo en cuanto a que juega el papel del receptor de la carta, pero es un sujeto activo en cuanto a que es la causa del sentir de amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que escribe, el que da a conocer, el que siente, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el destinatario, el que no sabe, la causa del sentir del amante, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Decisión, afecto, sinceridad, confianza.

FUNCIÓN: Hacer explícito el motivo de la carta y el tipo de contenido que maneja.

FIGURA: Declaración.

☉ *Ayer sentí la necesidad de escribirte debido a que me sentía sola y muy triste, porque aunque tú no lo sepas, yo no puedo estar sin ti, quiero que sepas que desde el día en que te conocí, sentí algo muy especial hacia tu persona, fue y es un sentimiento que no te puedo describir, pero que solo tú me haces sentirlo, es por eso el propósito de escribirte estas cuántas líneas.*

ANÁLISIS: En esta narración descriptiva no hay tampoco tónica del amor. Sin embargo, constituye el mensaje de la carta, la parte en que se manifiestan los sentimientos sentidos por el amante. ¿Cuáles son esos sentimientos? Necesidad de escribir al amado, soledad, tristeza y algo por el amado. Hay un error de tiempo: el amado había prometido describir los sentimientos que sentía en el preciso momento de escribir. Sin embargo, ahora está narrando los sentimientos que, primero, sintió un día antes de escribir la carta y, segundo, el sentimiento que sintió cuando conoció al amado. Un día antes de escribir la carta, pues, el amante se sintió solo y triste, lo que le produjo la sensación de necesitar escribirle al amado. Lo que le quería escribir al amado es que el amado no sabe que el amante no puede estar sin el amado. ¿Estar en qué sentido? No se sabe, porque estar

indica posición espacial, sin embargo no se especifica ni la posición del amado y, por tanto, ni la del amante. Otra cosa que constituye el mensaje es la declaración que hace el amante de que, desde el día que conoció al amado (que por lo pronto no fue ni el día anterior en que escribió la carta ni el día que escribió la carta sino mucho antes), el amante sintió algo a causa suya. Ese sentimiento no lo puede describir, pero tiene la certeza de que lo puede distinguir lo suficientemente bien como para decir que el amado es el único que le produce tal sensación. Darle a conocer al amado este trío de mensajes, el de que el amante se sentía solo y triste y con necesidad de escribirle, el de que el amante no podía estar sin el amado y de que el amante sentía algo en particular a causa del amado, constituye la razón de la carta.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que siente, el que escribe, el que sabe, el que depende, el que decide, el que valora el sentimiento, el que declara, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe, del que dependen, el que debe saber, por quien sienten, a quien le declaran, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Necesidad, soledad, tristeza, decisión, añoranza, afecto, confianza.

FUNCIÓN: Transmitirle al amado el mensaje concreto de la carta.

FIGURA: Necesidad, Soledad, Sufrimiento, Centralidad, Declaración, Unicidad, Extremo.

☉ ***Bueno, para empezar no sé ni como sucedió, lo que sé es que pasó y a pesar de tu indiferencia me siento muy feliz por eso, porque sé que eres una persona que se merece todo lo mejor y sobre todo que te quieran aunque nadie lo hará como yo lo hago.***

ANÁLISIS: Tampoco hay una tónica del amor presente en este trozo de texto. Se da a entender, sin embargo, a través de él que las tres declaraciones anteriores que constituyen la razón de la carta, sucedieron inconscientemente para el amante. El amante no sabe cómo fue que se sintió triste, solo, con necesidad de escribir, intolerancia al no estar con el amado y algo particular a causa del amado. No sabe cómo sucedieron todas esas cosas en él. Sin embargo le inunda la certeza de que sucedieron. Luego le explica al amado que, pese a la indiferencia que muestra hacia el amante, el amante se siente feliz por que sucedió todo eso a causa del amado. El amante está feliz porque sintió todo eso por el amado, quien merece lo mejor y que lo quieran. El amado es, pues, merecedor de calidad y cariño. Pareciera, entonces, que esos rasgos hacen valioso al amado, alguien, al menos, cotizable, lo suficiente como para alegrar al amante a haber sentido todo eso a causa de él. El amante manifiesta esto con un sentido de orgullo y de humildad. Orgullo por haber tenido ese involucramiento con el amado, pese a que éste la ignorara, y humildad en cuanto a que reconoce el valor del amado. Al final, de cualquier modo, le advierte que nadie querrá al amado de la forma en que lo quiere el amante. De esta forma el amante valora también su capacidad y su querer, cotizándose al amado al advertirle que la unicidad de su querer no lo va a poder conseguir con nadie más. Este trozo de texto funciona como cierre de la declaración anterior, la cuál constituía, por su parte, el grueso de la carta.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no sabe cómo sucedió todo, el que sabe las consecuencias, el que se siente feliz, el que sabe quién es el amado, el que valora al amado, el que valora su amor, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le informan, el indiferente, el valioso, el que merece el cariño de otro, el que es objeto del cariño del amante, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Incertidumbre, certeza, felicidad, valoración, gusto, estima por lo propio.

FUNCIÓN: El amante cierra la declaración anterior con una nueva declaración en la que le da valor al amado y se da valor a sí misma.

FIGURA: Involuntario, Certeza/Duda, Centralidad, Te quiero, Unicidad.

☉ ***Yo sé que son muy pocos los momentos que hemos pasado juntos como amigos, para mí han sido los mejores aunque para ti no significaron nada.***

ANÁLISIS: No hay tópica del amor en esta oración. Siguiendo con la lógica de la carta, este trozo de texto viene a justificar las declaraciones anteriores, dado que, al parecer, el amado no está muy en contacto con el amante. ¿Qué caso tendrían estas declaraciones si el amado está tan distanciado? En un acto de realismo, el amante admite esta poca familiaridad con el amado, sin embargo reviste el poco contacto con la fuerza suficiente como para hacer pertinentes sus declaraciones anteriores. Por eso admite: “son muy pocos los momentos que hemos pasado juntos como amigos, para mí han sido los mejores aunque para ti no significaron nada”. Este trozo de texto contextualiza las declaraciones anteriores y las vuelve realistas, sin que por ello se les quite lo cierto. El hablante, pues, matizó la relación y la pertinencia de su declaración.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que sabe, el que está conciente, el que valora, el que se independiza de la opinión del amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que recibe la explicación, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Conciencia, medida, valoración, honestidad, afecto.

FUNCIÓN: Hacer que las declaraciones anteriores estén ubicadas en la realidad de la relación. Admitir las condiciones de la relación y la lejanía entre amante y amado. Justificar las declaraciones y anteponerse a dicha lejanía.

FIGURA: Nosotros, Unicidad, Reciprocidad.

☉ ***¡Gracias por haberme hecho sentir amor, cariño, ternura en mi corazón y quiero que sepas que aunque no te vuelva a ver te deseo lo mejor donde quiera que te encuentres y que espero seas feliz!***

ANÁLISIS: El amor se convierte en un sentimiento personal. El sentimiento es provocado por el amado y sentido por el amante. Implica cierta acción del amado y cierta pasividad del amante, pues el amado le hizo sentir al amante, la empujó a ello, la obligó. En ese sentido, también podría entenderse que el amante cedió su voluntad al amado, quien decidió hacerla sentir. Así, pues, el amor se convierte en un sentimiento personal provocado por otra persona, la cuál ejerce actividad y decisión en el amante pasivo y receptivo, el cuál, a su vez, solo siente. En este caso el amante le da las gracias al amado por haberle hecho sentir amor y otros sentimientos que, al enumerarlos, supone ya una distinción con el amor. Sentir amor, por tanto, es distinto a sentir cariño y ternura en el corazón. Cabe señalar que, al fin de cuentas, el sentimiento implica cierta organicidad. El cuerpo es el que siente. Esto queda aún más claro en la parte última de este enunciado: “ternura en el corazón”. No queda claro si lo que se siente en el corazón es solo la ternura o las tres cosas. Al fin, sea como sea, se apela a la organicidad con el simple hecho de describirlo como sentimiento. En todo caso, el corazón se vuelve, otra vez, el órgano más sensible para sentir, en este caso, ternura, sentimiento distinto al amor. Si el corazón solo le atañe a la ternura, no se sabría en qué parte se siente el amor, pero, insisto, igual se apela al cuerpo, al fin, para sentir. Luego de esta gratitud expresada, el amante le desea al amado “lo mejor” y “la felicidad”, suponiendo que ya no lo vuelva a ver y que se encuentre en otra parte distinta. Al amado, pues, se le valora y se le desea las cosas deseables que, en este caso, se traducen a un parámetro de calidad y de felicidad. Este vínculo amante y amado no queda del todo ligado a la tópica aquí usada. El amor, en este caso, se limita a establecer un vínculo mecánico entre el amante y el amado, pero cayendo el amor sólo en uno de ellos, en el amante. El vínculo se trata de una acción que ejerce el amado sobre el amante para que éste último sienta el amor. Fuera de esa acción no hay referencia de un vínculo más complejo. Más bien, luego de ese vínculo supuesto en la tópica, el hablante, como hablante más que como amante, le agradece al destinatario por ese vínculo mecánico, pero fuera ya de la tópica.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que agradece, el que recibió los favores del amado, el que declara, el que se resigna, el que desea, el que espera, el que es mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le agradecen, el que le hizo favores al amante, a quien le dan buenos deseos, el mayoritariamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Agradecimiento, amor, afecto, decisión, resignación, honestidad.

FUNCIÓN: Concluir la carta con un mensaje de gratitud y buenos deseos. Dicha conclusión funciona como despedida y muestra las buenas intenciones del amante.

FIGURA: Proveer, Permanencia, Esperanza, Declaración.

TÓPICA: El amor es un sentimiento.

☺ **Con amor**

ANÁLISIS: La tópica del amor sentimiento se hace de nuevo presente con este pequeño cierre que precede a la rúbrica. El cierre suele ubicar la postura del hablante ante su escrito o ubicar al hablante mismo ante el receptor. “Atentamente”, “sinceramente”, “con gratitud”, “tu amado”, “tuyo”, “la persona que te quiere”, etcétera, son ejemplos de cierre. Es una forma de definir el texto de la carta, ya sea por su contenido o por la persona que lo escribió. Así, por ejemplo, dándole prioridad al contenido, se hace énfasis en el sentimiento que inundaron las palabras del escritor. Equivalen a decir que se escribió “con atención”, “con sinceridad”, “con amor”. En cambio, el otro tipo de cierre ubica al escritor con respecto al receptor: su amado, su propiedad, su amigo, su servidor, etcétera. El uso del cierre, también, es un rasgo de la estructura formal de una carta. Es significativo que esté presente. El tipo de cierre, al fin, que se usa, hace alusión, en este caso, al contenido de la carta y refieren a que el amor fue el sentimiento que inundó al escritor cuando estaba escribiendo el contenido de la carta. Así, pues, este simple cierre, encierra la misma tópica del amor usada anteriormente, la del amor como sentimiento.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que siente amor, el que se despide, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, de quien se despiden, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto.

FUNCIÓN: Ubicar la postura del escritor con respecto a su texto.

FIGURA: Sentir amor.

TÓPICA: El amor es un sentimiento.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 5:

Características del texto:

- *La carta guarda muchos elementos formales del género epistolar.*
- *Es un texto predominantemente narrativo y descriptivo.*
- *Las oraciones son, en su mayoría, declarativas.*
- *Es un texto pensado como escrito, más que como hablado.*
- *El contenido refiere puras sensaciones. Por tanto, apela al cuerpo en su totalidad.*
- *El mensaje es claro y el escrito conciso.*
- *El hablante habla sobre sí mismo pero posicionándose con respecto al amado.*

Mensaje general: Declarar que el amante siente soledad, tristeza y necesidad de escribirle al amado, para decirle que siente algo indefinible y especial por él y que la hace sentirse feliz. Además, el amante desea decirle al amado que se siente agradecida con él porque éste le hizo sentir amor, cariño y ternura.

Función general: Hacerle participe al amado de lo que siente el amante a causa de él.

Tópicos:

• <i>Amor – amado.</i>	• <i>Amor - sentimiento.</i>
<ul style="list-style-type: none"> ⊗ El amor es un sujeto. ⊗ El sujeto es el ser amado. ⊗ El ser amado personifica al amor. ⊗ El nombre del sujeto se suple con el del amor. 	<ul style="list-style-type: none"> ⊗ El amor es un sentimiento personal del amante. ⊗ Es provocado por el amado. ⊗ Implica cierta acción del amado sobre el amante. ⊗ Implica que el amante ceda pasivamente ante la acción del amado. ⊗ Es distinto a sentir cariño. ⊗ Es distinto a sentir ternura. ⊗ Es corpóreo. ⊗ El corazón es la parte más sensible. ⊗ Establece un vínculo funcional y mecánico entre amante y amado.

Carta 6 (mujer, contexto normalista)

En verdad no se cómo comenzar a expresar esto que siento por tí, desde que te conocí no pude dejar de soñarte, sere sincera y trataré de ser breve aunque para describir este sentimiento me faltarían años y libretas, quiero decirte que has rebasado mis expectativas, gracias por tu confianza, tu ternura y tu protección, gracias por aber llegado a mi vida y aber ocupado este espacio tan especial en mi, mi vida se ha llenado de cosas buenas y junto a ti he pasado los momentos más bonitos de mi vida, he comprendido que formas parte de mí, se que nunca te irás eres el aire, el cielo, el agua, eres la definición de amor.

Gracias por estar ahí, por existir y por que tan solo el echo de verte me hace sentir feliz.

M.S.

ANÁLISIS.

☉ *En verdad no se cómo comenzar a expresar esto que siento por ti.*

ANÁLISIS: No hay tónica del amor en este trozo de texto. Sin embargo, pese a eso, se vuelve necesario rescatar los elementos que están explícitos en ellos para poder reconstruir el mensaje de la carta y la función de las tónicas. Este trozo en particular corresponde al saludo. En realidad, la oración está construida como una justificación en la que, sin querer, se devela el motivo de la carta. El saludo, pues, en este caso particular, toma otros elementos de la carta formal y los integra en una sola oración inicial. El motivo develado es, igual que en la carta anterior, expresar los sentimientos del amante ocasionados por el amado. La justificación es que el amante no sabe cómo iniciar dicha expresión. Al parecer, las cartas de amor para este grupo de sujetos, que guardan más el formato del género epistolar y el mensaje parece estar mucho más claro, tienen la función de darle a conocer al amado los sentimientos que ocasionó en el amante. El amante narra su experiencia sentida, ocasionada por la recepción pasiva de la actividad del amado. No se sabe qué actividad era ni qué implicaba la pasividad del amante. En cartas anteriores marcaban la sola presencia del amado como una actividad de él que provocaba sensaciones en el amante. Aquí aún no se devela dicha actividad, pero al menos ya se da a entender que existe una al señalar que los sentimientos, el material de la carta, son ocasionados por el amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no sabe como iniciar, el que dirá algo, el que siente, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le van a decir, el causante del sentir del amante, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Abrumado, confundido, incierto, sincero, afectuoso.

FUNCIÓN: Introducir al texto con la explicitación del motivo de la carta y con una justificación acerca de la imposibilidad de iniciar.

FIGURA: Declaración.

☉ *desde que te conocí no pude dejar de soñarte,*

ANÁLISIS: No hay tónica del amor tampoco en esta oración. Aquí, el amante-hablante comienza una narración que tiene como función expresar los sentimientos del amante ocasionados por el amado. El amante recuerda el día que conoció al amado y recuerda que, desde entonces, él mismo, el amante, no puede dejar de soñarlo. Por la conjugación de los verbos, soñar se presenta como una actividad que se ha realizado desde un momento específico del pasado hasta cierto día previo al que se escribió la carta. Dicha actividad recurrente surgió en el amante a partir de que conoció al amado y desapareció poco antes de que el amante escribiera el texto, al menos eso se denota en la conjugación del verbo poder (pude). Está en pasado. Eso quiere decir que la compulsión del acto se detuvo en algún momento. No se sabe cuánto duró la compulsión ni por qué terminó. Lo que se intuye es que el amado ocasionó, de algún modo, que el amante no pudiera dejar de actuar así. El amado, pues, ejerció alguna fuerza sobre el amante para empujarlo a hacer algo que el amante mismo no pudo controlar. Al parecer, dicha fuerza que ejerció el amado solo la ejerció una sola vez, pues sólo el día que conoció al amante se reconoce como la fuente de la compulsividad onírica. El soñar a alguien no tiene que ver, forzosamente, con la actividad cerebral durante la siesta. Implica, más que nada, tener presente al amado en los pensamientos. Así, entonces, el hablante hace uso de una metáfora para explicarle al amado que no ha dejado de pensar en él.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no puede controlarse a sí mismo, el que sueña sin remedio, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que ocasionó ese descontrol por parte del amante, el que tiene el poder, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, confidencialidad, honestidad.

FUNCIÓN: Declararle al amado que él ejerce una fuerza de influencia sobre el amante.

FIGURA: Permanencia, Soñar.

☉ **seré sincera y trataré de ser breve aunque para describir este sentimiento me faltarían años y libretas.**

ANÁLISIS: Tampoco hay tónica del amor en este trozo de texto. En este trozo el amante-hablante vuelve a hacer referencia al texto que escribe y explicita su intención, es decir, su postura ante lo que escribe: lo que escribe será sincero y breve. Sin embargo, la brevedad no la garantiza porque, explica ella, el sentimiento que va a expresar, el que constituye el contenido central de la carta, puede implicar mucho tiempo y mucho espacio para transmitirlo por carta. Hasta ahora no ha hablado de dicho sentimiento. Esta referencia al texto parece ser, también, un rasgo de este grupo muestral.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que es sincero, el que trata de describir, el que siente, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado (no aparece en el enunciado).

ACTOS ILOCUTIVOS: Sinceridad, esfuerzo, conmocionada, abrumada.

FUNCIÓN: Develarle al lector la intención del escritor al escribir el texto.

FIGURA: Declaración.

☉ **quiero decirte que has rebasado mis expectativas.**

ANÁLISIS: No hay tónica del amor ni tampoco algún sentimiento ya expresado. Este enunciado declarativo presenta una opinión del amante sobre el amado. El amante declara que el amado ha rebasado las expectativas del amante. Eso implica entonces que el amante tenía fijado, con anterioridad, alguna tónica del amado y el amado a superado dicha tónica. ¿En qué consiste esa tónica? ¿Qué elementos tiene? ¿Cómo los rebasó? No se sabe y se puede suponer que amado sí lo sabe, porque el amante ya no explicita más. Solo eso, que el amado ha rebasado sus expectativas.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que declara, el que se sorprende, el que pone el estándar, el que mide, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que ha sorprendido, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Asombro, afecto, reconocimiento, valoración, admiración.

FUNCIÓN: Declararle al amado que ha superado las expectativas del amante.

FIGURA: Declaración, Supremacía.

☉ **gracias por tu confianza, tu ternura y tu protección.**

ANÁLISIS: No hay tónica del amor aquí tampoco. El motivo de la carta, el de la expresión de sentimientos, empieza a cumplirse aquí. Queda claro que el sentimiento que inunda al hablante y que está expresando es el agradecimiento. El amante, ahora entonces, le agradece al amado tres características de él. Tal vez por esas tres características el amante haya declarado que el amado rebasó sus expectativas. Tal vez el amante esperó que no tuviera esas tres características, pero como sí las tiene entonces sus expectativas fueron rebasadas y da gracias al amado de que las tenga. Esas tres características podrían ser sentimientos, pero no, porque son del amado y no del amante (tu confianza, tu ternura, tu protección). Así, entonces, se presentan más como características del amado. El amado es confiado, tierno y protector. El amante agradece que el amado sea así.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que agradece las aportaciones del amado, el mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que le ha aportado al amante, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gratitud, afecto.

FUNCIÓN: Expresarle su gratitud, sentimiento que constituye el mensaje central del texto. Agradecerle al amado que tenga lo que tiene.

FIGURA: Proveer.

Ⓢ ***gracias por haber llegado a mi vida y haber ocupado este espacio tan especial en mi,***

ANÁLISIS: No hay tópica del amor en este trozo de texto. El amante continúa con la expresión de su sentimiento, contenido central de la carta. Sigue sintiendo gratitud, pero ahora también porque el amado llegó a su vida y ocupó un espacio especial y específico en el amado. Da entender que el amado no estaba en la vida del amante físicamente y que, de pronto, llegó y, físicamente, ocupó un espacio del amado. El espacio del amado, sin embargo, está delimitado por su cuerpo. De nuevo hay una apelación a lo corpóreo, explícito desde nombrar al sentimiento como el mensaje central, pero ahora recalcado con el manejo de los espacios. El amado, pues, ocupó un espacio del cuerpo del amante, un espacio que es especial para el amante y que es específico, en cuanto que el amante lo puede identificar. El amante, pues, agradece que, primero, haya llegado el amado y, segundo, haya ocupado ese espacio en ella.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que agradece, el que ha sido ocupado, el que valora, el mayoritariamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que llegó y ocupó al amante, el que se apropió del amante, el mayoritariamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gratitud, plenitud, gozo, afecto, valoración.

FUNCIÓN: Expresarle su gratitud, sentimiento que constituye el mensaje central del texto. Agradecerle al amado que haya llegado y que haya ocupado un espacio especial en el espacio del amado.

FIGURA: Coincidir, Posesión, Centralidad.

Ⓢ ***mi vida se ha llenado de cosas buenas y junto a ti he pasado los momentos más bonitos de mi vida,***

ANÁLISIS: No hay, aún, uso de alguna tópica del amor. Continúa con la apelación espacial y corpórea. Considerando que el amante narró ya que el amado llegó y ocupó un espacio de su espacio, puede ahora entenderse que la metáfora física sigue la lógica en esta oración. El amante declara que, por lo anterior dicho, su vida se ha llenado de cosas buenas y, estando al lado de él ha pasado momentos bonitos de su vida. La vida, entonces, se convierte en un espacio y en una línea de tiempo. La vida, por tanto, se puede llenar y vaciar, como espacio, o se puede fraccionar en momentos, como línea temporal. La vida del amante es espacio y línea de tiempo. Como espacio, la llegada del amado al cuerpo del amante ha hecho que, a su vez, su vida se llenara de algún contenido bueno. No se sabe si la vida del amante implica el mismo espacio físico que su cuerpo ni se sabe si el material que llena la vida es del mismo tipo al que ocupó el espacio en el amante. Es decir, no se sabe si el amado es el material bueno que ocupó tanto el espacio del amante como su vida. De cualquier forma se hace apelación a que el amado está dentro del amante. Sin embargo, luego para referirse a la vida como línea temporal, ubica al amado fuera del amante y justo al lado de él. Y así, junto a él, ubica ciertos momentos específicos de la línea temporal que, comparados con el resto, son los más bonitos. El tiempo toma tintes estéticos. Por otra parte, se debe reconocer que hay, aquí, una incompatibilidad lógica o una yuxtaposición de tópicos sobre la vida en una misma línea que dificulta delimitar al amante y al amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que satisfecho, el que disfruta, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que ha llenado al amante, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Satisfacción, gusto, deleite, gozo, afecto.

FUNCIÓN: Declararle al amado lo importante que es él para el amante.

FIGURA: Posesión, Nosotros, Proveer.

☉ *he comprendido que formas parte de mi, se que nunca te irás eres el aire, el cielo, el agua, eres la definición de amor.*

ANÁLISIS: Ya hay una tópica del amor. El amor aparece como un concepto personificado por el amado. El amado lo personifica, lo contiene y lo define. Esta tópica se parece mucho a la del Amor-amado, pero en aquella tópica el puro nombre era intercambiado por el del amado. Acá supone al amor como un concepto, como una idea, la cuál es caracterizada por el amado. Por tanto, el amado es ejemplo de ella, la contiene y la define, en cuanto que los límites del amado son los límites de la definición del amor. El amado es, pues, un ejemplo del concepto e, incluso, podría decirse que es el concepto en sí. En este trozo de texto, el amante le declara al amado que ha comprendido que el amado forma parte del amante, cosa comprensible si se sigue la misma lógica física espacial que se manejan en los dos enunciados anteriores. Si el amado llegó y ocupó un espacio del amante y llenó la vida del amante, como espacio, como cuerpo físico, es lógico que el amado, entonces, sea parte del amante, puesto que está en su mismo espacio. Estando en el mismo espacio, el amante declara su certeza de que el amado nunca se irá, puesto que es el aire, el cielo, el agua y el amor. Pareciera que todos esos elementos están también en el espacio corpóreo del amante, cosa que resulta lógico en el caso del aire y el agua, posible en el caso del amor, pero difícil en el caso del cielo. Al fin, el amado personifica al aire, al cielo, al agua y al amor. El amado es todo eso y el amante lo contiene, en cuanto a que contiene al amado, en todas esas dimensiones. Aunque, en la forma conclusiva con que anuncia que el amado es la definición de amor, podría resultar una sentencia lógica, en la que muestre que el amado, por ser aire, cielo y agua, sea, en conjunto, la definición de amor. Entonces la definición de amor implicaría aire, cielo y agua. De cualquier forma, el amor, como concepto, implica cierta materialidad, en cuanto a que debe ocupar un espacio en el amante, al igual que lo ocupa el amado. Si el amado personifica al concepto del amor, el amor como concepto de implicar, entonces una materialidad espacial que se encuentre dentro del amante y que se quede ahí. Aire, cielo y agua ocupan espacio y tienen cierta materialidad. Siguiendo la línea lógica, el amor como concepto debe también tener espacio y materialidad. El aire, el cielo, el agua y el amor son, entonces, espacios materiales personificados por el amante. Esas son las únicas características compartidas entre esos elementos y que pueden ayudar a concebir el concepto del amor, entendiendo éste como la tópica que aquí se utiliza. Esta declaración no parece ser parte del mensaje central, dado que no hay algún corte sentimental en él. Claro que el cuerpo ocupado del amante debe sentir algo, pero no está explícito aquí. Esta, pues, resulta una declaración extra y periférica.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que comprende, el que posee al amado, el que tiene la certeza, el que necesita al amado, el que tiene el poder, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que pertenece al amante, el que ahí estará, el que es necesitado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Certeza, seguridad, afecto, admiración, deseo.

FUNCIÓN: Declarar y marcar el vínculo entre amante y amado, la pertenencia del amado y la pertenencia del amor.

FIGURA: Centralidad, Posesión, Permanencia, Distancia/Proximidad, Centralidad, Amado.

TÓPICA: El amor es un concepto.

☉ *Gracias por estar ahí, por existir y por que tan solo el echo de verte me hace sentir feliz.*

ANÁLISIS: Esta ya es la conclusión de la carta. Ya no hay tópica del amor, pero se continúa con la misma lógica espacial y corpórea del resto de la carta. Este es el cierre del mensaje central. El mensaje era manifestarle al amado el sentimiento que le inspiraba. El sentimiento es la gratitud. El origen de la gratitud o las formas en que el amado inspiró ese sentimiento en el amante fueron sus características (confianza, ternura y protección) y su materialidad, con la cuál llegó y ocupó un espacio en el amante. Eso fue lo que hizo el amado para generar gratitud en el amante. Ahora el amante le agradece, de nuevo, su materialidad, la cuál le permite estar ahí, existir y ser visible para el amante. Cuando el amante comprueba, a través de la vista, que el amado es material, está ahí,

existe y es visible, le hace sentirse feliz. Así, entonces, el amado es un cuerpo material que ocupa un lugar en el espacio. Como cuerpo tiene ciertas características y ejemplifica ciertas ideas. Pero en sí, el cuerpo del amado es lo que originó los sentimientos de gratitud y felicidad en el amante. El mensaje de la carta se traduce a la reconstrucción de lo que conforma al amado como cuerpo espacial. La función, al fin, resulta la expresión de la gratitud y la felicidad que el amante siente de la materialidad del amado. En eso consiste la carta. Se puede apreciar en ella, dado que maneja la misma lógica en sus elementos, cierta coherencia.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que agradece, el que precisa del amado, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que importa, el que debe existir, el necesitado, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gratitud, afecto, anhelo, deseo, felicidad.

FUNCIÓN: Resumir el mensaje y la función del texto. El mensaje es que el amante se siente feliz y agradecido porque la materialidad del amado implica muchas cosas para el amante. La función al expresarlo es cumplir con la misión de la carta: transmitirle al amado los sentimientos que le provoca al amante.

FIGURA: Centralidad, Distancia/Proximidad.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 6:

Características del texto:

- *La carta guarda algunos elementos formales del género epistolar.*
- *Es un texto predominantemente expositivo.*
- *Las oraciones son mayoritariamente declarativas.*
- *Es un texto que hace referencia al texto mismo y a las condiciones de producción del texto.*
- *El contenido refiere puras sensaciones. Por tanto, apela al cuerpo en su totalidad.*
- *El mensaje es claro y el escrito conciso.*
- *El hablante habla de sí mismo con respecto a su relación con el amado.*

Mensaje general: *El amante se siente feliz y agradecido porque la materialidad del amado, puesto que la materialidad del amado le implica al amante una sensación de estar llena.*

Función general: *Expresarle al amado los sentimientos que le provoca al amante.*

Tópicos:

- **Amor – concepto.**

• Amor – concepto.
<ul style="list-style-type: none"> ☉ El amor es una idea definida. ☉ La idea no es de nadie en particular. ☉ El amado ejemplifica esa idea. ☉ El amado personifica al concepto. ☉ El amado contiene el concepto. ☉ El amado define al concepto. ☉ El amado es el concepto. ☉ El concepto implica que el amor es material y espacial. ☉ Si el amado personifica al amor y el amado está dentro del amante, el amor, por tanto, está dentro del amante también. ☉ El amado comparte con el amor su condición espacial y material.

Carta 7 (hombre, contexto normalista)

Hola

Bueno antes que nada espero que al recibir esta carta te encuentres bien en compañía de tus seres queridos, y bueno tal vez te preguntará el por que de esta carta, pues es que por medio de la presente me atreveré a decirte muchas cosas que no he podido en persona por muchas situaciones y bueno primero que nada quiero dirigirme a ti ya que en el tiempo que tengo de tratarte me has caído súper bien y tienes muchas cosas o valores que me agradan y que admiro mucho y también que espero y nunca cambies y ahora con esto pues te diré que en mi existe algo hacia ti que creo que es amor el cual no lo puedo dejar atrás ni dejar de decírtelo ya que es muy necesario que lo sepas, creo que he esperado ya mucho tiempo y no me equivoco de quererte y estoy bien seguro por que todo esto se ha ido dando con todo el tiempo que llevamos de amigos y bueno creo que para mi ahorita no existe otra mujer más linda, a la que quiere como a ti, tu y nadie más me da alegría, ya que solo tengo mi corazón para ti y para pensar en ti y mi mente no deja ni un instante de tenerte presente y es por eso que no soporto ya mas y quiero que lo pienses muy bien, si me das una oportunidad. No creas que esto solo te lo digo aquí en esta carta sino que por ahoirta busque este medio para adelantarte un poco las cosas y para que el día en que este frente a ti y te lo diga todo pues tu ya puedas darme una respuesta y no te caiga de sorpresa y pues espero que ese día se llegue muy pero muy pronto y espero también que me des la respuesta más correcta y que creas que merezco, por lo pronto seguiré pensando en ti día y noche y ojala si dios quiere y llegemos a ser algo más que amigos, nuestro amor dure por mucho, mucho tiempo y por el momento me despido de ti diciéndote que te quiero mucho y que eres lo mejor que ha entrado en mi vida y en mi corazón, que estés bien y hasta luego.

T.Q.M.

Atte: A.

ANÁLISIS

☉ **Hola. Bueno antes que nada espero que al recibir esta carta te encuentres bien en compañía de tus seres queridos,**

ANÁLISIS: Este inicio de carta implica sólo un saludo impersonal y sin carga emotiva, solo cierto tipo de atención recubierta con una forma típica del saludo introductorio de una epístola. El “espero que al recibir esta carta te encuentres bien en compañía de tus seres queridos” es una fórmula estándar establecida como saludo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que saluda, el que espera, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es saludado, el que debe estar bien, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cortesía, amabilidad.

FUNCIÓN: Introducir al texto de un modo amable, sin revelar, desde el inicio, el mensaje de la epístola.

FIGURA: Esperanza.

☉ **y bueno tal vez te preguntará el por que de esta carta, pues es que por medio de la presente me atreveré a decirte muchas cosas que no he podido en persona por muchas situaciones**

ANÁLISIS: No hay tópica del amor en este trozo de texto. Sin embargo, llama la atención, puesto que hace referencia al texto mismo y se devela en él la función del escrito. La función, entonces, es darle a conocer al amado muchas cosas que no le ha podido decir el amante en persona por muchas situaciones. Son cosas, obviamente, que el amado no conoce. La carta, entonces, funciona como un medio para sortear todos los impedimentos que la interacción cara a cara a provocado. La interacción cara a cara no ha facilitado que el amante le comunique al amado muchas cosas. Dice el amante que a través de la interacción cara a cara no se ha atrevido. Le intimida la interacción cara a cara. El caso, pues, que para salvar esa situación, el amante utiliza la carta y se refiere a ella al designarle la función de ser medio de expresión de las muchas cosas que el amado no sabe porque el amante no se ha atrevido decírselas cara a cara. Supone, entonces, que amante y amado no están separados en realidad, sino que conviven cara a cara con cierta frecuencia. La carta se presenta como opción de comunicación pese a que la distancia no sea la condición que separe al destinatario y al hablante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que sabe el motivo de la carta, el que se declara, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe el motivo de la carta, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Incertidumbre, duda, decisión, valentía.

FUNCIÓN: Darle a conocer al amado la función de la carta y la idea del contenido.

FIGURA: Declaración.

☉ **y bueno primero que nada quiero dirigirme a ti ya que en el tiempo que tengo de tratarte me has caído súper bien y tienes muchas cosas o valores que me agradan y que admiro mucho y también que espero y nunca cambies**

ANÁLISIS: Tampoco hay tópica del amor en este trozo de texto. De cualquier forma, es necesario destacarlo, ya que en él el amante define dos cosas importantes: el destinatario y su opinión sobre él. El amante anuncia que se dirigirá hacia el amado y lo asumirá como destinatario de su mensaje. Luego declara que conoce al amado y el amado le cae bien. Caer bien es, también, una metáfora que apela al cuerpo. Supone que un cuerpo cae sobre el cuerpo del hablante. El que le caiga bien, quiere decir que el peso del cuerpo que cayó le viene bien al que lo recibe, no le es pesado, ni le incomoda. Evoca, pues, una sensación corpórea. El que el amante declare que el amado le cae bien implica, pues, que el amante tuvo una sensación corpórea agradable con respecto al amado. Luego el amante reconoce que el amado tiene muchas cosas o valores que le agradan y admira. Cosas y

valores no son lo mismo, pero el amante los distingue como equivalentes o intercambiables. Igual, pueden tratarse de cosas valiosas que ve en el amado. Pero las cosas son objetos materiales y los valores son ideas inmateriales. Así que no pueden equivaler y sí marcaría mucha diferencia en la relación con el amado si lo que el amante aprecia y admira en él son sus ideas o sus cosas. Por lo pronto, eso no queda claro. Por último el amante le pide al amado que no cambie. No se sabe en qué sentido. Quedaría más claro si el amante hubiera especificado si son las cosas o los valores lo que aprecia y admira del amado. De ese modo se entendería la petición: no cambies de cosas o no cambies de ideas. No queda claro, pero sí apuntala algo de la relación amante- amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que se dirige al amado, el que trata al amado, el que lo evalúa, el que lo valora, el que espera, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, al que se dirigen, al que trata el amante, el evaluado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Honestidad, aprobación, agrado, interés, valoración.

FUNCIÓN: Definir al destinatario y marcar la relación con él a partir de evidenciar su opinión sobre él.

FIGURA: Sentir amor, Supremacía, Permanencia.

☉ *y ahora con esto pues te diré que en mi existe algo hacia ti que creo que es amor el cual no lo puedo dejar atrás ni dejar de decírtelo ya que es muy necesario que lo sepas,*

ANÁLISIS: Una vez marcada la opinión del amante acerca del amado, el amante procede a declararle algo más. El amante declara que existe algo en él hacia el amado que cree que es amor. No se sabe si ese algo ya estaba, surgió de pronto o entró de algún modo. El caso es que está ahí. El amor, entonces, resulta ser un algo que está dentro del amante. Decir que es algo es no decir que es, porque algo puede ser cualquier cosa. Sin embargo se suele nombrar como algo a una cosa material indefinida. Así, por tanto, con la información que se tiene hasta ahorita, podría decirse entonces que la declaración del amante consiste en decirle al amado que siente una cosa material dentro de él que tiene direccionalidad y que se dirige hacia el amado. Dicha cosa cree que es amor, sin embargo no lo asegura. Lo pone en duda. Así que esa cosa puede ser otra cosa, pero aparenta ser amor. La cosa, entonces, está tan indefinida y amorfa que se puede confundir, pero el amante cree que es amor. Ahora bien, no se puede concebir una cosa material dentro del amante y que se dirige hacia el amado. ¿Cómo es eso? No queda claro. Sin embargo esa es la tópica del amor que se evoca aquí. El amante declara que esa cosa que cree que es amor no lo puede dejar atrás ni dejar de decírselo al amado para que el amado lo sepa. Ciertamente no lo puede dejar atrás, pues si lo tiene dentro siempre lo ha de traer consigo y sin poderlo dejar atrás. Esto se comenta solo con la intención de resaltar la lógica físico espacial que se maneja de nuevo. Se habla de un adentro-afuera, de un atrás-adelante, de un algo-nada, de un existir-no existir. Todo eso apela a elementos cúbicos, tridimensionales, corpóreos, materiales, con dimensiones de longitud, grosor, dimensión y peso. Se habla, pues, de objetos. Lo de decírselo al amado para que lo sepa también resulta lógico dentro de la misma dinámica que se maneja. Si el amor-cosa lo tiene el amante dentro de sí, no resulta evidente para el amado que lo tiene ni que se dirige hacia ella. El amado no puede ver lo que el amante tiene dentro de él. Por eso la necesidad de reportar eso de otro modo, a través de la declaración verbal, por ejemplo. Manifestárselo verbalmente le permitirá al amado saber que el amante tiene algo que cree que es amor dentro de él y que se dirige hacia ella.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que dice, el que tiene amor hacia el amado, el que precisa declararlo, el que lo declara, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le dicen, al que le tienen amor, a quien se le declaran, al pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, honestidad, urgencia, necesidad.

FUNCIÓN: Anunciarle al amado que existe algo dentro del amado que puede ser amor y que está dirigido hacia ella. Insistirle que debe saber eso.

FIGURA: Posesión, Sentir amor, Permanencia, Declaración.

TÓPICA: El amor es una cosa.

Ⓢ **Creo que he esperado ya mucho tiempo y no me equivoco de quererte y estoy bien seguro por que todo esto se ha ido dando con todo el tiempo que llevamos de amigos y bueno creo que para mi ahorita no existe otra mujer más linda, a la que quiero como a ti, tu y nadie más me da alegría, ya que solo tengo mi corazón para ti y para pensar en ti y mi mente no deja ni un instante de tenerte presente**

ANÁLISIS: Este trozo de texto no posee tópica, sin embargo presenta una secuencia de figuras bastante explícitas. Al declarar el amante que ha esperado mucho tiempo sin equivocarse de querer al amado, implica ya la permanencia de la querencia y la certeza de ésta. Esta parte del texto concentra el mensaje central de la carta. Luego de dilucidarlo, el amante da argumentos para validar su sentir y esos argumentos están basados en una serie de atributos que le ve al amado (belleza, importancia, unicidad, presencia, constancia). Concluye, al fin, entregándose al amado. En esto consiste su declaración.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ha esperado, el que no se equivoca, el que está seguro, el que es amigo del amado, el que valora al amado, el que quiere al amado, el que necesita al amado, el mayoritariamente activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien lo quieren, a quien le declaran, de quien es amigo el amante, a quien lo valoran, a quien lo necesitan, al pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Desesperación, desbordamiento, afecto, certeza, valoración.

FUNCIÓN: Convencer al amado de que se le estima y valora.

FIGURA: Permanencia, Te quiero, Certeza/Duda, Nosotros, Centralidad, Proveer.

Ⓢ **y es por eso que no soporto ya mas y quiero que lo pienses muy bien, si me das una oportunidad.**

ANÁLISIS: Luego de hacer una serie de declaraciones sobre lo que le inspira el amado, el amante declara que no soporta contenerse más y desea pedirle al amado una oportunidad, pero desea pedirle que lo piense muy bien. No queda claro para qué quiere la oportunidad ni de qué es la oportunidad. Se supondría, considerando el tipo de declaraciones que está haciendo el amado, que la oportunidad que le pide al amado es para estar juntos como pareja. Esta declaración es importante porque constituye el mensaje central de la carta. Por eso se maneja como parte del análisis, pese a que no contiene una tópica del amor.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ya no aguanta, el que exige una respuesta, el que pide una oportunidad, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que debe responder, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Desesperación, emoción, desbordamiento, necesidad, urgencia, afecto.

FUNCIÓN: Pedirle al amado que acepte ser su pareja.

FIGURA: Reciprocidad, Proveer, Declaración.

Ⓢ **No creas que esto solo te lo digo aquí en esta carta sino que por ahorita busque este medio para adelantarte un poco las cosas y para que el día en que este frente a ti y te lo diga todo pues tu ya puedas darme una respuesta y no te caiga de sorpresa**

ANÁLISIS: En este trozo de texto tampoco está presente alguna tópica del amor, pero es importante rescatarla puesto que matiza la petición anterior. El amante explica que la petición escrita que le hace al amado es solo pensando en que podría adelantarle el mensaje que le quiere comunicar para que de una vez piense la respuesta y no le sorprenda la proposición una vez que el amante se la reitere cara a cara. Este trozo de texto devela la función del escrito. Este trozo de texto refiere al escrito mismo. La carta, entonces, no solo sirvió para comunicarle cosas al amado que el amado desconocía. La carta, ahora se sabe, tenía la función de familiarizar al amado con la petición

que le hace el amante, petición que constituye el mensaje central del texto. Esta familiaridad esperada busca que el amado considere una respuesta una vez recibida la carta, para que se la comente al amante cuando éste le vaya a ver cara a cara y le reitere la petición. Pareciera que la petición no se debe hacer solo por escrito. El modo en que el amante interpela al amado y le pide que no crea que la petición solo está presente en la carta, hace pensar que es impropio que la petición sólo se haga por carta. Por eso el amante explica que la reiterará en persona, pero que quería adelantarle la proposición para que de una vez pensara la respuesta. La carta, al fin, tiene también una función práctica: ahorrarse la sorpresa, el tiempo y la conmoción.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que sabe el motivo de la carta, el que explica, el que exige una respuesta, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe la razón de la carta, el que debe dar una respuesta, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Serenidad, solvencia, ansias, afecto.

FUNCIÓN: Develar la función de la carta.

FIGURA: Reciprocidad.

☉ ***y pues espero que ese día se llegue muy pero muy pronto y espero también que me des la respuesta más correcta y que creas que merezco, por lo pronto seguiré pensando en ti día y noche***

ANÁLISIS: En esta serie de oraciones sin tónica, se denota las ansias del amante por recibir una respuesta. Dicha exigencia es la que parece predominar en este trozo de texto como figura. Sin embargo el amante pasa por un momento de duda y reconoce que puede ser rechazado al darle el poder al amado de que responda lo que ella considere mejor. Pese a ceder, aparentemente, el poder de decisión, el amante le recuerda que estará presente, de algún modo, ante ella. Esta última advertencia aparece como insistencia que presiona la respuesta favorable.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que ansía la respuesta, el que cede el poder de decisión al amado, el que insiste, el que presiona, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es forzado y apresurado a dar respuesta, el que es atosigado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Ansiedad, Desesperación, Incertidumbre, Insistencia, Emoción, Afecto.

FUNCIÓN: Exigir una respuesta al amado, cediéndole el poder de aceptar y rechazar, pero compensando esta aparente pérdida del poder con la insistencia y la constancia.

FIGURA: Permanencia, Reciprocidad.

☉ ***y ojalá si dios quiere y lleguemos a ser algo más que amigos, nuestro amor dure por mucho, mucho tiempo***

ANÁLISIS: El amado expresa el deseo de que el amor de ambos dure por mucho, mucho tiempo. La condicionante para que eso pase es, primero, que Dios quiera y, segundo, que amante y amado lleguen a ser más que amigos. Ese peldaño superior al de la amistad aún no queda definido. Se había manejado en el análisis que podría entenderse que el ser pareja puede constituir ese peldaño superior, pero dado que no está explícito en el texto, sólo se pueden hacer suposiciones sobre eso. Las condiciones para que el amor pueda durar mucho son, entonces, que Dios quiera y que amante y amado sean más que amigos. La voluntad, entonces, de que eso suceda recae en Dios y en los dos amantes. Si los tres coinciden en cumplir las condiciones, el deseo del amante se puede hacer realidad. Ahora bien, se maneja al amor como un tipo de propiedad que pertenece al amante y al amado. La pertenencia de la propiedad misma crea un vínculo entre el amante y el amado. Dicha pertenencia tiene la cualidad de la temporalidad y de la resistencia, así que puede durar mucho o poco. Se antoja, según la descripción que hace el amante, que la propiedad sea material, ya que tiene temporalidad, resistencia y es objeto de propiedad, pero mientras no esté evidente, dicha

cualidad no se puede considerar. Es la primera tópica del amor que implica la unión entre el amante y el amado.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que desea, el que espera, el que no tiene el poder de decidir (el que lo tiene es dios), el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, en quien sueña el amante.

ACTOS ILOCUTIVOS: Anhelo, afecto.

FUNCIÓN: Expresar el deseo de que amante y amado lleguen a ser pareja y el amor de ellos dure mucho.

FIGURA: Nosotros, Permanencia.

TÓPICA: El amor es una propiedad

☉ ***y por el momento me despido de ti diciéndote que te quiero mucho y que eres lo mejor que ha entrado en mi vida y en mi corazón, que estés bien y hasta luego. T. O. M.***

ANÁLISIS: Enunciaciones de despedida que no contienen tópica evidente, pero sí varias figuras. La despedida se presenta como una insistencia y un deseo de permanencia, argumentando la centralidad y la supremacía del amado. La despedida final es, de nuevo, estandarizada e impersonal. Las iniciales de “te quiero mucho” vuelven a insistir.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que insiste, el que quiere, el que valora al amado, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, a quien le insisten que lo quieren y valoran, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, insistencia.

FUNCIÓN: Insistir en los argumentos ya dados para solicitar una respuesta favorable por parte del amado.

FIGURA: Permanencia, Te quiero, Centralidad, Supremacía.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 7:

Características del texto:

- *El texto posee referencias al texto mismo.*
- *Es un texto predominantemente explicativo.*
- *Las oraciones son, en su mayoría, declarativas.*
- *Posee muchas puntualizaciones que podrían ser obvias.*
- *Es un texto sin puntuaciones.*
- *Es un texto muy claro en su contenido, el mensaje y su función, puesto que los hace explícitos.*
- *Los conceptos que se manejan son imprecisos.*
- *El mensaje es claro y el escrito conciso.*
- *El hablante habla de sí, del amado y de la relación entre él y el amado.*

Mensaje general: Pedirle al amado que sea su pareja.

Función general: Declararle al amado las cosas que el amante no le ha dicho en persona antes de la busque personalmente y le reitere su dicho. De ese modo podrá prever una respuesta y no sorprenderse al escuchar lo dicho.

Tópicos:

• <i>Amor – cosa.</i>	• <i>Amor - propiedad.</i>
<ul style="list-style-type: none"> ⊗ El amor es algo. ⊗ Se desconoce el origen de ese algo. ⊗ Está dentro del amante. ⊗ Puede ser material. ⊗ Posee direccionalidad. ⊗ Se dirige hacia el amado. ⊗ Es amorfo. ⊗ Se puede confundir con otra cosa. 	<ul style="list-style-type: none"> ⊗ El amor es una propiedad. ⊗ La propiedad pertenece al amante y al amado. ⊗ La pertenencia de la propiedad crea un vínculo entre el amante y el amado. ⊗ La propiedad posee la cualidad de la temporalidad. ⊗ La propiedad posee la cualidad de la resistencia. ⊗ La propiedad puede durar mucho o poco. ⊗ La propiedad, posiblemente, sea material. ⊗ Poseer la propiedad requiere que el amante y el amado sean más que amigos.

Carta 8 (hombre, 17-18 años)

Octubre, 23, 2002

Hola.

AMOR

Espero que al recibir esta carta en tus manos te encuentres bien y de cabal salud ya que yo me encuentro bien gracias a Dios.

Mi nena, estoy tan agradecido contigo por tanto que me has regalado y más aún la felicidad, amor, alegrías, tristezas, comprensión, tiempo y sobre todo que diera yo por estar ahora a tu lado, sabes pues ahorita ya tengo mi casa solo me falta amueblarla, espero y esta la pueda compartir contigo, siempre y cuando tu lo desees, que diera yo ahorita por estar a tu lado, como extraño tanto estar a tu lado, aunque se que tu me eres fiel ya que confío plenamente en ti así como tú en mí y es esa confianza la que me da fuerza y me mantiene aquí para ir pronto para allá no te digo cuando pero en unos 3 meses por allá me tienes.

Bueno chiquilla recibe saludos de quie te quiere, te extraña y nunca te olvida, y quiere estar a tu lado lo más pronto posible.

A.R.

P.D. Sabes nunca terminaré de agradecer todo esto me encanta tu forma de ser, tu carácter, así como te siento una parte mía, bueno, no tengo palabra para explicarlo, pero los hechos lo dicen todo. Gracias... T.Q.M.

ANÁLISIS.

☉ Hola.

ANÁLISIS: Saludo introductorio, típico, impersonal, estándar. No hay figura ni tópica.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que saluda, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es saludado, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cortesía, atención.

FUNCIÓN: Dirigirse cordialmente al receptor.

☉ AMOR

ANÁLISIS: Se hace presente la tópica del amor – amado. El amor es un sujeto, en este caso, el sujeto amado. El amado personifica al amor, dado que su nombre equivale al del amor. Nombrar al amor equivale a nombrar al amado. En este caso se interpela al amado, llamándole con el nombre del amor. Esta interpelación cumple la función del saludo.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que nombra al amado, el que nombra al amor, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es nombrado como amor, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto.

FUNCIÓN: Interpelar al destinatario. Saludarle. Marcar el destinatario.

FIGURA: Amado.

TÓPICA: El amor es el amado.

☉ Espero que al recibir esta carta en tus manos te encuentres bien y de cabal salud ya que yo me encuentro bien gracias a Dios.

ANÁLISIS: Este inicio de carta implica un saludo impersonal y sin carga emotiva. Se usa sólo una fórmula estándar establecida como saludo, muy típica, sin personalizarlo de algún modo, siquiera nombrando al destinatario. En ella se hace notar, primero, que la carta es un medio, segundo, que la carta es un objeto material que puede asir el amado, que el que tenga el amado la carta implica que el amante no está con él, que se espera que en el momento en que el amado tenga la carta el amado esté bien y que goce de salud y todo esto se espera sólo porque el amante ya se encuentra bien, no gracias a alguien en particular, sino gracias a Dios. Se propone, pues un paralelismo entre el amante y el amado, si uno está bien el otro debe estar bien, como si estuvieran conectados de alguna forma y la carta sólo sirviera para corroborar eso. Es este sentido el que está impreso en este típico inicio de carta, muy socorrido, por cierto, en la época del correo postal. Incluso, en los libros de texto de primaria y secundaria de español, se enseñaba este tipo de elementos como partes formales de una epístola. Tal vez de ahí se le retomó.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que saluda, el que espera, el que ya está bien, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es saludado, el que debe estar bien, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cortesía, amabilidad.

FUNCIÓN: Introducir al texto de un modo amable, sin revelar, desde el inicio, el mensaje de la epístola.

FIGURA: Esperanza.

☉ Mi nena, estoy tan agradecido contigo por tanto que me has regalado y más aún la felicidad, amor, alegrías, tristezas, comprensión, tiempo

ANÁLISIS: Hay un cambio de tópica. Ahora se refiere al amor como un don, es decir, un bien que el amado le regala. El amado se convierte en un infante propiedad del amante. “Mi nena” equivale a

“mi niña” e indica propiedad, pero también un tipo de vínculo filial entre amante y amado. Es decir que el amante se vincula filialmente con el amado. Dicha vinculación no está relacionada con la tópica del amor como don. Esa vinculación amante- amado la utiliza el que escribe para dirigirse al destinatario y marcar un tipo de relación con él, a la vez de que lo interpela. Una vez que lo interpela, el amante declara sentir agradecimiento hacia el amado por todo lo que le ha regalado. El amado, pues, le ha regalado bienes al amante. El amante los recibe y se siente agradecido con el amado a causa de él. El agradecimiento tiene direccionalidad. Los bienes que le ha regalado el amado al amante son: felicidad, amor, alegrías, tristezas, comprensión, tiempo. Por tanto, felicidad, alegrías, tristezas, comprensión y tiempo son distintos al amor. El don del amor no implica o incluye el resto de los dones. Al parecer, también, el amor y el resto de los dones fueron propiedad del amado. Si él se las regaló al amante, el amado entonces los poseía. Ahora le pertenecen al amante. El amante es un receptor pasivo de dones y un generador de agradecimiento a partir de la acción del amado. El amado actúa al regalarle los dones. El amado es un agente activo, aunque él no siente la gratitud del amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el dueño del amado, el activo. El que está agradecido con el amado, el que ha recibido todos los “regalos” del amado, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, al que poseen, el infante, el pasivo. El que ha regalado cosas al amado, a quien le agradecen, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Cariño, ternura, agradecimiento, gusto.

FUNCIÓN: Interpelar al destinatario. Marcar un tipo de relación filial entre amante y amado. Agradecerle al amado los regalos que recibió de él.

FIGURA: Posesión, Filiación, Proveer.

TÓPICA: El amor es un don.

☉ *y sobre todo que diera yo por estar ahora a tu lado, sabes que ahorita ya tengo mi casa solo me falta amueblarla, espero y esta la pueda compartir contigo, siempre y cuando tu lo desees,*

ANÁLISIS: No hay tópica del amor explícita. Sin embargo, aparecen inmediatamente las figuras de la permanencia y de la Distancia/Proximidad al expresar el deseo de estar al lado del amado, asegurando que se daría lo que sea con tal de que así suceda. Obviamente, aún cuando no está explícito, se inscriben a la lógica de la tópica Amor-Objeto, al pensar que dando cosas se puede garantizar la cercanía material del amado. Luego de este enunciado, se le hace partícipe al amado de que el amante ya tiene, nuevamente, cosas (casa), para argumentar con ello el deseo de estar con el amado. ¿Es una compra del amado? La lógica apunta a que sí, sin embargo se mengua al sólo desear que el amado comparta esos bienes con el amante, si es que lo desea. Se pone, pues, una condición para otorgarle al amado el poder de decidir si acepta los bienes a cambio de estar con el amante, si acepta compartirlos con el amante, en fin, si acepta estar junto a él. De esta forma la compra no se impone sobre la voluntad del comprado, sino que se le otorga el poder para venderse o no venderse.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que desea, el que espera, el que está dispuesto, el que propone, el que cede el poder al amado, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el deseado, al que le proponen, el que tiene el poder de decisión, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Anhelo, ansiedad, afecto, generosidad, respeto, docilidad.

FUNCIÓN: Al estar lejos el amante del amado, este trozo de texto sirve para dar cuenta al amado de la necesidad que tiene el amante de él y lo mucho que está dispuesto a hacer por él. Es, pues, un tipo de solicitud-argumento que no sirve, precisamente, para preguntarle al amado si se entrega ya al amante o no, sino para argumentar el mantenimiento del vínculo amoroso, pese a la distancia, con un deseo “sano”, asegurando al amado que el amante cuidará de ella y le proveerá de lo indispensable, y la permanencia de su deseo por ella.

FIGURA: Permanencia, Distancia/Proximidad, Nosotros, Reciprocidad.

Ⓢ *que diera yo ahorita por estar a tu lado, como extraño tanto estar a tu lado, aunque se que tu me eres fiel ya que confío plenamente en ti así como tú en mí y es esa confianza la que me da fuerza y me mantiene aquí para ir pronto para allá*

ANÁLISIS: No hay tónica del amor en este trozo de texto. En esta serie de enunciados, el amante hace varias declaraciones inconexas entre sí, pero que marcan pautas para comprender el vínculo entre el amante y el amado. Primero declara el amante: “qué diera yo ahorita por estar a tu lado”. Eso, implica, que el amante está lejos del amado, al menos no a su lado. El deseo del amante es estar ahorita junto al amado, puesto que ahorita no está. Se marca un tiempo particular: “ahorita”, que refiere a un presente inmediato, fugaz, actual. El amante declara que daría algo por estar en ese presente inmediato junto al amado. No especifica qué es lo que daría a cambio de eso, ni a quién se lo daría. Incluso parece estar preguntando qué es lo que daría a cambio de estar junto al amado. La segunda declaración dice: “extraño tanto estar a tu lado”. El amante echa de menos estar junto al amado. Eso quiere decir que ya estuvo junto al amado y que ahorita ya no está. Al no estar, evoca las veces en que estuvieron juntos. La tercera declaración es: “sé que tú me eres fiel”. Implica la posible existencia de una duda en el amante, dado que ubica esta declaración justo después de las dos anteriores. Permite, entonces, leer que quiere estar junto al amado para asegurarse de que no le será infiel. La declaración completa es que quiere estar con el amado para asegurarse de que no le será infiel aunque sabe que el amado le es fiel ya sin estar juntos. La cercanía física impedirá la infidelidad del amado. Quiere decir, probablemente, que la fidelidad se mida con la cercanía que se tenga con la persona amada. La infidelidad implica no la distancia, puesto que el amado le es fiel amante aún cuanto esté lejos. La infidelidad implica, más bien, la cercanía física con otro sujeto que no sea el amante. Si el amante se encarga de estar cerca del amado, se asegurará entonces que nadie más estará cerca también. La cuarta declaración es: “confío plenamente en ti así como tú en mí”. Se refiere al mismo asunto de la fidelidad. La fidelidad implica la cercanía física con alguien, pero la distancia no provoca la infidelidad. La infidelidad se provoca con la cercanía de alguien más. Sin embargo, el amante le da el voto de confianza al amado, haciéndole saber que él da por hecho que el amado no permitirá el acercamiento de nadie más. El amante, a la vez, da por hecho que el amado le da el voto de confianza a él y le reconoce el esfuerzo de no permitir que nadie se le acerque tampoco, ambos evitando la infidelidad. El amante declara, pues, la confianza mutua de que no serán infieles uno y el otro. La quinta y última declaración es que el amante asume dicha confianza mutua como una fortaleza que lo mantiene lejos confiando en que regresará. La confianza de que no serán infieles uno y el otro implica que no es necesario, entonces, estar juntos. Si no es necesario estar juntos para serse fieles, no es necesario que el amante regrese pronto a donde está el amado. Si no es necesario que el amante regrese, pueden seguir vinculados y fieles hasta que el amante regrese. Eso es lo que implican las cinco declaraciones del amante.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que desea, el que está dispuesto, el que quiere estar junto al amado, el que anhela, el que añora, el que duda, el que tiene la certeza, el que exige fidelidad, el que exige reciprocidad, el que confía, el que reconoce la confianza del amado, el que reconoce el ánimo que le da el amado, el que no tiene el poder para estar junto al amado o para imponer su fidelidad y su confianza, el débil, el que debe resistir, el que irá con el amado algún día, el pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que es deseado, el que decide si estar o no con el amante, el que tiene la certeza de si es fiel o no, a quien le exigen fidelidad, a quien le exigen reciprocidad, el que tiene el poder de corresponderle o no al amante, el que le da confianza al amante, el que le da ánimo al amante, el que tiene el poder para estar o no estar con el amante, el destino del amante, el activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Anhelo, añoranza, deseo, duda, certeza, fe, entrega, ánimo, promesa.

FUNCIÓN: Pedirle al amado que no le sea infiel y que confíe en que él no le será infiel. Eso le permitirá al amante permanecer lejos del amado. De cualquier forma, el amante le reitera sus intenciones de pronto estar cerca del amado.

FIGURA: Permanencia, Distancia/Proximidad, Proveer, Confiar, Certeza/Duda, Centralidad, Reciprocidad, Incertidumbre.

☉ ***no te digo cuando pero en unos 3 meses por allá me tienes.***

ANÁLISIS: Promesa que lanza el amante sin comprometerse mucho a cumplirlo. Por eso hace como que no dice lo que dice. La promesa es que volverá junto al amado. Confirma que el amante está lejos del amado. Se propone un lapso para que la promesa se cumpla.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que no se compromete, el que promete, el que vendrá, el activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, al que le prometen, al que esperará, el pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Deseos, ilusión, promesa, afecto, anhelo.

FUNCIÓN: Prometerle al amado que el amante regresará en un tiempo determinado. Marcar un plazo para cobrar las exigencias antes hechas. Poner alerta al amado.

FIGURA: Distancia/Proximidad.

☉ ***Bueno chiquilla recibe saludos de quien te quiere, te extraña y nunca te olvida, y quiere estar a tu lado lo más pronto posible.***

ANÁLISIS: En este trozo de texto no hay tampoco tónica del amor. Ésta es la parte final de la carta y constituye la despedida en la estructura formal del género epistolar. El amante se dirige al amado como si fuera un infante, para seguir la relación filial que antes había establecido. Le pide que reciba saludos del amante, quien se caracteriza por ser quien quiere al amado, extraña al amado, nunca olvidar al amado y quien quiere estar pronto junto al amado. El amante, pues, quiere al amado, lo extraña, lo recuerda y añora estar junto a él. Eso caracteriza al amado. Por eso termina la carta pidiéndole al amado que reciba sus saludos, saludos del amado caracterizado por todo eso.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el adulto, el que saluda, el que quiere, el que extraña, el que no olvida, el que quiere estar junto al amado, el que no tiene el poder para hacerlo, el activamente pasivo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el infante, el saludado, al que quieren, al que extrañan, al que no olvidan, al que desean, el que tiene el poder de incitar esto, el pasivamente activo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Afecto, ternura, cariño, anhelo, añoranza, deseo, necesidad.

FUNCIÓN: Despedirse, no sin antes hacerle presente al amado que el amante lo quiere, lo extraña y lo recuerda. Le reitera, también, su deseo de regresar pronto.

FIGURA: Afiliación, Te quiero, Permanencia, Distancia/Proximidad.

☉ ***P.D. Sabes nunca terminaré de agradecer todo esto me encanta tu forma de ser, tu carácter, así como te siento una parte mía, bueno, no tengo palabra para explicarlo, pero los hechos lo dicen todo. Gracias... T.O.M.***

ANÁLISIS: En la posdata, donde se supone que se ha de decir algo que no está contenido en el cuerpo de la carta, se reitera el agradecimiento del amante hacia el amado, el reconocimiento de sus cualidades y dones, la posesión del amado por parte del amante, la gratitud y el te quiero mucho. Son, pues, elementos que ya habían aparecido en el resto de la carta. Esta reiteración es un truco retórico para hacerse del poder de decidir si estar juntos o no. Ese poder se le otorgó, diplomáticamente, durante toda la carta, al amado. Esta insistencia pretende ganarse al amado y controlar el poder desde esa alianza. También es una forma de permanecer presente, insistiendo hasta el final que se quiere, que se desea, que se agradece, que se reconoce.

SUJETO EJECUTOR: El amante, el que sabe, el que agradece, el que reconoce, el espectador, el dueño del amado, el que no puede expresarse, el que actúa, el que quiere, el mayoritariamente activo.

SUJETO RECEPTOR: El amado, el que no sabe, a quien le agradece, al que le reconocen, al que ven, al poseído, al que le actúan, al que quieren, al mayoritariamente pasivo.

ACTOS ILOCUTIVOS: Gratitud, admiración, deseo, cariño, afecto.

FUNCIÓN: Cerrar la carta con una reiteración de sus argumentos para pedirle al amado que esté con él y mantenga el vínculo con él. Con esta reiteración pretende convencer al amado de que quiera ella también.

FIGURA: Proveer, Supremacía, Posesión, Te quiero.

DESCRIPCIÓN GENERAL DE LA CARTA 8:

Características del texto:

- *Las oraciones son, en su mayoría, declarativas.*
- *El texto guarda ciertos elementos formales propios del género epistolar como la fecha, el saludo inicial, el cuerpo de la carta, la despedida y la rúbrica.*
- *El texto solo fue hecho para perdurar el contacto con el destinatario.*
- *Hay ausencia absoluta de narraciones o descripciones.*
- *El hablante habla desde sí mismo y de sí mismo.*

Mensaje general: *Agradecerle al amado los dones recibidos y pedirle que sea fiel y que confíe en que el amante también le será fiel. Reiterarle, por otra parte, sus deseos de estar pronto cerca de él.*

Función general: *Hacerse presente ante el amado y mantener el vínculo de fidelidad. Asegurarse de que el amado lo esté esperando.*

Significados:

- *El hablante se dirige hacia el amor.*
- *El hablante asume que el amor es el amado.*
- *El hablante asume que el amado se llama igual que el amor.*
- *El hablante asume que el amado es el amor.*
- *El hablante interpela al amado.*
- *El hablante se siente agradecido con el amado porque el amado le dio muchos regalos.*
- *El hablante reconoce que el amado le dio muchos regalos.*
- *El hablante cuenta la felicidad, el amor, las alegrías, las tristezas, la comprensión y el tiempo como parte de los regalos del amado.*
- *El hablante considera al amor como un regalo del amado.*

Tópicos:

• <i>Amor – amado.</i>	• <i>Amor - don.</i>
<ul style="list-style-type: none">⊗ El amor es un sujeto.⊗ El sujeto es el ser amado.⊗ El ser amado personifica al amor.⊗ El nombre del sujeto es el del amor.	<ul style="list-style-type: none">⊗ El amor es un don o bien recibido.⊗ El amado poseía ese don o bien.⊗ El amado es el que regala o provee al amado de dones o bienes.⊗ El amante posee ahora el don, dado que el amado se lo regaló.⊗ El amante, al recibir el don, se genera en él un sentimiento de agradecimiento para con el amado.⊗ El don del amor es distinto al don de la felicidad.⊗ Es distinto al don de las alegrías.⊗ Es distinto al don de las tristezas.⊗ Es distinto al don de la comprensión.⊗ Es distinto al don del tiempo.⊗ El amante es receptor pasivo del don.⊗ El amado es donador activo del don.